

PATRICK WHITE
LAS ESFERAS
DEL MANDALA

 BARRAL



PREMIO NOBEL DE LITERATURA 1973

Las esferas del mándala es la historia de dos mellizos, Arthur y Waldo Brown, y del oscuro pasado de la familia de que proceden y del mundo de frustración en que han transcurrido sus vidas. El pensamiento de Waldo y la narración de Arthur van repitiendo y perfilando los hechos de esas vidas contadas desde una ancianidad angustiada y resentida. Waldo es un escritor frustrado, Arthur, un personaje en equilibrio entre la sana vulgaridad y la subnormalidad que juega a jalonar sus descubrimientos del mundo con la posesión de simbólicos mándalas, canicas, en realidad. El contraste continuo entre la visión del mundo de los dos mellizos y el conflicto elemental y terrible entre sus gemelares existencias está dado en un crescendo narrativo que va exigiendo progresivamente la participación del lector que acabará siendo sin darse cuenta juez de los pleitos tan infinitamente pequeños como universales de la convivencia humana que el monólogo de los mellizos simboliza.

- [Patrick White](#)
 -
 - [I. EN EL AUTOBUS](#)
 - [II. WALDO](#)
 - [III. ARTHUR](#)
 - [IV. MRS. POULTER Y EL ZEITGEIST](#)
 - [notes](#)
 -
 -
 -
 -
 -
 -
 -
-

Título de la edición original: The Solid Mandala
(Eyre & Spottiswoode-Londres, 1966)

Traducción de: Silvia Pupato y Román García-Azcárate

Primera edición: diciembre, 1973

Segunda edición: abril, 1974

© Patrick White, 1966

© de los derechos en lengua castellana y de la traducción española: BARRAL EDITORES, S. A. BARCELONA, 1972

Impreso en España — Printed in Spain por Pedragosa, Artes Gráficas, Torns, 31. Barcelona — España

I.S.B.N.: 84-211-1005-5

Depósito Legal: B. 16.282-1974

Hay otro mundo, pero está en éste.

Paul Eluard

No es afuera, es adentro: totalmente adentro.

Meister Eckhart

... con todo, aún espero a mi hermano mellizo en el sol...

Patrick Anderson

Era una iglesia vieja, bastante pobre, y muchos de sus iconos carecían de adornos, pero iglesias como ésta son las mejores para rezar.

Dostoievsky

Para G wen y David Mooke

—Hay mucha más vida en esta zona — dijo Mrs. Poulter.

—Sí — dijo Mrs. Dun. Y luego, para que no quedaran dudas de su aporte a la conversación, agregó—: Sí.

—Son las tiendas las que le dan vida — afirmó Mrs. Poulter—. No hay nada como las tiendas.

—Es verdad, son las tiendas.

—Hoy por hoy, las mujeres podrían hacer todas sus compras en Sarsaparilla. Pero no es lo mismo.

—No, no es lo mismo.

—No es como tomar el autobús para Barranugli y pasar la mañana dando vueltas. Y que conste, no es por el medio penique de diferencia.

Pues hay mujeres que dejan hasta un chelín para evitarse el cambio.

Mrs. Dun se pasó la lengua por los dientes.

—Pero es todo un cambio en la vida de una eso de dar vueltas por las grandes tiendas —continuó Mrs. Poulter—. Con una amiga.

—Sí — convino Mrs. Dun —. Sí.

Miraba fijamente, más allá de la mata de cabello que tenía adelante. Las jóvenes de hoy no podían calarse un sombrero aunque quisieran.

Mrs. Dun estaba fascinada con lo del medio penique. Si lo que Mrs. Poulter decía era cierto, había mujeres que gastaban casi dos chelines de más en el viaje de ida y vuelta.

—Desde luego, también se puede pasear a solas —comentó Mrs. Poulter—, pero lo bueno es hacerlo con una amiga.

—Una amiga —dijo Mrs. Dun—. Eso.

Las dos señoras mantenían una cierta cautela, pues no hacía tanto que se conocían y la relación aún estaba en un período de prueba.

—Si no me hubiera dado por hablarle aquella mañana en el autobús —observó Mrs. Poulter—, podríamos no habernos conocido nunca.

Mrs. Dun sonrió, ruborizándose todo lo que pudo. Era de esas mujeres muy pálidas.

—A pesar de vivir en Terminus Road —subrayó Mrs. Poulter.

—Las dos en la misma calle.

El autobús se había vuelto un placer. Incluso cuando saltaba — cosa que hacía frecuentemente—, y todas las muchachas fruncían el ceño o reían, y las más atrevidas arrojaban las cenizas de sus cigarrillos golpeándolos con sus uñas nacaradas, las dos señoras encontraban un ligero placer en dar la una contra la otra. Tal vez el placer fuera mayor para Mrs. Dun, aunque — era innegable — Mrs. Poulter también disfrutaba con el involuntario contacto de su amiga, pequeña, seca y decente.

Mrs. Poulter suspiró. Era tan importante ser decente.

—¿Qué le ha hecho venir —preguntó, interrumpiéndose para toser— a vivir en Terminus Road?

—Mi marido quedó prendado de la galería cubierta.

—Es verdad; tienen una hermosa veranda. A mí me gustan mucho. Las antiguas, sobre todo.

—¡Ya lo creo!

—Hoy en día todo es exhibirse. Una no puede sentarse a la vista de cualquiera.

—¡Exponiéndose como algunas!

—En todo momento.

Todo el mundo estaba demasiado obsesionado por el comienzo de un nuevo día —no cabían esperanzas antes de la pausa del té — como para reparar en las discretas damas del autobús de Sarsaparilla de las ocho y trece, aunque tal vez fuera improbable que alguien se fijara alguna vez en Mrs. Poulter o en Mrs. Dun, a menos que la muerte las sorprendiera repentinamente. Por el momento, no obstante, contaban con la protección de sus sombreros.

—¿Y usted por qué?

—¿Yo por qué *qué*?

—Vino a vivir a Terminus Road.

—Bueno — respondió Mrs. Poulter, espiando dentro de su guante para ver si el boleto estaba aún allí—, cuando llegamos del norte por primera vez — porque tanto mi marido como yo éramos gente de campo— queríamos vivir en un sirio tranquilo. Éramos jóvenes y tímidos. Ah, y también fue por los cálculos que hizo Bill. El me decía: «Aquí tendremos tiempo para asentarnos. Y con el tiempo, esta casa dará sus frutos. La tierra siempre es una inversión».

—Sí, claro. La tierra siempre es una inversión.

Pero la tristeza había comenzado a apoderarse de Mrs. Poulter.

—En esa época —dijo, como distante—, todas las calles de Sarsaparilla estaban cortadas. No sólo Terminus Road. No se podía andar como los cuervos.

—¿Cómo dice?

—En línea recta —explicó Mrs. Poulter.

—Oh, sí, como los cuervos — murmuró su amiga, no muy convencida de la expresión.

—En una loma, detrás de casa, vivía una mujer china. Jamás llegué a conocerla. Sólo la vi una vez. Eran gente de dinero, dicen. Cultivaban verduras y cosas por el estilo. Habían plantado uno de esos que llaman árbol de rueda. Pues bien, cuando la vi estaba bajo el árbol en flor.

Mrs. Dun se pasó la lengua por los dientes.

—No podía decirse que no fuera una mujer refinada — recordó Mrs. Poulter—, pero ya se sabe que las chinas no son gente como una.

A Mrs. Dun nunca se le hubiera ocurrido pensar en algo semejante.

—De todos modos, el caso no es que fuera china. En ese instante el autobús dio un viraje brusco y una de las jóvenes perdió el equilibrio; seguramente debido a sus tacones delgados como agujas.

—¡ Estos autobuses viejos! — suspiró Mrs. Poulter riendo.

Mrs. Dun, más pálida que de costumbre, se asió de la barra cromada del asiento.

—¡Son una verdadera desgracia! —exclamó. Mrs. Poulter sin dejar de reír.

Su tristeza se había ido con el viraje. Otra vez estaba feliz.

Al poco rato, no pudo contenerse:

—Esa veranda suya debe ser realmente un lujo; la ropa se le secará hasta en los días de lluvia.

—¡ Ya lo creo que sí!

Lo decía con una convicción implacable. De no ser por los guantes se hubieran visto sus nudillos crispados sobre la barra cromada. El

autobús avanzaba lentamente a causa del cobro a la entrada, las largas colas que esperaban en los refugios y los niños que habían perdido el especial. Mrs. Poulter miró hacia afuera. Estaba orgullosa de esta parte más pulcra de Sarsaparilla, con sus amplias ventanas y su textura de ladrillos. Las hojas de las siemprevivas acariciadas por el sol iluminaron su rostro. Entonces vio a Bill y lo saludó con la mano. Pero él no respondió. Continuó barriendo acequias para el Ayuntamiento. Reconocer a su esposa en público iba en contra de los principios de Bill Poulter. A veces, cuando la veía aparecer, llegaba a tomarse un descanso y liaba un cigarrillo. Pero nunca saludaba. Ella lo comprendía. Le bastaba con ver que tenía puesto el viejo jersey marrón, impresentable ya excepto para el trabajo, porque aquel punto que tanto trabajo le había dado comenzaba a estirarse y a ceder.

—Pero que conste — le dijo a Mrs. Dun —: yo no querría vivir aquí, aunque el lugar es lindo y despejado. Se puede vivir perfectamente.

—Terminus Road es muy cómodo.

Mrs. Dun se acomodó en el asiento lleno de bultos. Los ojos de las dos mujeres siguieron el túnel que las guiaría hacia la oscuridad, a través de la desigual vegetación y el repentino hedor de la cizaña aplastada. Una podía esconderse detrás de un arbusto, si era necesario.

—De todos modos debe haber sido un alivio que Mr. Dun se jubilara del ferrocarril.

—Sí — admitió Mrs. Dun, y lo hubiera hecho en un tono más alto si no se lo hubiera impedido una flema. Cuando pudo liberarse de ella dijo abruptamente—: Al principio nos costó acostumbrarnos. Después fue un alivio. Oír sus botas... Antes yo pensaba: cualquiera puede llegar y matarme en pleno día. Suele ocurrir a menudo.

El parlamento había sido muy largo para ella. Mrs. Poulter estaba asombrada. Asombrada de su contenido. Pero no hizo comentarios. Sus labios estaban ligeramente entreabiertos, como cuando trataba de escuchar las dalias y no oía nada, salvo el verde y espeso silencio.

Cuando el autobús, saltando, las devolvió a la clara normalidad de la naturaleza —siempre se podía confiar en el autobús—, Mrs. Poulter agregó:

—Junto a nosotros están los vecinos. Los *señor* Brown, enfrente.

—¿Quién?

—Los dos hermanos. Dos mellizos.

—Oh —dijo Mrs. Dun, suspicaz.

—Dos señores jubilados. Como Mr. Dun.

—Nunca he oído hablar de ellos — exclamó vulgarmente Mrs. Dun, como si se hubiera irritado, igual que un hombre.

—Pero yo le he hablado de ellos... ¿O no? —preguntó Mrs. Poulter.

Mrs. Dun podría haberse irritado aún más si el intercambio de confidencias no se hubiese extendido entre ellas a través de la afranelada atmósfera del autobús. La vida privada de terceros actúa como cemento de la amistad. Los hermanos Brown bien podían sentar la amistad de las dos amigas.

—Ya los verá —dijo Mrs. Poulter— cuando venga a casa. Aunque el seto que tienen se ha puesto muy tupido. Es para tener más privacidad.

—Los setos son muy convenientes —manifestó mistress Dun—. No pueden verla a una. Por más que hay veces en que una querría que la vieran. Cuando alguien la tiene agarrada por el cuello.

Mrs. Poulter decidió no molestar.

—Los señor Brown tienen una veranda —dijo, y suspiró—. Sólo que es algo distinta.

—¿Cómo es?

—Termina en una cúspide.

—¿Ah, sí?

Mrs. Dun no podía creerlo.

—El viejo Mr. Brown —el padre: ellos estaban aquí antes de que llegáramos nosotros —, Mr. Brown me dijo que el frente era estilo clásico.

—¡No me diga! —exclamó Mrs. Dun.

Las palabras la ponían así de nerviosa.

—Desde luego, yo no lo sé — dijo Mrs. Poulter —, pero eso es lo que me dijo el padre. El había hecho construir el alero de la casa y lo había hecho hacer en forma de veranda que terminaba en un pico. Dicen que era un hombre muy educado.

No sin pasarse la lengua por los labios, añadió:

—Un empleado oficinesco.

—¿Un empleado qué?

—Trabajaba en uno de los bancos, y en sus ratos de ocio leía libros.

Mrs. Dun frunció algo.

—Vinieron de Inglaterra —dijo Mrs. Poulter— cuando los muchachos eran apenas unas criaturas.

Mrs. Dun se tranquilizó en parte.

—Con todo estos extranjeros que dejamos entrar hoy en día... —suspiró—. Admito que con los ingleses es diferente.

—Oh, Mr. Brown padre era un caballero — afirmó mistress Poulter—. Pero no era mejor que usted o yo.

Y se acercó a Mrs. Dun tanto como jamás hubiera llegado a hacerlo inclinando sólo la cabeza.

—Una vez Mr. Brown me dio un viejo impermeable para Bill. Mr. Brown estaba enfermo y no se le podía decir que no, pero Bill tomó el impermeable y lo tiró por la barranca.

Mrs. Poulter pudo sentir que Mrs. Dun vibraba de aprobación.

—Pero Mr. Brown era un buen hombre. En cambio *mistress* Brown —la madre de los dos muchachos— siempre parecía estar haciendo un favor. Incluso a su marido. También era buena, que conste, pero no perdía oportunidad de demostrar que se había sacrificando en vano.

—¿De qué modo?

—No puedo decirle exactamente. Era toda una dama. Nunca he visto hacer puntillas más primorosas. Algunas las metía en té, para variar un poco el color.

—¡Qué me dice!

Mrs. Dun estaba extasiada.

El autobús saltaba sólo suavemente ahora, rodando como los pensamientos propios. Como Mrs. Poulter había comenzado a ensombrecerse, su amiga sintió que su deber era por lo menos encauzarla.

—¿Qué se hizo de ellos —preguntó—, los padres de esos dos muchachos?

—Fallecieron —dijo Mrs. Poulter, callando algo—. Mister Brown fue el primero. Su esposa vivió un tiempo más. Los muchachos la cuidaban y procuraban que su madre estuviera cómoda.

—Eso es apreciar a una madre — murmuró Mrs. Dun.

Y Mrs. Poulter tocó suavemente los crisantemos blancos que protegía en su falda.

—¿De qué murieron? —preguntó Mrs. Dun, febril, súbitamente.

Mrs. Poulter había esperado poder evitarlo.

—Ella murió de algo incurable — dijo mirando por la ventanilla hacia los sólidos hogares—. Mr. Brown, según dicen estaba desilusionado de sus hijos. De Arthur por lo menos. Arthur había sido su favorito.

Mrs. Dun aspiró el aire cálido a través de sus encías de plástico y luego de la estirada membrana de su cuello. A pesar de todo, esperó.

—Arthur no es *muy* inteligente —confesó Mrs. Poulter; podía haber estado protegiendo a Arthur.

—Pero algo debe haber hecho. Para poder jubilarse.

—Sí —dijo Mrs. Poulter—. Lo pusieron a trabajar con Mr. Allwright. Trabajó toda su vida allí. Era bueno con los números, pese a todo. Sabía donde estaba cada cosa en los estantes. Sabía lo que la gente quería, a veces aún mejor que los clientes mismos. Arthur podía no haberse retirado si Allwright no hubiese muerto y su viuda no hubiera vendido el negocio. Aunque ella siguió un poco más con su hermana, Mrs. Mutton.

Mrs. Dun esperó, pero no pudo esperar lo suficiente.

—¿Cómo se llama el otro? —preguntó finalmente.

—Waldo — respondió Mrs. Poulter.

Los dientes de Mrs. Dun chasquearon. Cerrándose. Y ella dejó escapar un leve sonido de preocupación.

Luego dijo:

—¿Qué clase de nombre es ése?

—¡No sé! —exclamó Mrs. Poulter. Y suspiró antes de sonreír—: Uno de esos nombres que piensa la gente. El padre se llamaba George simplemente, pero supongo que mistress Brown habrá querido algo mejor, por lo menos para uno de los mellizos. Además estaban los libros. Mrs. Brown también leía. Como su marido. Siempre estaba con su crochet o un bol de garbanzos. A Waldo lo pusieron con los libros. Trabajaba en una biblioteca.

Mrs. Dun siseó. Estaba horrorizada. En esas circunstancias no se le ocurrió preguntar siquiera en qué biblioteca. Entonces recordó, y, algo estirada, dijo:

—Mi esposo estaba en la de Información. Era bueno con los horarios.

—Pues vea —dijo Mrs. Poulter impresionada por la lógica de su observación—, ¡ya tiene algo en común con los Brown!

Se puso a investigar la mejilla amarillenta y agrietada de su amiga, pero Mrs. Dun era demasiado discreta como para sacar provecho de la aprobación de alguien.

Toda Mrs. Poulter tenía color de paloma; sus formas hinchadas de una sustancia blandita, parecían invitar al afiler experimental. Que a menudo se hacía presente. A veces mistress Poulter sentía el impulso irrefrenable de sonreír a desconocidos, hasta que éstos empezaban a fruncir el ceño como respuesta. Era devota del Amor a Todas las Flores, cultivaba unas pocas para ayudarse económicamente y se las llevaba a un florista de Barranugli, aunque por lo general sólo cuando tenía demasiadas.

—¡Te están estafando! — solía gritar Bill.

—¿Pero qué puedes hacer? —contestaba ella—. ¡Si las usan para hacer coronas!

Su esposo hubiera escupido, si esto no ocurriera normalmente dentro de la casa.

—Eres una ingenua —decía en cambio.

—Y bueno, soy así — respondía ella.

—Deberías irte a vivir con esos vejstorios de enfrente.

—Los hermanos Brown valen mucho más de lo que aparentan — afirmaba ella defendiéndolos.

—¡Seguramente! —exclamaba su marido, hurgándose con la lengua el único diente que no lo había abandonado.

Todas las noches se sentaba dándole la espalda, tal como la vida parecía haberlo dispuesto, y cuando terminaba su vaso de cerveza —era muy moderado; en eso ella tenía suerte— su mujer colocaba un plato de comida frente a él, como desde atrás suyo.

—Son un par de engreídos sin esperanzas —refunfuñaba Bill, y luego regurgitaba—: ¡Malditos hermanos Brown!

Desgarrada, al ver las manos de su esposa endurecidas por el uso de la pala, ella decía:

—Otra vez has ido y te has roto la ropa. Mírate la manga

—¿Qué? — solía quejarse Bill, apartando el interés de su mujer con un movimiento de hombros—. ¿Para qué sirve esta ropa vieja si no es para romperse?

Las agresiones contra su persona difícilmente herían a mistress Poulter; el problema eran los ataques contra los demás. Los señor Brown, por ejemplo. Incapaz de decidir cómo ayudarlos, acostumbraba a llevarles un flan hecho al horno. Y se traía de vuelta la mayor parte.

Sentada en el agitado autobús, su propia caridad le hizo sonreír con un leve placer. Cuando de repente agarró a su compañera bruscamente del brazo.

—¡Mire! — gritó casi Mrs. Poulter.

Mrs. Dun se sobresaltó tanto que la plancha superior de su dentadura postiza cayó de su mandíbula y quedó por un momento junto a su compañera.

—¿Qué? —protestó.

Estaba asustada por el accidente. Dos veces, por lo menos, había soñado que la atropellaba un camión de mudanzas.

—¡De lo que estamos hablando! — gritó Mrs. Poulter—. ¡Los dos hombres! ¡Los dos hermanos jubilados!

Entonces Mrs. Dun reparó, molesta, en los dos hombres que caminaban trabajosamente, renqueando —no podía decirse que se tambalearan, o si era así sólo se debía a su edad y sus enfermedades— por lo que se tenía como pavimento entre Barranugli y Sarsaparilla. Lo extraño era que los ancianos hubieran surgido de ese modo tan repentino, aunque sólo momentáneamente, desplazando el paisaje suburbano, invadiendo la cavidad del estremecido cerebro de Mrs. Dun. Aún estaba sorprendida, naturalmente, por la atolondrada alarma de mistress Poulter. Podía haber sido eso. Pero casi podía oler a esos dos viejos. Uno con su tieso impermeable de hule, el otro con un espigado amarillento, y en ambos casos los abrigos llegando casi a los tobillos. Mientras renqueaban, o se tambaleaban, iban tomados el uno del otro de la mano. Era difícil decidir quién guiaba y quién era guiado. Pero uno de ellos era el guía; Mrs. Dun podía sentirlo. Sentía las escaras, las grietas que las toallas húmedas abrían en la piel de los viejos.

Varias de las jóvenes cercanas a las dos amigas habían salido de su adormecimiento con el alboroto armado por mistress Poulter. Pero no se reían. Era como si ya lo hubieran visto antes.

—¡Ahí tiene! —exclamó Mrs. Poulter mirando triunfal— mente a su amiga—. ¡Ni que hubiera sido preparado!

Estaba tan satisfecha que se reía. Pero no pudo conseguir que lo dicho fuera gracioso. Mrs. Dun había torcido su boca.

—Me ha sorprendido —dijo, y con acentuada reprobación—: Creí que me estaba previniendo por un accidente.

—A Waldo lo atropelló un auto —concedió Mrs. Poulter—. Una vez.

Era lo mejor que podía ofrecer.

—Yo nunca había visto a dos hombres caminando de la mano — murmuró Mrs. Dun.

—Son viejos —suspiró Mrs. Poulter—. Supongo que se les ha de ayudar. Además son mellizos.

—¡Pero dos hombres!

—Si es por eso yo nunca he visto a dos mujeres mayores que caminen de la mano.

El aliento roncaba entre los dientes postizos de Mrs. Dun.

—¿Quién era el más grande, el que iba adelante, el de la ropa de hule?

—Ese era Mr. Waldo. Pero yo nunca hubiera pensado que fuera grande. Es delgado.

—A mí me pareció grande.

—Arthur Brown sí es grueso. El más rechoncho.

Aunque los dos hombres ya habían quedado muy atrás, Mrs. Poulter miró por encima del hombro. Como queriendo confirmar algo. '

Los viejos volvieron a surgir en la mente de Mrs. Dun, pero lo que vio le pareció odioso.

—Venga a mi casa alguna vez —invitó Mrs. Poulter — que ellos seguramente estarán por allí. En alguna parte. Ocupándose de alguna pequeñez detrás del seto.

—No quiero saber nada de eso — decidió Mrs. Dun. Y a continuación preguntó—: ¿Y esos perros tan tristes? ¿Pertenece a los señores?

—Sí, son sus perros. Están muy ligados a ellos —dijo firmemente Mrs. Poulter.

—Qué cosas más viejas y repugnantes —opinó mistress Dun—. Odio a *los* perros. Muerden.

—Uno de ellos muerde — debió admitir Mrs. Poulter —. *Runt*. Pero los han tenido tanto tiempo... Son tan viejos como ellos. Tan viejos como pueden ser los perros.

El autobús tembló.

—Entre nosotras —balbuceó Mrs. Poulter—, a mí tampoco me gustan los perros. Pero ¿qué se le va a hacer?

Mrs. Dun no contestó, y eso pareció darle ventaja.

—¿Tiene usted familia, Mrs. Dun? —preguntó Mrs. Poulter con una formalidad que hacía inobjetable la pregunta.

—Tengo una sobrina —dijo Mrs. Dun.

—Ah —comentó Mrs. Poulter—, una sobrina es algo muy lindo.

Trató de arreglar alguno de los pétalos doblados de los crisantemos blancos. La agitación no les había favorecido en nada.

—Bill y yo estamos solos ahora. No tuvimos hijos —declaró luego—. Sólo uno o dos parientes en el norte. Pero creo que ya han muerto. Es Bill el que escribe las cartas. Si alguna vez viniera uno de los parientes —algunos de ellos han venido una o dos veces —, Bill arreglaría el fondo del jardín.

Los pétalos de los crisantemos blancos estaban, según parecía, más allá de toda reparación.

—Usted baja ahora, ¿no? —preguntó Mrs. Poulter.

—Sí —dijo Mrs. Dun, y—: sí.

En High Street el abultado autobús comenzó a vomitar sus coloridos bocados.

—Me pregunto qué estarían haciendo esos dos viejecitos tan lejos de Terminus Road — comentó Mrs. Poulter alimentando su curiosidad mientras esperaban que las arrastrara la cola de gente.

—Usted se pregunta lo que están tramando algunas personas — señaló Mrs. Dun.

—¿Cómo dice?

—Lo que la gente está tramando. Porque realmente traman. No hay más que leer los periódicos.

—Pero, ¿dos respetables caballeros como-los Mr. Brown? Probablemente sólo estuvieran dando un paseo para activar la circulación.

Mrs. Poulter se había puesto de color malva.

—De todos modos — agregó — lo que la gente piensa es privado. Yo no querría saber ni lo que ocurre en la mente de mi propio marido.

Aunque Mrs. Dun sí podría haber querido saberlo, sugirió que no era así, haciendo un gesto con el mentón.

—Yo nunca fui buena — afirmó — ni para ser reservada ni para ocuparme de mis propios asuntos.

—¿No tengo razón entonces? —continuó Mrs. Poulter, aún en voz muy alta y aún de color malva.

Especulando en el autobús, Mrs. Dun se preguntaba si, en primer lugar, había hecho bien en aceptar la amistad de mistress Poulter.

—En cuanto a esos hombres —dijo Mrs. Dun—, no me importan.

—A mí tampoco me importan —coincidió Mrs. Poulter.

Pero la situación le dio ganas de llorar. Y Mrs. Dun se daba cuenta de ello. Sentía que ella misma tenía piel de gallina. Mientras esperaba para escapar del sofocante autobús, los familiares rasgos de su ciudad comenzaron a ondular extrañamente a través del vidrio. Como esa cosa que le ponían a una para medir la presión en el brazo. Tampoco ayudaba a ninguna de las dos damas saber que la otra pudiera estar absorta.

—Es que esos dos hombres suyos tenían un aspecto, un aspecto de. — Pasó por alto lo que era demasiado para ella.

—¿Sí? — alcanzó a decir la voz de Mrs. Poulter.

Sus labios se separaron en sus mejillas color malva. Sus ojos estaban muy líquidos. Era como si estuviera a punto de tragarse una comunicación largamente anhelada mientras que en parte temía atragantarse si lo hacía.

Pero Mrs. Dun no podía obligarla. Su cuello se irguió bruscamente, sus arrugas se cerraron, y Mrs. Poulter, encrespando sus crisantemos, informó en un tono de voz neutral:

—Después de haber dejado las flores, generalmente voy a la cafetería y tomo un café. Es muy reconfortante en las mañanas frías.

—Sí — dijo Mrs. Dun —. O una leche malteada. Yo siempre voy a tomar leche malteada.

—Ponte el abrigo y salgamos a dar un paseo —decidió por último—. O si no te quedarás sentado aquí, empollando.

—Sí —dijo Arthur—. Empollando.— Pero se quedó sentado, y podía haber seguido así, en esa vieja silla de cuero con el asiento reventado, en donde el invierno pasado habían anidado ratones, y con la madera arañada por los perros cuando se alzaban para reclamar su derecho de afecto. Arthur estaba sentado en la silla de su padre.

Waldo trajo los dos abrigos. Ayudó a Arthur a ponerse el suyo. Waldo trató el viejo paño de punto con cierta dureza para demostrar que lo que estaba haciendo había sido dictado por el deber y el sentido común. Colocó muy derecha en la cabeza de Arthur la gorra que hacía juego con su abrigo. De todos modos ése era el ángulo en que Arthur usaba su gorra. Waldo sentía verdadero alivio de que el cumplimiento del deber lo hubiera liberado finalmente a él. Pero el deber era honesto, en vista de lo cual desconfiaba de los lagos de sentimiento tendidos por el inagotable tweed. (Era aquella excelente tela inglesa que había sacado de entre las cosas desechadas por el tío Charlie, algunas de las cuales duraban interminablemente.)

—Cuando llegan las enfermedades hay mucho que perder, sin hablar de la imaginación —advirtió Waldo.

Mientras se ponía su propio abrigo miró la cabeza de su hermano, las greñas de cabello que caían desde debajo de la gorra de tweed. Muy blanco. Waldo podía haber considerado la palabra «plateado», pero la rechazó por respeto a la literatura y la verdad. El cabello de Arthur era, en realidad, de ese blanco dudoso con manchas color tabaco dejadas por el rojo que se había escurrido de él. No como el de Waldo. El de Waldo era ralo y de un color gris sucio.

Arthur seguía sentado.

Y los dos perros viejos, poniendo en marcha sus frágiles patas, olvidados de sus débiles músculos, observaban a través de ojos lechosos. Uno de ellos — era *Scruffy* — había rasguñado una vez la rodilla de Arthur. Los perros emitían pequeños gemidos gozando por anticipado. Se conformaban fácilmente.

—¿De veras te sientes mejor? —preguntó Waldo, tan repentina y quedamente que Arthur lo miró y sonrió.. —Sí, Waldo —dijo Arthur, y—: Gracias.

—Las más de las veces los dolores en el pecho son indigestión. Tragamos muy rápido con este tiempo frío.

—Sí, Waldo, indigestión.

Entonces, el más viejo de los dos perros, el del hocico más blanco y los ojos de mármol más lechosos, levantó la cabeza y dio dos bostezos sin edad y sin sexo. El segundo de los perros echó a correr por las tablas del piso, con las patas bien separadas.

Waldo guió a su hermano Arthur, como tantas otras veces, a través de la parda oscuridad de la cocina. La luz fría y los olores parecían haber tomado cuerpo en ella. Sin embargo, aquí estaban estas dos criaturas humanas, dependiendo de su costumbre de las cosas materiales mientras se dejaban llevar por la vida. Si la costumbre les proporcionaba materia, reflexionaba amargamente Waldo, era algo más que la costumbre lo que los unía.

Algunas personas habían transformado en una virtud situaciones similares: si se los veía desnudos eran idénticos; él había observado que algunas chicas se cambiaban sonriendo los colores que las distinguían para confundir a sus amigas; y algunas señoras mayores, elegantes, con vestidos de lunares y sombreros iguales, parecían haber sobrellevado lo que más que una relación era un arnés.

Pero no los Brown.

Waldo sentía la mano grande y carnosa de su hermano junto a la suya, más fría y delgada, mientras caminaban a tropezos, vacilando, entre la hierba y lo que quedaba del sendero de ladrillos. El viento empujaba hacia adentro las razones, hacia la carne. Los hermanos debían, como siempre, reducirse al hábito. Pero tropezaban, aún así.

Sólo los viejos y ventrudos perros parecían convencidos de los mansos placeres que disfrutaban, retozando y ventoseando, si bien parecían algo irritados el uno con el otro. Uno de ellos — *Runt* — apoyó su pata sobre un andrajoso repollo y casi perdió el equilibrio.

Waldo vio que su hermano respiraba profundamente.

—¿Qué dirección vamos a tomar? —preguntó Arthur.

—Sólo hay una.

—Sí — dijo Arthur —, ¿pero después de Terminus Road?

—Bueno, la calle principal, en dirección a Barranugli.

A veces Waldo solía mirar a su hermano, tratando de recordar cuándo se había dejado llevar por él la primera vez. Pero no podía.

—¿Por qué la calle principal? —preguntó Arthur, que hoy estaba irritable.

Extendió hacia afuera sus labios rojos y carnosos, pero de ningún modo sensuales.

—Porque yo quiero ver vida — contestó brutalmente Waldo—. No querrás negarme eso.

Arthur dijo que no.

Entonces Waldo se sintió herido. Siguió andando, este hombre flaco con un sombrero rígido de fieltro gris y ala vuelta hacia abajo. Lo que debía haber contestado, por supuesto, era: «Porque si pasara algo en alguna de las colinas, en la calle principal siempre habría muchos automóviles para detener». Le deprimía no haber podido decirlo.

—Yo prefiero las calles laterales —dijo Arthur—. Se puede ver el hinojo.

Tenía dificultad con las palabras, debía rumiarlas para que salieran, pero cuando lo hacía allí quedaban, sólidas y eternas.

Se oía el sonido del grueso impermeable de Waldo, al que nada libraría de los tiempos que se habían metido en él. Solía engancharse en diversas cosas y él siempre esperaba oírlo romperse. En ese espinoso, por ejemplo. Que no había crecido. Arthur le había aconsejado que no lo hiciera — hacía mucho calor en Sarsaparilla—, pero Waldo había plantado el arbusto. Para demostrar algo.

Por el ruinoso camino, el impermeable de Waldo consiguió eludir las espinas del arbusto. El viento podía haber cortado la piel de los hermanos Brown si no hubieran estado protegidos por sus pensamientos.

—Podríamos llamar al médico si te parece — dijo Waldo cautelosamente—. Podríamos cruzar hasta lo de los Poulter, aunque no me gusta pedir favores ni quedar endeudado con nadie.

—No. No.

Arthur habló muy rápidamente. Parecía que el tiempo lo apartaba velozmente de las causas del dolor. A veces Waldo envidiaba a ese hermano que no parecía haber experimentado — aunque debería haberlo hecho — la sustancia tosca y abrasiva de que estaba compuesta la vida.

«Hermano mío», acostumbraba a susurrar Waldo, a veces bastante indulgentemente, e inmediatamente se transformaba en el hermano varios años mayor, en vez del menor por unas cuantas horas. Waldo podía modular su voz, más para impresionar que para agrandar. Esa voz de

tenor, más bien fina, de la que sus padres habían estado orgullosos y a la que Dulcie Feinstein había acompañado (al piano) durante los primeros entusiasmos del descubrimiento. Los hombres, los hombres insensibles, retrocedían a veces ante las sedosas declaraciones de la voz de Waldo.

La voz de Waldo y el cabello de Arthur. Como solía decir la madre. (Debió haber sido «la *inteligencia* de Waldo», él lo sabía.)

Bordeando frágilmente el sendero para sortear los irregulares ladrillos, empujando ahora a Arthur, a quien le gustaba que le dieran el gusto haciéndole creer que él era el guía, Waldo no podía evitar mirar fijamente el cabello de su hermano, fascinándose, cuando soplabla el viento, ante la fugaz imagen de la piel rosada que había detrás. Esa cabeza podía haber hecho ostentación de limpieza si no hubiera sido por su inocencia y por el hecho de que Waldo sabía que Arthur, en muchos sentidos, no era exactamente limpio. Cada tres semanas Waldo lo hacía sentar en un taburete en la puerta de atrás de la veranda, detrás del vidrio, detrás de los rasguños de las rosas, para cortarle el pelo, y con el cabello frente a él y luego deslizándose y cayendo por entre sus dedos, el peluquero siempre se preguntaba por qué le daban esos temblores, por qué le disgustaba el olor de sus mocos al respirar por su nariz fina, mientras el pelo yacía sobre el piso de madera, en mechones muertos y nudos más vivos, muy vieja y femeninamente, casi obscenamente, suaves. Había sido mucho más áspero cuando Arthur era un muchacho.

Pero Arthur había crecido y había sido un hombre grande y fuerte. Aún lo era, en realidad. Era Arthur el que alzaba las cosas pesadas. Sus músculos se habían conservado jóvenes, tal vez porque su ingenio no había sido muy poderoso.

—Esta puerta — estaba diciendo Arthur suavemente — se vendrá abajo en cualquier momento.

Suspiros.

Tenía razón. Waldo desvió su mente de cualquier indicio de hierros oxidados o madera podrida. Sin éxito, no obstante. Su vida estaba trazada sobre moho verde; los detalles más profundamente personales eran los más conocidos.

Tocó la puerta con un dedo libre. Y la puerta se abrió. Otra vez.

Ninguno de los hombres de la familia había sido habilidoso. La madre tampoco. Pero se había dado maña con los grifos, mientras los chicos miraban esperando que no le fuera a saltar mucha agua en la cara. «¿Voy a buscar a papá?», preguntaba Arthur. Pero ella no lo creía necesario.

El viento dispersaba el cabello de Arthur y jugueteaba vanamente con la puerta.

Súbitamente, el olor de la madera pudriéndose y de los hongos fríos penetró en la nariz de Waldo.

El apenas podía soportar, a la vez que lo necesitaba intensamente, el herrumbroso crujir de su memoria. Si Arthur hubiera sido, digamos, un perro, podría haberle tocado la parte de atrás de la cabeza. Ese cabello.

Pero Waldo Brown, aunque los tuviera, no era partidario de tocar a los perros. Decía que eso les daba un sentido equivocado de su importancia.

—¿Pero por qué, Waldo? — insistía Arthur—. A mí me gusta tocar a los perros. Si tú lo permitieras, me gustaría tener por lo menos a *Scruffy* en la cama.

La mitad de las veces era inútil el explicarle algo a Arthur.

—Esta puerta — dijo Waldo — nos sobrevivirá a los dos.

—Eso espero — rió Arthur—. Sería tremendo si no fuera así. Nadie pondría otra. ¿Te acuerdas de cuando me corté la mano con el serrucho? De todos modos trataría. Otra vez. Probaría.

Esto era muy débil, muy tonto. Waldo Brown tomó a su hermano de la mano al entrar en Terminus Road.

—Probablemente Mrs. Poulter esté haciendo ramos con las flores. La he visto juntarlas — dijo Arthur—. Crisantemos blancos para el día de la Madre.

Waldo no hizo comentarios. Ya estaba muy cansado.

—Si vagamos un rato esperándola, tal vez salga — sugirió Arthur—, y entonces podríamos tomar juntos el autobús.

—No — contestó Waldo.

Sus pasos cortos y varoniles emitían crujidos. Caminaba cuidadosamente, acompañado del sonido de su impermeable, planeando de antemano dónde pondría sus pies.

En tanto que Arthur no estaba precisamente contento sino. —m que más bien andaba pesadamente, chapoteando, mientras cierta contrariedad, de origen femenino, se agitaba en su cuerpo grande de hombre viejo.

—¿Pero por qué, Waldo? Si ella es tan buena vecina.

«Me gusta mucho Mrs. Poulter; es una joven muy bondadosa y digna de confianza», solía decir la madre. A puerta cerrada. Waldo recordaba estar sentado a solas con su madre en el comedor, en el centro de la casa, mientras Mrs. Poulter rondaba gritando: «No querría importunar, Mrs. Brown, ni a usted ni a ninguno, pero si le viene bien Mr. Brown podría emplear al guadañero cuando quisiera, siempre que Bill esté en el Ayuntamiento». Y él y su madre seguían escondidos, en complicidad, por así decirlo, porque nunca se hablaba acerca de esto. Para la madre Waldo era oficialmente su favorito, Arthur su deber.

Arthur había sido el favorito del papá; al principio. «¿Quién viene a buscar este cucurucho de helado?» «Waldo no, George, porque le hace salir granitos.»

—Me gustaría saber por qué es tan terrible Mrs. Poulter.

Arthur, jadeante, temió venirse abajo, pero se salvó cogiéndose del impermeable de Waldo.

—Yo no digo que sea terrible.

—Si no lo dices es probable que te emponzoñes — observó Arthur, y rió ahogadamente.

Algunos de sus comentarios eran como los que debían desmigajarse junto con las tartas de harina de maíz en las bocas de las señoras gordas.

—Son las astillas las que emponzoñan — contestó Waldo graciosamente.

—Tal vez — dijo Arthur, y volvió a reír ahogadamente.

Por ser hermanos, y además mellizos, compartían los secretos más cálidamente de lo que parecía.

Los dos viejos perros se quedaron la mar de tiempo entre unas bostas de vaca frescas y unos montículos de hierbas. Gruñían continuamente proclamando su placer y su virilidad.

Arthur estaba pensativo.

—Deberías escribir algo sobre Mr. Saporta.

—¿Qué diablos te ha hecho pensar en Saporta?

—Los he visto.

Arthur calló, embarullado.

—¿Cuándo? ¿Cuándo, Arthur?

Arthur había empezado a hacer pucheros. —Hace tiempo, creo.

Waldo pareció desviar su rostro de alguna cosa. Luego dijo claramente, pronunciando entre sus propios dientes, con su voz fría, articulada y

nítida:

—No quiero pensar en los Saporta. El sol brillaba en el oro de sus gafas de tal modo que la piel que había bajo sus ojos se tornaba de un color violeta desteñido.

—¿Qué te ha hecho pensar en Leonard Saporta? —preguntó más amablemente.

—No lo sé — rezongó Arthur.

Pero no con mal humor. Arthur no era jamás lo que se dice malhumorado; lo que pasaba era que a veces los pensamientos más difíciles estorbaban si provenían de él. —Supongo que fue Dulcie —dijo finalmente. Waldo continuó haciendo crujir bajo sus pies la descuidada superficie de arbustos de Terminus Road. Muy pronto llegarían al pavimento.

— *Pero* Leonard Saporta es un hombre tan ordinario... No tengo nada contra él. Pero ¿por qué debería escribir acerca de él?

Las señoras que lo visitaban preguntaban por los escritos de Waldo como si éstos fueran una enfermedad, o una extensión más terrible, más esotérica de los juegos de niños.

—Leonard Saporta no tiene nada —dijo Waldo— sobre lo que uno pueda *escribir*.

Arthur caminaba mirando las piedras. —Bueno —dijo cautelosamente—, si me preguntas cuál es mi opinión...

A veces Mrs. Poulter se lo preguntaba. —...te diré que la gente simple es más... Puso los labios en forma de trompeta. —...más transparente —no gritó. Pero Waldo quedó ensordecido.

—¿Más transparente?

Le parecía odioso. Podía haber dejado caer ese trozo gordo que era la mano de su imbécil hermano.

—Sí — afirmó Waldo —. Quiero decir que se puede ver a través de ellos directamente lo que a uno le interesa. Entonces puedes escribir acerca de ellos, si es que puedes escribir, Waldo... ¿o no? Quiero decir, no importa acerca de qué escribas, siempre que digas la verdad sobre ello.

Scruffy y *Runt* habían avistado un conejo.

—¿Tú que sabes?

Waldo desgarró la frase entre sus dientes.

—No —dijo Arthur.

—Tú siempre fuiste bueno con los números —debió admitir Waldo.

Oprimió la mano venosa y azulada de su hermano mellizo.

—Sí. Eso fue muy útil, ¿eh? — recordó Arthur —. Hasta Mrs. Allwright, que no me quería, admitía que era útil.

Waldo andaba a paso largo ahora. Las grandes solapas de su ruidoso impermeable se habían abierto sobre su pecho angosto; sus piernas iban calzadas en un par de botas de goma. Su bragueta estaba manchada con grasa, desde una remota ocasión, en la cocina.

—¡Ah! —exclamó angustiado Waldo Brown—. ¡No he podido expresar ni la mitad de lo que hay en mí para expresar!

El pesado de Arthur tenía que correr para ponerse a la par de su hermano. El también se quejaba.

—No te preocupes — gimoteó —. Hay tiempo, Waldo, ¿no te parece? Todavía hay tiempo. Puedes escribir sobre mister Saporta y las alfombras, y sobre todo el hinojo de las calles laterales.

Justo entonces Mr. Dun se asomó por entre las estacas sobre las que había estado colocando sus garbanzos. Sin embargo, apartó su mirada rápidamente de lo que vio.

Waldo Brown percibió que una cara pequeña y ruin los reconocía.

—Una de las alfombras —sollozó Arthur— tenía, justo en el centro, lo que yo llamaría un mandala.

Waldo no podía caminar muy rápido. Originalmente había esperado tener compañeros intelectuales con quienes intercambiar los clásicos de la colección Everyman y tocar Schubert después del té.

—¡Vamos! —refunfuñó.

Odiaba a su hermano.

Mr. Dun, que había terminado de mirar, se irguió de espaldas.

—No nos miraba a nosotros. Por lo menos no directamente — dijo Arthur.

—No hace tanto que vive, aquí como para conocernos.

—Pero yo sí lo conozco.

—Eso es diferente.

Los hermanos Brown ya casi habían salido de la abundante vegetación de color neutro, los grumosos parques de Terminus Road, camino al mundo en el que vivía la gente, no los Poulter, ni los Dim, ni ellos mismos, sino familias que usaban la ropa que se anunciaba, que pertenecían a diversas asociaciones, concurrían a logias, y no temían a los artefactos eléctricos. Waldo anhelaba secretamente los edificios, hasta un punto en el que su amor se había transformado en odio. Tendría que controlarse, como siempre había sabido controlar, a sí mismo, a sus padres, sus colegas... y a su hermano.

Ahora, al escuchar su propia respiración unida a la de Arthur y al comprender cómo ambas podían sorprender a un extraño, le pareció conveniente aconsejar:

—No va a servir de nada no recordarte que tu corazón puede empezar a traer problemas. Cuando dije que no te quedarás empollando, era para que *no te quedarás empollando*. No basta con que te cuides.

Arthur trotó un poquito y su cabello aleteó sobre su cuello. Obviamente estaba pensando en lo que su hermano trataba de inculcarle. Pero podía ser que Arthur no se dejara influir por la razón, o que la razón no se ocupara de él.

—Razonablemente razonable — dijo, y frunció el ceño —. Si no se cuida, el camión se volcará y todas las coliflores sé van a aplastar.

Pese a su carácter uniforme, a veces sufría de ansiedad. Pero en seguida se recobraba,

—Si no me hubiera jubilado, después que tiraron abajo la tienda podría haber ido y trabajado en la estación de servicio. Me gustan los coches, cuando no se desvían. Cuando están quietos. Y pagan tan bien que podría haberte mantenido. Si hubiera empezado a tiempo os podría haber mantenido a todos.

Así, hubieran podido sentarse a cenar en uno de los edificios, «Una cena caliente en mitad del día, con la excepción de que todos deben volver a trabajar, tiene sus ventajas — solía decir el papá —: a la noche uno puede poner los pies en alto y leer.»

Waldo se mantenía tan rígido que Arthur debía notarlo en su mano más floja. Pero no lo demostraba. Estando tan cerca no es fácil darse cuenta de muchas cosas.

Waldo soltó su mano por un momento. El viento que se colaba detrás de sus gafas había irritado sus ojos más bien claros. Hacía muchísimo tiempo, pensaba, desde que se había visto por última vez sin gafas; apenas podía recordar el rostro, casi infantil, que tenía de joven. Sólo lo sentía. Y esto, aunque menos concreto, era más doloroso. En circunstancias más normales sólo había tenido las cicatrices que el acné había

dejado en la parte de atrás de su cuello.

—Estos son nuestros mellizos — explicaba la madre acariciándoles el pelo—. Sí, Waldo es el menor. Ha tenido sus cositas. Pero ya está mejor. ¿No es así, Waldo? Ahora estás fuerte.

Waldo había oído esto tantas veces que no siempre respondía.

—No, no hemos tenido otros.

La madre podría haber llegado a gruñir si no hubiera sido enseñada a guardar la calma. Era lo que la gente llamaba «blanda», o inglesa. No se entregaba con los demás, lo cual NO ES BUENO si se está en un país que no es el propio.

—Bueno, dos es bastante, me parece — opinaba riendo —

Especialmente cuando la topa comienza a quedarles chica. Y se enferman.

Se desentendía de estas preguntas con un gesto como de duda, contestando con su voz aguda, serenamente educada:

—¿Quién sabe? Después de todo tampoco pensé que fuera a tener mellizos.

Waldo sabía, por lo que había llegado a enterarse, que no habría más hijos de ninguna combinación.

Por lo general el papá era más específico, especialmente respecto de las enfermedades.

—Nació con algunos órganos alterados. Tuvo que intervenir el médico para que naciera. Por eso es que Arthur tuvo cierta ventaja sobre él.

Así, el crecimiento de Waldo fue al principio delicado. Era lo que se esperaba. Cuando se resfriaba no salía de casa y la madre le enseñaba los nombres de las plantas. Había cierta luz, de un color verde pálido, enfermiza, que le ponía siempre triste: la luz de las plantas y el esperar que Arthur regresara de la escuela. Porque, con todo lo que le gustaba rondar por la casa acariciando los muebles y descubriendo libros que no terminaba de entender, se sentía perdido sin su hermano. No hubiera podido explicar esto, y menos que a nadie a él, que seguramente lo sabía.

—Arthur es el pelirrojo, el cabecita de fuego — acostumbraba a decir el papá, estrujando los cabellos de Arthur como si en vez de cabellos fueran otra cosa.

La gente decía que Arthur era un chico bien parecido. Aún si la palabra no se hubiese dicho, Waldo no hubiera reconocido belleza en Arthur, pero se entretenía en observar detalladamente a su hermano. La piel de Arthur, rojiza en donde estaba expuesta, adquiría en las partes cubiertas un misterioso tono blanco azulino.

Era casi comestible. A veces Waldo hundía su cara en la curva del cuello de Arthur sólo para sentirle el olor; entonces Arthur le daba un puñetazo y los dos empezaban a golpearse, para ahuyentar toda vergüenza a la vez que por el placer de hacerlo.

Había muchos juegos y pretextos de ese tipo. Otras veces, en las tardes de luz enfermiza, antes de que regresara Arthur, Waldo se miraba en un espejo cóncavo arrojándose lentamente a él, viendo cómo su cara se agrandaba cada vez más y su boca crecía en el cristal ondulado hasta tragarlo o dejarse tragar por él. Hasta que escuchaba caer los libros de Arthur en el suelo de la cocina; Arthur nunca se había preocupado por los libros. Waldo se apartaba inmediatamente del beso del espejo y corría al encuentro de su hermano. A él nunca lo besaba, ni siquiera cuando alguien trataba de que lo hiciera, o por lo menos no podía recordar haberlo hecho. En cambio ambos luchaban entre sí, reían juntos, y hasta su respiración parecía íntimamente unida.

Al principio el papá solía decir:

—Arthur tiene tanta fuerza que terminará siendo luchador. O alguna otra clase de atleta.

Como si en ese momento viera a su muchacho lanzando el martillo o una jabalina. Igual que los que aparecían en los periódicos. Porque el papá nunca iba a ver los deportes. «Si uno se toma el trabajo de inventar dioses — decía —, después no quiere verlos convertidos en sudorosos despojos de seres humanos.» Algunas veces, después de haber vuelto a casa desde el banco, les leía cosas sobre los griegos. Se sentaba, desordenaba distraídamente los cabellos de Arthur, y Waldo sólo escuchaba a medias lo que decía. Que Arthur hubiera entendido, o que hubiera captado siquiera un poco, era algo que Waldo no sabía; tampoco lo preguntaba, porque era mejor no saber con certeza cuánto, o cuán poco, entendía su hermano.

Todas estas lecturas de mitos griegos iban en realidad para Arthur, que al principio había sido el preferido del papá. Pero hubo un momento en que Arthur pareció morir para su padre. No fue tanto que hubiera dejado de recibir su dosis de cariño como que, más bien, pasara a ser algo así como un perro que se tenía en la casa. Había que cumplir ciertas obligaciones con él, porque se lo tenía allí, y porque él no se bastaba a sí mismo.

Y Waldo. Nunca hubo dudas sobre la falta de cariño o el desinterés del padre hacia Waldo. Lo trataba como a una persona cualquiera. Pero Waldo había nacido con su misma cabeza pequeña, con ese rostro que, de mediar un mínimo afecto, podría haberse dicho marchito. En efecto, las cabezas de padre e hijo parecían talladas en escala menor y donde ganaban en parecido era en los párpados — no así en los ojos —, y en sus cabellos de color cabello, y sus labios finos que tendían a desaparecer en los momentos de amargura o sufrimiento. El sufrimiento físico, sin duda, era algo que rara vez había experimentado Waldo después de su temprana niñez. Pero probablemente el papá sufriera sin decirlo o expresando sólo indirectamente su dolor. Ahí estaba su pierna, su pie. A menudo los extraños, y los chicos siempre, se sorprendían con la bota de George Brown, algo en lo que difícilmente reparaban los miembros de la familia. La bota había caído en la misma categoría que el mobiliario heredado.

Una tarde Waldo estaba apoyado en la puerta de entrada observando a su padre, que bajaba con su cojera habitual por Terminus Road, al final de su viaje de regreso desde el banco. Era uno de esos vaporosos meses de verano. «Qué amarillento y horrible te ves», pensó Waldo.

Mientras caminaba, el papá llevaba los labios ligeramente entreabiertos. Movía uno de sus hombros dentro de la chaqueta peleando por conseguir mayor comodidad. Ver allí a Waldo era algo que obviamente no había esperado. Pero tenía que hablar, e inmediatamente; de otro modo hubiera sido raro.

Así, el padre se humedeció los labios y dijo lo primero que le vino a la cabeza.

—¿Dónde está Arthur? —preguntó.

Waldo no lo sabía. O mejor dicho, sí lo sabía. Arthur estaba en la cocina con la mamá, que le había permitido amasar la pasta.

El papá empezó a chapurrear, poniendo sus labios hacia afuera como para alcanzar algo que le era negado. Luego se dio cuenta. Se inclinó y besó a Waldo. Waldo lo besó. O tal vez sólo tocó con sus labios la mejilla de su padre, que, a pesar de la viscosa tarde veraniega, estaba más fresca que la piel de cualquier otra persona que él recordara. Fue todo un impacto descubrirlo, a través del olor a transpiración y a hierbas pisoteadas. Mientras tanto, Waldo y su padre seguían parados, mirándose.

Así, Waldo adoptó la actitud de un extraño, pero de un extraño que sabía demasiado.

Quiso disculparse, no obstante, tanto en ese momento como más tarde. Entonces, para rectificarse parcialmente, mientras caminaban por el sendero de ladrillos dijo:

—Arthur está en la cocina haciendo unas cosas para mamá.

Quizás también el papá haya querido suavizar alguna posible herida. Puso su mano sobre el hombro de Waldo, transfiriéndole de ese modo su cojera. Cojeando trabajosamente, como si los dos fueran un mismo cuerpo, recorrieron todo el camino hasta la veranda del frente.

Poco después, cuando el padre estuvo sentado en el borde del viejo sillón —haciendo una pausa, que es como solía describir su pesado derrumbarse—, salió Arthur. Pero para ese entonces el aspecto del papá no era tan miserable. Hubiera sido diferente si en la puerta de entrada, cuando él cojeaba calle abajo, hubiera estado apoyado Arthur. Ahora, Waldo observaba atentamente.

La mamá y el papá solían observar a Arthur, por lo menos hasta cierta etapa. Al principio, parecía, no habían podido ver muy hondo en él, mientras Waldo, que sí podía, y que ya se había acostumbrado a lo que había encontrado, podía haberles contado. El pelo de la madre había comenzado a agrisarse muy pronto. Ella acostumbraba a sentarse en la veranda del frente, haciendo girar la alianza en su dedo. A todos ellos les gustaba estar reunidos allí, especialmente después de que hubiera llegado el Meridional. Cierta vez, mientras soplabla el Meridional, el padre giró su cabeza bruscamente hacia el viento y comentó:

—Prácticamente, ésta es la satisfacción más barata de las expectativas de cualquiera.

Esta era la clase de observaciones que subyugaba a la madre. Era por comentarios como éste que se había casado con alguien de menor rango social.

Por eso los chicos fueron educados para esperar el Meridional, y después que el papá tuvo el desencanto con Arthur, el Meridional contribuyó incluso a mejorar la situación. La madre nunca llegó a desilusionarse hasta ese extremo porque, si quería, podía afrontar la verdad en toda su crudeza. Mucho después de que todos se hubieran dado cuenta, ella trataba de convencerse de que Arthur era un genio a la espera de ser descubierto. Pero el papá no se dejó engañar, y mucho menos Waldo. A Waldo le parecía imposible que hubiera otro genio en la casa.

Era indudable que Arthur había nacido con un don especial para los números. No era necesario rogarle para que diera una mano en pesos y medidas. También le gustaba ocuparse del pan y la manteca hasta, finalmente, llegar a hacerlos él mismo. El papá se había llevado un disgusto. Había dicho que un varón no debía hacer esas cosas, pero la madre había estado de acuerdo, como si la destreza de Arthur con los números no fuera suficiente; parecía querer convertir la fabricación de la manteca y el horneado del pan en cierto tipo de rito solemne.

Cuando a veces preguntaba si él también podía apretujar la manteca o amasar el pan, Waldo recibía la misma respuesta:

—No. Eso es cosa de Arthur. El tiene una habilidad especial para hacerlo.

En una ocasión, Arthur, mirando el suero de manteca que chorreaba por entre sus dedos, rió y dijo:

—Es mi vocación, ¿no es cierto, mamá?

Waldo se había puesto más celoso por la palabra empleada que por el privilegio de Arthur. Se preguntaba de dónde la habría sacado. Porque las palabras no eran especialidad de Arthur. Era Waldo quien las coleccionaba, como si fueran sellos postales o monedas. Hacía listas de ellas. Les daba vuelta en su boca como confites. Y luego Arthur decía vocación como si tal cosa.

Una tarde, el papá, después de renquear a lo largo del camino que los separaba de la vaca panzona y de color manteca que tenían atada en un lugar del terreno, dijo mientras la ordeñaba:

—¿Ves? Este es un trabajo para un muchacho como tú, Waldo. Ya' es tiempo de que te enseñe a ordeñar a *Jewel*.

—¿Qué te parece?

—Creo que esto es parte de la vocación de Arthur—respondió Waldo.

Luego sacó de su boca el caramelo que estaba chupando, vio la curiosa forma que había adquirido, y se fue.

Y sucedió que Arthur, que era mayor y más fuerte, aprendió muy naturalmente a ordeñar a *Jewel*, enorgulleciéndose del esfuerzo que le costaba regresar a través de las matas de hierba, cargando el incómodo balde y procurando que la leche no se le derramara. Todas las tareas, en especial las de Arthur, se convertían finalmente en un misterio que el resto de la familia aceptaba. Incluso Waldo se daba cuenta de que se excedía en proteger de la profanación los ritos de su hermano. Pensando, por ejemplo, en que otros muchachos se enteraran de que Arthur amasaba la manteca u horneaba el pan. Waldo hubiera sufrido lo indecible.

Cuando el aplicado de Arthur ponía en práctica su vocación, Waldo solía observarlo, mitad con culpa, mitad con cariño. Las tardes de interior, con el aroma del pan y la sustancia blanca de la manteca, no eran menos míticas que una edad dorada sobre la que el papá les había leído en uno de sus libros.

Cuando estaban construyendo la casa, no ellos, los Brown — porque entonces los niños eran demasiado pequeños, al papá se lo impedía su dolencia, y, en cualquier caso, ninguno de ellos hubiera podido hacerlo nunca—, sino los hombres que habían persuadido para que lo hicieran, por muy poco dinero y estrictamente dirigidos, el papá anunció:

—Sé que no es más que una extensión para protegernos del tiempo, pero me gustaría que la parte superior de la veranda que da al frente sugiriera algo de la forma de un frontón griego.

La madre estaba a su lado, respaldando su opinión, pasando nerviosamente las cuentas de su collar.

—¿Comprenden? ¿Ven lo que les digo? —preguntó el padre a los hombres.

Temiendo que pudieran ser más estúpidos de lo que esperaba, contrajo los labios y su piel tomó el aspecto de un limón poroso.

Aun después de que mostrara el libro ilustrando su deseo, todos los demás quedaron paralizados por la duda.

—Fíjese, Mr. Allwright —sugirió—, lo que quiero, a lo que me refiero: un frontón en estilo clásico, ¿eh?

Porque el tendero, cuya mujer había sido la dueña de la tierra, los había entusiasmado desde el principio y los había llevado varias veces a ver el sitio.

—S-sí — repuso Mr. Allwright; y sonrió.

Era un hombre alto de gafas gruesas. Waldo y Arthur estaban fascinados por el sucio talego en el que guardaba el dinero.

Pero era obvio que nunca nadie entendería lo del frontón clásico. Las manos del padre, delgadas y amarillentas, temblaban sujetando el libro abierto.

—Mi buen Mr. Brown —dijo al fin servicialmente Mr. Allwright, cuando el asunto se puso embarazoso—. ¡Le daremos el gusto! Haremos que tenga lo que tanto le entusiasma.

Así, el frontón clásico comenzó a crecer gradualmente por sobre el alero, dando a éste la apariencia de un pequeño templo, apócrifo y no del todo proporcionado, erguido sobre la hierba pisoteada.

—¿Es esto lo que tenía en mente? — preguntó Mr. Haynes, retrocediendo con las manos hundidas en los bolsillos de su chaleco de cuero la tarde en que terminó oficialmente su trabajo.

—Más o menos —respondió el padre en voz baja y monótona.

Esa semana había habido revisión de cuentas en el banco.

Más tarde, cuando a los mellizos les dio por llamar «George Brown» a su padre, Arthur cariñosamente, Waldo con ironía y cierta suficiencia, solían recordarlo sentado en la veranda del frente, bajo el frontón clásico, cercado por las ramas de los cada vez más abundantes membrillos y con su tersa piel bañada en carmesí por las largas extensiones de la rosa trepadora. Las tablas de la veranda ya estaban carcomidas por el tiempo cuando él vivía, pero el diván-cama se conservó hasta mucho tiempo después, cediendo sólo el año en que los muchachos se jubilaron.

Pero al principio, cuando la casa estaba bien firme, olía a madera y era totalmente visible, acostumbraban a sentarse en la veranda como un

grupo familiar ligemente a Arthur ligerante a la madre hasta que se despertaba en la noche; ese hermano, que parecía mirar casi adentro suyo cuando ambos abrían los ojos sobre las almohadas gemelas por la mañana. Arthur no desistió. Contaba con su buen carácter de siempre. Después de dejar el balde se encaramó sobre la veranda.

—No hemos pensado de qué color pintaremos la casa — dijo súbitamente el papá, tan pronto como reparó en ello.

Como estaban dentro de la casa, la madre enhebraba cuentas.

—¿Qué color te imaginas, Annie? —preguntó el padre.

—¿Por qué yo? —repuso la madre irguiendo su largo cuello.

—¿Acaso no piensas?

—¿Pensar? —dijo ella—. ¡Claro! De eso me acusan.

—Pues debemos pintar de *algún* color. Rojo, verde, blanco.

Arthur empezó a reírse y a sacudirse.

Fue en esa época que Waldo decidió que todos los miembros de su familia eran incurables pero inevitables.

—O marrón^[1] — dijo el papá —. El marrón es un color práctico, Y muy apropiado para nosotros, ¿no?

También él se alegró, finalmente, por haber hecho un chiste oportuno.

—Marrón, sí; es un color práctico — comentó suavemente la madre, mirando sus dedos y sus cuentas.

A esta altura las grietas de sus dedos estaban de color negro, para no hablar de la tosca marca que había dejado la aguja en uno de sus dedos, que probablemente fuera el más interesante de todos.

Sea como fuere, cuando el dinero estuvo ahorrado, hicieron pintar la casa de marrón y el entorno lo aceptó plenamente, pues para ese entonces todas las demás casas eran de color marrón. Cuando sobre la vahorosa hierba la construcción tuvo su marrón intenso definitivo, el frontón clásico no fue ya tan lamentablemente notorio.

Fue *Waldo* quien alteró la paz.

— *Estoy pensando en escribir una obra de teatro* — anunció—. Va a ser una tragedia griega.

El padre irguió la cabeza como dando a entender su interés.

— *¿Cómo?* —preguntó—. Si nunca has visto una. Si ni siquiera *has leído* una.

—He *leído* una parte de una obra — repuso Waldo —. La *del* hombre — en la roca.

Era difícil saber si el padre estaba complacido o molesto. —Mejor aprende a vivir primero.

—No lo desanimes, George —dijo la madre, disfrutando las posibilidades.

Waldo comenzó a andar de un lado para otro. Nunca se dejaba disuadir fácilmente.

—La escribiré —afirmó—. Y después la interpretaré. Aquí, en la veranda.

Luego, Arthur, que había llegado cargando el balde lleno en su camino desde la vaca hasta la cocina, se detuvo y empezó a balbucear:

—Waldo — dijo—. Yo podré actuar en tu obra, ¿verdad? ¿Verdad que sí?

Repentinamente, esto fue demasiado para los demás. Quedaron en silencio, en medio de la luz que se colaba a través de los membrillos. Hacia el oeste, el horizonte no era más que una delgada línea de alambre de cobre.

Arthur había dejado el balde en el suelo. Todos oyeron el ruido de la manija al caer.

—¿Me dejarás actuar? — farfulló.

—No — respondió Waldo.

Porque sabía que se trataba de algo que no podría compartir con su hermano, cuya respiración escuchaba cada vez que se despertaba en la noche; ese hermano, que parecía mirar casi adentro suyo cuando ambos abrían los ojos sobre las almohadas gemelas por la mañana.

Arthur no desistió. Contaba con su buen carácter de siempre. Después de dejar el balde se encaramó sobre la veranda.

—Bueno —arguyó—, pues entonces tendré que escribir yo mismo una tragedia griega. Así podré interpretar todos los papeles.

El padre se preparó a burlarse de él, pero la madre, con una de sus voces más suaves, dijo:

—Sí, querido. Claro que sí.

Y Arthur se sintió conmovido.

Prevaleció una cordial atención, porque desde ciertos ángulos y en ciertos momentos Arthur era un muchacho fuerte y bien parecido. Ahora estaba sentado a horcajadas en la veranda, elevando su cuello sonrojado de tal modo que las palabras que salían de él eran claramente visibles.

—¿Y sobre qué tratará tu obra, Arthur? —preguntó la madre.

—Sobre una vaca — repuso abruptamente Arthur.

—Pero, ¡una tragedia griega!

—Supongo que las vacas —comentó el padre— pueden ser tan griegas como cualquier otra cosa.

Y luego agregó, con la voz de alguien cuya opinión se consulta a veces:

—Que sea un personaje de tragedia ya es algo que hay que considerar.

Arthur ya se había puesto a resolver el problema.

—Esta es una vaca muy grande y *amarilla* — comunicó —. Está toda hinchada, comprendéis, porque espera un ternero. Luego tiene el ternero. Pero está muerto, ¿comprendéis?

Y allí Arthur pateó las tablas del piso. En el lustroso espacio del ternero.

A esta altura todo el mundo miraba el suelo, por vergüenza o — Waldo comenzaba a sentirlo — por terror.

—Alcanzáis a ver que la vaca está preocupada, ¿verdad? — berreó Arthur—. ¡No podría evitarlo!

Todo se había vuelto horriblemente grotesco bajo la luz decreciente y el silencio de la tarde.

—¡No podría evitarlo! —vociferó Arthur.

Haciendo tronar la veranda, alzó sus cuernos curvos y amarillos y su tremendo hocico, ancho y carnoso. La estructura íntegra de su escenario temblaba.

—Creo que ya es suficiente —observó el padre.

—Arthur —dijo la madre temiendo hablar—, no hace falta que nos cuentes más para que lo entendamos.

Arthur se detuvo inmediatamente, como si de todos modos hubiera estado por hacerlo.

—Pero no todo es tragedia —aseguró—. Porque puede tener otros terneros, ¿no es cierto? Y así lo hace. Llega a tener dieciocho antes de morir.

—Sí — suspiró la madre —. Las vacas suelen vivir muchos años, y llevan vidas muy provechosas.

—¿Entonces lo entiendes? —rió Arthur.

El padre se incorporó y fue hacia adentro. Se le oyó quitar la pantalla de porcelana de la lámpara grande.

La madre permanecía en la diván-cama, a decir una elegancia y un carácter propios, si bien las vicisitudes lo habían estropeado un poco. Con el tiempo, en la oscuridad, podía llegar a olvidarse de su familia.

Después de todo, Waldo era el único que se había quedado allí. No podía dejar de preguntarse cómo Arthur, entre todo el mundo, había pensado en una obra así. Era ridículo, si no estremecedor. Waldo escribiría una obra completamente diferente, apenas se le ocurriera una.

Entonces el padre, que había iluminado el comedor, preguntó desde dentro:

—¿Qué tal si tomamos el té, mamá?

Su voz se dejó oír cansada otra vez, paciente.

La madre dijo «Bueno», y fue, como si nada hubiese pasado, a preparar la comida que había dejado de llamar «cena».

Sólo Waldo se demoró en el escenario desprovisto ya de la grotesca obra.

Estos eran los fugaces y obsesivos momentos, vagamente vividos, con los que más se entretenía la mente después de haberlos atesorado. En esa época, la estructura callejera de los días ejercía su mayor influencia en el ojo a través de la mera abundancia de detalles repetitivos. Parecía que los dos niños Brown no cesaran nunca de subir la colina hacia la escuela. Allí aparecía el interminable y sofocante temor a las riñas y el pensar en las pocas veces en que uno podía salirse con la suya. Allí estaba el estimulante comercio del patio: bolitas por regaliz, o regaliz por bolitas. La brutalidad dejaba sus victorias y sus contusiones. Cierta vez un niño llamado Eb Honey le dio un hurón a Arthur. «Lo voy a querer con toda mi alma, Waldo — confesó Arthur intimamente—. Lo llamaré *Scratch*.» *Scratch* miraba por sobre su hombro y nunca salió de su madriguera. Estaban subiendo la colina hacia la escuela. Waldo no soportaba oír a Arthur respirando del modo en que lo hacía, y solía mirar alrededor para ver si había alguien atrás que pudiera estar escuchando, aunque, naturalmente, si había alguien jamás daba a entender que pasaba algo extraño. No podía soportar lo que tenía que soportar, su responsabilidad por Arthur.

Una vez subieron la colina más temprano con el padre — la madre había dicho que él lo apreciaría mucho —, a la hora en que el padre salía para tomar el tren. El papá tenía que salir muy temprano. A veces cuando sólo había una luz muy débil. El farol del jefe de la estación rasgaba las tinieblas de la mañana. Pero todos, más despiertos que de costumbre, charlaban sobre el tiempo y otras cuestiones que súbitamente habían adquirido importancia. Tal vez el papá, que había pasado la noche carraspeando y volviéndose hacia la pared, estuviera más despierto que ninguno. Mientras caminaban con él junto a los cardos y los cercos herrumbrosos o rodeaban el pequeño y colorido desviadero, la cabeza del padre, a pesar del cabello, *las cejas* y el bigote, tenía la apariencia desnuda de los huesos de cereza. A esa hora, pero sólo entonces, parecía poder ver a través de cualquiera. La madre decía que sus ojos eran negros, pero Waldo sabía que eso era pura imaginación; eran marrones. Y se veían terriblemente marrones mientras el padre temblaba con el rocío de la mañana, bajo el sombrero hongo que seguía usando siempre y que revelaba indiscretamente su semejanza con un Pomerania.

Waldo se alegraba cada vez que el pequeño tren se alejaba humeando con el padre en dirección a Barranugli y no hacía falta esperarlo hasta la tarde. Tenía idea de que Arthur también se alegraba. Pero Arthur volvía a quedar soñoliento y se tomaba de la mano de Waldo, a la que ya entonces Waldo odiaba.

Mientras recorrían las calles laterales resplandecientes de rocío, Waldo decía:

—Eres una nena gorda e inútil.

Y en el aula vacía, esperando que pasara el tiempo, solía decir:

—¿No te estarás apoyando contra mí, no?

Quizás, de todos los tiempos, haya sido entonces cuando más quiso a Arthur. Estaba muy bien no tener que pensar sino simplemente que estaban sentados.

—Estoy así de cansado —acostumbraba a decir Arthur, recostando la cabeza sobre el pupitre y haciendo un ruido como si tuviera estreñimiento y debiera hacer fuerza.

—No se dice «así de». Se dice sólo «cansado» —decía Waldo, más puntilloso que nunca.

Hacía reír a Arthur. Y a veces también él se reía y al moverse sus cuerpos se rozaban. En el aula vacía, el odio nunca se había destrozado contra la pizarra.

De vez en cuando Johnny Haynes llegaba temprano en busca de que Arthur lo ayudara con alguna suma y entonces se iban a los pimenteros. Waldo ya no contaba; iba tras ellos pisándoles los talones. Todo tenía un brillo charolado.

—¿Pero no te das cuenta? —decía Arthur áspera, oficiosamente—. Es así de fácil.

Sus labios se movían todo el tiempo a través de un misterioso laberinto de números hasta que, por último, pronunciaba La respuesta, milagrosa y siempre correcta.

Waldo y Johnny debían esforzarse para no demostrar que estaban impresionados. Todo era muy misterioso. En Arthur. Waldo pateaba el piso como si fuera un hermanito esperando. Johnny Haynes, en muchos sentidos, si bien no en todos, el mejor alumno de la escuela, se volvía elogioso y deferente, porque por el momento Arthur Brown era necesario.

«Pobre Arthur», pensaba Waldo como si se estuviera amando a sí mismo; se veía tan puro bajo los pimenteros, con los primeros rayos del sol...

Mientras que los números, o algo más, seguían fortaleciendo a Arthur contra males peores que Johnny Haynes.

Waldo odiaba a Johnny. Johnny era bueno en Historia, Geografía e Inglés. Y, por alianza, en Matemáticas. Cuando Waldo escribió la composición *Lo que veo en mi camino hacia la escuela* que debía leer en voz alta al resto de la clase, no podía dominarse porque Johnny Haynes estaba sentado en la cuarta fila. Apenas pudo controlarse. Finalmente leyó haciendo una esmerada imitación de la voz de su padre; de su padre leyendo algún libro intelectual, *El entierro de Um*, por ejemplo, en la colección *Everyman*, del cual Waldo había pensado que podía ser interesante hasta que un día lo hojeó.

—«Curiosos e interesantes arbustos crecen en la tierra que bordea el camino que tomo hacia la escuela» —leyó en voz alta.

Luego agregó un catálogo de nombres que le parecieron fútiles, como el hedor de los arbustos en los momentos de cansancio o expectativa.

—«El Boggabri o Tallo Rojo, la Espuela de Caballero, a la que algunos llaman Comezón de Vaca u Horquilla del Diablo, el peral algodonero o leñoso y el hinojo rizado.»

Arthur escuchó esto porque le interesaban los hinojos.

—¡Hinojo *rizado*! —rió por lo bajo, encantado.

Mr. Herrington lo señaló con un dedo, como acostumbraba a hacer cuando quería asustar a algún niño.

Al llegar a los trozos que sabía mejores, Waldo sintió que el corazón le oprimía la garganta hasta no dejar salir las palabras.

—«Entre los perales está la vieja y ruinosa casa de piedra en la que ya no vive nadie, cuyo techo ha desaparecido, y que parece una casa en la que alguien podría haber cometido un par de asesinatos...»

No pudo casi continuar, frente a todos esos otros. Y Mr. Herrington. Y Johnny Haynes. Algunas cosas eran demasiado personales, excepto tal vez para Arthur. Como si a Johnny Haynes le importara. Estaba mascando una provisión de bolitas de papel, para luego embeberlas en tinta y

lanzarlas contra el cuello de Norm Croucher.

—«Alguna vez, siendo temprano o quizás tarde —decía la voz de Waldo, surgiendo bruscamente, gorgoteando, ondulando como el agua que desbordaba la bañera —, me ha parecido ver la silueta de un hombre alejándose furtivamente con una vasija de sangre.»

En ese instante Mr. Herrington gruñó con su gravedad habitual.

—«Por supuesto, es sólo la imaginación. Pero creo que esta persona, si es que ha existido, debe haber asesinado bajo los árboles a los numerosos niños que engañaba.»

En la clase algunos reían y abucheaban, pero Arthur aplaudía, y Mr. Herrington llamaba al orden.

Más tarde, al comentar todas las composiciones, Mr. Herrington observó que Waldo Brown había demostrado un vivo interés por los detalles botánicos, pero que caía notoriamente en una imaginación subida de tono.

Más que escuchar, Waldo miraba la espalda de Johnny Haynes preguntándose cuánto había oído.

Al día siguiente Johnny demostró cuánto había oído. Llamó a Norm Croucher, que era su eterno compañero y dijo:

—Ven, Normie, le enseñaremos a Waldo lo que tenemos en nuestra vasija sangrienta.

Caminaron los tres hasta los pimenteros. Si Waldo los acompañaba voluntariamente era porque sabía que ése era su destino.

Al llegar se detuvo, algo apartado, sobre la hierba blanca e inclinada por el viento. Mientras Johnny decía:

—Ese individuo no ha contado con que pudiera haber otro asesinato. Entre los perales.

Waldo oyó el «clic» de la navaja. Aunque no podía ver la cara de Norm Croucher, podía sentir cómo le sujetaban las muñecas por detrás, podía sentir su respiración en la nuca.

Entonces Johnny fue hacia él con el cuchillo y comenzó a pincharlo directamente en lo que su papá llamaba las agallas.

—Estos sólo son los preliminares — dijo Johnny —. No le gustan los pinchazos, ¿eh?

Norm, que en una ocasión había pasado por las mismas, emitía una risita ahogada.

Waldo temblaba, y su carne de gallina debe haber sido tan notoria como Ja sangre que brotaba en pequeños chorros color escarlata. Porque aunque Waldo sabía que nada de esto era real, lo era. Ni siquiera la mano de su madre podía alejar el temor de él, la mano de su madre, salpicada y goteando la sangre que él perdía.

Ante esta imagen Waldo no pudo menos que gemir.

—Arrhhh dejadme no Johnny Norm os daré no puedo — gimió entre sus rebeldes labios.

—¿Qué nos darás? —preguntó Johnny—. No sabes lo que esto podría costarte. Aún no, no lo sabes, ni por pienso.

Y deslizó velozmente el cuchillo junto a la temblorosa piel de Waldo. Waldo sintió la punta de la navaja rozando su carne de gallina.

Cuando todos tuvieron que volverse. Hasta Waldo.

Era como si el Ángel de la Guarda, aunque el papá decía que no había tal cosa, estuviera sobre ellos, o más que estar, batiera sus alas y se sacudiera.

—¡ Dejad en paz a mi hermano 1 — bramaba Arthur.

Johnny y Norm no hubieran sabido qué contestar en circunstancias mucho más fáciles. Ahora estaban asustados. Waldo también estaba asustado.

Porque Arthur parecía haberse elevado en el aire. La pálida luz resplandecía en el borde de su piel aún más pálida, bajo su pelo habitualmente odioso.

De cada hebra de sus ardientes cabellos salían lenguas de fuego.

—J Os mataré a ambos —vociferaba Arthur—, malditos maricas, si tocáis a mi hermano!

Su puño, parecía, había partido el labio inferior de Johnny. Ahora la sangre corría realmente.

Se oyó tocar la campana.

A cual primero, los cuatro se quedaron quietos. Incluso Arthur. Salvo su jadeo.

Entraron a Geografía.

Más tarde, mientras caminaban por la calle llamada Terminus, donde no había vuelto a haber nuevos vecinos, o tal vez sí alguno, pero tiempo atrás y luego se había marchado, los hermanos Brown estaban solos como de costumbre, por fin, y Arthur trató de tomar la mano de Waldo para mantenerse a la par.

—[Déjame! —gritó Waldo—. ¿Cuántas veces te he dicho que no te colgaras de mi mano?

—Pero sólo lo hago cuando caminas ligero.

Arthur, más grande que Waldo, correteaba tratando de alcanzarlo, con su cuerpo pesado y vergonzoso.

—Sólo quieres ponerme en ridículo —dijo Waldo; no pudo, o al menos eso esperaba, hacerlo dicho de un modo más frío—. Partiéndole el labio a Johnny Haynes. Siempre tienes que ponernos en evidencia.

—Pero eran de ti de quien se estaban riendo — lloriqueó Arthur.

—«Era» —corrigió Waldo—. Sólo que no fue así.

No podía explicar un ritual a Arthur, que no siempre sabía anudar los cordones de sus propias botas.

Siguieron caminando, entre los Tallos Rojos, los perales algodóneros y las Espuelas de Caballero, que algunos llamaban Comezón de Vaca. Waldo Brown temblaba de miedo al pensar en su rescate a manos de quien había parecido el Ángel de la Guarda. Estaba probado, el padre ya les había dicho que todo lo que respondiera a tal descripción, todo lo que la gente ignorante aludía como sobrenatural, no existía. Waldo se enorgullecía de saberlo. Le hubiera gustado poder andar siempre orgulloso e impecable pero su hermano mellizo lo arrastraba a menudo detrás de la línea de protección del conocimiento.

—Todo fue por culpa de la composición — insistía Arthur—, que a Johnny Haynes le pareció tonta. Porque el hombre nunca hubiera juntado la sangre, ¿entiendes? No en una vasija. Los chicos que mataba debían patear de lo lindo. Pero a mí me gustó, Waldo, la idea... ¿Waldo? Esos viejos árboles negros, son realmente negros... y quizás hubiera una zarigüeya afilándose las uñas en la chimenea.

Waldo decidió que no se preocuparía más por sandeces de este tipo.

Pero al poco tiempo ocurrieron más incidentes.

Esa tarde, después del té, se escabulló silenciosamente tras una puerta al oír que había llegado Mr. Haynes. Arthur estaba afuera, ocupado con *Jewel*, recogiendo una hoja de repollo o llenando el cubo de agua. En tanto que Mr. Haynes permanecía en la veranda del frente, bajo el frontón clásico que él mismo había construido.

—Le prevengo, Mr. Brown —decía contrayendo su mentón habitualmente alegre—: tendrá que refrenarlo. Usted no comprende que un muchachón como el suyo puede volverse muy violento. En su situación, entiendo que para un padre es difícil comprenderlo.

—Ya comprenderé cuando tenga algo que comprender — replicó el papá.

—Pero si Arthur es una criatura buenísima —declaró la madre en tono persuasivo.

—No he querido traer a mi hijo para mostrarles cómo tiene el labio —dijo Mr. Haynes, que ahora se había vuelto desagradable—. Su madre también está muy contrariada. Pero les prevengo a ambos.

—Gracias Mr. Haynes —expresó el papá—. Ya lo ha hecho.

La madre protestaba con la lengua. Había puesto sus manos juntas como para rezar en la iglesia.

—Lo próximo que hará será espiar por las ventanas. Asustando a las mujeres. Abalanzándose sobre las muchachas. Eso es lo que ocurre antes de que los padres admitan que tienen un hijo revoltoso.

El papá estaba sentado sobre el viejo diván-cama. Era como si le hubieran dado un golpe en la cabeza.

—Mr. Haynes —dijo la madre finalmente —, los padres nos damos cuenta de muchas más cosas de las que usted, -aparentemente, cree.

Entonces Mr. Haynes se avergonzó y, volviéndose y refunfuñando, se alejó sendero abajo.

—¿Qué pasa? —preguntó Arthur que había llegado súbitamente de entre los arbustos.

Las pálidas ventanas de su nariz habían husmeado algo.

—Nada, querido —contestó su madre —. Allí está ese bol de crema esperando que lo batan.

Mientras tanto Waldo, que era el causante de todo, estaba hecho un manojo de nervios. Con más razón* cuando corría algún riesgo verdaderamente, su estado natural era casi miserable. Anhelaba que la mano de su madre llegara hasta él y acariciara alguna parte suya que tal vez nadie tocara nunca.

Por eso salió al sector que llamaban jardín lateral y que ya la hierba reclamaba para sí. El padre seguía sentado, como considerando el problema en que se estaba convirtiendo Arthur. Como si Arthur fuera su único problema. Cuando en realidad Arthur era la pata de palo de Waldo. Mientras que Waldo cojeaba por el desparejo terreno, a través del mar de hierbas y las rosas sumergidas.

Esa noche Arthur volvió a tratar de arrastrarlo detrás de la casi invisible línea de protección del conocimiento.

—¿Qué es lo que ocurre, Waldo? —preguntó Arthur—. ¿De qué estaban hablando?

Arthur lo tomaba entre sus brazos, lo urgía con su ansiedad.

—De nada —dijo Waldo.

Debió haberse esforzado por hablar, pero ya no podía. Lo más que podía hacer era apretar el pabito con los dedos y extinguir la temblorosa llama de la vela.

—No nos importa, Waldo, ¿no es cierto?

El olor de la vela extinguida cauterizó las ventanas de la nariz de Waldo. Pero no le importaba tanto. Había traspuesto la línea hacia lo que conocía como bueno y seguro. Ahora la piel de los dos hermanos temblaba en esa otra oscuridad que resistía a todas las súplicas y los juicios.

Waldo sospechó tempranamente que no podrían esperar más de su padre. Era demasiado patético. El papá no se había recuperado desde la tarde de la acusación de Mr. Haynes, aun cuando trataba de demostrar que sí lo había logrado, como Waldo comprendió más tarde. «George Brown», como se refería a su padre desde que aprendió a tolerarlo, permanecía fiel a sus principios o ilusiones, pero no lograba convencerse él mismo.

Una vez Waldo se encontró con sus¹ padres sentados en la mesa de juego que habían colocado bajo la sombra del ciruelo. (Waldo estaba en esa edad en que sus padres no aprobaban tenerlo en sus faldas; «la edad de las piernas», como decía la madre.) Los padres estaban molestos por la luz que caía sobre ellos. Ambos se inclinaban levemente hacia un lado porque en realidad no estaban protegidos por la sombra como habían pensado y esperado.'

—Bueno —dijo el padre—, nos tenemos el uno al otro.

En un principio Waldo se molestó por lo que había oído. Era como si a él, y no tan inmediatamente a Arthur, los hubieran descartado.

—Sí, claro —contestó la madre—, nos tenemos el uno al otro. No deberíamos quejarnos.

—Y nuestra conciencia está intacta. Hemos salido del paso. Nadie puede decir que no haya sido para bien.

—Oh, sí. Eran intolerables. Bestiales. ¿Qué otra cosa podía esperarse de gente tan atada a la tradición? ¡Mi familia!

Aunque estaba alejado del ventarrón, Waldo temblaba.'

—Siempre sentados en el banco de la iglesia —continuó

la madre—. Domingo tras domingo. Para estar al día con Dios y la sociedad. Y luego volviendo a casa y avinagrándose para pasar la semana.

Se echó a reír y miró hacia abajo para ver qué era lo que estaba pisando; luego aplastó las pequeñas ciruelas verdes que había bajo sus pies.

—Al menos somos libres —dijo el padre—. Aquí.

—Oh, claro —exclamó la madre.

•-Dejamos que los niños elijan.

—Los niños.

Ella puso su mano sobre la de su marido. Estaba tan preocupada que parecía que Waldo fuera a quedarse solo con Arthur.

Luego, George Brown, el padre, un hombre desgastado y cojo, se incorporó y fue hacia la casa para atizar el fuego para la madre, como acostumbraba a hacerlo siempre antes del té. Había momentos en que Waldo quería realmente a su padre. Le hubiera gustado quererlo siempre, y a veces la intención era lo que valía.

Alrededor de esa época recibieron la visita de esas señoritas Dallimore.

• Primero la madre recibió la carta, en una hoja muy pequeña, como para no escribir mucho, y perfumada, casi imperceptiblemente perfumada. Tiempo después Waldo se dio cuenta de que las Dallimore eran especialistas en «lo que queda bien».

Entonces la madre había dicho que haría bizcochos y tal vez algunos de sus pastelitos.

—¡Oh, sí! —había exclamado Arthur—. ¡Pastelitos, mamá!

Le gustaban los que tenían cristallitos de azúcar encima.

Cuando los niños volvieron de la escuela las Dallimore ya estaban sentadas. Su? sombreros eran casi más importantes que ellas mismas. Como su carta, las Dallimore estaban ligeramente perfumadas.

—¿Tenéis un cestrum en vuestra casa? —preguntó Arthur.

—¿Cómo dices?

—Un cestrum. Una especie de arbusto que huele por las noches. Nosotros tenemos uno afuera, bajo la ventana de nuestro dormitorio.

Waldo estuvo a punto de darle un puntapié a Arthur, pero Miss Dallimore pensó que sólo se trataba de un comentario curioso.

—Están pasados de moda —aclaró su hermana, pero débilmente.

La mayor parte del tiempo, Dorothy Dallimore meneaba rápidamente el tobillo en lugar de hablar, como corroborando lo que decía su

hermana. Era Miss Dallimore —Miss Lillian — la que conducía la charla. Su vestido tenía grandes agujeros que las abejas habían comenzado a investigar hasta que ella las apartó. Con enojo, sospechó Waldo.

—Es una curiosísima casualidad —dijo Miss Dallimore, y su hermana la apoyó en silencio— que justo cuando estábamos por hacerles esta visita a Sarsaparilla hayamos recibido la carta de su prima.

—Curiosísima — dijo la madre —, teniendo en cuenta que Mollie no es precisamente la mejor de las corresponsales.

—Pero siempre manda giros para Navidad. ¿No es cierto, mamá? ¿Eh? De eso nunca se olvida —dijo Arthur.

—¡ Oh, Mrs. Thourault ha sido siempre adorable!

Miss Dallimore casi gargarizó el nombre, y Miss Dorothy asintió en voz baja mirándose el tobillo, que en ese momento meneaba más que nunca.

—Incluso de niña — dijo la madre —, Mollie era el alma misma de la bondad.

—Yo me compré el cortaplumas, ¿no, mamá? —comentó Arthur—. La última Navidad. Con mi parte del giro.

—¡Arthur, querido, estás inclinando la mesa!

Era la desvencijada mesa de bambú y mimbre que habían traído de la sala.

—¿No irías a buscartos otro plato de pastelitos? — preguntó la madre; luego adoptó una actitud tímida, para ella, y "agregó—: Es decir, si es que Miss Dallimore o su hermana quisieran más pastelitos.

Las señoritas Dallimore aceptaron, diciendo que los pastelitos les encantaban. También comentaron que Arthur les parecía muy simpático.

Waldo no lo creyó ni por un instante. Estaba aburrido. Si hubiera podido llevarse consigo a las dos señoritas Dallimore, alejándolas de la casa en que vivía su familia y contándoles algo interesante, preferentemente sobre sí mismo, hubiera tenido que decidir qué.

—Estoy segura de que Mrs. Thourault se entusiasmará muchísimo cuando le llevemos noticias de todos ustedes — observó Miss Dallimore, quien, a diferencia de la prima Mollie parecía haber tomado lecciones de bondad.

—Habla tan afectuosamente de ustedes... —agregó Miss Dorothy. Y ella misma pareció sorprenderse de haber hablado.

—Me pregunto si Mrs. Musto llegará finalmente a visitar a los Tallboy. Nosotras nos aseguramos de que tuviera la dirección correcta. Nos gustaría tanto que conociera a Mrs. Thourault. Eso forjaría otro vínculo más.

La hermana de Miss Dallimore demostró con una risita su placer. Porque era en casa de Mrs. Musto, y durante los dos meses de su viaje a Europa, que las Dallimore pasarían su estancia en Sarsaparilla. Waldo sabía todo esto y comenzaba a pensar que lo que le aburría era la gente.

—No puedo expresarles lo que fue para nosotros visitar un hogar inglés tan... tan *histórico* —continuó Miss Dallimore buscando la palabra indicada.

Miss Dorothy, para demostrar que compartía la experiencia, dejó escapar un sonido que recordaba un lamento.

—Nuestra única desilusión —confesó Miss Dallimore — fue que el mismo Lord Tolfree no pudiera hacerse ver. Estaba indispuerto.

La madre se sonrojó, y Waldo, al volver a oír el nombre, sintió una ligera punzada, tanto de ansiedad como de placer. Se volvió hacia Miss Dallimore con el mayor interés. Bajo su sombrero, el rostro de la mujer tenía el color de la mermelada.

Un ataque de hígado, creo, ¿no es así, Dolly?

Tío Charlie siempre ha tenido problemas con su hígado

—dijo la madre.

Las señoritas Dallimore parecían decaer, pero la mayor pronto encontró un motivo para reanimarse.

—En cualquier caso — comentó — ha sido un placer tabar relaciones con la prima de la honorable Mrs. Thourault. En Sarsaparilla.

—¡La honorable Mrs. Thourault! —repitió Arthur, casi cantando.

—La única lástima — dijo la perseverante Miss Dallimore— es que Mr. Brown todavía esté en su Banco.

—Es largo el viaje desde Barranugli.

La piel de la madre, entre los ojos, se contrajo como todas las veces en que pensaba en su marido y el Banco.

—¡Oh, sí, qué cansado! —convino enfáticamente Miss Dallimore—. Australia es verdaderamente cansadora. Las distancias son cansadoras.

—¡ La honorable Mrs. Thourault! — cantó Arthur.

Miss Dorothy sonrió, transformando luego su sonrisa en un suspiro nervioso y volviendo a menear su tobillo.

—Pero quizás — señaló Miss Dallimore reviviendo —, quizás con el tiempo le confíen la central de Sidney y entonces podrían venir a vivir junto a los' nuestros.

Estaba en el apogeo de su color mermelada.

Obviamente, Sidney era el único lugar en donde se podía vivir. Pero la mamá bajó su mirada. En tanto que Arthur, y finalmente Waldo, miraban hacia arriba, hacia la idea de Miss Dallimore. De que al papá tenían que darle la casa central.

La mamá no habló. Arthur parecía a punto de empezar con sus hipos. Waldo pensaba que nunca antes había estado tan cerca de su madre y su hermano. Estaban tan juntos como para sofocarse.

Entonces Arthur preguntó entre hipos:

—¿Cuándo vamos a ir al banco, mamá? Ya es hora de que hagamos otra visita al Banco, Mr. Mackenzie nos da chupetines. Mr. Mackenzie tiene una caja llena de cosas raras.

—Qué persona más interesante y más atenta debe ser Mr. Mackenzie —r-observó Miss Dallimore.

Se había puesto de pie. Las dos señoritas Dallimore estaban de pie. Ambas quitaban las pelusas de sus guantes con olor a limpio.

—¿Por qué tiene agujeros su vestido? —preguntó Arthur, mirando tal vez desde demasiado cerca la tela de la mayor de las Dallimore.

—¡ Son parte del diseño, supongo!

Miss Dallimore rió fanfarronamente para realzar su comentario, al tiempo que, seguida por su hermana, intentaba caminar lentamente por el sendero.

La madre pareció olvidarse de la desvencijada mesa de bambú y mimbre, en la que Arthur dio fin a los pastelitos y de la que sólo mucho después ella comenzó a quitar las migas. Mientras el papá cruzaba la puerta de entrada.

—Dos señoras —le dijo la madre—. Dos damas.

Y regó el césped con migas de azúcar.

—¿Señoras? ¿Qué señoras?

—Esta mañana misma —recordó la madre— te he hablado de ellas. Las que tenían que venir a lo de Mrs. Musto.

—¿Inquilinas?

—Han venido a cuidar la casa —pero muy amables, ¿eh? — mientras Mrs. Musto no está.

Las Dallimore no repitieron su visita y no hubo motivo para recordarlas... excepto cuando Arthur preguntó:

—¿Cuándo te darán la casa central, papá?

—El día del juicio final —respondió el padre.

El Banco.

Era un edificio chato, sólido, cuya pintura marrón se había ampollado por el sol de Barranugli. Arthur siempre se detenía junto al resplandor pardoamarillento para reventar una o dos ampollas, y una vez dijo para sí, en algo más que un susurro:

—Diarrea.

El Banco se veía tan caluroso, tan marrón, que a todos, como a la madre, les parecía «visiblemente transpirado».

Adentro era frío, sin embargo, y solemne. Cuando eran más pequeños la madre los había llevado varias veces a Barranugli, de compras y a visitar el Banco. Pero había dejado de hacerlo, así lo entendía Waldo, porque papá no quería.

—Pero es su único paseo —había protestado la mamá.

Waldo oyó que su padre decía:

—Ya es grande, Anne. ¿Qué pasaría si se te escapara de la mano? ¿Qué pasaría si no pudieras controlarlo?

Waldo lamentó que las visitas al Banco se suspendieran. Su sentido de la importancia sufrió con la pérdida. El Banco inspiraba confianza era estable, con su olor a billetes nuevos, las bellas muchachas con mangas de-charol, y Mr. Mackenzie, que salía detrás del vidrio esmerilado.

—Conque estos son los hermanitos —dijo Mr. Mackenzie la primera vez.

—Los hermanitos mellizos —corrigió Arthur.

Porque la gente no siempre se daba cuenta, aunque en el caso de Mr. Mackenzie, naturalmente, él debía saberlo.

Pero aun si no hubiera sido así, no se hubiera mostrado sorprendido. Su aspecto era aparentemente saludable, a pesar de la caspa y de oler como el hornillo de una pipa vieja.

Mr. Mackenzie los hizo pasar a su casa particular para presentarlos a su señora, quien, según se decía, era inválida. En cualquier otro aspecto carecía de interés. Pero Mr. Mackenzie les entregó los chupetines, algo derretidos en el saco de papel, y señaló hacia un zorro ubicado en el rellano de la ventana que daba a un pasillo. El zorro mostraba sus dientes. Arthur se entusiasmó de tal modo al verlo la primera vez que casi llegó a besarlo, con soporte y todo. Era un zorro rojo, no tan rojo como el pelo de Arthur, y más suave. El pelo de Arthur fue lo que sólo podía decirse áspero, hasta que su propio largo y la edad lo suavizaron.

Después, con los chupetines en la boca, volvieron a las oficinas del Banco y se pararon frente a la caja en la que el papá estaba contando dinero. La mamá solía sonreír para darle ánimo. Pero los niños no. Para ellos era demasiado solemne el momento en que su padre hacía chasquear rápidamente los billetes como si fuera a arrancarles las esquinas y les escribía números con lápiz. A veces, alrededor de ellos se congregaba un grupo de señoritas para hacerles preguntas, reírles y adularlos. Cierta vez una tal Miss Simpson había tocado el pelo de Arthur, exclamando:

—¡Oh, pero qué cosa más tosca es!

Sin embargo lo había dicho. Posiblemente hubiera ganado un desafío.

Pero el papá rara vez levantaba la mirada; ni siquiera cuando no había clientes. Tan ocupado estaba.

Si mal no recordaba, había sido en ocasión de su última visita de niños al Banco que Waldo había visto a su padre mirando hacia afuera de la ventanilla en que estaba: con su rostro color limón, los pequeños puntos con sangre negra de la mañana que en él había dejado la navaja de afeitar, y el bigote, al que daban ganas de tocar, antes de que se pusiera mustio. Los ojos del papá eran marrones, y así los había heredado Arthur. En ese momento la mirada de su padre estaba dirigida hacia afuera, extraviada. Aún no se había desarrollado el asma en él, aunque tal vez la hubiera sufrido por la mañana en el silencio desgarrador del Banco. De repente sus hombros se distendieron como para resistir —parecía — la compresión de la estrecha caja, y sus ojos se concentraron más profundamente en algún punto invisible. Más claramente aún que la mañana en que encontró muerto a su padre, Waldo recordaría la última visita al Banco.

Más tarde, en el ruidoso tren que los llevaba de regreso a Sarsaparilla, la mamá preguntó:

—¿Qué te ocurre, Waldo? ¿Qué te ocurre, querido?

Poco común en ella: su tono no era suave en absoluto.

¿Pero cómo podría Waldo explicarle? Si además sabía que su madre lo interrogaba sólo para que él respondiera lo que ella ya sabía. (En sus momentos más crueles, siendo ya hombre, Waldo sospechaba que su madre no siempre había podido resistir la tentación de comprobar sus heridas comunes.)

Por eso Waldo optó por arrellanarse en el inquieto tren local, como deseando que su movimiento dislocara en él la imagen de esos ojos normalmente húmedos, transformados en cristal detrás de la caja. Para siempre, le había parecido. Siempre.

Pero el tren no cooperó, y fue cuando subían por el sendero del jardín, cuando pisó una babosa que había salido demasiado temprano en busca del rocío de la tarde, que Waldo pudo descargar sus sentimientos. Al pisar la babosa, su propia desesperación se retorció, alejándose de él.

Los dos viejos que marchaban zigzagueando a lo largo de la calle principal, el uno majestuosamente, el otro renqueando, conocían desde tanto tiempo atrás los alrededores del lugar que podrían haber desarmado ladrillo por ladrillo y teja por teja cada una de sus casas, y aún el nuevo bordillo de cemento y los parapetos aprobados por el Ayuntamiento. Incluso hubieran sabido cómo volver cada pieza a su sitio. Los dos viejos no dejaban de maravillarse por lo que conocían, que a su vez los alarmaba. Pues en verdad era abrumador. Las tiendas Woolworth, por ejemplo. Por más que Arthur Woolworth lo fascinaba.

—¿No podemos ir a Woolies, Waldo?

—Aún no han abierto.

A Arthur le gustaba pasarse la mañana preguntando los precios de las mercaderías. Porque, por supuesto, las cosas estaban marcadas mucho más caras de lo que debería permitirse. A menudo le decían que no molestara y lo sacaban afuera. Una vez el administrador le había registrado los bolsillos, encontrándole los billetes del autobús, un pañuelo bastante grisáceo —las prendas blancas de Arthur siempre salían grises de sus bolsillos — y las canicas de cristal que llevaba consigo a todas partes.

—Esos son mis mandalas sólidos —había explicado Arthur al administrador.

Hoy, el administrador estaba aparcando su coche temprano.

—Esta mañana no entraré —gritó Arthur—. Estoy con mi hermano. Nos vamos a dar un paseo.

El administrador contrajo una de sus recién afeitadas mejillas en una sonrisa mezquina.

Unidos por el viento los dos viejos pasaron fugazmente frente al escaparate del negocio, cada uno examinándose separadamente, secretamente. En general ambos estaban complacidos, pues las reflexiones son símbolos traducibles del pasado, incomprensibles para las mentes que no las cultivan. Algunos de aquellos que reparaban en los dos viejos, podrían considerarlos frágiles y decrepitos, pero los hermanos Brown no desconocían totalmente su propia solidez de espíritu. Arthur, por ejemplo, cuyo mecanismo en cierto modo había amenazado con

detenerse esa mañana temprano, aún podía disfrutar de la borrosa luz de su niñez en la calle principal de Sarsaparilla. Con sus labios entreabiertos, como intentando lograr una expresión que aún no había logrado perfeccionar. Su cuerpo podía venirse abajo, pero sólo su cuerpo. Waldo, más seco y cauteloso, caminaba con más cuidado a pesar de la fuerza de sus convicciones morales.

Cada uno en lo suyo. Los presbiterianos tenían su casa. Los presidiarios habían construido la Iglesia de Inglaterra. Mirando por sobre su hombro vio el cartel de la tienda de los metodistas. Waldo Brown, delgado como era, estaba considerablemente henchido por el conocimiento de que la nada sólo podía ser nada. Esta era la única gratitud que reconocía deber a sus padres: no en forma de amor, que a fin de cuentas es demasiado exigente, sino tal vez en forma de cariño, que las más de las veces es amor diluido con piedad; Una gratitud que podía permitirse brindar, una emoción más fría, más distanciada, si no iba acompañada de servilismo. Así, Waldo caminaba majestuosamente a lo largo de la calle principal a través del viento que se colaba por su impermeable, con sus huesos sólo físicamente frágiles, sabiendo con certeza en qué dirección quedaba la claridad. Atiesó su cuello y pasó al lado del párroco de la Iglesia de Inglaterra esbozando una sonrisa, no de reconocimiento, sino de identificación. En cuanto a los sacerdotes, los chistes sobre ellos le arrancaban alguna que otra risita. Solía evocar las hileras verticales de pequeños botones negros y la piel de los curas, que florecía como el musgo tras las puertas forradas de cuero. Waldo pensaba que sus padres sólo habían tolerado a los clérigos como guardianes de la moral, pero jamás como sacerdotes. Los mitos del mal, en sí mismos, eran un atentado en contra de la cordura si a su abstracción se agregaban el incienso y el latín, y se convertían en verdaderas obscenidades si se les permitía cobrar forma en oleografías o en yeso.

En esta mañana hasta entonces adversa, de viento frío y molestias, de decisiones y nubes secas, Waldo Brown se apoyaba en sus convicciones para respirar con menos dificultad. Aún no había sentido el olor del moco en sus conductos nasales. Poner su mente en orden había aliviado la tensión del impermeable en sus axilas. En sus gafas resplandecía la honestidad intelectual, encogiendo sus ojos más bien pálidos. Qué tremendo si Dulcie hubiera... Pero no. En aquel lejano fracaso lo que le había hecho odiar el juicio de Dulcie antes que de plorar la falta temporal del suyo propio. ¿Qué hubiera pasado si su ejercicio de amor con Dulcie hubiera sido forzado a concretarse en una permanente imitación del amor? La interminable llovizna del resentimiento era algo muy fácil de soportar; podía incluso evaporarse. Y así había ocurrido, de hecho, hasta que Arthur.

¿Por qué Arthur...? ¿Dónde estaba Arthur?

—¡Mira, Waldo, se ha convertido en Arcilla! —exclamó Arthur, abstraído, fascinado ante el desmigajado excremento del cocker spaniel de Mr. Hepple.

—Anda, vamos — ordenó Waldo —. Es que está viejo.

El viejo y los dos perros reunidos en torno al blanquecino excremento conmovieron la juventud que había en Waldo Brown.

Cada uno de los leales perros, apuntando su hocico tembloroso, husmeó con delicada atención, levantó una pata por vez y roció el blanco vigorosamente; luego ambos continuaron la marcha, con sus amplios pechos al viento y no muy dóciles, forzando sus correas al avanzar. Era su viejo dueño quien se demoraba, como si no pudiera decidir cuál sería la próxima actitud a adoptar.

Luego Arthur Brown escupió, o babeó. La saliva corrió por su mentón hasta quedar colgando en forma de gota, plateada a contraluz.

—Esa es la clase de olor — dijo — que puede originar difteria en una persona.

Waldo se atragantó. ¿Qué podría haber visto Dulcie en Arthur?

—¿No te dije que vinieras? Arthur fue.

Y cogió la mano de Waldo, que se hubiera resistido si hubiera recordado cómo hacerlo. Pero los hermanos mellizos, especialmente los de cierta edad, a veces sólo recuerdan lo que ha sido establecido desde un principio.

Caminaban en la dirección que, ahora, Waldo sabía que no había elegido; era ésta la que lo había elegido a él.

—¿Alguna vez tuviste difteria, Waldo?

—Sabes perfectamente bien que no.

—Sí — dijo Arthur.

El hábito de moverse y el calor de la piel eran tan agradables que Arthur extendió la lengua como para saborear el aire. Sabía a azúcar puro. Arthur dijo:

—Sabes, una enfermedad, una enfermedad real, no difteria, que no hemos tenido, sino alguna otra, por ejemplo neumonía — no podrás decir que no hemos tenido neumonía — puede hacerte terminar en otra cosa. —¿En qué otra cosa? Waldo se aburría. —En cualquier otra cosa.

El viento que llegaba de la esquina de Plant Street, en dirección a la Avenida Ada, hacía que Waldo Brown se tambaleara.

A Arthur, en cambio, sus meditaciones parecían hacerlo más firme. Dijo:

—Tal vez algún día pueda explicarte, o no explicar, porque para mí es difícil, verdad, ponerlo en palabras, sino hacerte ver. Las palabras no son lo que te hace ver.

—A mí me enseñaron que sí — respondió Waldo airadamente.

—No lo sé —dijo Arthur—. Yo me olvido de lo que me han enseñado. Sólo recuerdo lo que he aprendido.

Si en ese momento vaciló fue porque había encogido el dedo gordo del pie. Por más que había tratado, su madre no había conseguido quitarle esa costumbre.

—Dijo Mrs. Poulter —comenzó a decir Arthur.

—¡Mrs. Poulter!

Waldo contrajo su mano yerta. Mrs. Poulter era una de las cincuenta y siete personas o cosas que odiaba.

—Dijo que no me preocupara y que, a mi modo, entendería. Pero, para ser honesto, no siempre es así. No con algunas cosas. No entiendo la crueldad.

De la boca de Waldo emanaban los débiles sonidos que solían acompañar los temas peligrosos.

—No comprendo cómo pueden clavarle las manos a una persona.

Waldo no quería seguir escuchando, a la vez que Arthur bien podía estar cansado de hablar. En efecto, se cansaba muy rápidamente, y con suerte, no revivía en media hora. Parecía recogerse, reclinarse sobre los confusos cojines de una imaginación malsanamente atiborrada.

En cualquier caso estaban las tiendas, estaban las conocidas casas de la calle como testimonio de que el hombre era un animal racional. A Waldo le gustaba mirar dentro de las casas por donde pasaba, aunque oblicuamente porque a veces, cuando había mirado de lleno, se había encontrado con una perversidad manifiesta que lesionaba temporalmente su fe en la razón. Vistas desde un ángulo razonable, las casas no eran más que cajas etiquetadas que no contenían pasiones sino muebles: *Colinas verdes*, *La pineda*, *Gibber Gunya*, *Cootamundra*, *9 La pineda*, *La loma*, *La pineda*, y, con menor conocimiento de causa, *Ma réve*.

—¡ El mío no! — dijo Waldo en voz alta. Tenía plena conciencia de" su mal genio. Mucho tiempo atrás, en los días en que tomaba clases de gimnasia Yoga, Pelmanismo, Cómo escribir cuentos lucrativos, y en que hacía listas con todo aquello que debía alcanzar o corregir, había decidido hacer algo por su carácter pero había fracasado, como, se consolaba diciéndoselo, mucha otra gente importante.

Nadie que lo viera caminar le guió el camino, llevando de la mano a Arthur, hubiera podido pensar que había fracasado; en eso, al menos. Waldo sabía qué convincente era la impresión que causaba por observarse de soslayo en las vidrieras de las tiendas, y, de todos modos, a temprana edad había decidido ser hijo de su madre antes que de su padre. Anne Brown, Quantrell de soltera, había causado sensación, incluso vestida con uno de sus viejos vestidos azules con lazos teñidos de color té, hasta sus últimos días y enfermedades, que escapaban al control humano. Waldo entendía que aquellos que bajaban su mirada al pasar le rendían homenaje como miembro de la estirpe de su madre.

Muchos eran receptivos. Otros, que volvían la mirada deliberadamente, sólo pretendían disimular su inferioridad. O les disgustaba Arthur. Por otra parte había quienes ocultaban su turbación en exageradas manifestaciones de bonhomía. Como los hombres de la estación de servicio Speedex.

—¡Hola, colega! ¡Hola, Arthur! —gritaban irguiendo sus musculosos cuellos—. ¿Qué tal anda el surtidor Brown?

A Arthur le encantaba. Amaba la estación de servicio. Le fascinaba observar la gente y el interior de las casas, lo cual estaba muy bien para él, y Waldo se lo permitía, porque no podría haber interpretado ni la mitad de lo que veía.

Todo lo que fuera acero y hormigón, como las estaciones de servicio, por ejemplo, espantaba a Waldo, aunque jamás lo hubiera reconocido en público; jamás se hubiera opuesto a ninguna manifestación útil del progreso humano.

A Arthur le encantaba la estación de servicio Speedex porque a veces Ron Salter le convidaba con dulces, y en una ocasión Barry Grimshaw le había permitido coger la pistola y engrasar la junta de un camión.

—Algún día vendré y trabajaré con ustedes, muchachos. Para siempre — exclamó Arthur tirando de la mano de Waldo—. ¡Entonces haremos un baile! ¡Y mejoraremos mi cuenta de ahorros!

Waldo sabía, por supuesto, que los hombres se reían de Arthur.

La estación de servicio Speedex, que gracias a Dios había quedado atrás — Waldo se permitía *lapsus linguae* si el error había crecido naturalmente dentro del lenguaje — había surgido de lo que antaño fuera la tienda Allwright de Ramos Generales. El humo de los escapes y el metálico lenguaje de los mecánicos habían desplazado las indolentes mañanas que tan pesadamente gravitaban en la abroquelada veranda de Allwright, cargada de sacos de patatas y malta, y atiborrada de cajas de tomates enanos que los labradores sacaban de abajo del asiento de sus camiones. Proteger las mercancías de la veranda de Allwright de las visitas de los perros había sido una de las tareas adicionales de Arthur Brown. A Arthur le gustaba hacerlo como descanso, a la vez que lamentaba no poder establecer con los perros una relación permanente.

Ninguno de los que ahora los veían relacionaba a los Brown, salvo en teoría, con el pasado; porque ahora el pasado tenía escaso valor como para ser tenido en cuenta. Era notorio cuántos de los que caminaban por Barranugli Road, ocupados en sus tareas cotidianas, parecían sólo recién nacidos.

—Mr. Allwright murió poniéndose las botas.

Arthur Brown caminaba trabajosamente, con su espeso cabello blanco aleteando junto a su cuello. Luego no pudo menos que decir:

—Y Mrs. Allwright creía que con el cambio yo me iría a trabajar para los Musto. Rogaba al cielo para que no lo hiciera. Ella misma rogaba. También, no sabía sumar como no fuera ayudándose con lápiz y papel.

A partir de allí la calle se abría nuevamente en dos partes, como en una réplica de sí misma en tantos otros sectores. Era común que, caminando a Barranugli, Waldo Brown olvidara los lugares por los que ya había pasado, incluso yendo rápidamente en el autobús. A fin de cuentas, los caminos de arbustos de su niñez no eran más lentos que los hechos por los hombres con ilusiones de velocidad y de llegar más pronto. El mismo camión, el mismo automóvil, seguiría rugiendo, despidiendo humo y haciendo chirriar sus neumáticos detenidos, no ya en la misma ruta sino en el mismo canal de concreto, en la misma porción del infinito. Si Waldo Brown no hubiera sido un hombre superior y de gustos intelectuales, esto podría haberse tornado insoportable; o tal vez, y en virtud de lo mismo, ya fuera así.

Bostezó hasta recordar por qué había decidido acometer deliberadamente un recorrido de tanta distancia esa mañana. Interrumpió el bostezo. Parecían avanzar muy lentamente. Los transeúntes se les adelantaban; ni qué decir del autobús de las ocho y trece.

El polvoriento autobús hociqueaba calle Barranugli abajo haciendo un ruido elástico, como si sus remaches no estuvieran muy firmes. Bastaba mirar hacia un autobús en marcha para que las más de las veces uno se encontrara con algo que prefería no ver. Con su rostro color malva contra la ventanilla, Mrs. Poulter acusaba estúpidamente la presencia de Waldo.

Waldo resopló, e incluso rió.

Era extraño en él.

Pero obviamente, no quería contarle. Entonces Arthur se quedó callado.

Desde el principio Mrs. Brown admitió que Mrs. Poulter tenía sus cosas buenas. Era una mujer alegre, de colores subidos y marido huraño. Casi demasiado deliberadamente opuestas al final de la calle, directamente opuestas, las dos casas invitaban a pensar que estaban mirándose una a otra por si en alguna de ellas ocurría algo interesante. Pero no porque los Brown fueran indiscretos. Excepto Arthur, a quien le gustaba conversar con Mrs. Poulter. Le encantaba preguntarle cosas y Mrs. Poulter, bastante curiosa pese a ser una criatura invariablemente estúpida, siempre parecía hallar una respuesta. Era una de las causas por las que a Waldo le resultaba tan difícil soportarla.

Una vez, Waldo Brown, en uno de sus momentos menos atravesados — era mucho más joven y naturalmente más ingenuo — se sintió tentado de cruzar al otro lado de la calle. Tentado hasta qué punto es algo que nunca supo con certeza. Estaba muy oscuro. En ese momento era de noche, una noche elocuente en hojas y ramitas que crujían. Waldo oyó como sus pies hacían restallar una ramita. Pero sintió que de todos modos debía caminar un poco por los alrededores. Podía oír los latidos de su corazón. Podía oír el murmullo de las aves nocturnas. Estaba tan oscuro que resultaba comprensible que se hubiera sentido atraído hacia el rectángulo iluminado. No había podido resistirse. Y allí estaba Mrs. Poulter, de ordinario rozagante pero ahora bañada por una tonalidad amarillenta como la cera que le daba la luz del cuarto. Sus pechos eran dos budines dorados que temblaban ligeramente por la actividad. Porque Mrs. Poulter estaba lavándose las axilas frente a una palangana de porcelana blanca. A medida que la escurría una y otra vez, la esponja goteaba agua perezosamente sobre el borde blanco y en forma de hojas de col petrificada. Mrs. Poulter se pasaba la esponja y los manojos de vellos negros que poblaban desordenadamente sus axilas se aplastaban, empapados, contra su piel amarillenta. Waldo la observaba atentamente. Pudo ver cómo un hilo de agua grisácea se deslizaba hasta la parte secreta de los muslos de la mujer.

Nunca se había sentido más culpable, pero la culpa a veces se solidifica; aun si le hubieran apuntado con una escopeta no hubiera podido moverse. Pero no hubo nada de eso sin embargo, porque la puerta del cuarto se abrió y por ella entró Bill Poulter. «Ohhh», pareció decir su mujer, dejando caer la esponja en la col de porcelana. Parecía como si también a Mrs. Poulter la hubiera invadido la culpa de su ofensa a la modestia. Sus dedos parecían extenderse como un tejido en su esfuerzo por mantener en alto la decencia, que era exactamente lo que estaban haciendo, pues los sorprendidos pezones asomaban a través de las bien intencionadas manos. En tanto que Bill Poulter avanzaba hacia el centro de la habitación hacia la luz. Waldo nunca había visto a Mr. Poulter menos hosco y menos sombrío. Al querer algo — aparentemente inesperado, una amplia sonrisa había comenzado a adaptarse a su rostro tan desacostumbrado a sonreír.

Luego el cuarto se sumió en la oscuridad y, ¿devido al goce? ¿O provenía de Mrs. Poulter? Al lugar que ella había ocupado, la oscuridad pareció intensificarse como una vellocidad concentrada. Luego se escuchó el sonido de lo que probablemente fuera el cinturón de Bill Poulter golpeando la estructura metálica de la cama, a lo que siguió un tintineo de bolillas de bronce y acero desvencijado.

Waldo volvió a su casa, no sin antes hacer crujir dos ramitas del suelo.

Mientras marchaba fatigosamente por Barranugli Road, Waldo Brown sentía la tentación de mirar a Arthur, aunque no fuera más que de reojo.

Los labios de Arthur estaban ligeramente entornados y si acaso ligeramente más morados que antes.

—Esos crisantemos se van a aplastar con el autobús tan lleno —dijo—. Van a estar estropeados para cuando llegue.

—¿Quién?

—Mrs. Poulter.

Entonces comenzaron a caminar más ligero, porque Waldo tenía que protegerse de la clase de conversación que había tenido con su hermano desde que ambos habían aprendido a hablar. O mejor dicho, tenía que apartar la mente de su propio espejo.

Ahora ambos se agitaban en un esfuerzo por ganar velocidad, o evitar las reflexiones. Los tristes perros, que se habían entregado a un trote parejo delante de sus dueños, balanceando sus cuerpos y bamboleando sus colas, encrespaban las orejas como sintiendo una amenaza a sus espaldas. Uno de ellos miró por sobre su hombro para ver qué estaban haciendo los hombres. Su lengua colgaba, goteando, palpitando suspicazmente junto a las amarillentas cepas de los clientes y las encías sangrantes.

Cuando Arthur, como contagiado por el perro, levantó su ancho y pálido hocico y se puso a aullar.

—¡Aohhhhh! — exclamó; después de todo era un hombre—. Nunca he caminado así. ¿A qué nos lleva este paseo?

Los dos perros estaban aterrorizados. Sus lenguas se estrecharon hasta que el cansancio les forzó a ensancharlas nuevamente. Les hubiera gustado seguir mirando directamente hacia adelante, pero sus ojos entrecerrados eran atraídos constantemente hacia el rabillo. Sus orejas se habían puesto como las de las liebres agazapadas. Sus cuellos lucían dos llamativos collares de pelo.

Waldo Brown simplemente tiró de la mano de Arthur.

—No es nada — dijo — más que un ejercicio.

Y volvió a tirar, de modo que Arthur trotó como un perro en tanto que Waldo daba grandes zancadas con sus piernas más fuertes, los faldones de su impermeable platicando al viento y sus tacones hiriendo las piedras. Ahora las criptomeras las retinosperas los cipreses dorados pasaban todos juntos. A veces los hermanos daban vuelta la cabeza.

Cuando el faldón del impermeable de Waldo golpeó contra la puerta de una camioneta que pasaba dando tumbos, del jardín de una de las casas se precipitó un hombre hacia afuera.

—¡Cuidado! — exclamó el protector —. ¡Qué los van a atropellar si eso es lo que están buscando, pero después tendré que ir yo a buscar la ambulancia!

—¿La ambulancia? ¡Ah, no! —comenzó a gritar Arthur.

Waldo se vio obligado a detenerse.

—Gracias —dijo—. Tenemos perfecto dominio de nosotros mismos.

Eran sus gafas las que le daban esa apariencia fría. Los cristales sin bordes podrían haber sido una emanación de sus ojos más bien pálidos.

—Está bien — replicó riendo el hombre; era pelado, obeso, y tenía barriga pronunciada—. No quise importunarlos. Sólo pensé...

Su voz se extinguió.

Waldo siguió arrastrando a su hermano en su curso, aunque ya había decidido que emprenderían el regreso tan pronto como el atento hombre estuviera fuera de *la vista.

Arthur iba a la zaga.

—La ambulancia — gimoteó —. ¡Y a ti te atropellaron,.Waldo! La otra vez. ¿Te acuerdas?

Sí, a Waldo Brown lo habían atropellado en algún lugar de la calle Pitt; debía haber sido en 1934. No quería pensar en eso ahora, no sólo porque estuviera vinculado con una pérdida completa de su dignidad, sus anteojos rotos, el rebaño de bestias humanas que había interrumpido su atolondrada marcha sólo por ver la piel de su cuerpo, y luego Arthur en el hospital, sino porque el accidente había ocurrido poco después, y casi podría decirse por causa de, el Encuentro. Waldo había quedado muy disgustado, muy transtornado después de haberse encontrado con la gente que menos quería ver y también sus hijos, un monumento a todos aquellos que habían contribuido a su encarnación. Había reconocido, por ejemplo, la nariz ridícula de Mrs. Feinstein en su biznieta; en el hijo de Mr. Saporta la promesa de los viriles hombros de su padre; y en sus dos niños los ojos de Dulcie, en una versión menos imperativa, más suplicante. Más nostálgica aún era la ausencia de aquellas cualidades con las que Waldo podía haber dotado a los hijos que no tuvo con Dulcie.

Dulcie misma se encargó de destruir la nostalgia.

—¡Si me hubiera encontrado con un fantasma en Pitt Street me hubiera costado menos creerlo! Pero eres tú, Waldo... ¿o no?

No lo tocó, pero pareció como si hubiera querido hacerlo mientras rompía a reír. Algo así como una efervescencia trascendía tímidamente su cuerpo maduro, vestido en lo que Waldo recordaría más tarde como un negro excesivo, en modo alguno favorecedor excepto por el aire de fogsidad que le daba. Su cuello, más grueso que antes, comenzó a enrojecer. Sin lugar a dudas Dulcie estaba turbada por la presencia del buey, su esposo.

Saporta sonreía a la manera de esos hombres que nunca tienen nada importante que decir y ante dicha ausencia permiten esperanzadamente que la buena voluntad exude por los poros de su cara. En un principio Waldo había despreciado a Saporta, pero ahora, avergonzado, comprendía que él tampoco sabía qué decir. Sonrió más ampliamente que cualquier niño que sin poder evitarlo se hubiera visto cara a cara con dos cordiales amigos de sus padres. Luego dijo:

—Creo que soy bastante real..., Dulcie.

Tuvo que toser; su sonrisa temblaba, pero fue una suerte que se contuviera de decir: «Tócame y verás».

En cualquier caso los Saporta hubieran sido lo suficientemente estúpidos como para no comprender en toda su extensión semejante lugar común. Se alegró. Porque todo en él era temporalmente muy distinto de lo habitual.

—¿Estás bien, Waldo? Creo que sí. Por lo menos te ves bien —parloteó Dulcie con gran placer. Se había transformado, evidentemente, en una mujer como tantas.

Waldo pudo haberle dicho una o dos cosas sobre la angustia intelectual, pero no quiso complicarse. Era significativo, pensó mirándola, mirando su denso bigote —había tenido razón — y la brillante curva de sus dientes, que ella no se interesara por la salud de Arthur.

Saporta empezó a balancear sobre los talones, con su gastado traje a rayas, mostrando excesivamente los puños de la camisa y demasiado atildado: de hecho, como cabía esperarse de él.

Saporta dijo:

—¿Por qué no vienes a vernos alguna vez? Todavía estamos en Centennial Park, la casa de mis padres. Ven y tomaremos un trago de té.

A Waldo se le hubiera atragantado una frase así. Saporta no agregó: «Vengan los dos», aunque sus ojos, mitad agudos, mitad vagos, totalmente judíos, y marrones, parecían expresarlo.

Waldo contestó:

—Gracias Sería un placer.

Sentía retornar su horrible sonrisa. Después de todo tenía el sol en contra Un sol demoledor como un carnero.

¿Y qué tal los niños? Estaban demasiado limpios, demasiado modosos y dóciles por el momento, aunque adentro tuvieran resortes de espiral aguardando preparados.

—Estos son los niños —dijo Waldo; porque uno tenía que decirlo.

La nena, bamboleando un bolso pequeño, hizo tintinear sus diminutos pendientes de oro. El varón, mayor, miraba hacia arriba. Los delicados círculos afanelados que rodeaban sus ojos, los ojos de Dulcie, hubieran hecho que éstos parecieran blancos si el blanca no hubiera sido Waldo.

—Los niños — repitió Waldo sin llegar a entrecortarse.

—Sí —dijo Dulcie Saporta.

E inmediatamente comenzó a vibrar, a palpar, y su vestido pareció gotear, destellando por las cuentas de acero que Waldo creía haber visto en su madre. Dulcie había puesto una mano sobre la cabeza de la niña, y los tres, incluso los cuatro, porque no se podía separar a Saporta de su carne, los cuatro, pues, trascendían su propia vulgaridad.

—Parece que hemos tenido un niño inteligente — dijo Saporta—. Esta otra, este monstruo, es como toda mujer. Sólo piensa en casarse.

Chistoso. En estas circunstancias Waldo no tenía confianza suficiente en sí mismo como para devolverle el golpe.

—¿Cómo se llaman? —preguntó en cambio.

—La nena, Lynette — dijo Dulcie como si nadie se lo preguntara nunca—. El niño...

Se interrumpió.

Waldo, conmovido por la certeza, sintió que las lágrimas asomaban a sus ojos, ni siquiera ridículamente, detrás de sus quevedos. Toda humedad era deliciosa, voluptuosa, redentora, mientras aguardaba que su certidumbre fuera confirmada por las notas de violoncelo de la voz de Dulcie. Bajo el sol resplandeciente una sombra verdosa de hortensias blancas había comenzado a destruir la creciente belleza del rostro de Dulcie.

—Sí. El niño — reiteró Waldo, corroborando más que preguntando.

Dulcie vaciló aún, quizás por una excesiva sensibilidad o quizás porque fuera de esas mujeres que esperan que finalmente sus maridos se entiendan con las situaciones embarazosas. Entonces Saporta, un buey, pero un buey benigno, suspiró hondo y dijo:

—Al niño lo hemos llamado Arthur.

Haciendo puntería, el sol cumplió con su función de batería..., pero en sentido contrario. Waldo sintió un vahído. Tal vez, después de todo, los niños no fueran los resortes preparados que él había temido sino más bien inocentes objetos de una discusión, porque se veían atemorizados.

Dulcie también, aunque no inocente, estaba visiblemente, merecidamente asustada.

—¿Estás bien, Waldo? —volvió a preguntar—. No te ves bien. El sol. Entremos un rato a Berger's... Allí podremos sentarnos hasta que se te pase...

Saporta interpuso una mano carnosa.

—Gracias — dijo Waldo, sólo entonces y sólo a Dulcie —. No tengo tiempo para destinar a las enfermedades.

Entonces emprendió su huida. Tenía que escapar a alguna parte, alejarse de todos aquellos que lo habían poseído a la vez que ignorado a través de los años. Nada lo hubiera detenido, pero Dulcie corrió tras él más de media calle, para aprovechar al máximo el don de sus ojos cuando desbordaran.

La voz de Waldo trepó tontamente a un registro más alto.

—¡No, Dulcie! —exclamó por sobre su hombro con voz aflautada—. ¿Qué necesidad hay de discutir, de dar explicaciones, cuando todos entendemos la situación? Tal vez Arthur, *mi* Arthur sea el único que no la entienda. ¿O sí?

Después de todo lo que había pasado no hubiera podido mezclar a Arthur, si Arthur no fuera el jefe de los que lo habían poseído, y quizás también lo hubiera hecho para herir a Dulcie, para ventilar cierta desdicha secreta, para arrojársela a la cara.

Pero no se había atrevido a esperar lo suficiente como para ver, sino que había corrido por Pitt Street, enganchándose un pie en un emparillado, liberándose luego y endureciendo su mandíbula, su mandíbula suavemente pronunciada. Corrió a todo lo largo de Pitt Street, pasando por las numerosas tiendas, en medio de un olor a pastel. El cuello duro que tema por regla llevar a la biblioteca, su cuello de pajarita, estaba derritiéndose. «Aún cuando no sea la última moda, hay un período en el que el estilo de cualquier persona tiende a permanecer —solía pensar Waldo— en la intemporalidad.»

Luego, cada uno de sus huesos se quebraba. Waldo yacía sobre la breña fundente de la calle, inmóvil entre los rostros intemporales, tratando de recordar cuáles eran sus intenciones. Pero no podía. Las intenciones sólo existen en el tiempo.

—Denme mis anteos... mis gafas —pudo ordenar.

Tal vez si viera mejor podría comprender.

Le alcanzaron sus quevedos. Estaban rotos.

No podía precisar hasta qué grado había sido sangriento el accidente porque la breña y la sangre podían ser igualmente viscosas, y tampoco podía ver si la confusa mancha de conmiseración estaba transformándose en desprecio o en la masa carnal de la hostilidad.

Tanteó a su alrededor y luego dejó que lo tantearan. Fue alzado en ese estado extracorporal en que se hallaba.

Cuando pudo volver a sentir fastidio supo que Arthur estaba aproximándose. Alguien, una monja, a juzgar por el volumen de almidón y el alarde de autoridad, guiaba a su hermano hacia la guardia. Lo sabía por el modo en que crujía el esmalte y se sacudían las cortinas.

—Mr. Brown — dijo la hermana —, su hermano mellizo.

Sonó como enmarcado en una sonrisa.

—Sólo unos pocos minutos. Y usted — indicó a Arthur — no debe preocuparse, porque Mr. Brown no está herido de gravedad.

Si supiera.

¿Quién le habría mandado a Arthur? Sólo podía pensar en algún bienintencionado, o algún sádico, de la biblioteca.

—Debe recobrar la calma — dijo la hermana — Veo que sabe hacerlo.

Porque al principio Arthur estaba muy preocupado. Más que oír Waldo podía sentir a su hermano farfullando y llorando. No quería oírlo. Por

último, desde atrás de sus párpados, pudo sentir que Arthur se apaciguaba.

Arthur preguntó:

—¿Te dieron oxígeno en el camino, Waldo?

Al fin y al cabo ésa era la respuesta que había decidido dar, siempre detrás de las misericordiosas paredes de sus párpados.

—Si te fueras a morir — dijo Arthur —, yo sabría preparar huevos fritos. Siempre queda el pan. Podría vivir a base de pan y manteca. Tengo mi oficio, ¿no? ¿No, Waldo?

—Sí — contestó Waldo.

—Puedo conseguirme uno o dos perros para que me hagan compañía.

Aparentemente la ansiedad de Arthur volvía a crecer.,

—¿Pero quién pondrá el anuncio en los periódicos? —barbotó—. El aviso fúnebre.

—No hay quien lo lea — observó Waldo.

—Pero hay que ponerlo — dijo Arthur —. ¡Ya sé! ¡Se lo pediré a Dulcie! ¡Ella lo hará!

Tan contento de haberse salvado.

Por el movimiento del aire y por el vacío que quedó, Waldo supo que la hermana había vuelto y se había llevado a Arthur. Sus párpados ya no lo protegían. Lloraba: le hubiera gustado creer que por Dulcie, pero no era cierto. Lloraba por Arthur, por Arthur o por él mismo.

—Esa vez que casi te mueres —continuó Arthur.

Luchaban contra Barranugli Road.

—Que pudiste morir, pero no lo hiciste —dijo Arthur con voz ahogada.

—¡No! ¡El hecho es que no lo hice! ¡No lo hice!

Waldo pudo haberse desgañado. Los fieles perros hundieron sus cabezas entre los hombros.

Waldo se había encogido dentro de su impermeable, que era tan tieso que hubiera podido mantenerse erguido solo.

—La gente — dijo — muere de una de dos maneras por lo general. O es eliminada contra su voluntad, o su voluntad los elimina

—¿Y papá, entonces?

Waldo no quería pensar en eso.

—Sin duda aquello fue diferente — admitió, tartamudeando luego—: Creo que antes la gente simplemente se moría.

—¡Válgame Dios, creo que esta caminata es un disparate! — comenzó a rezongar Arthur —. ¿No lo ves? ¿Qué estamos haciendo? ¿No podemos regresar?

—Sí — dijo Waldo —. Es un disparate.

Entonces emprendieron el regreso y los dos viejos perros se alegraron a un mismo tiempo. Agitaron sus rabos en el aire, como pavoneándose. Sus lenguas asomaban por entre sus dientes expuestos. Uno de ellos ventoseó y se volvió para oler si había sido él.

Los dos hermanos que caminaban tomados de la mano, deshaciendo camino arduamente por Barranugli Road no se detenían a considerar quien era quien. Daban por sentado que eso había sido decidido por ellos en el momento de nacer y por lo menos Waldo había empezado a sospechar que sería imposible que uno de los dos muriera sin el otro.

La muerte de su padre, había sido la primera que, literalmente, Waldo debió arrostrar; más precisamente, la única, pues a la madre la habían llevado al Hogar y al final él había podido evitar su máscara mortal. De modo que la primera fue la única ocasión, probablemente a causa de lo cual había sido siempre renuente a olvidarla. Fue el primero en descubrirla, aunque no en anunciarla, por la obvia razón de que siempre había retrocedido ante las explosiones, ¿y qué era el anuncio de una muerte sino la más desagradable de las explosiones?

Además era de mañana temprano, lo cual lo hacía peor; la calma que precedía a la tormenta. Arthur estaba afuera ordeñando la vaca. Tenía que ordeñar, desnatar la leche y prepararse el desayuno antes de salir para la tienda. En esa época Waldo estaba trabajando en la Biblioteca Municipal de Sidney y ya había decidido su estilo. Era pulcro, concienzudo, usaba un nudo de corbata pequeño y brazales elásticos que sujetaban las mangas de su camisa de popelín (blanca)— Por lo general, como en *aquella* mañana, antes de ponerse la chaqueta salía a caminar, ni rápido ni despacio, una o dos veces alrededor de la casa o por lo que llamaban el Huerto. Su pelo, no descrito habitualmente, relucía con el sol y la brillantina, cuyo perfume, de ordinario muy sintético, resultaba singularmente convincente entre los genuinos olores del amanecer. Muy a menudo la realidad es menos convincente, a menos que un enredo creativo como el que Waldo experimentaba en ese momento la convirtiera en una obra de arte. Sentía que había muchas sensaciones, muchas imágenes que podría plasmar en un cuaderno si tan sólo se le aclararan un poco. (Para esta época había escrito numerosos artículos, tenía un fragmento de una novela, y había ingresado a la Sociedad de Escritores Australianos.) Ya había escrito en su cuaderno: *La muerte es la última de las acciones químicas*, y aunque, como todas las grandes verdades, le sonaba familiar no tenía motivos para creer que fuera fruto de una mente ajena.

Después, en esa mañana de luz y rocío, Waldo se encontró mirando por la ventana hacia el cuarto en el que su padre pasaba las noches en la quietud de la penumbra y con el vapor de nitro salitre de los papeles que, solía quemar debido al asma que lo había acosado en los años que precedieron a su jubilación. George Brown, como le decían los muchachos en tono de broma, estaba clavado en la mesa en donde regularmente se recogía de la oscuridad. Sus rodillas estaban dispuestas de un modo muy extraño, por no decir desagradable. Había apoyado la cabeza sobre la mesa como si no hubiera podido hacerlo más abajo. Por eso su mano extendida protestaba, y tal vez también la otra, suspendida, colgando.

A Waldo Brown no se le ocurrió pensar al principio que su padre estaba muerto. Era una afrenta demasiado grande en contra de las costumbres. Pero los hechos son los hechos. Y Waldo Brown respetaba los hechos tanto como las costumbres. De repente, lo que no se le había ocurrido se hizo presente con una fuerza incontenible.

Se apartó de allí inmediatamente — tenía que hacerlo — y se adentró en el jardín, donde la hierba de la pradera acribilló los pantalones de sarga que esa noche había prensado bajo el colchón. Permaneció en ese lugar recogiendo alguna que otra hoja del suelo, y esperando que alguien se hiciera cargo de la intolerable situación.

Ante esas circunstancias fue un impacto menor darse cuenta al recoger hojas de membrillo de que en su muñeca había vellos de hombre cuando todo él se había empequeñecido dentro de su cuerpo adulto. Sin el testimonio de su muñeca, —el niño que había en él hubiera seguido en posesión de su ser. Y tan sólo ese jueves Miss Huxtable, una mujer de inquietudes intelectuales, le había preguntado su opinión acerca de Sheila Kaye-Smith. Y él se la había dado, en términos muy duros.

Esta reflexión le hizo mirar por encima de su hombro, dudando si volverían a recibirlo en la biblioteca donde era un hombre arrogante, o en su familia, que a estas alturas ya debía saber lo peor. O se había enterado y lo había olvidado. Esa era la virtud de las familias, su voluntad o su determinación para olvidar.

En tanto que la mañana, ese vacío dorado, se había llenado más pronto aún de lo que él había esperado.

Aparentemente, Arthur había regresado de ordeñar, había entrado en la casa para preguntar o contar algo, luego había corrido por el vestíbulo arrancando gemidos al linóleo del piso, y se había precipitado hacia la veranda. Allí estaba, frente a la puerta con mosquitero que aún

temblaba, bajo el frionte clásico que había encargado su padre, en el que él mismo había concebido su primera tragedia. La de ahora era verídica. El viejo y grasiento trapo con que lavaba las ubres de la vaca se crispaba entre sus dedos nerviosos.

Estaba gritando.

—¡Papá —gritaba—, papá está muerto!

Sus ojos se movían de un lado a otro, su mata de pelo anaranjado y corto se había erizado.

—¿Waldo? —gritó llorando al ver que su hermano se acercaba por el sendero, tensa y rápidamente, para compartir la pena.

El anuncio de Arthur, gritado con genuina desesperación, había liberado a Waldo. Ambos se abrazaron en la vieja veranda, como tratando de exprimir la congoja que había en el otro. Waldo pensaba que, si sabía de su desertión, su hermano nunca la mencionaría. —Arthur dependía mucho de él —, ¿pero podía estar seguro de su madre? Con Arthur sustentándolo, al menos físicamente, Waldo intentaba responderse.

Oía a su madre caminando a tientas por la casa, forzándola, batiendo las frágiles puertas para llegar al desastre de su vida, olvidando que su matrimonio había sido sólo eso. Temía que ella irrumpiera con demasiada prisa en la oscuridad del cuarto y lo llamara para confirmar lo que había ocurrido realmente.

Pero cuando llegó, empujando la herrumbrosa tela metálica, su madre estaba en posesión de algo que ni él ni su hermano podrían comprender, y Waldo se sintió agraviado por ello. Lo que había ocurrido no tenía, finalmente, vinculación con sus hijos. Lo que había ocurrido había ocurrido ya muchas veces, y sólo le afectaba a ella.

De este modo, la madre pareció ignorarlos. Aunque llevaba puesta su bata, bastante desteñida, manchada con grasa de tocino, y con restos de comida endurecidos, esencialmente estaba vestida de luto. Podía haber estado masajeando la pierna marchita de su marido. Lo que en un principio había consentido por piedad. Lo que ahora le habían quitado por la fuerza. Por eso sus brazos estaban caídos. Por eso descendió los escalones, con su pecho áspero y enrojecido terminando en donde comenzaba el secreto de su busto blanco.

Waldo la siguió, porque técnicamente ella era su madre. En tanto que la madre cruzó Terminus Road porque era la viuda del padre.

Mrs. Poulter podría haber estado esperando a Mr. Brown.

Bajó rápidamente de su casa. Ya entonces era una mujer corpulenta y se había preparado a abalanzarse con todo su peso sobre el posible desastre. Mrs. Poulter dijo:

—¡Dios mío, no me diga! ¡Si hay algo en que pueda ayudarla!

Había empezado a sollozar. Si no abrazó a Mrs. Brown fue sólo porque tuvo miedo. Mrs. Brown era muy altiva y fría.

—Es mi marido, Mrs. Poulter. Querría llamar al médico. Si usted me lo permite. Aunque debemos comprender que ya nada puede hacerse.

Su voz pura, de abolengo, no sólo erguía una barrera entre ella misma y Mrs. Poulter sino también frente a aquellos a quienes había dado a luz adulterando una larga tradición. Pero Waldo podía imitar voces e incluso adaptarse a las situaciones, cuando no amenazaban con extinguir su personalidad. Entonces dijo:

—Espera mamá. Deja que yo lo haga. Resultó convincente, porque la madre se detuvo en donde estaba con Mrs. Poulter. Nadie excepto Waldo, y él sólo al pasar, se sorprendió con su orden cantada, con sus tonos de tenor de *Rigoletto*. Después de repetir brevemente el bocadillo, entró corriendo ágilmente, ignorando a Bill Poulter en su propia casa.

Le contó al receptor que había muerto un hombre. —George Brown, Terminus Road.

Las palabras cuidadosamente pronunciadas forzaron una sonrisa en sus labios. Se seducía él mismo, no al teléfono. Del mismo modo en que Dulcie, durante un momento, al principio en la sala de «Mount Pleasant», se había dejado seducir por la misma y sedosa voz de tenor.

Al regresar no se sorprendió de encontrar a Bill Poulter mirándolo asustado. Mientras que él mismo cortejaba su propio bigote con la punta de la lengua.

Salió a la calle moviéndose, si bien no muscular, esbelta, flexiblemente hacia donde su madre esperaba con esa mujer. Madre e hijo cruzaron la calle con bastante naturalidad, pero en silencio, porque las palabras eran innecesarias, y sin que Waldo tocara a su madre, porque así parecían haberlo acordado años atrás.

Oía las pantuflas de su madre dar contra la tierra y su vieja bata de lana azul arrastrándose por la hierba húmeda del borde del camino.

El rostro embotado de Arthur, a menudo inquietante para los extraños, los aguardaba en el mismo lugar de la veranda en que lo habían dejado, con la piel aún surcada por las lágrimas, pero secándose. Y repentinamente la madre subió los escalones que la separaban de Arthur, más rápido de lo que Waldo podía haber esperado. Por supuesto, en circunstancias tan alteradas no era de extrañar que se sintiera impulsada a consolar a alguien tan afligido como Arthur, que en muchos sentidos seguía siendo su niño. Pero Waldo vio que era Arthur quien sostenía a su madre. Más que mirar su rostro ella buscaba en él, miraba dentro de esa cara embotada, que tal vez estuviera menos confundida de lo que hubiera debido.

Waldo temía posibilidades insospechadas. Visto desde abajo, su hermano parecía inmenso.

Si tan sólo hubiera podido enfocar el rostro de Arthur para ver qué buscaba su madre... Porque así, hallara ella lo que hallara pronto sería sepultado con palabras. El niño del escalón inferior se estiraba hacia arriba, meneando nerviosamente el gusano blanco que era su cuello intentando ver. Pero no podía. El sol brillaba en sus gafas.

—De todos modos tendremos que tomar el desayuno, ¿no es verdad? —dijo Arthur con voz gutural.

—Sí, querido — acordó la madre.

Waldo nunca la había oído tan natural.

—Tú prepararás el mío —suspiró la madre—. ¿Quieres?

Porque en los momentos de crisis, admitía Waldo, Arthur necesitaba que lo mimaran.

—¿Tomamos leche, para cambiar? ¿Leche caliente? —sugirió Arthur—. Nos haría bien y nos calmaría, ¿no es cierto?

Era una excelente idea.

Pronto sujetaban entre sus manos los cascados pero todavía elegantes tazones de porcelana con el motivo de pimpollos de camomila que habían traído los padres desde Inglaterra.

—Será mejor que cuando llegue el doctor me ponga en marcha — mencionó Arthur con impaciencia, mirando su reloj y a su madre—. Los Allwright se estarán preguntando qué me habrá pasado.

—Yo esperaba que te quedaras con nosotros hoy —dijo la madre, y rápidamente, sin tomar las prevenciones del caso agregó —: Estoy segura de que Waldo te lo agradecerá.

Como si su niño Waldo aceptara sin reparos cualquier cosa que ella arreglara por él con su hermano grande. Naturalmente, Waldo se lo agradecería. Alguien llamaría a la biblioteca. De modo que siguió mirando cómo su madre acariciaba los cabellos húmedos de Arthur, mirando dentro de su rostro hacia el pasadizo que esperaba descubrir. Por último Waldo los vio sólo borrosamente, porque deliberadamente se había quitado las gafas.

El padre, pues, estaba muerto. Impulsado por su muerte, Waldo se sentía a menudo tentado de internarse de su propia adolescencia. Sólo

estaba aprendiendo a conocerla, y aun las tachas que había en su pasado resultaban fascinantes como astillas clavadas en la carne. No había motivos para que las visitas adivinaran las tachas que había en Waldo Brown. Su confianza se mostraba firme sin ser agresiva. Su cabello era muy candido. Lo mojaba con agua y lo cepillaba cuidadosamente hacia abajo; fue más tarde que sintió la necesidad de usar brillantina. Pero durante su adolescencia los extraños se veían atraídos por los emplastes de agua en su cabello de muchacho, inocentemente mojado.

Había llegado a ser más alto y más esbelto que lo que se había esperado de él. Su larga y huesuda muñeca, habitual— menté manchada de tinta, quedaba al descubierto ante el constante retroceso de la manga. Los puños de las camisas no le cerraban y estaban raídos en los bordes. Naturalmente, no podían comprarle tanta ropa tan a menudo.

Se había convertido en un Muchacho Prometedor. Si bien estaba flojo en Matemáticas, su don para las composiciones persistía, en tanto que su vocabulario aumentaba para engalanarlas. Y estaba el misterio de sus ambiciones literarias, que sus padres rara vez mencionaban, por vergüenza o por temor, o simplemente porque no creían en ellas. (Waldo había empezado a sospechar que los padres permanecerían indiferentes al talento de sus hijos a menos que éstos lo expusieran frente a sus narices.)

Sin embargo estaban orgullosos de él, especialmente cuando saltaba de su asiento, con sus pantalones que apenas podían abotonarse, para ofrecer un plato de bollos sin que nadie se lo indicara. Los extraños lo comparaban con el mezquino de Arthur, que se los hubiera comido todos. Pedazo de grandullón, sentado con el mentón apoyado sobre las rodillas en un banquillo desvencijado, y las migas rodando por el mentón y cayendo sobre las rodillas. Masticando. Junto al prometedor Waldo, Arthur tendía a opacarse. Había comenzado a trabajar para Allwright, ambos detrás del mostrador y en el calesín entregando los pedidos, después que Allwright le enseñó a conducir. Arthur era bueno con los animales; para ellos tal vez fuese natural aceptar a alguien que era humano sólo a medias. Para los Brown era triste, por no decir un obstáculo para un muchacho serio como Waldo, quien, según decían, era, hermano mellizo del otro, quién lo creería. Solía verlos juntos caminando alguna tarde calle abajo, Waldo con el cintillo de la Escuela Superior de Barranugli en el sombrero, llevando su portafolios, y Arthur andando torpemente con su viejo par de pantalones y su vieja camisa, porque no se podía esperar que los padres gastaran una suma importante en un traje nada más que para eso. De todos modos, allí iban. Dos mellizos. Uno se preguntaba de qué hablarían.

Waldo lo sabía de memoria de tanto escucharlo... aun cuando no pudiera oírlo.

Así, caminaban por el paisaje de su adolescencia, dos figuras vistas a distancia, o en primerísimo plano, tan cerca que podían vérselos los poros de la piel, los barros y las espinillas.

Waldo odiaba eso. Odiaba su interminable rostro lleno de pústulas. Prefería escuchar las voces de los extraños murmurando lo que habían decidido que eran verdades. Cómo hubieran saltado si lo hubieran visto quitarse un barro frente al espejo. A la gente no le gustaba el pus. Por eso aprendió a darles lo que ellos querían. De cuando en cuando, al pasar, cuando regresaba a la mesa con un plato de bollos, solía quitar minuciosamente las migas que habían caído sobre las rodillas de Arthur, con una candida a la vez que modesta caridad que conmovía al observador tanto como al ejecutante. Y muy genuinamente, una vez realizado el acto, el pobre y alegre Arthur no parecía más alegre que la propia carne de uno padeciendo un tormento injusto e innecesario.

Pero como Arthur era parte de su propia carne, era fácil con él. No así con el padre. Con el padre era a todas luces difícil, por no decir penoso, particularmente durante los años en que Waldo iba a la escuela superior. No podía escapar a su padre. Viajaban juntos en el tren, cuando menos a la ida.

Al verlos salir juntos con las primeras luces de aquella primera mañana, la madre había dicho:

—Os tendréis el uno al otro para haceros compañía.

Así fue. Ambos acostumbraban a caminar cautelosamente. Subiendo la calle, Waldo recordaba cómo su padre, para entretenerlos, les había contado de los emisarios bancarios en Londres, con sus sombreros de copa y su maletín esposado a la muñeca. Tiempo después, cuando la costumbre de ir juntos a la estación quedó establecida y no siempre era posible acortarla yendo al lavabo o recordando libros, en sus momentos más amargos Waldo sentía que era preferible morir a cumplir este cotidiano acto de deber. Con Arthur era diferente. No había forma de escapar de Arthur. En el mejor de los casos el sonido de su respiración coincidía con el de la de uno, y sus silencios eran a veces un consuelo. Pero, si uno hubiera sido más astuto o más brutal, podría haber pensado en una forma de escapar al padre. Los padres no son más que el precio que uno debe pagar por la vida, los tickets de entrada. La vida, como con el correr del tiempo empezó a comprender Waldo, es como una conciencia melliza que empuja, que estorba, pero con la cual, en momentos inesperados, es posible comunicarse de un modo a la vez animal y delicado. Por eso Waldo echaba de menos la libertad y la ausencia de su hermano mellizo mientras caminaba con su padre por entre los arbustos de Terminus Road; George Brown apuraba su pierna coja, intentando ponerse a la par de su hijo, que se demoraba por él.

En una ocasión el padre dijo:

—Tú sigue corriendo. Yo me tomaré mi tiempo.

Y Waldo había seguido corriendo. Literalmente. Trepó el resto de la calle meneando los tobillos, sacudiendo los brazos y haciendo que sus libros retumbaran dentro del portafolios semivacío.

Luego, cuando estuvieron sentados en el tren, no se hablaron; pero probablemente no se hubieran hablado de todos modos.

El padre, que había sido un asiduo narrador de cuentos para niños, de mitos de la antigua Grecia o de Roma, para no hablar de cuando recitaba Shakespeare, cayó en un silencio mayor que el de su rostro. Había comenzado a estudiar noruego «para leer a Ibsen en su lengua original», o para escudarse tras eso en el tren. Waldo veía formarse las palabras bajo el enmarañado bigote. El padre reclinaba la cabeza contra el cuero y cerraba los ojos. Sus párpados se veían más desnudos que nunca. Durante muchos años Waldo no pudo acceder a Ibsen por respeto al particular idioma en que había escrito.

Pese a todo, el padre no desconocía, por lo que dolorosamente parecía, algunas de las responsabilidades que eludía. Una mañana, dejando *Enseñese noruego usted mismo* sobre el asiento del tren de Barranugli, abrió los ojos y dijo:

—Waldo, hace tiempo que quiero tener una charla contigo. Sobre ciertas cosas. Sobre, bueno, la vida. Y todo lo demás.

El largo tren se aferraba a las vías. Por las ventanillas entraban tizones que se apagaban contra la piel helada de Waldo.

—Porque — continuó George Brown — supongo que habrá cosas que te desconciertan.

«¡Qué va!», podría haber exclamado Waldo si la locomotora no se le hubiera adelantado.

No era la revelación de su padre lo que lo sacudía. Era el tren, que agitaba toda imagen entumecida que él jamás hubiera concebido.

—Lo principal — dijo el padre, pasando la lengua por su bigote color gorrión — es llevar una vida decente, una vida de la que, digamos, no tengas que avergonzarte.

Buen Dios. A Waldo no le habían enseñado a rezar porque, según decía la mamá, todo dependía de la voluntad propia, sería una tontería esperar otra cosa, podemos lograr lo que nos proponemos si somos resueltos, si tenemos confianza en nuestra fuerza.

Y hete aquí a George Brown entrelazando los dedos con los que había aprendido a contar billetes tan hábilmente. George Brown, que no tenía nada de qué avergonzarse. Excepto, tal vez, de su propia voluntad.

Buen Dios. El tren de Barranugli mugía como una vaca en pastos ajenos.

—Por ejemplo, todas esas enfermedades. George Brown se encontró ensimismado en sus propios problemas. Desvió la mirada.

Waldo, aunque quería hacerlo, no podía evitar el seguir mirando a su padre y al sudor que brillaba en el borde amarillento de su cuello de celuloide.

—Hay un pequeño consejo, Waldo — agregó el padre —, que me gustaría poder darle a cualquier muchacho. Ninguna precaución es suficiente en los retretes de los lavabos públicos. Se puede desarrollar, bueno, una técnica del equilibrio. Y evitar muchos problemas. De ese modo.

Cuando pudo terminar de decirlo George Brown volvió a *Enséñese noruego usted mismo*. Por ese entonces Waldo podía reconocer la forma de las frases más repetidas: *Hun hop— pet i sjøen...*^[2] *Han merket det bog reddet henne*^[3] *Jeg har spart penger for a køpe en gave til min søster*^[4] Porque el padre le había asustado y luego le había avergonzado, lo cual era peor, Waldo quedó enfadado. Empezó a relacionar la solemne idiotéz de las palabras recitadas con el inexorable movimiento del tren. Le hubiera gustado gritar: ¡En cada retrete público hay una sífilis! O peor: las palabras que había visto garabateadas en las paredes. Se quedó mirando de soslayo a su padre. ¡*Min maldita søster!* Murmuraba en su asiento: Me beneficié a mi tía el viernes por la noche.

En la cabina barnizada en la que iban sentados, George Brown cambió de posición sobre el cuero reseco mientras sujetaba las páginas del libro que la corriente de aire agitaba. Ha» *hoppet i sjøen... Han Merket det...* Parecía que el único modo era memorizarlo.

Cuando Waldo, aparentemente, era todo memoria y conocimiento. «Dime, papá — se sentía tentado de proponerle, desafiándolo —, dime algo que yo no sepa.»

El ronco tren daba a las improferibles palabras el tono agrio de la insolencia. Cuanto más desdeñosamente se balanceaba Waldo más se estiraba la obscena tapicería, adoptando contornos de mujeres bulbosas y opulentas horquetas de hombres color púrpura. Un gorila de sarga y cabellos anaranjados pasó su anillo de rubí y oro por un trasero encorsetado en Shadbolt Lane. Ningún hombre es tan atractivo — dijo ella — como para que no haya una o dos copias suyas por ahí. El hombre le dijo algo al oído y ambos rieron hasta reventar, subiendo a tientas la estrecha escalera.

Los pensamientos nocturnos, pugnando por salir de abajo del cestrum, flotaban en la superficie noctámbula y gozosa. Por las noches el cestrum alcanzaba su fragancia más intensa, llenándose, henchándose, palpitando y derramándose, sin que sus raíces dejaran su sitio, a cierta distancia de la cama. Sus ramas crujían, no obstante, lo suficiente como para que el respirar de Arthur interfiriera los sueños.

De repente, Waldo, sentado en el tren, miró de lleno el rostro de su padre. La locomotora arrojaba tizones; el ruido que hacía recordaba una sonrisa tonta. Waldo podría haberse quedado reclinado disfrutando de la escapada que había hecho, si sus ropas, ajustándose, no se lo hubieran impedido, junto con el temor de que la libertad pudiera ser el equivalente de la soledad. De modo que finalmente le hubiera gustado tocar la bondad de su padre, pero sólo podía sentirse tocado por ella. No fue su delgado cuerpo el que empezó a temblar; fue el tren, que los llevaba por los suburbios de Barranugli, pasando los silos cargados de semillas y las casillas orinientas, las cabras atadas, y en los patios traseros, mujeres cuya pálida piel mostraba las huellas de la noche y la grasa de carnero.

El padre guardó el libro en el bolsillo —él sólo hubiera podido asegurar la venta de las ediciones de bolsillo— y los dos salieron a Barranugli. A lo largo de las anteriores llegadas a la estación Waldo había procurado un distanciamiento gradual de su padre para evitar lo que, para ambos, hubiera sido la incomodidad de saludarse.

Si George Brown se deshizo de *Enséñese noruego usted mismo* no fue precisamente porque ya no lo necesitaba. No podía sentirse seguro sentándose en un tren sin un libro. Comenzó *Así hablaba Zaratustra* y poco después pasó a *El autócrata de la mesa de desayuno*, que había adquirido, se enorgulleció de decirlo, el uno por nueve peniques y el otro por seis, de ocasión.

En cuanto a Waldo, el viaje a Barranugli se repitió a lo largo de más de tres años. Hacia el final, no precisamente por decisión propia, se dejó crecer el primer bigote. La verdad era que no le daban el dinero para una navaja con que afeitárselo.

—¿Pero por qué? —les gritó con furia, en esa casa que había empezado a quedarle demasiado chica.

El padre puso su más grave expresión y con prudencia dijo:

—Los hombres que comienzan a afeitarse demasiado pronto terminan lamentándolo. Además —añadió—, la mayoría de los muchachos de tu edad se entretienen mucho cultivando sus bigotes. Que yo sepa, el bigote está de moda.

Waldo miró a su padre. Ya era bastante malo ser mellizo sin tener que identificarse por otros medios.

La madre, que estaba zurciendo, trató de suavizar las cosas.

—No querrás transformarte en uno de esos pobres hombres — observó — que a las cinco de la tarde tienen el rostro cubierto por una sombra.

—Yo no soy de esos —replicó Waldo—. No soy un *dago*^[5].

—Esa no es palabra — dijo el padre — que yo quiera oír en mi casa.

Y los dedos de la madre empezaron a temblar. Tiempo después, estando enferma, vieja y fantasiosa, Anne Brown, Quantrell de soltera, diría abstraída a sus hijos:

—Supongo que sería por sus principios. Y su bondad. Pobre George, era demasiado bondadoso. Yo lo dejaba demasiado librado a los ataques. Y, sí, me he vuelto áspera. A menudo pasa que las mujeres de los hombres bondadosos se vuelven ásperas y tenaces defendiéndolos.

Por el momento, víctima de la indiferencia de sus padres, Waldo no podía hacer nada por sí mismo. No podía pagar una navaja de afeitar; entonces alimentaba su resentimiento en los lugares menos frecuentados de la casa, con el pulso acelerado, acariciando sus codos gastados. (Su labor en la escuela debería bastar.)

—No te preocupes, Waldo. A mucha gente le gusta el bigote. Déjame tocar.

Hubiera podido hacerlo si Waldo no le hubiera vuelto la espalda. Pedazo de grandullón. Sus dedos olían a grano de anís y a miel. Waldo le gritó:

—¡Apesta!

Nadie volvió a decir nada porque mucho se había dicho ya.

—Creo que Dulcie —dijo Arthur— probablemente se deje crecer el bigote. Me gusta Dulcie.

—¿Quién —gritó aún más fuerte Waldo.

—Esa chica.

—Tú no sabes nada de ninguna chica.

Como tampoco él. Ni quería saberlo. Odiaba a casi todo el mundo, pero sobre todo, a su familia. En ella iodos sabían demasiado y a la vez no lo suficiente sobre cada uno.

Pero estaban orgullosos de Waldo. Si bien seguía flojo en Matemáticas, se llevaba las palmas en las demás asignaturas. Tenía *Los idilios*

del rey, *Viajando un burro* y otros volúmenes de Tácito — Incluso leía siempre, pero como el lector de la familia era el padre, casi siempre lo hacía a escondidas.

Hacia la mayor parte de sus cosas en secreto, como si hacer un secreto de sus actos diera a éstos una importancia especial. Era una verdadera lástima que en el secreto no entrara otra gente porque en esas circunstancias sólo lograba parecer importante ante sí mismo. Y Arthur. Arthur raramente comentaba que Waldo leía durante la mitad de la noche junto a una lámpara semicubierta, o en el cuarto de baño, o que copiaba extractos en algún cuaderno; para él era natural aceptar la vida secreta de su hermano mellizo. Tal vez tuviera su propia vida privada, aunque necesariamente de tal simplicidad que uno no se detenía a considerarla, ni mucho menos a entrar en ella.

En una ocasión Arthur interrumpió cierta complicada aunque intrascendente actividad, mientras Waldo, sentado frente a una hoja de papel, la cubría con su mano, como una pared.

Arthur sintió la necesidad de preguntar:

—¿Qué estás haciendo, Waldo?

Después de considerarlo lo suficiente, Waldo contestó:

—Estoy escribiendo.

—¿Sobre qué?

—No lo sé — respondió Waldo sinceramente.

Pero Arthur jamás desistía ante la vaguedad de una descripción o la falta de confianza.

—Espero que sea bueno — dijo, y sonrió.

Satisfacer su curiosidad — su expresión así lo indicaba — era menos importante que la realización personal de su hermano.

Waldo pudo haber balanceado su cuello y haber hedió frente a esa repetida herida que debía sufrir. Si no hubiese estado tan importantemente ocupado hubiera podido incluso sentirse mortificado. Por así decirlo, aceptaba las heridas que las circunstancias le infligían... o. su propia naturaleza. Aceptaba a Arthur, su hermano mellizo, quien, según el dicho, era corto de alcances.

Así, la vida de ambos hermanos se unió por mutuo consentimiento, en algunos puntos. El grotesco Resplandor del cabello de Arthur se atenuaba bajo ciertas luces, embebiendo su expresión en el secreto de la inocencia. A esto contribuía en parte su piel blanca, pero, más que en parte; su simplicidad. Por eso Arthur solía abandonar súbitamente esta actitud.

Cada vez que esto ocurría Waldo sólo se permitía sentirse irritado, como oposición al aburrimiento»

—¡Lárgate, entonces! — decía —. Necesito concentrarme.

Mientras Arthur seguía rondando.

—Está bien — podía ser tan razonable —, realmente soy bastante tosco, ¿verdad? Realmente me muevo con torpeza y derribo las cosas.

Pero a veces esas cosas se interponen en mi camino.

Waldo frunció el ceño y miró fijamente el papel. Cuando Arthur se fuera del cuarto no le quedaría ninguna excusa.

—Me iré pues — prometió Arthur gentilmente —. Espero que pienses algo interesante.

Otra gente seguía subestimando las intenciones de Waldo, considerando que eran tontamente caprichosas, cuando no directamente idiotas. No alcanzaban a comprender su necesidad de expresar *algo*. De otro modo, ¿cómo podría decir honestamente: yo existo?./La perspectiva de no llegar a ser más que un cero a la izquierda, como los maestros o sus padres, lo hacía transpirar detrás de las rodillas.

Quizás haya sido por este —no podía decirse *voluntariamente* anormal — comportamiento que finalmente otra gente se hizo eco de sus secretas intenciones. Su madre, por ejemplo.

Ella misma solía esbozar una especie de sonrisa tímida y caminaba sin hacer ruido, como si él estuviera enfermo o algo por el estilo. Luego, en presencia suya, comenzó a mencionar «los escritos de Waldo», pero tan discretamente que durante largo tiempo ningún visitante se atrevió a violar su discreción.

Por último, la madre dijo tontamente:

—Un día, Waldo, tienes que hablarme de tus Escritos.

Era demasiado.

Si su padre, el lector de la familia, que siempre estaba allí, sentado en penosas posiciones, empujando su pierna mala hacia una dirección aún nueva, relejendo *Religio Medici*, *Sésamo y lilas*, y más tarde *Ensayos sobre el estudio de las canciones populares* por la condesa Martinengo-Cesaresco, que había adquirido a buen precio unos días atrás, si su padre parecía no darse cuenta tras sus cejas y su libado bigote de que algo inusual estaba ocurriendo, era porque su padre —Waldo se había convencido de repente— no había podido ser escritor.

Hasta el fin de sus días Waldo conservó su don para distinguir fracasos. Con la excepción de Johnny Haynes, respecto de quien nunca pudo resolverse, fue particularmente sensible a los fracasos que se precipitaban sobre la vasta hierba de lo que se llamaba Sarsaparilla. ¡Sarsaparilla! Decían que había jugado un papel en la historia de la primera época. Luego, aparentemente, la historia le había bajado los humos. Estaba la tienda de Allwright, y el correo, ubicado al lado de la casa de Mrs. Purves. Había hortelanos y parvas de heno para las vacas. Estaban las casas de los ancianos, de los excéntricos, de los trabajadores, y de los ricos, aunque estos últimos apenas contaban pues existían sólo espasmódicamente en jardines muy cuidados, entre sus arbustos, en sus barnizados carros de dos asientos, o, en el caso de Mrs. Musto, tras el parabrisas de un coche a motor. La hierba ejercía un verdadero control sobre Sarsaparilla, masas de hierba profundas y vaporosas, asomando débiles y amarillas hacia el fin del verano. Por lo que hacía a los caminos, con excepción de la carretera, casi todos se perdían, primero en la tierra y después en la dehesa, con trozos de estiércol marrón —o arañas grises— y la frágil brizna de los cardos sembrados.

Cuando sus pensamientos se volvían demasiado para él, demasiado borrosos o demasiado enmarañados, y su mente se volvía un intrincado laberinto sin un hilo salvador, Waldo Brown acostumbraba caminar majestuosamente por los caminos del campo, intercambiando su propio mundo borroso por ese otro, polvoriento, externo, pero no más real, en el que esperaba descubrir una forma distinta, algún objeto en el que no hubiera reparado antes, mientras Arthur, sacudiendo el polvo detrás — era imposible escapar de Arthur a menos que Arthur mismo decidiera escaparse — conducía su monólogo, si no diálogo, con la tierra o el sol, un avefría o una bosta de vaca brotada de verde. Como la injusticia, la tierra siempre recurría al ofuscamiento, el menos cuando un súbito hongo se formaba sobre ella; el carro de Mrs. Musto avanzaba, previniendo a los peatones de su llegada con los bocinazos que ella ordenaba.

A Stubbens, su chófer, no le gustaba tocar la bocina.

—¿Pero para qué la tiene? —solía insistir ella.

Todo estaba supeditado a las órdenes de Mrs. Musto.

—¿Queréis subir, muchachos? —gritaba después de haber hecho que Stubbens se detuviera —. Diablos, qué calor, ¿eh? ¡Un calor como para quemar las narices del cura!

Como era tan rica — Harina Mágica — se aceptaba que Mrs. Musto hablara tan auténticamente. Su chófer Stubbens jamás se inmutaba.

Después de abrir uno la puerta — Stubbens nunca la abría a los muchachos— y entrar empujando a Arthur como fuera posible, era

horriblemente frío sentarse junto a Mrs. Musto en su coche atestado con sus pertenencias: su velo verde, que no le impedía pintarse pecas, su demasiado plegable sombrilla, la capa de alpaca, el devocionario, sales aromáticas; y se decía que, para los viajes más largos —aunque Waldo nunca había viajado lo suficiente en compañía de Mrs. Musto—, budín inglés y una botella de vino oporto.

Cuando ambos estaban ya ubicados, Mrs. Musto daba su orden habitual.

—Déle cuerda, Stubbens —y a los fines de su bondad, mientras Stubbens hacía girar la manivela —: ¡ Sujetaos las costillas, muchachos, o perderéis una o dos con el baile!

Le encantaba el movimiento perpetuo, y los curas, y los regalos:; hacerlos más que recibirlos, aunque una persona tan rica como Mrs. Musto naturalmente recibía muchísimos. Le encantaba comer buena comida rodeada por quienes condescendían a llamarla amiga, después de lo cual se quedaba dormida en medio de una frase para revivir eructando en el medio de otra. La música era su pasión más sublime, lo cual no impedía que roncara a lo largo de toda una interpretación; pero se podía confiar en su generoso aplauso al final. Y de vez en cuando organizaba partidos de tenis para los que llamaba «jovencitos».

—Los jovencitos —diría— son mi protección contra la vejez.

Cierta vez Mrs. Brown declaró que esperaba que los negocios no desampararan a Mrs. Musto.

Pero en cierto modo la mamá no apreciaba del todo a Mrs. Musto, que desde un principio «había tenido muy buen concepto de los Brown». No podía tolerar la amabilidad de Mrs. Musto.

—¡ Oh, pero verdaderamente es muy amable! — solía suspirar—. Una no puede negarlo. No quiero oír una sola palabra en contra de la pobre, aunque —hay que reconocerlo — es lo que yo llamo una solista.

Indudablemente, a Mrs. Musto le encantaba hablar. Es más, hablar era otra de sus pasiones sublimes.

—¿Para qué tenemos boca? Sí, ya lo sé: comer. También es hermoso. En eso todos son ricos en un país como Australia. A mí que me den un buen trozo de carne asada, con una preciosa rodaja de grasa amarilla y una cebolla hervida. ¡Ohhh, delicioso! Por supuesto, además hay otras cosas. Pero no por unas debemos olvidar las otras. Como le decía al arzobispo, no es provechoso, en ningún caso, ni siquiera en el de los evangelistas, descuidar totalmente la carne. El arzobispo pensaba igual que yo. Pero Ella —Ella— no es sólo una mala comedora, se está matando de hambre para asegurarse un pase cómodo al más allá. Cómo no he dudado en decírselo. Pero como les estaba diciendo... ¿qué les estaba diciendo? El fin principal para el que nos ha sido dada esta pequeña ranura es la conversación: la comunicación por las *palabras*. Nos han dicho: en el principio fue la Palabra. Lo que en cierto modo es una prueba, ¿verdad?

Desde abajo podía verse su nariz chata.

—¿Qué palabra fue en el principio? —preguntó Arthur, sentado en un banquillo ensartado con abalorios, mirando la nariz de Mrs. Musto.

—¡ La Palabra de Dios! — dijo ella.

—Ah — dijo Arthur —, Dios.

Podría haber empezado a discutir, o por lo menos a pensar en voz alta, pero afortunadamente se quedó cortado y bajó sus gruesos párpados, como para impedir que los demás calcularan la distancia a la que se había retirado.

La madre había inclinado hacia un costado la cabeza y sonreía, no necesariamente a Mrs. Musto. También ella se había ruborizado ligeramente. Waldo sabía que era el único de los presentes que entendía el por qué, lo que le hacía desdeñar la estupidez de los demás, y enorgullecerse de la alianza con su madre. Incluso podría haber admitido a su padre, si hubiera entrado en ese momento, en el círculo de los esclarecidos.

Como era demasiado temprano, Waldo siguió mirando a su madre. No tenía el coraje suficiente para reírse, pero aún así se sentía deliciosamente independiente y superior.

Dicho esto, Mrs. Musto no era tan mala espina. Los tímidos se quejaban de que los intimidaba. Ciertamente intimidaba a los religiosos para que predicaran lo que ella quería oír. Nadie recordaba a su esposo o sabía si en realidad ella le había ordenado que dejara de existir de modo de poder gozar de una viudez jovial. Por otro lado, Mrs. Musto se sentía intimidada por sus criadas y el chófer Stubbens, que no tocaba la bocina.

Stubbens había sido cochero, o palafrenero, y las polainas moldeadas a sus robustas pantorrillas recordaban aún más a los caballos. Era un hombre invariablemente arisco que se negaba a escuchar las quejas de las visitas, y sólo atendía las de su patrona cuando se convertían en órdenes. Tenía dificultad para respirar por una de las ventanas de su nariz, lo que le obligaba a dilatarla de tanto en tanto, dando la impresión de que estaba permanentemente sintiendo un olor desagradable. Pese a sus defectos, las señoras, las más audaces, elogiaban a Mrs. Musto por su bien parecido chófer. Y él lo era, en cierto sentido. Sus anchas manos, descansando en el volante, tenían dedos gruesos cuya piel terminaba con sorprendente limpieza alrededor de las uñas.

—Ha estado manejando caballos durante demasiado tiempo como para adaptarse al progreso —explicaba su patrona, no siempre fuera del alcance de su oído, y agregando a veces —: Por más que Stubbens os dirá que el problema es que ha estado demasiado tiempo manejándome a mí.

Que, efectivamente, el chófer manejaba a Mrs. Musto era algo que Waldo descubrió como testigo presencial.

Mrs. Musto acababa de despedir al muchacho —el más inteligente de los Brown—, que había traído una nota de agradecimiento de parte de su madre. Waldo regresaba haciendo crepitar la grava del sendero cuando Stubbens salió de la casa y fue hasta donde había quedado Mrs. Musto, bajo un cedro, sobre el césped perfecto. Stubbens traía consigo un chaleco de punto. Llevaba puestas las polainas de su trabajo, pero por primera vez Waldo lo vio sin su gorra, con su cabello crespo y sorprendentemente plateado. Sin lugar a dudas el cabello le favorecía. Pero Mrs. Musto se había acostumbrado a él, por lo menos no parecía en modo alguno sorprendida.

—Ha llegado el Meridional —anunció Stubbens.

—Oh —dijo ella sin volver su gruesa espalda, meneando con displicencia su cabeza, como una niña, y quejándose—: Pero no hace frío.

—Pues le he traído su chaleco —dijo Stubbens—. ¡Así que póngaselo!

Y Mrs. Musto se lo puso. Encogió los brazos y los metió en las mangas, sin dejar que él la tocara, pese a todo.

Mrs. Musto concluía desentendiéndose de los consejos o acusaciones de sus sirvientes en las ocasiones en que daba comidas. Estaban los grandes *shivoos* con personalidades de Sidney, muchas de las cuales ya se habían olvidado de que conocían a la anfitriona, estaban las tardes destinadas al talento local, y estaba lo que ella más disfrutaba, sus fiestas para «jovencitos», a una de las cuales había sido invitado Waldo Brown, una y no otra vez, no porque Mrs. Musto fuera inconstante, sino porque debía haber vuelto a insistir. En cualquier caso, lo hecho, hecho estaba, se diera o no cuenta Mrs. Musto, o Waldo mismo, sólo que más tarde y en sueños. (Despierto, sólo pensaba si Mrs. M. le dejaría cien libras en su testamento.)

De todos modos estaba muy agradecido de que ella le hubiera cursado una invitación con lo que parecía consideración y afecto. Es decir: durante las vacaciones y en una tarde de semana. Si bien en la mañana de ese día Waldo no sabía exactamente qué actitud tomar.

—Oh, yo no tengo por qué preocuparme —dijo Arthur—. Tengo mi trabajo, ¿no? Mr. Allwright depende de mí.

—Sí —dijo Waldo.

—Hoy estamos de inventario —agregó Arthur composadamente.

Luego, justo antes de salir para la tienda, apareció con algo que había tenido en mente y que ahora escupía, humedecido:

—Dile a Mrs. Musto que me estoy concentrando en las palabras. En *la* palabra. Pero también en palabras que no son más que palabras.

Grandes pedazos de palabras, por ejemplo, y otras brillantes y pulidas. *Dios* es algo así como una especie de cristal de roca.

Las gotitas de saliva salpicaron el rostro de su hermano.

Waldo se disgustó con la cara convulsionada de Arthur y sus ideas extravagantes, por no decir idiotas.

Si bien esto le predispuso de mal modo, al acercarse a la grava rastrillada que cubría la calzada para el coche de Mrs. Musto comprendió que aún le aguardaba lo peor. Podía oír con nitidez el sonido afelpado de las pelotas de tenis golpeadas de un lado para el otro. La asamblea de «jovencitos», a juzgar por el número, estaba reunida en pleno sobre los prados de Mrs. Musto. Había una indiscutible atmósfera de tenis. Los cuatro jugadores elegidos, todos mayores que él, creía Waldo, eran también más diestros, más desenvueltos, y si no mejor nacidos, por lo menos más ricos. Al estirarse para golpear con sus raquetas los jóvenes exhibían sus gloriosas costillas a través de sus camisas transparentes. Las deliciosas muchachas, con perlas de transpiración, parecían haber pasado sus vidas jugando por el modo en que controlaban sus faldas mientras corrían a servir una pelota. Waldo estaba aterrado.

Siguió caminando sin prisa por el arduo camino, con los pantalones que había prensado bajo el colchón la noche anterior y el sombrero con el cintillo de la escuela del que su madre había tratado de limpiar la mancha dejada por el sudor. Se sabía pobre, lleno de granos, estúpido, y si no harapiento, definitivamente raído.

Mrs. Musto fue hacia él. Vestía íntegramente de blanco. Olía a blanco. Dijo:

—Waldo, me alegro de que hayas venido. Estaba por temer que hubieras encontrado algo mejor. Y anunció:-

—Este es Waldo, Waldo Brown. Sonó estremecedor.

Varios iniciados, muchachos y chicas, contrajeron sus rostros en estudiadas expresiones de bienvenida, como les habían enseñado.

Luego Mrs. Musto lo llevó aparte y le dijo: —Mira, Waldo, no queremos otra cosa que divertirnos. Adentro tengo una raqueta para ti. Es muy buena, pero puede que no sea lo bastante buena. Tendrás que decidirlo tú. Estás muy guapo.

E inmediatamente dio un paso atrás, lamentándose: —¡Mi Dios, estamos desperdiciando los comestibles! ¡Qué diría Louie!

Porque durante su diplomacia había derribado un merengue de una mesa de caballetes y acababa de pisarlo con el blanco pulgar de su pie.

Waldo esperaba, y finalmente pudo retirarse a una posición menos evidente, tras un grupo de por lo menos veinte, para conversar de carneros con dos chicas dignas de su atención.

—Pero la lana es tan importante... —decía una.

—Sí, lo comprendo. Pero yo tendría terror —dijo la otra — a los carneros. Quiero decir, son más rizados, son menos directos que los toros.

Los tres echaron a reír saboreando el postre de (rutas y la mutua comprensión.

Waldo odiaba el agresivo blanco de las muchachas. Envidiaba el lenguaje que hablaban. Los ojos de las dos chicas comenzaron a empañarse al mirar con desprecio a alguien que no conocían desde su infancia.

Se fue.

Bajo los cedros, un pavo real tal vez acicalado para la ocasión, que desplegaba su cola como para agrandar, parecía más accesible. La temblorosa cola tenía ojos sólo para Waldo. Trató de tocar al pájaro, pero éste, también, escapó hábilmente fuera de su alcance.

Ya no le quedaba nada. Decidió entrar en calor tomando un vaso de limonada helada.

Mrs. Musto estaba poniendo en orden sus peones-

—Ronald y Dulcie contra Dickie y Enid. ¡ Ahí está! ¡ Este sí será un buen partido!

Les gustara o no, ahí salían para satisfacer a Mrs. Musto.

Aparentemente iba a servir Dulcie. Sus brazos eran muy delgados, muy puntiagudos en los codos. Demasiado oscura. Llevaba un vestido de color rosa muy rosa.

—¿Quién es ésa? —preguntó una de las chicas.

Nadie lo sabía exactamente.

De todos modos Dulcie se las arregló para hacer pasar la pelota por sobre la red. La fatídica pelota de fieltro fue de aquí para allá y de allá para aquí.

Fue de Dulcie al fin.

Dulcie le asestó un golpe desde abajo.

La pelota se elevó como un lento cohete blanco por encima de los cedros negros hacia el tenso cielo y regresó cayendo a plomo más allá de los árboles. Golpeó la dura hierba. Y rebotó. Y golpeó a Dulcie en su rostro bronceado.

—¿Quién es? —se preguntaron unos a otros—. ¿La del vestido rosa?

Nadie sabía, exactamente.

—Helado de coco —insinuó un futuro abogado de quien siempre se esperaba una respuesta o un chiste.

Todos rieron.

Con el tiempo el partido terminó.

La chica, Dulcie, salió del campo restregándose, lavándose las manos con un pañuelo arrugado. Sintió urgencia por apartarse de los demás. Arrojó la raqueta al suelo. Probablemente sólo Waldo haya adivinado que se trataba de uno de los instrumentos de tortura que Mrs. Musto guardaba en la casa. El destino de Dulcie confirmó su intención de no dejarse exhibir. Ni por Mrs. Musto ni por ninguna otra persona.

Ahora que ya no estaba asustado había comenzado a despreciar a la anfitriona, junto con su riqueza, su amabilidad y su elección de invitados cortésmente insolentes. La única virtud era la pobreza. Probablemente esa chica Dulcie fuera pobre. Con su vestido rosa, en oposición al blanco. No es que despreciara también a Dulcie. Pero en su cruzada de amargura sólo había sitio para un pobre ardiente. Además, la chica de rosa era más o menos de su misma edad y podía interpretar muy torpemente algunas verdades que él anhelaba comprobar.

De modo que evitó a Dulcie. Aun cuando la miraba, hubiera sido imposible reparar en ello. O sólo Dulcie hubiera podido.

La muchacha parecía acalorada. La incontrolable pelota de tenis había marcado grotescamente un lado de su rostro. Ella también era grotesca. Si no categóricamente fea. A Waldo le hubiera disgustado tocarla por temor a que ella se le quedara pegada, literalmente, no con premeditación sino a pesar de sí misma.

¿Entonces por qué Mrs. Musto la traía hacia él a través de las filas de blancos e inmaculados iniciados que permanecían en su jardín sorbiendo postres de frutas y sonriendo tontamente por entre los trozos de merengue?

Dulcie estaba igualmente confundida, pero hacía esfuerzos por disimularlo. Aunque miraba hacia otro lado, sonreía y respiraba hondo. Waldo notó que, vistos de perfil, sus fuertes dientes formaban, por así decirlo, una proa.

—Vosotros dos, Dulcie y Waldo, deberíais encontrar algo en común. Sois de la misma edad —dijo Mrs. Musto; era así de estúpida. Luego,

mirando de reojo hacia los caballetes, pensando, en esto era más inteligente, que la comida podía llenar silencios, agregó—: ¿Estáis comiendo bien?

Después Mrs. Musto se fue.

Dulcie tomó un merengue que sin querer dejó caer al suelo y que recogió, quitándole restos de césped adheridos. Waldo eligió un bocadillo de pepino, muy delgado y húmedo, porque era el que más cerca estaba. Lo puso íntegro en su boca, y estaba exquisito, pero no pudo apreciarlo después de aquello.

No sabían qué decirse. Pero aun si hubiera sabido, Waldo no se hubiera permitido hablar; no con esta muchacha fea y morena. Si Arthur hubiese estado allí le hubiera permitido que se hiciera cargo de Dulcie. Echaron a andar por necesidad, y aunque más no fuera, el simple movimiento lubricó sus mentes endurecidas.

—¿Vives aquí? —preguntó ella finalmente.

—Sí —dijo él.

Y se sonrojó porque pensó que tal vez ella lo despreciara por alguna cosa, sus ropas, por ejemplo, de las que se había olvidado, o por su traza de estudiante.

—¿Tú también vives aquí? —preguntó.

—Sí —dijo ella, y rápidamente—: No.

Carraspeó algo que pretendía ser una risa formal.

—Es decir —agregó— i tenemos una casa aquí. Y venimos de vez en cuando. Cuando papá quiere cambiar de aire.

—Qué raro no tener que vivir en Sarsaparillá —comentó Waldo— y querer venir lo mismo.

—No veo qué tiene de raro.

Si ella no se daba cuenta, él no se lo iba a decir. En cualquier caso era demasiado largo de explicar. No lograba interesarse por ella.

La chica no pareció molestarse en absoluto. Empezó a balancear sus brazos oscuros y delgados. Empezó a tararear una melodía, ensimismada. A él le molestó no reconocer la melodía, pero en verdad todavía no había decidido con certeza si cultivar su talento para la música o si esto podía echar a perder su inspiración literaria. Mientras tanto sus padres le pagaban una lección semanal con Miss Olive Fischer, de Barranugli. Iba a esta clase después de la escuela, haciendo un alto en su camino a casa. Entre una lección y otra, cuando se acordaba, aspiraba a Schubert en el horroroso piano de la sala.

Ya era hora de que condescendiera:

—¿De qué vive tu viejo?

Deliberadamente utilizó esa expresión, que siempre había encontrado repulsiva. Ahora, su tono áspero era el indicado para demostrar lo que pensaba de esta tal Dulcie y de Mrs. Musto y su refinado jardín.

—Tiene una casa de música —respondió la muchacha.

—¿Qué? —exclamó Waldo, temiendo que se trasluciera su ignorancia—. No la imprimiré, ¿verdad?

Ahora le hubiera gustado mirarla. Siempre había deseado conocer a alguien con quien entablar una íntima amistad intelectual e intercambiar libros y cartas escritas en el estilo propio de tales relaciones. Si alguna vez lo lograba, escribiría dos o quizás tres cartas por día para expresar sus pensamientos más profundos. Luego seguiría una pausa de varios días. Sabía que ése, de acuerdo con las recopilaciones de correspondencia, era el modo de hacerlo.

—Quiero decir, ¿no es editor de música, verdad? —preguntó, inhalando el aire húmedo del jardín.

—No —replicó ella—. La vende.

—¿Qué? ¿Sólo música?

—Instrumentos también —contestó Dulcie, cándidamente circunspecta.

Podía ser que estuviera aburrida, o que no le preocupara revelar la insignificación y la pobreza de su padre.

—¿Lo quieres? —preguntó de repente Waldo.

Realmente quería saberlo.

—Sí —respondió ella, con un todo más bien alto y tembloroso que parecía sincero.

Al mismo tiempo se volvió hacia él, y él descubrió una sombra oscura sobre su labio superior. Esto le hizo morderse el suyo propio y contraer las venas de la nariz.

—Claro que sí —insistió ella, pero en un tono interrogante.

—Sólo quería saberlo —murmuró Waldo.

Hubiera querido que ella dejara de mirarlo. Veía que sus ojos eran como los de algunos perros, y a él nunca le habían gustado los perros. Le parecían temibles, por su falsedad, o despreciables por su estupidez.

—Detestaría no amar a mi padre —dijo Dulcie—. No me imagino cómo podría ser.

—Yo al mío no lo quiero. Supongo que le tengo cariño, pero sólo porque me he acostumbrado a él. Y porque siento lástima de él y de mi madre.

Le daba cierta satisfacción decirlo, sí; nunca había hablado mucho sobre esto, pero era la verdad. Miró a la chica para ver si esto provocaba alguna admiración en ella.

—Eres un muchacho extraño —comentó ella.

Al menos era mejor que pasar desapercibido. Obviamente Dulcie reparaba en él. Con esos ojos tontos, marrones y llorosos.

(Tiempo después, cuando Waldo llegó a conocer a Dulcie, comprendió que sus ojos desbordantes no eran necesariamente un prelude a las lágrimas.)

Ahora ella decía:

Y No creo que me gustara ser como tú.

Rápidamente, y sorprendido ante sí mismo, Waldo arrancó una rama de uno de los arbustos de Mrs. Musto. Y la arrojó por el aire.

—Yo no querría que fueses como yo —respondió, otra vez con sorpresa—. No me tengo en tanta estima.

Pero desistió de continuar porque estaba internándose en un terreno peligroso y desconocido para él. Y de todos modos, no decía todo esto para la muchacha; era simplemente que ella estaba allí, y lo provocaba. El no creía en todo lo que decía, nunca.

—No tienes por qué creerlo si no quieres.

—Me gusta creer en lo que me dicen.

—Te engañarás, pues. Tarde o temprano.

También era la primera vez que pensaba en eso. La chica había empezado a entusiasmarlo.

—¿No crees que deberíamos regresar? —sugirió Dulcie.

Waldo se volvió a considerar, tomando solo un sendero oblicuo.

—A veces pienso que me gustaría ser un gran actor — dijo. En toda su vida no había pensado en ello. Jamás había visto una obra de teatro, como no fuera la que Arthur había representado en la veranda del frente. Y añadió—: ¿No te gustaría interpretar grandes papeles dramáticos?

—Jamás podría hacerlo. Le tendría miedo al público — repuso Dulcie.

O la muchacha estaba perdiendo interés, o no creía en él.

Tendría que intentar en otra dirección.

—Lo que realmente quiero hacer —dijo— es escribir.

Oyó que su voz tenía el sonido de una función natural. Tal vez fuera porque, hasta ahora, se había privado de expresar algo tan personal y complicado. Con su madre o su padre no hubiera podido siquiera hablar de esto. Pero en esta chica tal vez encontrara a esa clase de complicados seres humanos que sus lecturas le decían que existía.

—Oh — dijo ella —, a mí me gusta leer. Acabo de terminar *La hilandería de seda*.

Otra vez lo miraba.

—Maggie Tulliver —dijo Waldo, para demostrarle.

—¡Sí! —exclamó Dulcie con sus ojos desbordando nuevamente, de modo que no podían ser lágrimas.

—Una chica muy apasionada, Maggie —observó Waldo Brown haciendo que la frase sonara particularmente precisa.

Dulcie se ruborizó y quitó de su cara la expresión que había comenzado a crecer en ella.

—Lo que vas a escribir —preguntó—, ¿crees que serán novelas?

—Aún no he decidido qué — contestó Waldo —, qué forma adoptaré. A veces pienso que novela, otras veces obras de teatro. Incluso podría ser cierto tipo de ensayo filosófico.

Ahora conducía a Dulcie nuevamente hacia los demás invitados de la fiesta. Tal como se estaban poniendo las cosas había tenido que abandonar su plan de internar a la muchacha en las zonas más lejanas del jardín eligiendo cuidadosa— ente los senderos oblicuos. La perspectiva de escuchar un diálogo entre una joven ganadera y un aspirante a abogado parecía momentáneamente preferible a sus propios esfuerzos por inventar. Hubiera sido mucho más fácil poder decir a Dulcie: quiero y voy a escribir sobre *mí mismo*.

Algunos de los que estaban vestidos de blanco miraban ausentemente hacia ellos dos, aunque Waldo se daba cuenta de que su mirada no era en absoluto ausente. Sospechaba que en realidad estarían preguntándose qué habría andado haciendo él con la chica de rosa, a solas en el jardín.

En cierto modo hacían que sus vínculos con Dulcie fueran más profundos que antes.

—¿No te dan ganas de vomitar?

—¡ Oh! — exclamó Dulcie, emitiendo un sonido poco feliz—. Es probable que algunos sean personas muy agradables. Cuando se llega a conocerlas.

—Yo no me fiaría de ellos.

Dulcie quedó en silencio y a Waldo le hubiera gustado creer que la había conquistado, pero simplemente temía haber fracasado.

—¿Cuál es tu apellido?

—Feinstein.

Lo pronunció francamente, y con acento extranjero, lo que hizo que de pronto Dulcié Feinstein sonara enigmático, exótico, aunque aparentemente no hubiera nada de extranjero en ella. Waldo puso la punta de la lengua entre sus labios para detener la sonrisa de placer que acudía a ellos. Aunque el curso de sus pensamientos la hubiera detenido a tiempo: —Mi apellido es Brown —dijo. —Lo sé. Le oí decirlo a Mrs. Musto cuando llegaste. Aquello lo hacía peor. Waldo dijo:

—Es el apellido más horrible que nadie pueda tener. Lo *dijo como* culpando al responsable. —Probablemente a la mayoría de la gente no le guste el nombre que tiene — observó la muchacha —. Fíjate en Dulcie.

— *No es feo* —.dijo Waldo pausadamente—. Es un poco exótico.

Esa era!una palabra que había decidido adoptar. —No, nada de eso. Es espantoso. Quiero decir «dulce». Y Dulcie es una chica rechoncha de pelo rubio y ojos azules. De un aspecto determinado.

Estaba tan ansiosa por revelar la verdad de los hechos, y por hacerlo pronto, que entre una y otra de sus apresuradas frases se pasaba la lengua por la sombra oscura de su labio superior.

Waldo comprendía que Arthur había tenido razón. Probablemente a Dulcie le creciera el bigote.

Aunque casi habían llegado a donde estaban los demás invitados, a Waldo le faltaba hacer una pregunta más a Dulcie para quedar satisfecho.

—¿Conoces a mi hermano? —preguntó. —No —contestó Dulcie.

La sorpresa había transformado su respuesta en pregunta Pero, desde luego, nunca se puede saber. Un espasmo de maldad hizo que Waldo quisiera gritar: ¡Apuesto a que no lo conoces! ¡No es más que ese pobre diablo que vende azúcar en la tienda de Allwright!

Sin embargo se contuvo. Siempre era posible controlar los impulsos propios cuando era importante hacerlo, y quizás de ese modo Dulcie Feinstein siguiera ignorando a su incontrolable hermano mellizo.

La fiesta de Mrs. Musto empezaba a decaer. Ella misma tenía todo el aspecto de querer poner sus pies en alto y disfrutar de un buen huevo duro en su recipiente. Por eso estaba dando sus últimas directivas.

—Stubbens llevará a la estación a todos aquellos que no han venido en auto.

Naturalmente, la mayoría había venido en auto. Los coches eran de lo mejor, si bien ninguno podía competir con el Lamento de las hadas y Harina leudante.

Mientras los conductores se disfrazaban, la dueña de casa se acercó a Waldo como para conspirar con él.

—Tú —dijo la mujer aclarando su voz porque, estaba seguro, había olvidado su nombre— no tendrás inconveniente en acompañar caminando a la chica Feinstein. Te queda casi de paso.

Después de regresar con él del jardín, Dulcie había desaparecido y Waldo prefería haberla perdido de vista. Ya se había cansado de ella. Y no creía poder impresionarla más de una vez. Pero allí estaba, saliendo de la casa, más suave que antes, y bajo la decreciente luz su vestido se parecía más a los helados de coco. La chica miró precavidamente hacia otro lado para demostrar que no sabía lo que estaban arreglando.

—¡ Será un placer! — exclamó inmediatamente, sin embargo, y de un modo tan vivo que parecía querer decir algo más.

Sus ojos hasta ahora marrones y simples, advertía Waldo, parecían destellar.

No obstante, cuando Mrs. Musto los hubo despedido, Dulcie y él volvieron a comportarse mecánicamente. Mientras la carga de la brigada motorizada sugería que los demás estaban en pleno ejercicio de su libre albedrío, los dos de a pie se conformaban con su porción de polvo correspondiente. Miraron a los demás invitados como si nunca antes los hubieran visto, y como los motorizados al siquiera intentaron saludar, la

relación quedó obviamente terminada.

Dulcie caminaba sin preocuparse mayormente por la gracia de su andar.

—¿No tienes hambre? —preguntó—. ¡Yo sí! Voy mirando hacia adelante para ver si encuentro una buena pastelería. Con las cosas que había en lo de Mrs. Musto apenas si me atreví a probar bocado.

—La comida no es tan importante —dijo Waldo.

—Mmmmm —respondió ella en tono alto.

El temía que su comentario no hubiera sido suficientemente efectivo, de modo que procuró mejorarlo.

—Podríamos subsistir con un puñado de dátiles si estuviéramos en Arabia.

—Pero no estamos. ¿No eres que eres un poco viejo para tu edad? —replicó Dulcie.

¿Se estaba riendo de él?

—No hace falta que me digas que no estamos en Arabia — indicó Waldo aún más taciturno —. Pero podríamos estarlo antes de enemistarnos.

—Yo no. Tengo que trabajar. Se puede vivir con sencillez, pero, claro, si eso es lo que quieres.

Sonó tan natural y tan sano que la garganta de Waldo se contrajo como cuando a veces llegaba a la cocina y olía una hornada del pan de Arthur. Era un alivio no tener que responderle a Dulcie.

En la menguante luz los objetos se cubrían como de una pelusa que pasaba del verde oscuro a un negro verdoso. La tierra del suelo se aclaraba en las zonas de sombra. El silencio podría haber caído pesadamente sobre ellos, pero Dulcie no le dio oportunidad.

Pareció estallar.

—¿Sabes una cosa? ¡Oh, no debería decirlo! —rió.

—¿Qué? —preguntó él.

—Antes de salir —continuó ella, mirando hacia atrás —

fui al cuarto de baño. Un cuarto de baño hermoso —todo blanco y azul— con un gran recipiente de talco...

—¡Sigue 1 —exclamó él— ¿Estás segura de que no era harina?

Ella casi se desternilló.

—¡Qué malo eres! —dijo entre risas—. Pero no. No es eso lo que me hizo gracia...

Apenas podía decir lo que quería.

—...Había una botella de perfume, ¿y sabes cómo se llamaba? ¡*L'amour de Paris!*

Dulcie Feinstein reía de buena gana y su risa algo metálica era bastante auténtica, salvo que encubría una cierta envidia y admiración. Había pronunciado las palabras en francés de un modo que sonaba verdaderamente a francés.

—¡Había un pierrot — continuó, reventando de risa — sentado en la luna!

Se daba golpecitos en el rostro, enjugándose el sudor.

—...¡En la botella de perfume! —chilló.

Era extraño que, cuando Waldo ya había decidido que Dulcie debía ser una chica seria, ella mostrara este otro lado frívolo.

—¡Dios mío! —gimió Dulcie.

Pero la joven no podía destruir la imagen que había provocado en Waldo, a la que los oscuros árboles contribuían con sombras quebradas.

—¿Aprendes algún idioma extranjero? —preguntó Waldo con indiferencia, como para ocultar su interés.

—Debimos hacerlo —contestó Dulcie—. Una de nuestras abuelas era, bueno, no exactamente francesa, pero vivió algunos años en Francia.

Podría haberla cogido desprevenida.

—¿Y alemán?

—Papá —dijo sobriamente— habla alemán con fluidez.

La sobriedad decreció notablemente. Y pronto estaban aproximándose a la casa iluminada. Era menos impresionante que la de Mrs. Musto, mucho menos, pero era limpia y sólida; una casa de campo más apropiada para una ciudad, pintada y acabada como corresponde. Hacia un costado tenía una torre en forma de pimentero.

—¿Es tu cuarto aquel? —preguntó Waldo—. Se debe poder escribir allí,

—Pero yo no puedo.

—¿Cartas tampoco?

—Soy terrible para contestar. Las chicas de la escuela se quejan siempre de eso.

Un hombre maduro con la cabeza pelada acababa de consultar su reloj y miraba por la ventana de una de las habitaciones de abajo, llevando consigo un periódico. Los de afuera se sentían seguros, sabiendo que la oscuridad los protegía.

Una mujer entraba en la habitación llevando una gran sopera.

—En cualquier caso tienes sopa —observó Waldo.

—Sí —repuso Dulcie con su voz más práctica—. Mamá vive para hacernos comer.

Waldo estaba deseando que Dulcie entrara porque las despedidas siempre lo ponían incómodo.

—Gracias —dijo Dulcie.

Por Dios.

—Y no recuerdes de mí sólo las cosas malas — añadió; otra vez sonreía, prorrumpía, estallaba en risas —. ¡Ese *pierrot* en la *luna!*

Dulcie no se iba. Y Waldo seguía como clavado en la tierra.

De pronto ella se interrumpió.

—Tu hermano —dijo—, ¿es parecido a tí? ¿Es mayor que tú?

—No — contestó Waldo.

Después de eso ella se despidió y corrió subiendo unos pocos escalones distribuidos en una pequeña loma de césped.

Waldo se alejó velozmente y antes de llegar a su casa decidió que no pensaría más en Dulcie Feinstein, a quien en cualquier caso no comprendía. En general, aunque sólo se lo hubiera confesado a sí mismo, no comprendía a nadie, con excepción de aquellos seres que había creado en su imaginación. Si no hubiera sido por su imaginación podría haber llegado a sentirse desesperado.

—¿Te has divertido? —le preguntó su madre.

—Oh, ya lo creo.

—¿Conociste a alguien interesante?

—Una pila de tipos.

Nada molestaba más a su madre que lo que ella llamaba ese «chapucero vocabulario australiano». Se había puesto su mejor vestido azul

para recibirlo.

—¿Alguna chica? —preguntó Arthur.

—¡Oh, sí!

Estaba cansadísimo.

A partir de ese momento Waldo estuvo tan ocupado que no tuvo tiempo para pensar en Dulcie Feinstein. De todos modos se había convencido de que Dulcie era *de trop*. Esta era una de las numerosas frases que había adoptado últimamente como armas de defensa. Le hubiera gustado emplearla con Dulcie y los aires afrancesados, extranjeros que se daba, si hubiera sabido con certeza cómo debía pronunciarla.

Durante su última época en la Escuela Superior de Barranugli aumentó su superioridad, incluso en su actitud hacia alguien como Johnny Haynes. El papá estaba por hablar con alguien del banco cuyo primo, o algo así, era bibliotecario de la Biblioteca Municipal de Sidney. Su padre creía que existían todas las posibilidades, si él lo pedía Waldo era bien recibido, de que lo emplearan en la biblioteca. Waldo estaba entusiasmado. La única desventaja era que el proyecto podía forzarlo a mantener una relación con su padre tan poco convincente para él como para los demás.

Pensar en todo esto le hacía menos agresivo. Y estudiaba. Estudiaba en el lugar más obvio: el tren.

Tiempo después, durante sus últimas vacaciones en la escuela, sus padres recibieron una esquela de la madre de Dulcie Feinstein, escrita con letra negra, particularmente angulosa y extranjera, en la que les proponían que su hijo Waldo fuera el viernes de visita para pasar unas horas junto a la hija y *uno o dos amigos más*.

Waldo reparó en que Mrs. Feinstein había hecho hincapié en no incluir a Arthur, aunque tal vez esto fuera natural, en tanto que Dulcie no lo conocía, y si su madre lo hubiera visto alguna vez no lo habría asociado con la clase de persona que Dulcie habría dicho conocer en la reunión de tenis.

Arthur comentó.

—Los Feinstein tienen una casa muy pulcra. En la parte de atrás hay una campana de bronce que siempre está lustrosa — como buena campana de barco que debe ser— y que ella siempre toca, según me dijo, para que los demás entren a la casa.

—¿Quién toca? —preguntó Waldo.

—Mrs. Feinstein. Dulcie siempre está practicando piano. Toca el piano.

—¿Has estado allí? —interrogó Waldo.

—Para entregar el pedido.

Waldo estaba interesado en todo lo que Arthur pudiera decir.

Pero todo lo que Arthur dijo fue:

—Los Feinstein son de los que más rápido pagan. Son gente fina.

No le quedaba tiempo más que para cepillarse la caspa y los cabellos caídos sobre sus hombros, como le había enseñado la madre, y salir a trabajar. Si no, llegaría tarde a la tienda. •

La tarde en que Waldo fue a casa de los Feinstein llegó tarde para hacer ver que no había estado tan ansioso por ir. Luego se le ocurrió preguntarse si tan siquiera lo estarían esperando; tal era la atmósfera de abandono que rodeaba la quinta pintada de verde y blanco. Los postigos no estaban totalmente cerrados, pero casi parecían estarlo. Con esta incertidumbre se dirigió hacia uno de los costados antes que hacia el frente o el fondo. De ese modo tenía acceso a una buena vista de la amplia y desierta pero habitada sala, en la cual el piano vertical era más notorio que la gran cantidad de mobiliario oscuro distribuido, prácticamente atenuado, en torno a él. El piano era obviamente el de Dulcie, pero

Waldo no podía asociar a la muchacha con los muebles, cuya tapicería de color tierra contenía a duras penas el relleno. Sin embargo, era mucha la gente que no tenía nada que ver con sus muebles.

A poco llegó Mrs. Feinstein y Waldo se alivió al ver que la mujer estaba esperándolo.

—Te habrás preguntado, Waldo —dijo riendo hacia los postigos que abría de par en par—, si no nos habríamos vuelto a Sidney.

No había nada de extraordinario en Mrs. Feinstein excepto que sus erres llamaban un poco la atención y los tiempos de verbo que empleaba parecían tomados de una mala traducción, Waldo suponía que era vieja aunque no podía molestarse en calcular cuán vieja. Su piel tenía un aspecto suave, más bien del color de las partes cubiertas de su cuerpo. Su nariz era interesante.

—Dicho sea de paso —comentó Mrs. Feinstein—, estuvimos a punto de posponer tu pequeña visita. Los Lemberg y Leonard Saporta están en cama con *gripe*...

Iba a ser una de esas personas que tienen la irritante costumbre de no explicar de qué gente están hablando.

—...También Dulcie ha estado enferma, resfriada. Ha estado muy mal de salud. Pero quería disfrutar de tu compañía.

Waldo no lo creyó. Incluso la sonrisa de Mrs. Feinstein era vacilante.

¿Pero qué podía él decirle a esta mujer, cuya voz oía a felpa vieja y sonaba como azotadas notas de un violoncelo?

Afortunadamente apareció Dulcie. Hoy llevaba una tela bordada y blanca, lo que hacía que sus brazos se vieran más amarillos.

—Hola —dijo, y volvió a colocar la pelota húmeda de su pañuelo junto a su nariz inflamada.

—¡Pobre Dulcie! —lloriqueó Mrs. Feinstein con sofocante compasión.

—¡Pero mamá! —protestó Dulcie desde el otro lado de su resfriado—. ¡No estoy *muerta*!

Mrs. Feinstein tenía todo el aspecto de haber podido llorar a su hija de un modo mucho más profesional si hubiera estado muerta. En cambio se fue, como pronto se oyó, a preparar y traer comida.

—No encontrarás nada interesante en nosotros —dijo Dulcie, sin mirar particularmente a Waldo—. No somos en absoluto como tú querías. No leemos libros, o sólo lo hacemos ocasionalmente, ni discutimos sobre temas interesantes. Mis padres son aburridos.

Sin duda Dulcie estaba comportándose de un modo muy distinto al que él había esperado, pero Waldo supuso que se debería a los efectos del resfriado, que hacían que la chica se pusiera, como decía su madre, «mórbida».

—Sabes tocar el piano, ¿verdad? —dijo Waldo.

Porque el piano era el objeto que más destacaba en la sala.

—Oh —dijo ella—, practico mucho en él. Trabajo en él. Siempre anhelé tocarlo, es decir, hacer brillantes demostraciones en público. Hasta que comprendí que no era para mí. En realidad soy una persona muy mundana.

Se interrumpió como si el lenguaje que estaba usando pudiera sonar muy atrevido, muy como un diálogo ensayado. Esto formaba parte del enigmático rol que Waldo había esperado la primera vez, cuando ella no lo representó.

—Lamento que no hayan venido mis primos —agregó Dulcie, sentándose en el taburete del piano y pulsando la piel de marfil de las teclas expuestas—. Son muy entretenidos. Dina puede imitar muy bien a la gente, irresistiblemente.

Waldo empezó a quedar extasiado. Le hubiera gustado imaginarse a Dulcie sentada en la torre con forma de salero, escribiendo su diario, y

que él mismo logrará eventualmente leerlo, robándoselo, después de cual ella se enteraría y sabría el día que él se enteraría y sabría el día que él se enteraría.

Gimo para confirmar estas posibilidades Dulcie acometió algo que semejaba una composición al piano, cargada de grumosas notas y que ella misma estaba creando, como hecho implícito en su bochornosa, mórbida y esquiva condición.

—¿No es hermoso cómo toca Dulcie? —comentó Mrs. Feinstein, entrando con una bandeja en la que llevaba piezas de porcelana quizá heredada y una extraña tarta negra.

—¡Oh, mamá! —protestó Dulcie.

—Nunca será concertista, sin embargo, pero me alegro — dijo Mrs. Feinstein—. Yo he escuchado a muchos de los más grandes concertistas. ¡Accchhh, si!

Luego de esta exclamación de dolor y reverencia dejó la bandeja sobre la mesa y adoptó un aire de timidez.

—La otra noche hemos consultado la *planchette* —prosiguió, mirando a su hija — y Dulcie le ha preguntado qué sería de ella. Más adelante. En la vida.

Mrs. Feinstein volvió a mirar a Dulcie, esta vez obviamente para pedirle permiso.

—No —" dijo Dulcie—. Es demasiado intrascendente.

Su nariz hinchada agravaba su semblante hinchado y malhumorado. Era realmente muy fea. Sus cabellos ligeramente crespos, cayendo en forma de cascada y no lo suficientemente largos como para cumplir un propósito gracioso, estaban atados detrás de su cabeza con un lazo color cereza.

—¿Beberás té, Waldo? —preguntó Mrs. Feinstein en su especie de traducción.

Waldo dijo que sí. De no haber sido por la oscura e interesante tarta hubiera vuelto a lamentar haber venido.

—Esto se llama *Mohntorte* — indicó Mrs. Feinstein, y cortó la tarta como si hubiera sido carne.

—Semillas de amapola —explicó Dulcie, iluminándose.

—¿Tiene opio? —preguntó Waldo con voz agrietada.

—¡No, pero qué lástima! —exclamó Dulcie, reanimada; su rostro había comenzado a perder su aspecto hinchado..

Mrs. Feinstein hizo un ruido con los dientes como para defender su tarta de amapolas, y al mismo tiempo, en la comisura de sus labios apareció una pequeña gotita de baba.

—Si tuviera opio tal vez nos hiciera flotar — dijo Dulcie con una voz tan rica y súbita que hizo que Waldo la mirara, y al ver sus ojos, la imaginara bailando, con el vestido blanco desprendiéndose de ella en ondas.

—¡Qué ideas! — protesto su madre, respirando profundamente—. A mi esposo le agrada particularmente la *Mohrtprte*.

Al decir esto Mrs. Feinstein se volvió para consultar un reloj de oro con una mujer semidesnuda sobre él, bajo una cúpula de cristal

Waldo mordió la oscura torta. Como no estaba seguro de que le gustara, pensaba qué diría si le preguntaban. Pero no le preguntaron.

—He hecho té de menta para Dulcie —murmuró Mrs. Feinstein, sirviendo.

El vapor perfumado se sumaba a la borrosa atmósfera de resfriados y amapolas. El cabello crespo y animal de Dulcie. se había transformado. Ahora corría con fluidez, particularmente a lo largo de sus hombros bordados de blanco, en los que parecía haberse acomodado. Y estaban sus ojos. Mientras tomaba su té de menta, desbordaban emitiendo un débil resplandor, imbuidos de cierta virtud que Waldo aún debía comprender. Waldo no conocía a las chicas, salvo aquellas que sonreían o desviaban la mirada en los trenes, o las chicas que guiaban a algunos muchachos hacia las calles laterales para llevar a cabo actos que él conocía de referencia por Johnny Haynes. Pero Dulcie Feinstein parecía no encajar en ninguna categoría de chica. Tal vez sus ojos divulgaran finalmente su secreto y todo resultara claro.

Los tres podrían haber seguido en ese estado de conjeturas y abstracción si no hubiera entrado Mr. Feinstein. Inmediatamente se dispó el velo. Fue como si se jugara una partida de billar en un cuarto equivocado.

—De modo que éste es Waldo Brown —dijo Mr. Feinstein—. ¿Cómo estás, Waldo?

Hablaba con un fuerte acento australiano, para disimular quizás todo elemento extranjero que hubiera en él. Su mano era fría, seca y firme. Su cabeza calva mostraba la textura de las bolas de billar, cuyo sonido al rebotar sugería no tanto las palabras que chocaban contra sus dientes como las ideas que comenzó a exponer.

—He oído hablar de ti, Waldo —dijo Mr. Feinstein—. He oído hablar de tu padre. Se dice que es un hombre culto.

A Waldo le sorprendió que alguien hubiera oído hablar de una persona tan poco importante como su padre, y mucho más que lo creyera «un hombre culto».

—Un hombre con ideas propias — destacó Mr. Feinstein—. Con el coraje de sus propias convicciones. Hoy en día, ningún hombre con una mínima honestidad intelectual podría adoptar una postura que no fuera racionalista ante el desarrollo político-económico y los avances de los descubrimientos científicos.

Ahora era Waldo el que había empezado a sentirse importante, gracias al vocabulario y las confidencias de Mr Feinstein, si bien temía pensar en que no podría vivir en conformidad con ellas.

—¿No estás de acuerdo? —preguntó Mr. Feinstein.

Waldo hizo lo que creyó que sonaría como un sonido aceptable. Comprendía que nadie más podría ayudarlo. Mrs. Feinstein permanecía en su sitio, sonriendo a su marido. Había dejado de existir, excepto como sonrisa y como vestido cubierto de pequeñas cuentas de acero. Dulcie había puesto sus labios hacia adentro. Miraba hacia abajo, algo, quizá una miga, de modo que Waldo ya no podía verle los ojos.

—Nosotros los judíos —continuó Mr. Feinstein, dando a la frase un peso casi visible —, nosotros los judíos no siempre somos muy esclarecidos. Pero cuando lo somos, entonces sí que lo somos. Tomemos el caso de mi padre, el fundador de la firma — ahí tienes otra mentalidad independiente —; mi padre ha visto la luz antes de alcanzar estas costas hasta— cierto-punto...

Mr. Feinstein se aclaró la garganta.

—...iluminadas.

Las luces rebotaban contra su cabeza haciendo carambola con su nariz curva y atrevida.

Dulcie suspiró. Miraba hacia afuera, aunque respetuosamente hacia el jardín, en donde la oscuridad se había congregado. Sentía necesidad de frotar su nariz empapada.

—Habrás notado que he dicho «hasta-cierto-punto» iluminadas — continuó Mr. Feinstein, balanceando la punta de los dedos de su mano derecha—. Eso es porque no me gusta dejarme llevar por un énfasis deshonesto en ninguna dirección.

Waldo decidió que era un viejo pesado. Si seguía escuchándolo a medias era por la impresión de solidez que Mr. Feinstein le había causado.

—Fíjate en esta gorrita, Waldo — dijo Mr. Feinstein, tomando una extraña gorra del respaldo de una silla—, en esta *capple*. Quizás nunca hayas visto otra igual. Bueno, es parte del número de un gran circo. Pero si la uso, cosa que hago...

Y la calzó con toda seriedad en su cabeza.

—... no es porque quiera que me consideren reaccionario. Es simplemente porque esta *caplle* me protege la cabeza de las corrientes de aire.

Aquí Mr. Feinstein se dejó caer en uno de los mullidos sillones. Por un momento pareció que la gorra hubiera disminuido en parte sus convicciones. Pero en seguida volvió a reanimarse y a reír.

—¿Eh? —rió—. No podría darle un uso más práctico.

Y su esposa rió para acompañarlo.

Fue mejor cuando Mr. Feinstein exhibió algunas de sus otras pertenencias: un bastón hecho de corambre de rinoceronte, una foto autografiada de Sarah Bernhardt, un barco metido dentro de una botella, y el reloj en el manto de la chimenea.

—Esa dama desnuda —explicó guiñando un ojo— representa a la Razón vigilando al Tiempo. Porque, por supuesto, el tiempo se vuelve insoportable si uno no lo encara racionalmente.

Waldo miró el reloj y luego se dio cuenta de lo tarde que era. ¿Y si los Feinstein creían que él estaba tratando de quedarse a cenar?

Empezó a gruñir, a sonrojarse, y a frotar con el pie las rosas de la alfombra. Finalmente dijo que debía irse. No le detuvieron.

Pero de pronto Mrs. Feinstein se acordó. Parecía ser de las que sonreían casi habitualmente. Mrs. Feinstein sonrió y dijo:

—Vendrás otra vez, Waldo. Cuando Dulcie se reponga. Y entonces verás el jardín.

—En el jardín no hay nada —observó Dulcie—, más que hortensias viejas. Y agapanthus.

—¡Ohhh! —rugió su padre—. ¿Para eso pagamos al hombre que cuida los macizos llenos de flores?

Dulcie pasó su brazo alrededor del de su padre y automáticamente descansó la cabeza contra su hombro, pero no respondió. Mirándolos, Waldo se sintió culpable de su propia extrañeza.

Aunque normalmente uno no pensaba en ella, fue Mrs. Feinstein quien pareció tratar de aliviarlo. Mrs. Feinstein, meneándose y sonriendo, había logrado imponerse a su vestido de acero.

—Hay una cosa, Waldo —dijo—, que me gustaría que me prometieras. La próxima vez que vengas quiero que traigas a tu hermano.

—¿Arthur? Pero usted no sabe —comenzó a decir rápidamente Waldo.

—Oh sí, lo sé —respondió Mrs. Feinstein con una voz de todos los días—. El ha estado aquí. Se ha divertido mucho tocando la campana.

Waldo miró a Dulcie, quien por lo menos en esa ocasión había estado adentro practicando el piano. Pero ella no levantó la mirada, salvo por un momento para decir: «Adiós», cuando sus ojos no expresaban otra cosa que el retorno de su resfriado. Waldo no pudo constatar si ella ya había conocido a su hermano.

Ante la inminencia de la introducción de Arthur en su relación con los Feinstein, Waldo descubrió que apreciaba esa relación más de lo que estaba dispuesto a admitir. Los Feinstein en sí no le interesaban mucho. El viejo Feinstein, con ideas más o menos como las de sus padres, era francamente un pesado, pero al menos era algo convertirse en blanco de las teorías de alguien que no fuera padre suyo, y, en otro sentido, Mrs. Feinstein, de dudosa sintaxis y piel con extraño aspecto de desarropada, confirmaba su existencia individual tan reconfortantemente como la torta. En cuanto a la hija, Waldo no estaba aún seguro de Dulcie, de cuál era el rol que debía jugar, o de que ella sintiera desprecio y rechazo hacia él. Pero la había recibido en su mente, a la expectativa, celosamente, y le había permitido vagar allí pasivamente, junto al sabor rancio de las semillas de amapola y la densa tonadilla en el piano de nogal. Los Feinstein, pues, eran una experiencia demasiado privada como para resistir a Arthur. Arthur irrumpiría como una explosión, y tal vez hiciera añicos algo que no podría repararse.

De modo que Waldo siguió recordando, cuando las circunstancias no lo forzaban a olvidar. Afortunadamente tenía los exámenes por delante. Debía estudiar; era y seguiría siendo flojo en matemáticas. También estaba la cuestión del Cliente Influyente del Banco, si había hablado o no: por el momento no parecía que el hombre se diera cuenta de todo lo que dependía de él. Waldo solía despertarse de noche transpirando. Una vez había soñado que trabajaba en el ferrocarril como fogonero, y no se atrevió a admitir su verdadero trabajo, su trabajo electivo. Tendido bajo el crujiente techo, en su casa, pensaba qué seguro se sentiría volviendo de los libros de la biblioteca a escribir el suyo propio. Relativamente seguro, sin embargo. Aún le quedaría enfrentar a Arthur y a sus propias dudas.

La tercera ocasión en que trabara contacto con los Feinstein, Waldo supo que no habría forma de escapar a algo que se estaba preparando. La formal esquila de Mrs. Feinstein lo programaba con deliberación para el sábado. *De modo que puedas presentar a tu hermano en nuestro círculo*, terminaba diciendo la frase subrayada.

Waldo no sabía si se atrevería a simular que no había recibido la carta. De ese modo, el tiempo, desnudo, pero a fin de cuentas racional, podría resolver su problema.

Fue Arthur el que decidió qué harían.

—El sábado —le decía a su madre— los dos iremos a casa de los Feinstein. ¿Crees que habrá mucho de comer? ¿Írá otra gente? ¿O tendré oportunidad de conversar con Mr». Feinstein?'.s

Waldo no podía decidir si estaba oyendo lo que había oído.

—¿Qué te ha hecho pensar —preguntó— que los Feinstein te esperan a ti?

—La carta —dijo Arthur— que dejaste sobre el tocador. Creí que querías que la leyera, Waldo, para enterarse de que ella me había invitado.

La madre ni siquiera corrigió la gramática, pero en cambio le dijo a Arthur que estaría bien que fuera sin su chaqueta, siempre que llevara la camisa de seda. Eso era suficiente para estar a tono con cualquier etiqueta.

Mientras subían la colina camino de casa de los Feinstein el día indicado, Waldo vio que la camisa de seda que la madre le había regalado a Arthur era demasiado larga. Se hinchaba como un globo en sus hombros y daba al resto una apariencia deforme. Además, de los costados de su cabeza caían chorritos de agua, producto de los intentos de Arthur por aplacar su llamativo cabello.

—Espero ansiosamente esta oportunidad —declaró— de conocer socialmente a Mrs. Feinstein.

Para cuando llegaron a «Mount Pleasant» temblaba, si bien era Waldo quien debía haber temblado, de no estar atemperado por el resentimiento.

El *fox* se agitaba en los macizos junto a los escalones que llevaban desde el camino, a través de lomas de hierba exuberante, pero cuidada, hasta la puerta de los Feinstein.

Arthur estaba jadeante.

—¡Bien, aquí estamos! —gritó casi al llegar.

En tanto que Mr. Feinstein aparecía en la entrada.

—No hacía falta que me lo dijeras —rió el viejo—. ¡Y en sábado!

En el zaguán se llevó a Waldo aparte.

—Te das cuenta —señaló-! esto es para comprobar la teoría que te he expuesto. ¿Sabías, Waldo, que hoy es el Sábato? Sin embargo ahí tienes a tu hermano, jadeando como una llama o un espíritu del esclarecimiento, en un hogar judío con todas sus puertas abiertas de par en par.

Waldo escuchaba— a medias. Estaba demasiado atormentado preguntándose qué podría llegar a hacer Arthur.

—¿Entonces habrá una comilona, Mr. Feinstein? —exclamó Arthur desde atrás.

—¡ Oh, sí! ¡ Será todo un festín! — afirmó Mr. Feinstein, desbordando de risa—. En otra época sólo era para las familias de judíos que murmuraban entre sí a puerta cerrada.

—¿Nosotros seremos como de su familia? —farfulló Arthur con esperanza y placer.

—¡Naturalmente! —Mr. Feinstein no podía reír más; hasta su estómago reía detrás de la cadena de oro, y ni qué decir de su iluminado cráneo—. No esperábamos menos.

Pero cuando apareció su esposa se retiró, según Waldo, para bien. Quedaría para Mrs. Feinstein el presentar las tortas del esclarecimiento.

Mrs. Feinstein estaba muy bien dispuesta. Tenía puesto el mismo vestido que la vez anterior y obviamente se había preparado para comprender a Arthur Brown. Esbozó en su rostro encarnado la más simpática de sus sonrisas.

—Tienes que hablarme de ti, Arthur —manifestó.

Afortunadamente Arthur no se dio por aludido. Estaba demasiado interesado, en cualquier caso, en el cuarto, la misma gran sala cargada de muebles en donde habían recibido a Waldo solo en la primera ocasión. Pronto Arthur estuvo caminando y mirándolo todo como si debiera recordarlo para siempre.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Eso es un gorro de rezar — explicó Mrs. Feinstein gustosamente— que solía usar la gente en los tiempos en que todavía era supersticiosa.

—Qué idea —dijo Arthur demasiado pensativamente—. Nunca vi a nadie rezando con gorra.

Por un terrible momento Waldo pensó que iba a ponérsela. Lo hubiera hecho, si Dulcie no hubiera abierto la puerta.

—¿Alguna vez rezaste con gorra? —preguntó Arthur como si ya la conociera y ella estuviera tan sólo, por así decirlo, reapareciendo.

—Con las mujeres es distinto —respondió Dulcie.

Al menos a partir de ese momento Waldo supo que Dulcie estaba viendo a Arthur por primera vez. Obviamente estaba muy turbada. Trataba de aparentar que rechazaba la sola idea de las gorras de rezar y la superstición en general, cuando en realidad la causa de su rechazo era el grotesco semblante de Arthur Brown, que babeaba con un entusiasmo imbécil. Aunque personalmente a Waldo le afligía que ella reaccionara de ese modo ante su hermano, descubría, aliviado, que era una chica sincera.

—Ahora podré recordarte en tu sala, Dulcie, ahora que te he visto la cara — decía, o graznaba, Arthur —, incluso si no quisieras volver a verme.

Ante esto, Mrs. Feinstein empezó a protestar haciendo ruidos.

—¿Por qué... —exclamó Dulcie, interrumpiéndose para echarse a reír inesperadamente... no habría de querer?

Se quedó cortada incómodamente.

Porque Arthur se había acercado demasiado a ella, como acostumbraba a hacerlo con la gente que le interesaba; para recordar por medio del tacto, parecía.

—Oye, Arthur — empezó a decir Waldo, para detenerlo, para apartarlo.

Pero la sonrisa de Mrs. Feinstein siguió encontrando razonable la situación.

—Porque podríamos no tener mucho que decimos —dijo Arthur, mirando a Dulcie a los ojos desde demasiado cerca—. Quiero decir que la gente puede hablar y hablar, pero no siempre parecen haber aprendido las mismas palabras.

Dulcie pareció hacer un gran esfuerzo.

—Yo creo, Arthur —opinó—, que tú podrías contarme mucho de interesante. Tal vez pudiéramos enseñarnos — agregó—, enseñarnos cosas el uno al otro.

—¿Me enseñarías —gritó Arthur aprovechando la oportunidad— a tocar el piano? ¿Me enseñarías? ¿Podemos empezar ahora?

—¡Sí, claro! —respondió Dulcie, sonriendo con alivio y placer.

Waldo comprendió que debía salir rápido de allí. Encontrar el cuarto de baño. Mientras salía precipitadamente oyó los discordes de la música que las manos de Arthur arrancaban del piano de nogal. Sabía cómo estarían comportándose las poco controladas manos de Arthur.

Ahora, detrás suyo todo era música mala, y risas, mientras él equivocaba una tras otra las puertas del pasillo. Por último oyó, entre el abrir y cerrar de puertas, que Mrs. Feinstein lo seguía.

—Necesito —masculló tontamente.

—¿Necesitas el cuarto de baño? —preguntó Mrs. Feinstein del modo más simpático.

—No —contestó Waldo, con lo que le pareció su voz más arisca—. El otro.

—Aquí está — indicó Mrs. Feinstein abriendo una puerta.

De modo que él no tuvo que ir más lejos, ni cruzar ningún jardín, en busca de un lavabo. Aquí había un retrete verdadero, de porcelana, con asiento de caoba, en el que se sentó inmediatamente y dio paso a la diarrea que había estado amenazándolo.

Y ahora la música provenía de manos invisibles — sólo hubieran podido ser las de Dulcie Feinstein — aunque Waldo temía que bajo la influencia de Arthur. A Waldo le hubiera gustado poder concebir un poema. Aún no lo había hecho, pero lo haría; era algo que había ocultado incluso ante sí mismo. Si por lo menos saliera con la misma urgencia de los excrementos y la música... Se balanceó con los espasmos de su miseria física y la extraña embriaguez que la música desenfundada, apagada quizás por varias puertas, provocaba en él. ¿Sería un *étude* lo que estaba tocando Dulcie? Waldo esperaba que fuera un *étude*. Esperaba desesperando que el Cliente Influyente hablara. Después él podría subir la colina que

llevaba hasta la casa de los Feinstein, presentarse, y decir: Aquí me tenéis, un intelectual que trabaja en la Biblioteca Municipal de Sidney... No es bastante con la bondad; debéis respetar, si bien no exactamente mi genio, por lo menos mis ambiciones de escritor australiano.

Cuando finalmente Waldo regresó estaba vacío. Se había lavado la cara y hubiera podido sentirse mejor si no hubiera escuchado el sonido de las cucharitas de té en alguna parte, la cocina o la despensa. Lo que significaba que Mrs. Feinstein estaba preparando el té. Lo que significaba que Arthur estaba sólo con Dulcie.

La música había cesado ya.

Mientras se apuraba, Waldo no temía que Arthur se comportara de un modo violento, oh no, más bien temía la violencia de lo que su hermano mellizo pudiera decir.

Al entrar a la sala, Waldo adoptó un aire, según creyó, frío y correcto Por lo menos no se enterarían de lo que sentía. Sólo él lo sabría.

Arthur y Dulcie estaban sentados en el doble taburete del piano, debajo del cual había partituras. Se habían vuelto, de modo que quedaban enfrentados. Sus frentes casi parecían estar tocándose.

—¿Qué, un pierrot sentado en la luna? ¿En la botella?

—Un pierrot pintado en la botella — confirmó Dulcie.

Arthur estaba estabando como en realidad era. No podía decirse que fuera fea exactamente. O tal vez a estas alturas él ya se había acostumbrado a ella.

—Tienes razón —decía ella en respuesta a algún comentario de Arthur, aunque hablando como para sí misma—. *Amour* no es lo mismo que *amor*. *Amour* tiene un sonido distinto, un significado distinto.

Waldo estaba tan horrorizado que podría haber llegado a expresar sus sentimientos, pero afortunadamente Mrs. Feinstein trajo las cosas del té, y al mismo tiempo comenzó a llover.

—¡Por Dios, cómo odio los truenos! —admitió Mrs. Feinstein, y las cosas de la bandeja tintinearón — ¡Me dan tanto miedo! ¡Cierra la ventana, Dulcie, por favor! Dicen que los rayos entran por las ventanas abiertas.

—No vamos a poder respirar —arguyó Dulcie, pero hizo lo que le habían dicho.

—Arthur y yo vamos a intercambiar anécdotas para ahuyentar los truenos —aseguró Mrs. Feinstein.

—¿Estas son realmente tostadas de canela? —preguntó Arthur, sirviéndose con dos o tres dedos y llevándose los cargados de mantequilla a la boca.

Se le veía plenamente feliz, sentado en una silla con esterillado en forma de tostada, mientras Mrs. Feinstein hablaba de su tía Madame Hochapfel, a quien a menudo confundían con la emperatriz Eugénie, y cuyo salón solía ser frecuentado por gente de inclinaciones artísticas.

—Todos los domingos. Era un salón *menor* —agregaba por modestia Mrs. Feinstein.

—Pero participar en pequeña escala en un negocio es mejor que no participar en absoluto —comentó Arthur con la boca llena de tostada—. Me refiero a tener un negocio propio. A ser independiente.

Mrs. Feinstein concedió que su tía Madame Hochapfel había tenido un salón independiente. Aparentemente Dulcie tenía sus propios pensamientos. Waldo no podía sumergirse en los suyos. Se sentía frágil como una esponja seca. Otra gente tenía sus anécdotas o la obvia riqueza de sus pensamientos. Las grandes gotas de lluvia y las carnosas hojas que se aplastaban contra las ventanas acentuaban su desafortunada aridez, su comprometedor superficialidad.

No obstante, conocía el porqué de todo esto. Sólo era cuestión de tiempo. Era la ardua espera lo que se hacía pesado. Y hacía transpirar las palmas de sus manos.

—Y Rusia —suspiró Mrs. Feinstein—. Sólo recuerdo los bosques de pinos.

—Algo es algo —observó Arthur — Apuesto a que oían.

Mrs. Feinstein suspiró profundamente.

—Una visita que hice siendo muy niña. A otra rama. Con otra tía: la Signora Terni de Milán.

La rama de un arbusto, o tal vez una hortensia sin podar, raspaba la ventana. Vieron que la lluvia había terminado. Mrs. Feinstein montó su acto retozón. Su rostro, del color de la piel más íntima, pareció volverse menos grisáceo.

—Arthur — decidió — me ayudará a levantar la mesa.

Entonces Waldo pudo ver el jardín, como le habían prometido, con Dulcie, que lo tenía a su merced. Las hojas goteaban aún. En lo alto, el frío aire de los chaparrones había desalojado en parte la verdosa melancolía de abajo.

—Estas son las hortensias de que me hablaste —dijo Waldo, aunque las flores no le interesaban en absoluto.

—Sí — contestó opacamente Dulcie —. Y los agapanthus.

De esta ocasión Waldo recordaría el modo en que ella se confundía con los fragmentos ruinosos de las hortensias blancoverdosas. Su vestido, mejor dicho. Porque ella era muy morena, y fea.

—Arthur y mamá se divierten inmensamente entre ellos — dijo ella—. Creo que me llevará algún tiempo entender a Arthur.

—¿Qué tienes que entender? —Waldo trató de no gritar.

Su voz sonó horriblemente seca y áspera bajo las hortensias húmedas.

—Aunque, si es por eso —observó Dulcie—, no me entiendo ni a mí misma.

A un lado de su larga nariz le había salido un grano. Lo que hacía que la estupidez canina de sus ojos pareciera más obscena.

A Waldo le hubiera gustado que le hubieran enseñado a hacer o decir algo que no le habían enseñado. Podía culpar a sus padres, por supuesto. Pero no le servía de nada.

Al rato él y Arthur bajaban los escalones, entre el arrebolado flox, saliendo del mundo de los Feinstein, que al fin y al cabo no tenía relación con ellos. Por enfermiza y personal que fuera la nostalgia, por convincente que fuera la fisonomía de Madame Hochapfel en el momento de la presentación, por cerca que hubieran estado las hortensias mojadas, partir los ridiculizaba.

Arthur por lo menos sabía qué decir.

—Adiós —chillaba—. Lo he pasado muy bien. Volveré, Dulcie, por las lecciones de piano que faltan. No me haré problemas con la teoría. Empezaré con una de esas piezas sencillas.

Bajaban por escalones de concreto rojo, que sin duda habían sido pintados de un color intenso para darle gusto a Mr. Feinstein.

Arthur se volvió para gritar, como si lo hubiera estado pensando:

—Tendré que volver de todos modos, para contarte qué he resuelto.

Waldo estaba furioso, porque al final no había podido decir ni jota. Naturalmente, las personas sensibles nunca pueden.

—¿Qué quieres decir? — preguntó con voz ahogada después de andar un trecho—. ¿Qué es lo que tienes que resolver?

—Bueno —dijo Arthur—, pues uno tiene que resolver algo si no es feliz.

—¡Pero si tú eres feliz, Dulcie es feliz! Decir que no lo estáis sólo sería pedir solidaridad.

—Ella podría no estarlo — dijo Arthur.

No diría nada más. Empezó a roncar, y a gruñir, y finalmente a hurgarse la nariz con placer.

Llegaron a casa.

Y luego llegaron los exámenes. Waldo los pasó con Banderas Desplegadas, e incluso se las arregló para zafarse a duras penas de las matemáticas... en donde Johnny Haynes falló.

Luego llegó la carta que lo convocaba a la entrevista. (¿Cuál sería el precio de los Feinstein ahora?) Sucedió que Waldo fue aceptado por la Biblioteca Municipal de Sidney, en razón de su carrera estudiantil en la Escuela Superior de Barranugli, su buena presencia... y un favor pedido.

Finalmente el Cliente Influyente se olvidó de hablar. Fue

Mrs. Musto quien le consiguió el puesto a Waldo, a través de Alderman Caldicott, hijo de su primer jardinero. Después Mrs. Musto se retiró a su casa, sus arbustos, y sus sirvientes. No se aventuró más adentro en la vida de otra gente, porque ya la habían mordido una vez, no, dos veces, en el curso de las relaciones humanas, y no quería volver a arriesgar su mano.

Los preliminares de la muerte, de lo que a fin de cuentas es el acto más simple de todos los actos, fueron infinitamente complicados.

—Mrs. Allwright solía decir — recordó Arthur —, cuando me hacía sus quejas, cuando no podía encontrar las cosas que ella había escondido, o le había dado a alguien el cambio equivocado, solía decir: «A veces quería que te murieras, Arthur Brown. Entonces Mr. Allwright recobraría su juicio y se daría cuenta de cómo hemos estado perdiendo el tiempo.»

Arthur acostumbraba a imitar las voces de sus interlocutores. De modo que ahora, sobre el pavimento deshecho de Barranugli Road, la madre con su niño en un cochecito se volvió para averiguar qué diablos iría a hacer el viejo chiflado. ¿Un viejo chiflado, o dos? Era una vergüenza permitirles tanta libertad. Siempre alguien pagaba las consecuencias.

—Pero fue Mr. Allwright el que se murió — continuó Arthur—. Atándose las botas. Mrs. Allwright se convirtió a la Ciencia Cristiana. [6] Daría cualquier cosa por no despertarse y ver que está muerta.

—No se despiertan — objetó Waldo.

Si fuera por él no prestaría atención. Pero era imposible no prestar atención.

—¿Eh? —preguntó Arthur.

Aunque por supuesto había oído. Arthur siempre oía, incluso cuando el tráfico pasaba zumbando o dando bandazos por Barranugli Road.

—¿Habrás muerto Mrs. Allwright? Eso-es lo malo de que la gente se vaya de aquí. A veces sus parientes olvidan, o no saben cómo poner el aviso en el periódico. O tal vez Mrs. Allwright no haya muerto efectivamente. Por derecho, por *lógica* —¿no dirías tú eso?—, los científicos cristianos no mueren.

—La muerte, gracias a Dios — dijo Waldo, conteniéndose—, le llega a todo el mundo.

O a casi todo el mundo.

No escucharía. Empezó a contar, a decirse las marcas de los autos que pasaban: el Chevrolet el Renault el Holden dos Holden más tres el Morris Minor el Bentley, ése era Mr. Hardwick, que había hecho un negocio turbio con el intendente sobre la finca Anglesey, pero no se le podía probar. Nadie hubiera pensado que Waldo Brown, tan poco mecánico, pudiera saber las marcas de los coches. Quizás ni siquiera Arthur se hubiera enterado. Era el vicio secreto de Waldo.

Arthur, que se enteraba de todo, hizo que su hermano se volviera, para examinarle la cara. Como Waldo temía, Arthur lo sabía, y estaba sonriendo.

—¿Qué quieres?

—Saludé al Holden —rió Arthur— y la señora me devolvió el saludo.

Oh, claro. Arthur no era infalible. Por eso Waldo decidió entregarse a su otro vicio privado. Si Arthur muriera. No era imposible. Ese lastre en su mano izquierda. Waldo Brown aceleró su penosa marcha, si no para avanzar, para pensar. Haría cómo era que haría explotar todo las ediciones príncipes de Thomas Hardy toda la colección Everyman una auténtica curiosidad hoy en día las cucharas labradas de su madre el anillo de esmeralda que había dejado la Honorable Prima Molly Thourault de hecho una gran hoguera el terreno que empresas edificadoras perseguían si Anglesey la finca si entonces por qué no la casa de los Brown Terminus Road ver un concejal ningún concejal sería tan deshonesto dale un escarmiento intenta con un ministro si es necesario el Ministro de Gobierno Local si viviera Mrs. Musto y dijera que era perentorio como perentoria era la sentencia según la cual W. Brown de honorable oficio debía terminar en una vejez ardiente.

Sus labios estaban tan secos que tuvo que humedecerlos con la lengua. Esperaba que el corazón no le fallara. Su impermeable emitía un sonido sibilante con el roce de la velocidad.

Si su idea era inmoral, entonces él era inmoral. Lo había sido, suponía, durante muchos años. Tal vez siempre. El millón de veces que había enterrado a Arthur. Pero sólo ahora, o últimamente, había perfeccionado su itinerario de islas. Empezaría visitando islas porque simbolizaban, si es que sólo simbolizaban, lo que él anhelaba. Por supuesto sabía de las demás cosas, los bares y las americanas. Sabría muy bien cómo sentarse en los bares y beber, qué era Pernod Fils, y deslizar su mano bajo la falda de rafia de una encantadora y piojosa *poster-girl*, morena y completa con una guitarra hawaiana. Y contraer sífilis, y no hacer nada por curársela, qué sentido tenía a su edad, a pesar de todos los medicamentos modernos.

El Chevrolet el Holden el Citroën muy limpio el Holden dos seis diecisiete Holden un Fiat-2500 sabuesos disparando. El tráfico, no cabía duda, le hacía subir la temperatura.

Naturalmente, a pesar de sus inclinaciones literarias y sus dones creativos, lo que anhelaba eran los hoteles. Siempre había sido así. Hacía mucho que había empezado a escribir pidiendo folletos para tener algo que recoger en Poste Restante Correo Central. Los rompía después de leerlos y los arrojaba por la ventanilla del tren antes de llegar a Barranugli. Las mujeres estarían aguardándolo en los salones de entrada de lujosos hoteles de primera, contenidas por sus botones de felpa, pero aguardando, con su pelo rapado, y balanceando levemente sus largas boquillas. Clara Bow... ¿o era Marilyn Monroe? Y Mrs. Clare Booth Luce y Mary Macarthy; no descuidaría a los intelectuales. Para así poder trabar conversación con las más reconocidas intelectuales. Aunque las mujeres, incluso Dulcie, de pronto lo aburrían, no sería así con

Mary Macarthy, quien más bien era lo que él llamaría una Fuerza. Aunque por supuesto lo que en realidad ansiaba eran las camas, con sus finas sábanas de lino, o quizás a veces de seda con monogramas, para sentir que sus largas piernas jamás habían sido viejas, y que finalmente ahora, sin Arthur, podía hacer vida de soltero. Espiritualmente soltero.

Waldo enrojeció, y empezó a mover la nuez de la garganta. Para abajo. Para afuera. Para algún lado.

Pero había una cosa, estaba decidido, que nunca haría. No tocaría un penique de los ahorros de Arthur, por delicadeza, puesto que había deseado que Arthur muriera.

—Ahí tienes —dijo, volviéndose para mirar.

—¿Qué cosa?

—Ya hemos pasado la peor colina. Así que puedes dejar de quejarte.

—No me estoy quejando. Me he dispuesto a disfrutar este saludable paseo.

Tan débil normalmente que hubiera podido ser una refracción del recuerdo del pelo color zanahoria de Arthur, el tinte azulado de su piel parecía apenas más intenso que cuando habían salido de la casa, esa mañana, con un propósito. Anormalmente azul.

No, no tocaría un solo penique de la mezquina cuenta de Arthur. La transferiría a ese delgado muchacho judío, Arthur Saporta, con parches marrones alrededor de los ojos. No importaba lo que Arthur Saporta representara. Más allá de que tuviera los ojos de su madre, Dulcie Feinstein.

Si Arthur Brown muriera.

Pero finalmente parecía improbable, esa mañana o siempre, que constituía la alternativa. Waldo rehuyó la idea. Era lo bastante joven como para pensar en su propia muerte. Dio un puntapié al más cercano de los perros —*Scruffy* era — con toda intención.

—¡ Siempre odiaste a *Scruffy*! — protestó Arthur — Porque era mío.

Waldo sentía que nada le pertenecía, desde luego no su caja de papeles, tal vez aún su caja de manuscritos los recortes cartas de agradecimiento, tal vez Arthur también, si Waldo Brown Terminus Road no enviar flores después del accidente había dejado escrito legiblemente y fácil de hallar si inadvertidamente inadvertidamente era la palabra si él muriera.

Por otra parte las flores de papel tampoco. Así que debía asegurarse de su caja de papeles. A veces revisando los manuscritos los recortes las cartas de agradecimiento las sentía aún frescas por la razón de que él las había traído a la vida. Los pensamientos. Aun cuando no había producido un cuerpo de trabajo concreto los fragmentos y cuadernos todavía estaban vivos en su pensamiento íntimo. La mente de los demás apropiándose cortando acuchillando cercenando con una lija de mentiras deteriorando invariablemente osificaba lo que había sido tenuemente personal. ¿Era presuntuoso por haber perdido la fe en la escultura pública? No como algunos. Por ejemplo Goethe, Goethe debía haber dejado una huella en la alfombra de tanto saltar a sus cuadernos para perpetuar lo que consideraba Grandes Pensamientos. Lo presuntuoso era que los hombres creyeran que sus pensamientos seguían siendo suyos una vez divulgados al público. Todas esas mujeres de ojos saltones reverentes de su propia reverencia jalonando su paso por una escultura de poesía y epigramas, y jóvenes fervorosos *afilándose las uñas* MEJORANDO LO EXISTENTE porque está escrito que las grandes obras de arte se espongan, transformándose en lo que nunca se pretendió que fueran esculturas hechas por el público.

De modo que Waldo se puso a competir con los autos por Barranugli Road.

—¡Eh, cálmate! —le gritó Arthur—. ¿Qué te propones? ¿A dónde quieres llegar?

Mientras Waldo seguía desafiando el tráfico en dirección a Sarsaparilla; desgraciadamente parte de éste iba en sentido contrario.

Pero llegaría a destino, y después de que lograran abrir la puerta y apartaran la hierba con el pecho, porque a esta altura podía decirse que en ciertos lugares vivían bajo la hierba, entraría lo más recto posible y tomaría la caja de encima del guardarropa, esa vieja caja de vestidos de David Jones en la que la madre guardaba el pequeño abanico roto y cierto vestido azul, de estilo antiguo y una silueta de óxido en donde habían estado los broches. La caja D. J. era, o mejor dicho había sido, el receptáculo ideal para los papeles de carácter privado. Waldo incluso había escrito PRIVADO en la tapa, por más que nunca le sirvió de mucho. Pero ahora la haría verdaderamente suya; todas esas palabras vivas y aún conmovedoras caerían de las manos de su creador a un pozo en el fondo del huerto convertidas en cenizas ardientes palpitando frágilmente por los pensamientos privados. Porque el fuego es la única privacidad que pueden esperar los pensamientos de los grandes hombres. Deja que los conviertan en esculturas y estarás perdido.

Lo ayudó el viento, y hasta cierto punto el tráfico que marchaba hacia adelante. Arthur estaba contra él, por supuesto, como la corriente de tráfico opuesta. Pero al fin llegaron realmente a los muros de Sarsaparilla, laboriosamente erguidos ladrillo a ladrillo, para resistir a algo hostil, por quienes no habían muerto aún: los infalibles, con sus profesiones y sus descendientes. Era patético pensar en ellos. Tal vez, como Goethe, Waldo fuera presuntuoso, pero si las mentes pequeñas podían obsesionarse con ilusiones de permanencia, ¿cuánto menos convincente era su propia ilusión sobre la muerte?

De modo que Waldo aminoró, o se vio obligado a aminorar, la marcha. «Es ridículo —se dijo jadeando— creer que voy a morir hoy, o mañana, si todavía tengo cuerda para otros veinte años, cuidándome razonablemente, evitando la sal, las grasas animales, las patatas y el pan blanco.»

—¿Qué te pasa? —preguntó Arthur—. No me dirás que te has quedado sin energías.

Porque Waldo se había quedado. Quieto.

—No —dijo, muy despacio—. Estaba mirando esa rosa.

Y era verdad, pero en otro sentido.

—Es un buen ejemplar de rosa. Me gusta la rosa, la rosa blanca —dijo Arthur.

No era su belleza, ni su blancura, ni su perfección lo que le interesaba a Waldo; era su solidez. Sólo aparente, no obstante. Si hubiera llegado más cerca y solo, podría haber arrancado la rosa para demostrar que él era mucho más fuerte. En un tiempo la carne de las rosas lo había hecho estremecerse. Cuánto menos expuesta a la destrucción estaba la forma de su juventud, aun cuando el tiempo y la memoria conspiran contra ella.

A Waldo le gustó aquello. Le daba un aire socarrón. Ahora irían a casa, y mientras Arthur se ocupara torpemente de ciertos asuntos suyos, él tomaría su caja privada y de ella tomaría su ordinario cuaderno. *Siempre tomar, tomar es renovarse; da mucho de ti, que el receptor lo espera todo.* Esto le gustaba; lo escribiría. Para su satisfacción PRIVADA. Y también aquello de *la forma de su juventud, el tiempo y la memoria.* De ese modo seguiría viviendo. En los cuadernos. En su mente secreta. A pesar de Arthur. Y de Goethe.

La juventud es el único estado permanente de la mente. No había etapa de su vida en que no se hubiera sentido joven — insistía — salvo algunos momentos de su niñez. Si envejecer es volverse paulatinamente más sabio, siendo niño, su prematura sabiduría irritaba a sus mayores hasta el límite de la bofetada. De modo que, de hecho, no hay divisiones válidas, como no sea en el mundo de los vegetales.

«Hoy tengo treinta años», había decidido mientras se miraba al espejo en su parte del tocador que compartía con Arthur, con sus cepillos y sus botellas a la derecha y los de Arthur a la izquierda, como él insistía en que fuese. Uno de los lados de su cara había temblado mientras él trataba de creer lo increíble. A veces se preguntaba si habría alguien que se hubiera dado cuenta de que aún había un niño en él, junto a su otro yo, y mirando hacia afuera. Sus ojos, como los de su madre, eran azules, pero los suyos eran más aguados. Siempre encontraba cierto placer en distinguir otros ojos azules por la calle, especialmente en las mujeres. Los imaginaba conspiradores. O miembros de un club selecto. Si bien, naturalmente, nunca lo hubiera participado ninguno de ellos. (A los ojos marrones les daba bola negra automáticamente. ¡Puff!)

Se internaba, como viajando, en las profundidades del espejo del tocador (legado para los muchachos) Según su estado de ánimo, podía quitarse los quevedos, haciendo que la imagen se tornara borrosa, dejando que su imaginación jugara entre las hortensias, o solía ajustárselos con firmeza, negándose todavía a escapar de esa crueldad intelectual de que se sabía dueño. (En una oportunidad había descrito la geografía de su rostro a lo largo de siete páginas de gran tamaño.) La receta del óptico había hecho que sus ojos se vieran más claros, su mentón menos pronunciado y su bigote más apelmazado por la brillantina, pero, ¿no habría contribuido toda esa mezcla burda —estaba preparado para arrostrarlo— a que naciera en él su probada sensibilidad?

En su trigésimo cumpleaños, sonrió ante sí mismo, sorprendido por lo extraño de su reflexión. Luego se calzó las bandas elásticas en las mangas, se puso su chaqueta de diario y fue a la cocina, en donde ella estaba preparándole el desayuno.

—Es extraño pensar que tengo treinta años —dijo, adelantándose a la probable pregunta sobre cómo se sentía.

Se quedó mirando el par de huevos, con sus bordes encrespados por un rizo tostado.

—Me parece, querido, que tú naciste con treinta años — dijo ella.

Con su voz fría. Concediéndole su frío beso. Si alguien debía saberlo era ella.

Su madre llevaba puesta la vieja bata azul con un imperdible que no lograba disimular la verdad económica de su operación. Desde que el papá había muerto, en 1922, ella había dependido de él. (Arthur contribuía con algo.)

Alguna gente hubiera considerado que la madre de Waldo, la madre de los dos, estaba desaliñada. El sólo podía pensar que ella era

intemporal, pues no se dejaba llevar por trágico cumpleaños. Ella también comprendía que no había divisiones válidas. Treinta o diecisiete.

A los diecisiete años —el día de su decimoséptimo cumpleaños. Ella también comprendía que no había divisiones válidas. Treinta o diecisiete.

A los diecisiete años —el día de su decimoséptimo cumpleaños, como resultó ser— se había presentado en la Biblioteca Municipal de Sidney para ocupar el cargo que había conseguido gracias a Harina Mágica. Eso es lo que se había dicho. Sólo un malvado podía haber ignorado el verdadero estado de las cosas: era un joven lleno de manchas que arrastraba carros con libros por entre las estanterías. Ni la luz ni el aire jugaban un papel importante en esta canonja que su protectora le había comprado. A veces las jaulas estaban tan atestadas que sus crujientes costillas, compañeras de sufrimiento, le hacían pensar en la facilidad con que una persona podía contraer tisis y retirarse a temprana edad con una pensión. Leyó una o dos obras acerca de esa enfermedad. De tanto empujarlos en sus sitios de acuerdo a sus números, llegó a odiar la presencia física de los libros. Nunca perdió el respeto por ellos, por supuesto. Pero del modo en que los colocaba pudo haber herido a más de un libro. Ocasionalmente dejaba alguno tan lejos de su celda correspondiente que esperaba que nunca fuera encontrado. Las hojas gruesas y porosas de algunos de los viejos libros públicos, deshilachados en las puntas, con restos de moco pegado y manchas de saliva y nicotina, tenían el olor de los viejos con gabardinas mugrientas y sombreros que sus frentes ablandaban, pero que pronto se endurecían y enfriaban si eran dejados a un lado.

¡ Puf, los libros! Los espejos de muchos lavabos públicos proclamaban la injusticia que le había hecho la necesidad, junto con las advertencias sobre las enfermedades venéreas. Solía entrar en ellos para lavarse las manos, aunque quién sabía si uno no podía pillar algo peor del grifo. De todos modos, tenía que lavarse las manos. Hubo una época en que no podía lavárselas lo bastante.

Sus manos moradas. Era por las almohadillas de tinta. Había quedado marcado desde el principio. Pero, ¿no se había entregado a los libros acaso? *Waldo es el bibliófilo, sale a su padre en eso.* Y a veces aún entonces, entre las pilas de la Biblioteca Municipal, en el sonido del polvo y el olor de la carne marchita, envejecida, abría un libro para dedicarse a sí mismo. Y se erguía, temblando, en favor del atrevimiento de las palabras, de su consumada eyaculación. En una ocasión Waldo Brown había encontrado:

*En mi mente seca mi espíritu pronto
Ahondando entre desmayo y desmayo
Desfallece como la encandilada luna en la mañana*

*El viento suena como un alambre de plata
Y desde el más allá del mediodía un fuego
Se derrama sobre las colinas, y más cerca
Los cielos se inclinan con deseo...*

Cerró tan rápido el libro, tan fuerte, que la explosión podía haber llegado a oídos de cualquiera que viniera a sorprenderlo en algo prohibido, desgraciado, y que él nunca se atrevería a hacer nuevamente hasta que ya no pudiera resistir más. Miró en derredor, pero no vio a nadie más entre las estanterías. Sólo había libros. Un palpar de libros. Fue al lavabo para lavar sus manos calientes y pegajosas.

Así, la vida tenía sus compensaciones; un orgasmo en un lugar árido, una deliciosa culpa del intelecto. Esto le hacía superior al pobre de su padre, cuya inocencia de una época anterior debía haberle negado hasta la vicaria sensualidad de la literatura.

Waldo Brown era también superior a Walter Pugh, su superior por dieciocho meses.

Waldo no se interesaba por Walter. Los granitos eran poco más o menos lo único que tenían en común (si se descuenta la literatura, en cuya vinculación con Wally Pugh Waldo no podía creer). Waldo era delgado, podía pasar por alto, tenía labios finos que tendían a desaparecer, y un buen porte heredado de su madre — distinción, de hecho, según lo interpretaba en sus escritos—, mientras que Wally pasaba de corpulento a muy gordo en los días calurosos, sus labios carnosos siempre estaban un poco entreabiertos y un poco brillantes por el tocino que parecía haber comido uno o dos momentos antes, y sus costuras se le descosían, especialmente en los muslos de esos pantalones que podían haber pertenecido a otra cosa.

Wally dijo:

—Daría cualquier cosa por un tiro esta noche, camino a casa. Pasaré toda la noche en casa con Cis y Ern. A veces pienso que voy a reventar, Waldo, si no me consigo una chica. Había una en el embarcadero y me hizo señas. Sólo acepté la invitación de caminar juntos desde el muelle. Hubiera podido hacerlo entre esos matorrales que hay antes de llegar a Permanent Avenue.

—No hubieras sido muy sensato —dijo Waldo.

—Sí, lo sé —dijo Wally Pugh—. La sífilis, y tal. O un niño. Pero es que voy a reventar, Waldo, si no lo hago. ¡ Lo haré!

Y eso que el espejo de arriba del lavatorio mostraba claramente las advertencias.

—Tu problema, Waldo, es que eres frío. ¿O es una suerte? En una de esas eres un marica con suerte.

—No es eso lo que me dijeron el viernes — se vio obligado a decir Waldo.

Sus manos curvadas alrededor del jabón gozaron su propia sensualidad.

—¿Quién? —preguntó Wal.

—Las dos. No puedo decir que fueran muy atractivas. No especialmente. Aunque la de rosa no estaba mal.

—¿Quieres decir que te beneficiaste dos?

Waldo era demasiado superior como para contestar.

—¡Jolines! —exclamó Walter Pugh—. ¿Ya las conocías?

—A una de ellas; poca cosa. La otra era amiga suya.

—¿Cómo se llamaban, Waldo?

—Creo que la amiga se llamaba Nell. Sí, Nell. La que yo conocía, apenas, se llama Dulcie.

—Y Dulcie está buena, ¿eh? ¡Qué rápido eres, cabrón! ¡Te lo tenías calladito, eh!

—Yo diría que no es más que una rica chica del montón. Es delgada, morena, corriente. Nunca llegará a mucho porque le falta sal ática. Tiene mucho vello además en los brazos.

Las traiciones le ponían la piel de gallina a Waldo. Inevitablemente.

—¡Peto te has dado el gusto, maricón!

—Cuando eso es todo lo que se pretende..., pero no lo es, para mí, particularmente.

—¡Anda! Pues entonces eres un frío, Waldo. Eres el tío más frío que he conocido.

solamente superior.

Walter Pugh le enseñó a Waldo tres poemas escritos por él. A Waldo le parecieron más bien aleluyas. Cuando hubiera escrito bastante, como se proponía, Walter pensaba darlos a la venta en un volumen e ingresar a las filas de poetas australianos. Los labios de Waldo desaparecieron por completo, pero él no hizo ningún comentario. Estaba seguro de que nunca le mostraría a Wally nada de lo que escribiera, ni a ninguna otra persona; hacerlo era demasiado tonto. Ciertamente, le había confesado a Dulcie Feinstein que sería escritor, pero en ese entonces sólo tenía... dieciséis años, ¿verdad?, y era un estúpido.

Y no mucho después, Mrs. Feinstein se había llevado a su hija. Eso contaron.

Arthur dijo:

—Se van a visitar a los parientes para que Dulcie pueda aprender idiomas. Tienen parientes por todas partes; parece que con todos los judíos es así. Pero dice Mrs. Musto que los judíos aprenden idiomas con facilidad. Apuesto a que lo pasarán bien. No Mr. Feinstein. El no puede dejar el negocio. Sino Dulcie y su madre. Mrs. Hochapfel debe ser muy vieja para andar callejeando, pero igual está esa tal Mrs. Terni en Milán.

Camino a su casa, Waldo pasó un par de veces por la quinta de O'Halloran Road, no para alimentar un sentimiento de pérdida sino por mera curiosidad, y los postigos estaban cerrados, y los arbustos habían crecido, como si el viejo Feinstein no siguiera yendo más allá, como si el aire de Sarsaparilla hubiera perdido su sabor para él desde que su mujer y su hija se habían ido. En una tercera tarde, Waldo decidió entrar saltando el cerco de madera, porque la puerta estaba cerrada con cadena. El césped de las pequeñas lomas por las que trepó ya no parecía el mismo. Bajo las hortensias, en donde un verde más vaporoso y más amarillento acentuaba la soledad, probablemente hubiera muerto algún animal. Sus pasos sonaron horriblemente notorios sobre el piso de mosaicos de la veranda, pero tenía que tratar de mirar a través de los postigos. Por supuesto, al acercarse los ojos a las tablillas inclinadas de las persianas no pudo ver nada, por el ángulo; algo de eso había esperado antes de emprender el intento. Y entonces empezaron a acercarse las pisadas por la grava. Desde el costado de la casa. Se quedó quieto y esperó.

Finalmente llegó el momento álgido. Era el mismo viejo Feinstein.

—¿Qué quieres? —preguntó.

No llevaba la *capple* sino un sombrero hongo que le confería una apariencia y una voz más formales. Se quedó mirando a Waldo como si nunca antes lo hubiera visto, aunque no hacía tanto que se habían conocido.

Waldo se convirtió a la fuerza en el extraño completo.

—Pensé que la casa podía estar en venta. Toda cerrada — balbuceó.

—Bueno, pues no es así —dijo Mr. Feinstein, malhumorado.

Mientras bajaba saltando los escalones de hormigón, que el césped de las juntas empezado a separar, Waldo supo que el dueño de la casa había seguido mirándolo. El hecho de que la hija del viejo se hubiera entregado a él en su conversación con Walter Pugh parecía corromper aún más el incidente.

Tanto que le hubiera gustado jactarse ante alguna persona, pero no había nadie a mano, y tal vez nunca lo hubiera, digno de su sutileza. A la hora del té, mientras quitaba la grasa a su trozo de cordero frío, sólo comentó:

—He visto al viejo Feinstein en su casa. No sabía que seguía yendo allí. ¿Para qué irá, estando solo?

El padre sugirió que vendría para asegurarse de que su propiedad siguiera en buen estado. La madre pensaba que se sentiría solo y esperaba revivir algunos momentos compartidos antes de que la soledad se apoderara de él.

—El problema con los Feinstein es que sean tan condenadamente judíos. Esa suele ser la pega de todos los judíos — dijo Waldo, y se rió.

Aunque nunca había conocido a otra... bueno, tal vez otra más sí.

—Te prohíbo que hables en esos términos —protestó el padre, a través de un pedazo de cartílago—. Mr. Feinstein es un hombre culto.

—Oh, sí, pobre Feinstein —reconoció Waldo.

Sabía que su padre no conocía a Feinstein, pero también sabía que toda una vida de tolerancia estaba en juego, y tenía dificultad en encontrar el vocabulario adecuado para protegerla.

Su madre, también, parecía afligida.

—No conozco a Mrs. Feinstein —dijo—, pero estoy segura de que no hay nada en ella que pueda provocar un comentario tan poco escrupuloso. Además —añadió—, yo creí que los Feinstein te gustaban.

—¡No me he casado con ellos! —exclamó Waldo.

El asqueroso cordero se le atravesó en la garganta. Su rechazo de los Feinstein parecía estar relacionado con un sufrimiento mucho más profundo, aunque menos deseable. En los suburbios de la luz que daba la lámpara flotaba la imagen de Dulcie, con el mismo vestido, cuyas mangas estaban bordadas con brácteas de hortensias sueltas. Cómo odiaba los ojos marrones, tanto en Dulcie Feinstein, como en Arthur, o como en George Brown; tanto si se entregaban al martirio como si se amadrigaban como animales marrones, inconscientemente, pero amadrigándose.

—¡Bueno, me han guillotinado! —dijo Waldo alegremente, arrojando sus cubiertos sobre el plato.

Por primera vez se alegraba de tener que ir a la biblioteca al día siguiente. Por primera vez, también, Arthur no lo acompañaría. Arthur comía, y masticaba sus pensamientos con los ojos bajos, de modo que sólo se le veía la gruesa piel de los párpados. Waldo sospechaba que, de haber tenido que enfrentar el veredicto de los ojos de Arthur, hubiera encontrado que la misma desdicha había surgido en el interior de su hermano, llegando a turbar la superficie.

Por la mañana fue a la biblioteca. Y después otra vez. Siempre.

—Esa chica Dulcie — preguntó Walter Pugh retomando el tema en una ocasión posterior —, ¿qué se hizo de ella?

—He recibido una carta suya. Está en Bruselas — dijo. Waldo con la naturalidad de la inspiración.

—¡Alguna gente tiene toda la suerte junta! O pasta.

—No es suerte. Es algo práctico, una inversión. La han llevado para que aprenda idiomas.

Walter Pugh empezó a respirar con dificultad.

—Pero no porque Dulcie no fuera ya una chica culta-explicó Waldo —. Toca las sonatas para piano de Beethoven. También borda. *Punto de cruz*.

Después de eso, Walter invitó a Waldo a pasar la tarde en casa de su hermana y su yerno. Waldo ya había aceptado una vez y había comido una sociable carne asada con Cis y Ern-te trataremos como a uno de la familia — y Wally había hablado de sus planes para el futuro, que eran incómodamente familiares.

Esta vez Waldo dijo:

—Discúlpame, Wal. El trayecto es largo. Después de todo ese viaje en tren, llego a casa extenuado.

Además era cierto. Todo quedaba demasiado lejos de Terminus Road. De tiempo en tiempo Waldo lo lamentaba amargamente y planeaba alquilar un cuarto en la ciudad en donde sus ideas pudieran cobrar una forma definida en vez de seguir siendo esa mezcla confusa de la que

nunca lograba salir. Por él otro lado, vivir bajo la hierba en Terminus Road proporcionaba a sus pensamientos una línea de flotación que evitaba lo que podía ser su hundimiento.

Por lo tanto continuó viviendo demasiado lejos y, pronto, más lejos todavía. £1 mundo marrón de los Brown, al final de ese túnel verdeamarillo llamado Terminus Road, se contrajo ante la presión de los acontecimientos. Porque la guerra estaba a punto de estallar, y finalmente estalló. Waldo decidió en secreto que eso no debía preocupar a ninguno de ellos, si bien la congoja que veía en sus padres a través de la hierba amarillenta provocó en él dudas pasajeras. El padre no podía aguardar la salida de los periódicos, y esperaba a que llegaran ellos junto al camino, con las manos en los tirantes del pantalón y todo el peso de su cuerpo apoyado sobre su bota ortopédica. La madre salía a tejer afuera, en la veranda, y se sentaba en el diván-cama bajo el frontón clásico. La furia de sus centelleantes agujas no podía competir con la penumbra que se abatía todo a lo largo de la fachada clásica y la lana, esa aguja ineficaz que sujetaba en su falda.

Como imitando el frontón clásico, la hierba muerta formaba arcos góticos. Pero no, no dejaría que ocurriera.

Por esa época Waldo estaba convirtiéndose en un muchacho apuesto. En la Biblioteca Municipal lo había puesto a trabajar en el catálogo. De modo que lo que menos deseaba en su vida era la guerra y todo lo que ella implicaba. Rehuía particularmente a aquellos enrolados para la contienda que ansiaban hacer confidencias y revelar todo lo que para ellos era en extremo secreto, personal, emotivo y doloroso, como si vaciaran un saco de papel. Naturalmente, él encubría sus sentimientos, porque bajo la influencia de la guerra nadie creería en ellos, y mucho menos aquellos rostros anhelantes de confesión, rostros rústicos curados con tintes y texturas de tocino, los rostros de los Muchachos.

Por supuesto, todo el mundo quería a los muchachos, les cantaba, cantaba con ellos y acerca de ellos. Todas esas blusas henchidas de busto con que pronto se colmaron las calles, las alegres y jóvenes madres de familia que presidían los puestos en Martin Place, y las chicas, las chicas que vendían insignias de metal y banderas de papel, todas ellas adoraban el caqui de los uniformes.

Pero Waldo odiaba todo aquello en lo que nunca, de ningún modo, podría participar. Cuando menos su físico hubiera impedido que fuera aceptado. Si existían causas morales que justificaran su marginación, aún no había pensado en ellas. En lo que la guerra sí le afectaba de un modo personal era en la posibilidad de que Mrs. Feinstein y Dulcie quedaran desamparadas en algún lugar de Europa. En una ocasión las imaginó víctimas de un zepelín, pero en su imaginación el zepelín no era más que un juguete contra una luna de papel. Volvió su cabeza hacia la almohada para descubrir que no podía lograr transformar su luna en la palpitante carne que, en teoría, sabía que era.

«Dios mío. Dios mío», repitió en uno de esos raros arranques de licencia intelectual que se permitía.

Había desarrollado una especie de tensa jovialidad para contrarrestar las confidencias en los trenes de los que estaban próximos a embarrarse. Tal vez cortándose la cabeza pudiera expiar las culpas de su forma de ser, aunque lo dudaba. Prometió a uno o dos que les escribiría desde su lado de la tumba. Le hubiera gustado. Oh sí, le hubiera gustado. Le hubiera gustado *estar*.

Walter Pugh fue el mayor motivo de perturbación de Waldo. Wally decidió enrolarse.

—Como corresponde a cualquier tío decente. No es que tenga nada en contra de quienes no lo hacen. Ni contra ti, Waldo. Tú no eres lo bastante fuerte.

—Yo no serviría — respondió sinceramente Waldo.

—¿Quién puede decir para qué sirve? —replicó Wally; era una tarde de verdades, y ese día había escrito poemas.

(De hecho, Wally fue tan bueno para la guerra que murió en ella, y Cis recibió por eso una medalla.)

Wally, que se había convertido en uno de los Muchachos, con una correa de cuero bajo los labios y olor i caqui, dedicó el tiempo que le quedaba a agasajar a su amigo Waldo a expensas de Cis y Ernie Baker, antes de partir hacia un frente hipotético.

Cis preparó huevos con salsa en una cacerola. Después, en el momento del oporto y las nueces, Waldo reveló a los presentes que tenía voz. Cantó *Al anochecer, Volverá la marea y Voces que cantan, pies que marchan*; todas canciones ligeras y apropiadas. Su voz aterciopelada hizo que en los ojos de Cis brotaran las lágrimas, y Waldo mismo se frotaba la nariz con un pañuelo entre tema y tema. Sonreía sobriamente ante el éxito de su contribución.

Wally estaba sentado más tieso que de costumbre. Desde la declaración de la guerra había aumentado de peso, pero el regimiento había transformado su grasa en carne. Se le habían ido los granos, los movimientos de su trasero eran más controlados, y tenía menos necesidad de hablar de hembras; tal vez incluso se hubiera follado a una o dos en los matorrales, antes de llegar a Permanent Avenue.

Era un buen individuo. Waldo podría haber llegado a quererlo, si hubiera reconocido esa verdad. Como sólo ocurrió después de varias cervezas la penúltima noche: naturalmente, en la última los parientes reclamaron para sí al soldado. Se dieron un abrazo en George Street, furtivo pero afectuoso, y el hedor del caqui resultó embriagador.

—¿Recuerdas a aquella chica? — sintió la necesidad de preguntar Waldo mientras tambaleaban abrazándose.

—¿Qué chica?

—Esa Dulcie.

—¡Oh! —dijo Wally.

Poco después de eso zarparía de viaje, y el incidente pasaría a ser de los que caen en el olvido.

Waldo tuvo que recordarlo la mañana en que Cis fue a la biblioteca. Supo lo que había ocurrido porque ella vestía de negro. Le hubiera gustado poder encontrar inmediatamente una excusa entre el oscuro conejar de las estanterías.

Después de haberle dado la noticia, Cis agregó:

—Y aquí están estos tres o cuatro poemas, Waldo. Los he traído porque tú eres el literato. ¿Qué podría hacer yo con ellos?

Todos miraban hacia ellos.

—Ah, sí, Mrs. Baker —dijo Waldo, cuando en realidad estaba acostumbrado a llamarla Cissie—. Si yo fuera usted, los guardaría conmigo... Es decir, por un tiempo... Después se vería.

De modo que Mrs. Baker conservó los tres o cuatro poemas, que eran tan poco parecidos a su hermano que en modo alguno le ayudarían a recordar que había existido. Sin embargo, era válido pensar — su rostro así lo demostraba — que los poemas madurarían si se los guardaba, como el vino, por ejemplo. Cis se fue a la Biblioteca Municipal, con su achatado sombrero negro y varices que comenzaban a insinuarse.

Waldo se preguntaba si alguien de los que habían estado escuchándolos habría esperado que él, con esa voz que solía parecerle chillona, diera un consejo más noble. El mismo se sentía enojado y mortificado, no tanto por la muerte de su amigo y colega Walter Pugh como porque la ira noble lo eludía.

Ese fin de semana hasta llegó a empezar un poema con el que esperaba expresar, hasta cierto punto, esa ira noble. Escribió:

Oh morir donde las amapolas esparcen su sangre
sobre jóvenes que pierden sus rostros en el barro
para que la efigie de la Libertad alce su cabeza...

(Siendo viejo, Waldo Brown encontró estos versos entre sus papeles y sintió un escalofrío, el «genuino *frisson*», como había dado en llamarlo. Era una pena que no lo hubiera terminado. En el mismo atado había otro fragmento de su juventud, garabateado en un trozo de papel que debía haber tomado de la biblioteca:

En mi mente seca, mi espíritu pronto
Ahondando entre desmayo y desmayo
Desfallece, como la encandilada luna de la mañana...

¡Eso era! Sus manos temblaban, la hoja de papel dejaba escapar un fuerte olor a encierro. En aquellos días la luz de Sarsaparilla se había mostrado diferente, incisiva y ansiosa. Ni siquiera Goethe, un hombre desagradable, egoísta, un escritor excesivamente valorado a quien él siempre había detestado, hubiera podido igualar *la encandilada luz de la mañana* de Walter Pugh.)

Hacia el fin de la guerra, cuando el conflicto había durado tanto que la gente había comenzado a aceptar la matanza como una cláusula más de la ley natural, y Waldo Brown se sentía un poco menos responsable por el estado de cosas, volvió a casa una tarde para encontrarse con las luces encendidas de «Mount Pleasant» y el jardín parcialmente iluminado, cuyo césped olía a recién cortado. No había salido aún de su asombro cuando apareció una mujer, o una chica, y se quedó observándola desde la baranda. Luego ella se lanzó corriendo escalones abajo; sus pechos se movían de arriba abajo por el esfuerzo de la velocidad. Todavía no había alcanzado la concreción formal de la mujer adulta: era Dulcie Feinstein.

—¡Diablos! — exclamó Waldo —. Creí que te habrías quedado para siempre del otro lado.

—Por Dios, Waldo, ¿qué te ha hecho pensar eso? —dijo Dulcie, rebozando júbilo—. Volvimos poco después de que comenzara la guerra. Reconozco que fue un poco estremecedor. Vimos un submarino.

Su pelo, que antes fuera rizado, estaba prolijamente reunido en un rodete en la nuca. Era una chica agradable y pulcra. No había ningún misterio en ella; probablemente nunca lo había habido. Lo excluían sus oscuras mangas terminadas en un delgado vivo blanco sobre los codos. Toda ella se definía enfáticamente.

—Pero la casa parecía muerta — dijo Waldo, aunque había querido decir desierta; se hubiera dado de patadas por usar una palabra tan llena de temor.

—Papá no podía soportar volver aquí — explicó Dulcie —. Estaba muy preocupado por todo. Recordarás todas aquellas teorías intelectuales acerca del progreso humano.

Dulcie hubiera querido, y hacía esfuerzos para lograrlo, mantenerse alegre, sonriente y australiana, pero a pesar de sí misma, de su ronca garganta se desprendían gruesas notas de cello, como las que él había escuchado en Mrs. Feinstein. No obstante, Dulcie, una muchacha que aún distaba de llegar a la plenitud de su incipiente histeria, era obvio, todavía no había experimentado la total agonía de la música de violoncelo.

—Papá no es tan severo y materialista, por no decir teórico, como tú podrías pensar — declaró Dulcie a Waldo, con el rostro vuelto hacia un costado para evitar tal vez que él la mirara a los ojos.

Con todo, había un toque de terciopelo en el aire.

También había oscurecido.

Quizás al ver que las circunstancias temporales, cualquiera fuese su color, se les escurrían de las manos, Dulcie comenzó a murmurar nuevamente con voz femenina, recostándose contra la puerta y dejando escapar gotitas de saliva por entre los dientes, en su afán de contarlo todo, absolutamente todo.

—Tienes que venir a tomar el té. Por la tarde. Y así podremos charlar largo y tendido. Tengo una colección de postales que fui reuniendo mientras estábamos en Europa. Todos mis primos me han tratado muy bien.

Waldo sentía que estaba perdiendo el tiempo al escuchar a esa tonta en el portal de su casa.

—Pero que sea en sábado — advirtió Dulcie —. Porque ahora trabajo en la tienda, Waldo. En la oficina. Dicen que soy buena con los números. Al menos tengo eso en común con el pobre Arthur. ¿Cómo está Arthur, Waldo?

Waldo ya estaba caminando cuando masculló su respuesta.

—Dale cariños de mi parte — rogó Dulcie —. Quiero mucho a Arthur.

Lo había destrozado, sin arrojarle siquiera una piedra.

—Se lo diré a papá — prometió ella—. Aunque, ¿para qué?

—¡Hasta pronto! — respondió Waldo.

Era lo que esa tonta hija de papá parecía estar esperando oír.

Así, otra vez, un sábado a la tarde, Waldo y Arthur subían la colina que llevaba a casa de los Feinstein. Qué tosco era él la primera vez: con el rostro lleno de granos, pelusa y barba y rastros de comida, y la banda de la Superior de Barranugli en el sombrero. Se tocó el bigote con la punta de la lengua. Era satisfactorio y fuertemente masculino. Le agradaba pensar que brillaba con un magnetismo personal, como así también con un poco de brillantina. Pero el pobre Arthur seguía casi igual, y tal como se daban las cosas probablemente no cambiara mucho. Los puños de su camisa estaban desprendidos porque una vez había perdido los botones; continuaría siendo un muchacho más robusto y tambaleante, que miraba esto o aquello como si fuera incapaz de escoger algo en qué concentrarse. Como no fueran los números. Los números seguían absorbiéndolo.

Arthur dijo:

—Pensé que sabrías que los Feinstein estaban de vuelta. Creí que te lo había dicho. Debo habértelo dicho.

—Si fue así debes haberlo dicho en un susurro — replicó Waldo.

Ahora subían por O'Halloran Road, en donde las nuevas casas, a pesar de la guerra, ostentaban los mismos signos de vida.

—De todos modos, ¿cómo lo supiste tú?

—Por la postal de Dulcie. Me envió una desde algún lago. Un lago italiano. No recuerdo cuál. He perdido la postal. Estoy seguro de haberte dicho, Waldo, que los Feinstein habían decidido regresar.

—Me gustaría que pudieras recordar el nombre del lago.

Ya que haber olvidado el nombre del lago era tan malo como no haber recibido la postal.

—Es muy difícil. Estoy cansado —respondió Arthur, encerrándose en sí mismo.

Pero cuando llegaron volvió a reanimarse peligrosamente.

—¡Oh, Mrs. Feinstein —empezó a decir—, estoy tan contento de que nos reciba otra vez! En su *salóng*.

Y frunció no sólo la boca, sino toda la parte inferior de su rostro, como insultando a su hermano.

Mrs. Feinstein estaba alborozada.

—¡ Oh, Arthur — exclamó —, no sé cómo podemos privarnos del placer de verte más a menudo!

No podía dejar de acariciarlo como si sólo fuera un niño. Cosa que en realidad era.

Los acontecimientos habían envejecido a Mrs. Feinstein. Más que nunca su piel tenía el color de las partes íntimas al descubierto, a lo que se agregaba un tono grisáceo. Todo su cuerpo se había encogido, excepto la nariz, que colgaba, sugiriendo algo que Waldo hubiera querido poder recordar.

—¿Qué tiene de rico para darnos hoy? — preguntó Arthur.

Pero Mrs. Feinstein permaneció triste y gris. Desvió su mirada y suspiró.

—Estamos mucho más viejos de lo que éramos.

Dulcie trajo el té junto con un plato de galletitas envasadas.

No obstante, Arthur las recibió de muy buen grado.

—Podría comérmelas todas — declaró; y comenzó por las de colores.

Dulcie mostró sus postales.

—Me gustaría saber — dijo Waldo — el nombre del lago italiano.

—¿Cuál? — preguntó Dulcie —. Hay muchos.

Estaba inclinada sobre sus postales, como pretendiendo dar una imagen de niña absorta para quien los nombres de los lagos significan mucho menos que sus colores y sus brillos. Pero, para Waldo, ese nombre que le era negado se había convertido en una fuente de creciente resentimiento, como si Dulcie le hubiera sido intelectualmente infiel.

—Como, Lugarno,
come un banarno...

Arthur había empezado a cantar; le encantaba unirse a los que cantaban por la calle.

Waldo temía que su hermano se pusiera peligroso esa tarde, especialmente cuando Arthur le ofreció a Mrs. Feinstein llevar la bandeja a la cocina. Waldo esperó a oír el ruido.

Todavía no lo había oído cuando Arthur irrumpió en la sala llevando, tal como sus gritos parecían acentuarlo, la *cap pie* que Mr. Feinstein conservaba como símbolo de su emancipación.

—¿Quién soooóooooyy?

¡ A-di-vi-naaaaa!

Más que cantar, Arthur chirriaba.

Waldo no podía hacer otra cosa que no fuera permanecer sentado cogiéndose las rodillas, cuyas rótulas se habían salido de su sitio con la reaparición de Arthur.

Sin esperar a que alguien contestara a su pregunta, Arthur comenzó a cantar la respuesta:

— *Pierrot d'amor*

A las cuatro y media.

¡Ese soy yo!

Las hojas ríen

Y sonríen

Nadie es tan seco

¡ Como yoooo!

Mrs. Feinstein, cuyo comportamiento desde que recibió a los muchachos había sido muy *piano*, y que había permanecido con las manos metidas en un abrigo que llevaba aunque no hacía frío, empezó a reírse a gritos.

—Soy lo último de lo último

—cantaba Arthur —

pero no moraré

En el fondo del pozo

Podría ver mi cara

¡En el trasteeee!

En ese punto se detuvo bruscamente, y su rostro, que se había empastado con la espesa sustancia blanca de la canción, retornó a ese color que era normal en Arthur, que en ese momento colgaba su golilla, junto con la *capple* de Mr. Feinstein, en el respaldo de una silla.

—¡ Qué hermosa canción! ¿Dónde la has aprendido? — preguntó Dulcie cuando terminó de reír.

Su labio superior estaba incrustado con pequeñas perlas de sudor.

—La he inventado — contestó relamidamente Arthur.

Pero no tan relamido como Waldó.

Waldo dijo:

—Creo que es mejor que te sientes. Si no te excitarás demasiado.

Arthur obedeció, y cuando estuvo sentado todos escucharon carraspear a Mrs. Feinstein como para indicar que otra vez estaban como al principio.

Al poco rato, Waldo le preguntó a Dulcie:

—¿ Todavía tocas el piano?

—Sí — respondió culpablemente Dulcie.

—¿ Podrías tocar la sonata *Claro de luna*?

Ahora, pensó, le mostrarían quién era.

—Podría resultar un desastre — dijo Dulcie; sin embargo, dejó su silla y se preparó a tocar.

Todos parecían vivir una situación forzada, excepto Arthur, que después de haber contribuido a la disipación del grupo se había quedado dormido, masticando las últimas migas de bizcochos Arnotts'.

La luna comenzó a salir con bastante dificultad cuando Dulcie empezó a tocar.

Inmediatamente, Waldo supo que había sido un error invitar a Dulcie a hacer una demostración. Por supuesto, él no tenía por qué haber aceptado si no quería. Pero iba a ser un esfuerzo heroico. No en el comienzo, no en el *adagio*. Allí ella pudo crear una cierta atmósfera, y lo hizo, a través de fragmentos casi visibles. Sus brazos ligeramente velludos se apoyaban sobre el aire sólido, primero de un costado, luego del otro. Construía así sus defensas contra el inevitable suicidio en algún lugar de la composición que nunca estaba suficientemente iluminado por la luna. Sus hombros, en cambio, se elevaban por sobre sí mismos. Si bien había comenzado humildemente, la música parecía haberla imbuido de orgullo. La melodía la engañaba haciéndole creer que podría transformarla en el talento que ella nunca había intentado ser, seduciendo los huesos de sus brazos con una promesa de alivio, ofreciéndole un universo de pasión en lugar del punteo desafinado del piano de la casa. Por momentos, Waldo se veía verdaderamente torturado por esa inocencia de los demás a la que estaba periódicamente sometido. Él, al menos, podría haberse reconocido responsable.

No así Mrs. Feinstein. Ella no era responsable de nada. Marcaba el compás haciendo asomar sus dedos por entre su manga de piel, aguardando el final de la pieza.

Waldo frunció el seño. Le hubiera gustado poder recordar a qué se parecía la nariz de Mrs. Feinstein.

Bostezó. La reunión había entrado en un tramo forzado, durante el cual él se descubrió abriendo su caja de los Papeles Privados un domingo —abuso total, sí, pero el domingo era el día de los abusos— y tomando su lapicero para inmortalizar un momento falso, atrapando la esencia del *sostenuto* de Dulcie Feinstein.

En tanto que una sucesión de notas puras y breves brotaba de los dedos de la muchacha invadiendo la sala, repentina e inesperadamente, pero bien, Waldo podía haber hundido los dientes en su nuca, en donde sus rizos se desgranaban, bajo el rodete, con la lógica de las notas escritas en la partitura.

Con menos lógica que tenacidad, Dulcie comenzó a dar forma al *allegretto*. La luna de papel se bamboleaba. Imprudentemente, ella se permitió intentar ciertas ambiguas cabriolas y pasos laterales al tema del *allegretto*, y no llegó a recobrar el equilibrio antes de llegar al precipicio.

A todas luces, Dulcie no estaba preparada, ni jamás lo estaría, para la fatídica noche de Beethoven. Por eso arremetía contra el piano vertical como para quebrarlo, como para derribar el erguido nogal. Sus brazos daban latigazos. Sus dedos se apiñaban sobre el teclado. A juzgar por los músculos del cuello, su garganta debía estar engrosando, anudándose, enrojeciendo y estrangulándose por la poesía que se había metido en ella.

¿Podría escapar sin su ayuda? ¿O la de alguien más? Waldo sólo podía mirarle la espalda y preguntárselo. A esta altura sus pantalones eran una trama de arrugas. Pensó que amaba a Dulcie, cada vez más,— si bien caprichosamente (¿o pensativamente?).

Pero la espalda de ella se mostraba como una pared que debía ser escalada. ¿Tendría él la fuerza suficiente? Su carácter era débil... oh, no, ningún carácter era débil cuando las obsesiones eran suficientemente fuertes. Además, su obsesión estaba adquiriendo el vigor de la melodía de Beethoven. Sin duda, B. era un hombre fuerte, si bien no pasaba de ser un viejo poderosamente desagradable que escribía música en las paredes del lavabo.

En ese momento se dio cuenta de que la nariz de Mrs. Feinstein le hacía acordarse del pene incircunciso de un obispo anglicano que había visto una vez en un lavabo público. La relación era demasiado evidente, demasiado obscena como para contenerse, por lo que se vio obligado a sacar el pañuelo para poder reírse.

«Como para que vea papá — pensó —. Y los judíos.» Y lamentó lo de su padre, con sus ojos amadrigados que nunca llegaban a nada y el cosquilleo en la piel que provocaba su bigote unos años atrás.

Justo entonces, Dulcie se interrumpió, diciendo:

—No puedo continuar.

E inmediatamente después se volvió, toda desgreñada como si hubiera estado caminando en medio de una tormenta. Agresivas ramas de árbol, aún mojadas, la habían castigado en el rostro sin sacarla de su estado de trance; por el contrario, sumergiéndola aún más en él, haciéndola boquear y tragarse la ráfaga de cielo negro que, de otro modo, la hubiera hecho estremecerse. Al ver el modo en que ella, con su cuerpo intrascendente, miraba hacia ellos con una expresión de candor tan puro, Waldo pensó que era él quien había sido derrotado. Nunca podría perdonar a Dulcie los obstáculos que ponía en el camino de su amor a ella.

—Tengo el ojo más grande que la panza —admitió ella con la misma y tremenda humildad.

—Temo que haya sido culpa mía — respondió cortésmente Waldo.

Podía haberle resultado más difícil si Dulcie no hubiera sido tan fría y comprensiva, con sus manos caídas sobre la falda, sentada aún en la banqueta tapizada de fieltro. Por causa de esta comprensión innata, que era otra de las sorpresas que la tonta, frívola y misteriosa de Dulcie le había deparado repentinamente, Waldo hubiera querido afrontarla con algo realmente bueno, de la verdad, la claridad y la simplicidad de, digamos, *Der Jüngling an der Quelle*, hubiera querido avergonzarla más, aún más, por su pretenciosa interpretación de Beethoven. Pero temía que Schubert no lo ayudara en ello. Tendría que confiar en una o dos baladas que acompañaran su discreta voz.

Pues sentía que Mrs. Feinstein estaba a punto de invitarlo a ocupar su turno en la exhibición.

—¿Tú no tienes ninguna habilidad, Waldo? —preguntó la mujer, con lo que a él se le antojó una voz escéptica.

De modo que había llegado el momento. Cantaría un par de canciones.

—Aunque, os lo advierto, me acompaño muy mal al piano, con poco más que un solo dedo.

—Oh —dijo Dulcie—, tal vez yo pueda ayudarte.

Y así lo hizo después de oír los títulos. Waldo les cantó *Al anochecer*, *Volverá la marea* y *Voces que cantan, pies que marchan*. Lamentó de inmediato haber negado su habilidad para el piano, porque al mirar hacia abajo y ver el cuello de Dulcie y sus diestras manos, comprendió que, más que poner poco sentimiento en sus palabras, les imprimía un sentimiento opuesto. Porque, ¿de qué otro modo podía haber aprendido Dulcie esos acompañamientos como no fuera en una fiesta para los Muchachos? Tecleando peer que ahora, sin lugar a dudas, con una vulgar blusa de escote bajo, mientras los hombres con cara de tocino, oliendo a caqui y a monedas, se apretujaban amontonados contra el piano. Una persona que engordara a tan temprana edad como Dulcie, tanto los brazos como la figura, sólo podría haber actuado abiertamente. El auténtico broche de la AIF que debía haber usado, apenas, habría podido mantener juntos sus pechos.

Después de este descubrimiento confesó que su garganta estaba seca.

—Te cansarás, esforzándote así — suspiró Mrs. Feinstein.

Y Dulcie dijo:

—Nunca noté que tuvieras una voz de tenor tan encantadora.

Como consecuencia de lo cual su aterciopelada voz casi volvió a surgir de su dolorida garganta.

Pero la tarde, al igual que Arthur, estaba a punto de salirse de la conversación, su cabeza se movió sin despertarse, y por un momento Waldo vio con repulsión el blanco de los ojos de Arthur, que miraba hacia arriba.

Si no hubiera estado haciendo otros descubrimientos lo hubiera despertado. En cambio, observó que Dulcie llevaba no el broche de la AIF, sino la Estrella de David en una cadena de oro.

—¿Eres creyente? —preguntó Waldo, tan fríamente como la cuestión lo exigía.

Ella adoptó una expresión igualmente fría. Podría haberla fastidiado aún más si Mrs. Feinstein no hubiera estado merodeando por allí.

—Lo lamento — dijo Dulcie — pero tampoco hoy tendrás oportunidad de conocer a Leonard Saporta. La vez anterior tenía que venir, pero estaba con *grippe* o algo así, creo. Esta vez ha estado demasiado impulsivo. Cerró una puerta de un portazo y se cortó la mano con el pomo de vidrio.

—¿Es pariente tuyo? —preguntó Waldo.

—No —respondió Mrs. Feinstein.

La sola mención de sus familiares hizo que comenzara a suspirar nuevamente, y Waldo apenas se atrevió, aunque finalmente lo hizo, a interesarse por la Signora Terni de Milán.

—Está vieja, vieja — protestó Mrs. Feinstein —. Muy envejecida.

Entonces Waldo juntó más coraje.

—¿Y Madame Hochapfel?

Mrs. Feinstein estaba desolada. Imitó a Arthur mostrando el blanco de sus ojos.

—Antes de que llegáramos a Europa —replicó con voz de ultratumba.

—Tía Gaby había vivido mucho, Mamá — sugirió Dulcie.

Su idea era detener la música de cello, pero sonó más bien como si hubiera convertido el lamento de su madre en un dúo.

Luego, Mrs. Feinstein comenzó a hablar.

—No sé lo que hubiera dicho Papá ante tanta emotividad judía. Yo agradecía que no estuviera con nosotras, ni en París ni en Milán. Pobrecitas, son tan amables —Mrs. Feinstein sonrió por las enfermas, aunque podría haber sido porque gozara con la enfermedad—. Por supuesto que hicimos todo lo que se nos podía pedir mientras estuvimos allí. No tuvimos corazón para decirles que ya habíamos superado todas esas ideas medievales para ponernos a tono con el espíritu del progreso. Temo que Papá, que es más violento en sus expresiones, las hubiera ofendido.

Después de esto desapareció, arrastrando el abrigo de calle que tenía puesto. Estaba totalmente fuera de lugar. Además estaba tan deformado, que podía haber sido heredado.

Waldo hubiera despertado a Arthur, pero vio que Dulcie había abierto las puertas de vidrio, como para distraerse, y había puesto su pañuelo sobre su labio superior, mientras respiraba el aire un tanto fétido del jardín.

—¿Te sientes mal? —preguntó Waldo.

—Oh, no —respondió Dulcie—, estoy muy bien. ¿No has visto que estoy muy saludable?

De repente se dio cuenta de que le gustaría decirle: «Querida^ queridísima Dulcie», tomando sus manos entre las suyas con una suavidad inusual en ellas.

Pero quedó callado y tieso, frente al paisaje de hortensias y de hojas amarillas y manchadas por falta de cuidados.

Vio que Dulcie había comenzado a llorar. Muy discretamente. Lo que hacía peores las cosas.

—¿Qué te pasa? — preguntó, en un tono que iba de acuerdo con las circunstancias. Cada vez peor.

—Hay tantas cosas que yo no, que nunca podré comprender —^respondió Dulcie súbitamente, con voz relativamente alta y conmovedora.

Al mismo tiempo extendió los brazos, no hacia él, sino en uno de los desagradables gestos con que había luchado con Beethoven, en un nuevo intento por abrazar una recalcitrante inmensidad.

Afortunadamente, Arthur despertó. Era hora de irse.

—Ahora podrás llorar a gusto —aconsejó Arthur con un bostezo.

—Ya he llorado todo lo que quería, a gusto y a disgusto — declaró Dulcie.

Lo dijo de un modo demasiado práctico.

—Arthur, dale mis recuerdos a tu madre — agregó —. Espero que nos conozcamos alguna vez.

Arthur demoraba sus pasos en el jardín. En ese momento podría haberse sentido deprimido.

Luego, volviéndose gritó:

Podría ser que no os cayerais bien.

—Oh, Mamá — murmuró.

Como Dulcie no encontró respuesta, entró, cerrando la puerta. Waldo vio su cuerpo apretado, muy suavemente, fugazmente, contra los paneles de vidrio. Recordó un helecho que había visto prensado bajo un vidrio, con las nervaduras claramente visibles.

Después, él y Arthur se fueron. Arthur lo había tomado de la mano.

Cualquier cosa tan invaluable —y en cierta forma no deseaba evaluar su relación con los Feinstein — estaba expuesta a incidentes más positivos. Los Poulter, por ejemplo. Los Poulter llegaron a Terminus Road hacia 1920, quizás; de todos modos el papá ya se había jubilado, aunque todavía no había muerto. Waldo recordaba con dificultad la primera vez en que había posado sus ojos sobre los Poulter. De repente había aparecido una pila de ladrillos, tablones de madera, pero antes que eso, sí, podía recordar, aquel día en que el hombre y la mujer pisotearon una y otra vez las hierbas, como vacas sueltas en un campo de pastoreo fresco. Entonces el hombre pareció medir con sus pasos. La mamá entró en la casa diciendo que estaba insolada, pero Waldo se quedó a mirar, a pesar de las opacas explosiones que provenían de algún lugar de su garganta o su corazón. El hombre era delgado. La mujer, más notoriamente saludable, tenía pantorrillas estúpidas. Waldo pensó que le hubiera gustado darles un bofetón si la hubiera estado siguiendo cuando subía las escaleras. Paf, paf. Hacerla saltar del gusto. Después de un rato los desconocidos se fueron en un coche tirado por un caballo sudado, bajando los ojos para eludir las miradas de quienes tenían la ventaja de estar instalados allí desde hacía tiempo.

—Alquilaron el caballo y el coche por un día —informó Arthur a la familia, mientras tomaban el té con pan de salmón.

Ya nadie le preguntaba a Arthur cómo se había enterado. (En realidad, había cruzado la calle para mirar desde más cerca, y para poder preguntar.)

—Vienen del campo —continuó—. Mr. Poulter era cazador, y Mrs. Poulter trabajaba en la granja.

—¿Pero por qué han venido aquí? —preguntó la mamá.

—Para ser más independientes —explicó inmediatamente Arthur.

Waldo se rió. Había comenzado a sentirse satisfecho superior.

—¿Pero por qué a Terminus Road? ¿Por qué justo enfrente nuestro? —continuó la mamá. No podía dejarlo así.

—¿Qué tenemos que ocultar, Annie? —interrogó el papá.

Solamente la mamá y Waldo sabían.

Pero los Poulter vinieron.

Bill Poulter, que seguía siendo huesudo y torpemente articulado, comenzó a construir la casa. Había alguien, un muchacho de Sarsaparilla, que lo ayudaba. Armaron la casilla j muy rápidamente, tan rápidamente que sus chalecos de franela gris se oscurecieron desde los hombros hasta las costillas. Finalmente la estructura pareció más una casa flotante oblonga que una casa cuadrada.

Todo ese tiempo Mrs. Poulter había vivido en un cobertizo de lata. Cocinaba en un fuego al aire libre, y el olor a madera quemada flotaba y cruzaba la calle, junto con los aromas de su cacerola, o más exactamente, un bote cortado por la mitad.

Mrs. Poulter comenzó a cruzar la calle. Pedía que le prestaran una taza de azúcar, una taza de arroz. En ese tiempo era la mujer joven, decente y de tez rubicunda que llegaron a conocer, que usaba un elegante sombrero rojo para ir hasta Allwright o hasta el correo. A veces, Waldo le llevaba los pedidos; a veces, cuando la hora de cerrar estaba muy cerca, volvían juntos y Arthur cargaba los sacos de papel y los paquetes envueltos en periódicos. Ella parecía prestarle atención, o por lo menos no le importaba hacerlo, como otras mujeres.

Desde el principio, Mrs. Poulter les dio la impresión de querer realizar algún acto de caridad.

—Si alguna vez se enferma, Mrs. Brown, sólo tiene que llamarme, yo cruzaré y haré todo lo que pueda. Quedarme con usted por la noche, o cosas así. Si fuera alguno de los hombres, lo haría Bill. Creo que Bill lo haría —agregó cautelosamente.

Waldo sabía cuánto molestaba a su madre esa clase de cosas.

Mrs. Poulter le contó a la mamá que la Guerra había puesto nervioso a Bill, no porque le hubieran tirado gases o porque lo hubieran herido —ni siquiera había ido a pelear—, sino por haber estado en el regimiento. Después no pudo restablecerse. Era una de las tantas razones por las que habían ido a Sarsaparilla. Ella esperaba poder tener algunas gallinas y cultivar *ñores*; le encantaban las *ñores*. Bill se iba a emplear en el Ayuntamiento. Sólo temporalmente. Porque trabajar para el Ayuntamiento no era un buen empleo para un hombre. Bill podía carrear animales, ordeñar, cortar árboles; una vez había entrado en una competición de tala de árboles, aunque no había ganado. Habían venido de un lugar terriblemente árido. Mungindribble. La familia de ella era de Numburra. Su tía había empezado con indigestión, pensaron, pero resultó que tenía cáncer. Le habían dicho que las hojas de violeta podían curar el cáncer. Si pudiera estar segura de ello, tal vez plantaría violetas, y enviaría las hojas por correo en un paquete húmedo.

Entonces, la mamá decidió no animar más a Mrs. Poulter. Aunque no podía decirse que no fuera amable con ella, por no decir bondadosa. Le había regalado un trozo de entredós.

A veces, cuando su esposa cruzaba la calle para pedir prestado, devolver o contar algo, Bill Poulter se arrimaba al borde del césped de su casa y se quedaba allí, mirando, con los ojos entrecerrados por el sol. Sus brazos, generalmente descubiertos hasta las axilas, porque quería que ella le cortara las mangas de las camisas, más que musculares, eran fibrosos, de venas prominentes. Nunca tenía mucho que decir, ni siquiera a su esposa.

Aunque el material no era prometedor, Waldo comenzó a preguntarse si no podía hacerse amigo de Bill Poulter. Pensaba jovialmente en esa posibilidad, decidiendo cómo encararla. Nunca había tenido un verdadero amigo del mismo sexo, a menos que contara a Walter Pugh, por el que, en realidad, nunca se había interesado del todo a causa de sus ridículas ambiciones literarias. Pero Bill Poulter... era terreno virgen, por decirlo así. Podía convertir a Bill Poulter en lo que él quisiera transformando su cruda hombría en lo mejor.

Si cuando Waldo pasaba, Bill Poulter estaba cavando o cortando madera dentro de una distancia razonable, Waldo inclinaba rápidamente la cabeza hacia él, como había visto hacer a otros hombres, y a veces su vecino también inclinaba la suya, nada más, en respuesta. En otras ocasiones Bill parecía no verlo pasar. Waldo solía caminar muy afectada y virginalmente, preguntándose si Bill lo reconocería. Comenzó a importarle mucho que lo hiciera.

Luego se dio cuenta de que debía tomar el toro por las astas, si es que intentaba influenciar la mente y el futuro de su vecino. Podría, como primera medida, prestarle un libro, algo muy simple y primitivo, Fenimore Cooper, por ejemplo; todavía tenía un ejemplar de *El cazador de ciervos* en una edición Everyman. Se decidió un viernes por la noche, cuando volvía de la Biblioteca. El domingo por la mañana cruzó a er a de Bill Poulter, que estaba cortando una pila de madera para la estufa. (Mrs. Poulter se había ido a la iglesia o a la capilla, o a la marca de veneno que usara.)

Waldo comenzó por un saludo de cabeza. Luego se sentó en cuclillas, para observar en silencio como había aprendido al ver a otros hombres, o comentar inteligentemente sobre el tiempo.

Bill Poulter estaba trabajando con el hacha. Casi siempre tenía una colilla apagada colgando de su labio inferior. Aunque a veces hacía una pausa para liar un nuevo cigarrillo.

—De modo que piensas que va a llover, ¿no? —respondió Bill con voz monocorde mientras preparaba su próximo cigarrillo—. Podría ser. Las nubes vienen en la dirección correcta.

No podría decirse que la situación fuera desesperada. El clima era muy positivo. El olor de la fuerza masculina en el aire incitó a Waldo a ir al grano.

—¿Lees libros alguna vez? —preguntó con cautela.

—No — Bill balanceó el hacha y cortó el nudoso trozo de madera mientras hablaba —. Nunca tuve tiempo.

—Puedo prestarte algunos libros decentes — insinuó Waldo.

Algo lo hizo sentirse infantil.

—Si lees el periódico — agregó halagándolo —, y sé que compras el *Herald*, podrías hacerte tiempo para leer un libro.

—No —dijo Bill—. Mi esposa lee los periódicos. ¿Pero para qué? No conocemos a nadie en Sidney.

Las muñecas de Waldo colgaban entre sus encogidos muslos mientras observaba cómo trabajaba Bill Poulter.

—Entonces no hay nada que pueda hacer por ti —declaró finalmente.

Bill no lo negó. Estaba tirando los leños dentro de una carretilla, trozo tras trozo, al tiempo que los cortaba, y cuanto más llena estaba la carretilla, más fuerte era el golpe de las maderas.

Bill dijo entre sus desagradables dientes:

—No tengo tiempo suficiente para pensar, y menos para ponerme literario.

Waldo se negó a sentirse humillado. Permaneció sentado durante un tiempo, esbozando una sonrisa frívola a los fragmentéis de madera, a los nudos que aparentemente cortaba la luz.

Poco después Bill Poulter consiguió empleo en el Ayuntamiento, y Waldo vio cada vez menos a su vecino, porque sus desplazamientos no coincidían. A veces, cuando veía a Bill y a sus fibrosos brazos con venas tan notorias que llegaban a parecer molestas, no inclinaba la cabeza

hacia él. Bill ni siquiera lo miraba, forzándolo a recordar el día en que le había ofrecido los libros. Ahora era nauseabundante físico. Era como si lo hubiera despreciado por hacer lo que en los periódicos denominan proposición indecente.

Pero Waldo no odiaba a Bill, no exactamente, al menos todavía. Solamente podía menospreciar a las mentes ignorantes, a las mentes sospechosas. O a las simples, a las demasiado abiertas. Esa Mrs. Poulter, por ejemplo, con sus budines y sus gallinas atacadas por la diarrea blanca. No porque hablara con ella. Ni siquiera la veía. Pero sabía que ella estaba allí.

Arthur solía mantenerlo informado:

—Mrs. Poulter me dio a probar un budín de limón y sagú. Cuando le llevé el pedido. Dice que tiene una gallina que reventará por poner huevos tan grandes. Mrs. Poulter dice que en Numburra tenía una cabra que comió una taza llena de levadura. La cabra reventó.

—¿Por qué —preguntó Waldo— tienes que escuchar a esa vaca estúpida y charlatana?

—No sólo escucho. Nos enseñamos cosas.

—¡ Estoy harta de oír ese nombre! — dijo finalmente la mamá.

Después de eso Arthur continuó más moderadamente, pero continuó:

—Cuando llegué, el sábado por la tarde, se estaba lavando el pelo. En una lata de petróleo. Prepara una loción con hojas de laurel. Me mostró las hojas. Nunca vi un cabello tan hermoso. Pero no es lo que era. Antes le llegaba más abajo de la cintura.

—Tú tienes un trabajo, hijo —indicó el papá con dificultad; por ese entonces ya había comenzado a carraspear—, ¿por qué no te concentras en él?

Arthur dejó de hablar.

Mrs. Poulter continuó siendo la misma mujer joven, de carne firme, de tez rubicunda, de cabellos que brillaban con ciertas luces. No había nada de que poder acusarla. Nada, con excepción, tal vez, del hecho de que viviera en esa construcción con forma de barca, inmediatamente enfrente, con el cobertizo para las gallinas y el alambre tejido detrás.

Arthur comenzó a hablar muy cuidadosamente, muy suavemente.

—Me llevó a la colina — dijo apenas en un susurro —. Vimos a una mujer china de pie bajo un árbol-rueda. Deberíais ver un árbol-rueda en flor. Nunca hubiera podido ver uno si ella no me hubiera llevado.

Waldo tembló.

Solía sentirse aliviado cuando salía de la Biblioteca mientras la luz verdeamarillenta reflejada en las hierbas todavía era demasiado débil como para paralizarlo. Estaba contento de trabajar en el catálogo. Por lo menos el papá se había jubilado, y los autobuses habían reemplazado el tren que corría, entre Sarsaparilla y Barranugli, de modo que él podía entregarse a la comodidad del autobús y reflexionar amargamente sobre la relación con su padre. Y con su madre. La que hubiera podido concebirlo en circunstancias más apropiadas debía soportar su parte de culpa.

Más de una vez, cuando ella ya era vieja y estaba preparándose para morir, Waldo tentó a su madre preguntándole:

—¿Por qué te casaste con papá?

Como sus dientes le producían dificultad para hablar, no siempre respondía al momento.

—Porque, supongo — replicó una vez, superando sus dientes viejos y complicados—, ambos éramos miembros de la Sociedad Fabiana. Y tu padre era un buen hombre. Oh sí, yo lo quería. Lo amaba. Como se debe amar.

Estaba decidida a no caer en la trampa.

Pero el papá. En esa oscura calle. Con la iglesia bautista en uno de los extremos.

A veces, después de jubilarse, y en la forma espasmódica que propiciaba el asma, el papá solía recordar su escape a través del Iluminismo Intelectual y el viaje a Australia, de lo que había amenazado con transformarse en una permanencia en negro y marrón, pero al contarlo se volvía más oscuro en vez de más iluminado y su respiración espesa se obstruía por la sospecha recurrente de que todavía pudiera estar esclavizado. Waldo no estaba seguro, pero pensaba que su padre se había puesto en contra suya porque él, de toda la banda, era el único que había logrado escapar.

El papá solía mirarlo y decirle:

—De todos modos, Waldo, tú has tenido la oportunidad... que te di al principio.

(Como si en realidad se la hubiera dado; pero eso era lo que al pobre diablo le gustaba pensar.)

—Nada debe detenerte. Aunque, lo admito, tu hermano será un estorbo en tu camino.

Detrás de las palabras del papá podía verse que todavía tenía esperanzas de que Waldo fuera capturado nuevamente, de que permaneciera esclavizado como el resto de la familia. Waldo tenía que esconderse para reír. ¡Como si él/ fuera el corto de entendederas! No seguiría encadenado a Arthur, ni a ninguna otra persona. Sólo estaba aguardando el momento oportuno, pero crearía la obra de arte que debía crear, tal vez basándose en ese emplasto de culpa inconformista de la que el papá nunca había llegado a liberarse y que tan desesperadamente deseaba descargar en alguien. La ironía de todo esto era que su padre le inspiraría algo memorable, algo perfecto. Pero antes él debía cultivar el aislamiento.

Mientras tanto, lo divertía ver a sus colegas de la Biblioteca inconscientes de lo que él estaba tramando. Inextinguibles mediocridades, su única experiencia del genio estaba en el papel.

No fueron precisamente aquellos los momentos más sutiles y satisfactorios de ese período de su vida, en el que, volviendo a Sarsaparilla, tanto con la exhausta luz del verano como con esa oscuridad invernal que quita la respiración, su mente estaba tan lúcida, tan agudizada, tan independiente, que podría haber comenzado — si hubiera tenido un lápiz y un cuaderno, que nunca tenía—, allí y en ese instante, en la parada del autobús a Barranugli, a garabatear algo realmente importante.

En esa tarde recibió el impacto de las voces de dos hombres.

Los conocía de vista: uno de ellos era empleado del Ayuntamiento, un tío llamado Holmes, de mala reputación, habitualmente más que bebido; el otro, nada más que un impostor para ese compañero momentáneo.

Holmes decía al tiempo que reía sin alegría:

—¡ Insecto simplón! No vayas a decirme que Bill Poulter no es un simplón. Porque yo lo conozco. ¿Sabes por qué se enfermó la semana pasada?

—No. ¿Por qué? —preguntó su compañero porque eso era lo que se esperaba de él.

—Por su mujer. Es su mujer la que lo lleva de la nariz.

—¡Continúa! —rogó el otro, más pequeño y con barbas, animándose—. Una mujer muy guapa, si es quien pienso.

—No sé quien crees que es — prosiguió Holmes —, pero a mí me alcanzaría con sólo una tajada de la mujer de Bill Poulter. No es que ella me haya venido a buscar. Parece tener unas ideas muy divertidas.

Su compañero parecía sólo parcialmente interesado. Holmes, balanceándose sobre los tacones, había bajado su mentón para resistir la intensidad de una experiencia.

—La vi entre los arbustos con ese loquito de Arthur Brown.

—¡Sigue! —dijo el otro, conmovido por la sorpresa. —Hasta por la calle. La vi cogiéndolo de la mano. El bajito había vuelto rápidamente la cabeza, como para visualizar mejor la situación, o para observarla como si estuviera ocurriendo en ese momento frente a la cara de Holmes.

—Pero mira —informó Holmes—, por lo que todos dicen, ese Arthur Brown no creo que pudiera matar ni una mosca.

El bajito casi se hizo pis.

—No puedes estar tan seguro — corrigió — de que el secreto se haya descubierto. A veces pueden equivocarse, ¿no?

—Puede que tengas razón — respondió Holmes —. Pero una mujer como esa, casada con un simplón hijo de puta, no esperaría a que la pongan a prueba.

Entonces se volvió, y calló, no porque se diera cuenta, porque reconociera a Waldo Brown, sino porque había terminado con la historia, excepto en sus pensamientos.

Todo el camino a Sarsaparilla Waldo sintió deseos de devolver. Y a la hora del té. Apartó el cuchillo y el tenedor. Las cebollas encurtidas nunca habían tenido un olor tan metálico.

Más tarde decidió hablar con Arthur, aunque no podía encontrar la forma en que se lo diría.

Arthur estaba en la cocina mezclando la masa para la hornada de pan. Sus hombros se inclinaban sobre el bol. Sus cabellos caían hacia adelante. Los trozos de masa que colgaban de sus manos daban a estas un aspecto horrible; parecían membranosas, o leprosas.

Waldo lo largó todo de repente, no en un vómito, sino en palabras.

—Quiero hablar contigo — murmuró —. Esa mujer, ese asunto de Mrs Poulter..., sí, tú sabías en lo que te metías, pero estamos nosotros, también estamos nosotros, debes tenernos en cuenta, si lo hubieras pensado no hubieras andado entre los arbustos, o en la calle, en la calle, ¡de la mano con Mrs. Poulter!

Arthur nunca había parecido tan vacuo. Su rostro estaba tan claro como el agua de manantial.

—Es ella quien me toma de la mano —explicó— si yo tengo dificultad. Si no puedo caminar a su lado, por ejemplo. Si me canso.

El pan, que era su vocación, se había puesto difícil. La masa, larga y viscosa, se anudaba en los extremos de sus dedos.

—Además — agregó —, Mrs. Poulter es mi amiga.

Waldo rió a través de la transpiración que brotaba de su cara.

—Ah, sí — dijo mientras leía —. ¡Eso es lo que dicen! Ese es el problema. No importa que sea verdad, importa lo que se ve. ¿No te das cuenta? Aunque seas demasiado torpe como para que te hiera lo que los demás piensan y dicen.

De repente, el pan se había simplificado. Arthur había liberado sus dedos.

—Mrs. Poulter — dijo Arthur — dice que no debemos salir juntos otra vez. Su marido se ha ofendido.

¡ Si pudiera creer que la gente fuera tan simple! Pero no lograba creerlo completamente, aunque lo deseaba. La dignidad es demasiado dura de ganar, y demasiado fácil de perder.

—Bueno; si así lo habéis decidido entre vosotros —suspiró Waldo—, te felicito, Arthur.

Esto lo hizo sentirse como el hermano mayor de Arthur y en realidad ya lo era.

El rostro de niño grande de Arthur se consoló con este simple arreglo. Simplemente continuó llenando los botes untados con manteca con la masa que había preparado.

Poco tiempo después, Waldo escuchó en el autobús que había muerto Mrs. Feinstein. Recibió una fuerte impresión, no porque se hubiera sentido particularmente vinculado a ella, sino porque lo inesperado de su muerte le había encontrado abominablemente desprevenido. (Se hubiera sentido igualmente desconcertado si Mrs. Feinstein, o cualquier otra persona, incluso Arthur, hubiera abierto la puerta de su dormitorio sin avisar y sorprendiéndolo desnudo, examinando un secreto.) Al principio sintió que no quería escuchar nada más del rumor que el autobús le había proporcionado. Luego se decidió a escuchar, y tal vez sacar algún provecho de ello.

Para ser exacto, Mrs. Feinstein había muerto hacía varias semanas, según decía el informante, y el viejo Feinstein y la hija estaban ordenando sus cosas antes de vender la casa, era comprensible, qué podría querer un viudo con una casa en la ciudad y otra en Sarsaparilla.

El autobús continuó la marcha.

Waldo se sintió aliviado de que Arthur no se hubiera enterado de la muerte de Mrs. Feinstein. No podía saberlo. Si no, lo hubiera anunciado inmediatamente.

De modo que Waldo no dijo nada. Pudo haberlo escrito, supuso, pero cuando empezó a considerar el asunto, descubrió que apenas había conocido a esa mujer. Aún así compuso varias cartas, ninguna de las cuales resultó apropiada; una porque era demasiado literaria, otra demasiado realista, casi bordeando en lo banal; la tercera, dirigida al padre, sugería por su tono que había sido escrita pensando en la hija.

Así, un fin de semana, Waldo decidió volver a O'Halloran Road. Era domingo, lo que hacía que su decisión fuera más discreta, y en cierto modo formal. Mientras caminaba, llegó a parecerle trascendental. ¿Podría ser que éste fuera uno de los momentos cruciales de su vida? Su boca se secó ante la idea. Si quería ser honesto consigo mismo, había pensado vagamente — sólo vagamente y una o dos veces— que finalmente decidiría casarse con Dulcie Feinstein. Ahora, la muerte de su madre ayudaba a que la decisión cristalizara, introduciendo una cierta compulsión emocional. Era obvio que ambos habían estado esperando una oportunidad para bajar sus defensas y aceptar un acuerdo del que sólo resultaría lo mejor para los dos.

Mientras caminaba por la calle decapitando pensativamente las hierbas, Waldo examinó los aspectos en que se beneficiaría casándose con Dulcie. En lo financiero, al principio tendrían que ajustarse los cinturones, porque se negaría a tocar lo que Dulcie aportara al matrimonio hasta haber probado que era un buen marido. Nadie tendría motivos para decir que el suyo no era un casamiento idealista. El anillo: decidirían comprar algo medianamente caro, por supuesto, aunque no sugeriría un ópalo, debido a que algunas mujeres eran lo suficientemente tontas como para pensar que el ópalo traía mala suerte. Después, la casa. Indudablemente se beneficiaría si tuviera una casa propia. Una cama propia. Y las comidas que Dulcie prepararía, exquisitas, platos de sabor extranjero, más digestivas, más imaginativas y preparadas espontáneamente. Porque para la mamá la comida era algo inevitable y siempre la había ofrecido con un suspiro. Pero sería su trabajo, su verdadero trabajo, el más beneficiado. La atmósfera sería propicia para desarrollar un estilo. La novela tendría por tema las relaciones psicológicas de una familia basada en su propia experiencia, verdadera, e iluminada por lo que le infundiría su imaginación. Una de las primeras cosas que haría sería comprar un fichero para instalar en su estudio.

Todo era muy excitante. Se preguntaba si Dulcie demostraría sorpresa. Muy posiblemente. Dudaba que cualquier mujer, ante una situación tan particular, saliera de ella con total honestidad.

Cuando llegó a la casa Waldo se sorprendió de encontrarla igual. Había temido que el aire fuera opresivo. Se sintió aliviado de que no fuera así, aunque no pudo preocuparse un poco por los Feinsteins. *Parecían* haber querido mucho a la vieja mujer.

Subió y entró al salón en el que había crecido su relación con la familia. Ahora había olor a polvo, a muebles desordenados, a nuevos cajones de embalaje. Waldo casi debió proteger sus ojos. Oyó que su respiración se volvía ronca al descubrir a su hermano Arthur sentado en el sofá

junto a Dulcie. Estaban sentados en las sillas se tocaban la vista de Dulcie porque su falda estaba más arriba que de costumbre, dejando ver los gruesos tobillos que llenaban las medias negras. Porque al menos *vestía* de luto.

Dulcie y Arthur se volvieron al ser descubiertos en esa situación íntima, por no decir secreta.

Dulcie no pudo evitar reírse, lo que hizo que se viera si no exactamente linda, al menos saludable.

—¡El pobre Waldo ha visto un fantasma!

Arthur también se rió un poco.

—Se ha asombrado de verme a mí.

Realmente estaba asombrado. Además, Arthur se había puesto la chaqueta, cosa que casi nunca hacía, y su cabello había tomado el oscuro color del almendro a causa del agua que había soportado.

—De todos modos ya me iba —agregó Arthur—, porque ya he hecho lo que tenía que hacer. Todavía tengo que repartir más pedidos, y a ti te gustará quedarte solo con Dulcie.

Luego, dirigiéndose a Dulcie, continuó:

—Waldo es prácticamente el hombre más celoso que puedas conocer.

Waldo no pudo articular más que un murmullo:

—Yo, yo, yo...

Al mismo tiempo se dejó caer en una de las sillas obscenamente físicas del salón de los Feinsteins.

Pero Arthur y Dulcie habían comenzado a ignorarlo.

—Arthur, querido —decía Dulcie—, gracias otra vez. Me siento muy emocionada.

Ella miraba la palma de su mano. Parecía que apenas podía expresarse cuando se sentó en el sofá, con su vestido negro, con el rostro vuelto hacia Arthur. Aunque había muerto su madre, el rostro de Dulcie no demostraba dolor. Por el contrario, su expresión intentaba ofrecer alegría a los demás. Sus ojos brillaban, no como los de un spaniel suplicante, sino como los de una mujer, temía Waldo, experimentada y segura.

—Puedes contarle si quieres —observó Arthur—. Si no la gente podría sentirse herida.

—Tendré que pensarlo —respondió Dulcie.

Estaba ofreciéndole la cara como para recibir un beso. Waldo se esforzó por concentrarse en la desagradable sombra del oscuro bigote de Dulcie.

—Por el momento —declaró Dulcie— me gustaría que quedara entre nosotros.

—Haz como quieras —decidió Arthur.

Trataba de imitar a un hombre dando permiso, pero tuvo que terminar la frase con un brusco movimiento de su cuello grueso e infantil. Luego se fue.

Waldo estaba turbado no sólo por la situación sino también por el desorden de la sala, la confusión de periódicos viejos y los cajones de embalaje que Dulcie, aparentemente, había estado llenando prolijamente con ornamentos y libros.

—Lamento haberos interrumpido —se sintió obligado a decir Waldo.

Estaba contento de no haber preparado un parlamento acorde con su intención, porque seguramente lo hubiera olvidado.

—No es nada —se disculpó Dulcie—, no tiene importancia.

No pareció muy convincente, pero se puso de pie y vació su mano en una pequeña caja de carey que tomó de uno de los cajones a medio llenar, y que Waldo había visto en el lavabo en los días de falsa estabilidad.

—Lo que yo vine a decirte tampoco tiene mayor importancia.

Tal vez estuviera yendo demasiado lejos.

—Quiero decir que no tiene una importancia inmediata, porque Mrs. Feinstein, y nada de lo que yo pudiera decir ayudaría —explicó Waldo—, no te sería útil, ni a ti, ni a tu padre. Ni a Mrs. Feinstein.

Estaba satisfecho con esto, con su humildad.

Dulcie había comenzado a morderse el labio. Después de todo era una hija amante. ¿O sólo era una hija respetuosa? Waldo pensó que preferiría una esposa respetuosa a una esposa amante. No porque él fuera frío exactamente, sino que dedicaría gran parte de su tiempo a escribir.

—El último tiempo mamá fue infeliz —decía Dulcie—. Sus tías significaban mucho para ella. Se apenó mucho cuando se las llevaron. Pero había un problema de conciencia. No puedo explicarlo muy bien. La conciencia propia es asunto exclusivo de cada uno.

La palabra «asunto» no parecía estar bien escogida. Si no, se hubiera sentido impresionado por el enfoque racional de Dulcie.

—¡Estoy totalmente de acuerdo! —acotó Waldo rápidamente—. Nadie debería meterse con la conciencia de los demás.

La miró para ver qué línea de conducta debería adoptar. Pero aparentemente quería hablar sobre ella misma.

—Han sido todos tan amables —manifestó—. Desde que ocurrió —ha sido demasiado terrible como para contarle— no he llegado a sentirme infeliz. Nunca creí que la muerte de alguien a quien quisiera tanto pudiera hacerme feliz. Pero es así, Waldo. Parece que la vida se ha hecho más accesible. Arthur, por ejemplo. Tenía razón, ahora lo comprendo, al sugerir que contara a los demás lo que ha hecho por mí, lo que me ha dado.

Hizo una pausa.

—Me ha traído... —Se detuvo nuevamente y luego continuó—:...una de sus bolitas de vidrio.

Waldo estaba sorprendido; luego sintió horror, todo era demasiado extraño.

—El las llama... —continuó Dulcie.

Pero en este momento volvió a vacilar como si todavía no estuviera preparada para contarle.

—¡Sí! ¡Sí! —interrumpió Waldo rápidamente, para que ella comprendiera que él ya sabía, o que no quería que se lo dijera—. ¡Pobre Arthur!

En realidad se sintió profundamente aliviado al descubrir que Dulcie era una muchacha compasiva. El que aceptara a Arthur, el interés que ponía en él, lo ayudaron a imaginarse enfermo. Ella era fría. Tenía una mano práctica, tranquilizadora.

—Siempre quise, Dulcie, comprenderte, y hoy creo que lo he logrado. Lo que he encontrado —tartamudeó— es exactamente lo que deseaba encontrar.

Dulcie lo miraba; obviamente esperaba oír más. Como observador de la naturaleza humana, sabía que nadie, por modesto que fuera, podía resistir que le hicieran un comentario más extenso sobre su carácter. Las damas, más que nadie, eran la presencia misma de las adivinas.

—Querida Dulcie —continuó—, lo que siento por ti surge de lo que eres verdaderamente. Eres lo que necesito, y espero que lo que puedo ofrecerte sea lo que tú necesitas. Tenemos la música y la literatura en común. Me agrada pensar que compartimos el buen gusto. No puede haber diferencias de religión, porque ambos hemos visto la luz. No exigimos nada de la vida excepto lo que podamos hacer humanamente en ella.

Si al menos la sala de Feinstein no estuviera tan silenciosa... Había sido un vestigio, estaba en la más perfecta inmovilidad. Tal vez esperara el momento propicio para explotar demostrando su amor. Sin duda su modestia la había cohibido y esperaba recibir hasta la última gota de coraje. ¿O la había ofendido? ¿A causa de la religión? Porque siempre, e inesperadamente, era posible que la religión levantara su horrible cabeza.

Entonces Dulcie, repentinamente, desbordó con lo que, a pesar de la fe en su proposición, Waldo hubiera deseado escuchar más tarde. Hubiera preferido verlo escrito, porque, después de todo, las situaciones de esta naturaleza sólo podían ser embarazosas.

Ella comenzó a golpear la cabeza sobrecogida por lo que parecía ser una convulsión apasionada. Waldo se asombró ante la fuerza de las manos de Dulcie, preguntándose cómo hacer para detenerla.

—Oh, Waldo, ¡Waldo! —lloraba Dulcie—. ¡Nunca pensé que pudiera herir a nadie!

Luego se sentó, quitando una miga del sofá y levantando polvo, aunque había que recordar que los Feinstein habían estado sólo un tiempo en la casa de Sarsaparilla.

—Cualquiera —dijo Waldo—, cualquier persona verdaderamente sensible sabe que sufrirá por amor. Eso es lo que lo purifica.

—Pero... —replicó Dulcie hundiendo el mentón, como si tragara una revivida emoción.

Aunque la escena se le estaba subiendo a la cabeza no olvidó que no debía perder contacto con el nivel inferior, y se balanceó hasta acomodarse junto a Dulcie en el sofá. No la miraba, pero sabía, tenía plena conciencia de que sus ojos desbordaban un amor que ella, demasiado tímida, no podía expresar. ¡Tierna Dulcie!

—Sin embargo, no estoy enamorada —dijo—. Al menos temo...

Pero allí se detuvo. —No tienes nada que temer.

El tono de Waldo no estaba de acuerdo con su voz, pero él sintió que esto había pasado desapercibido.

Dulcie comenzó a hablar nuevamente, en un esfuerzo que la emoción reprimida hacía demasiado árido. Los resortes del polvoriento sofá gruñían.

—Me temo, Waldo, que lo que quiero decir es esto: no puedo amarte en la forma que tú querías.

La simpatía bailaba en la superficie de sus ojos; Waldo comenzó a notar con disgusto esa acuosa simpatía, o peor aún, la venenosa piedad; sin embargo, en su profundidad, los ojos de Dulcie parecían apasionados. —Porque estoy enamorada —dijo.

Si tan sólo su actitud hubiera sido menos torpe. Pero estaba sentado en un ángulo del sofá que hacía doloroso mantenerse erguido.

—Estoy enamorada de, estoy comprometida con Len Saporta.

Waldo recordó que en una oportunidad le había oído decir: «En realidad soy una persona muy mundana», y ahora ella había tratado de infectar su anuncio con algo de la misma banalidad, pero había fracasado. Su voz reverberaba. La piedad que le ofrecía brillaba por lo que era incapaz de compartir. Su pecho, más maduro por la experiencia, estaba lleno, no, no, esperaba que no, de indecente impaciencia. Waldo, fascinado, bajó sus ojos hasta los pechos de Dulcie. Nunca estaba muy seguro de esa parte de la anatomía, de lo que podía contener.

—Es una pena —comentó Waldo—; tu madre no lo sabrá nunca.

¡Que una hija se comprometiera mientras que la madre todavía estaba en el ataúd! Pero no llegó a agregarlo a su comentario.

—Oh, ¡pero si lo sabía! Lo sabía —corrigió Dulcie—. No estaba totalmente de acuerdo. Con ese tremendo problema de conciencia. Aunque eso era sólo por parte de papá.

Dulcie estaba preparada para evitar que ninguna conciencia descansara, excepto, aparentemente, la suya. En ese momento Waldo no se preocupó mucho por ello.

—Leonard es un judío profesante. Y nuestros padres, queridos, pulcros y prolijos, están listos a emprenderla a puñetazos contra los principios.

Un gong no podría haber sonado más fuerte que esto en los oídos de Waldo.

Dulcie bajó la mirada.

—Te lo digo de este modo frívolo —agregó como disculpándose— porque no puedo transmitir la importancia del paso que estoy dando. Hay veces en que me vuelvo ciega, sorda y muda ante todo esto.

Su voz era metálica, su lengua actuaba como un instrumento vibrante.

Tal vez estuviera tontamente enamorada, como solían entontecer las mujeres, lo había leído, por cualquier hombre. Por este que entraba en el cuarto. Por este judío. Porque no cabía duda de que el joven de apariencia común, por no decir vulgar, que estaba entrando, era Saporta.

¡Qué mierda!

Dulcie miró a Mr. Saporta, y Waldo prefirió evitar su deslumbramiento.

—Este es mi novio, Waldo —agregó ella cuando se hubo recobrado.

Estaban otra vez en Australia.

—Siempre he oído hablar de ti, Waldo —dijo Leonard Saporta.

Y dejó escapar una de esas risas que provienen desde la profundidad, coriáceas, pero respetuosas, desde la región de los libros de bolsillo. También extendió su mano carnosa, pero firme, que prometía la calidez de la camaradería masculina. Obviamente Leonard Saporta estaba destinado a los clubes si había algún club que lo admitiese.

—¡Y nos conocemos ahora! —dijo Saporta, el de los ojos de buey, mientras reía otra vez, transpirando bajo la nariz—. ¿Qué impidió que nos conociéramos antes? El destino, ¿no?

Waldo no encontró mejor respuesta que la de Saporta, excepto un pomo de vidrio y la gripe. La situación que soportaban los tres era completamente ridícula. Hasta Saporta, que probablemente fuera atleta además de soldado vuelto a su patria, como proclamaba su condecoración, trabajaba sólo con el consentimiento de sus coyunturas. Estas le permitieron inclinarse la distancia exacta, en dirección a su recién descubierto y valorado amigo. En circunstancias no demasiado diferentes Waldo podría haber sido objeto de su amabilidad, lo presentía. Bah, no se hubiera esforzado gran cosa para lograrla.

Dulcie se arrellanó en el sofá, y los resortes protestaron. —Esperaba que vinieras ayer —manifestó en un tono privado, destinado solamente a su novio.

Desde la llegada de Saporta, Dulcie extendía permanentemente el cuello, preparándolo para lo que él quisiera hacerle.

—Los sábados están descartados —replicó Leonard Saporta, cada vez más amarillo por la transpiración, y explicó con desagradable sinceridad a Waldo—: los sábados voy a la sinagoga.

Ambos, Dulcie y Saporta, necesitaban explicar muchas cosas. Ambos estaban orgullosos y cohibidos.

—Leonard es mercader de alfombras. Heredó el negocio de su padre.

Lo hacían para herir a Waldo, quien, a su vez, no estaba tan herido como para no poder tenerles lástima. Era su ilusión de poder la que hacía que su dependencia fuera tan lamentable.

Dulcie podría haberse preguntado si tan sólo hubiera utilizado el último desperdicio de su inteligencia. Comenzó a quejarse de la humedad, mientras miraba la muñeca de su novio; llevaba un reloj con pulsera de metal. Por último, aún más vagamente, trató de quitarse un atrevido cabello de entre los labios.

Waldo se puso de pie y dijo:

—Bien, no soy de los que van a misa los domingos, pero — insistió categóricamente — sé cuando estoy de más.

Después de haber lanzado la broma, sonrió débilmente.

Mr. Saporta alisó las arrugas de su traje de negocios sobre sus antebrazos un tanto musculosos.

—Si alguna vez quieres encontrarte conmigo en la ciudad, Waldo, mi número está en la guía, Waldo.

Lo decía en serio. Tan sincero era.

Waldo nunca había oído repetir tantas veces su nombre como para avergonzarse de él.

Después de eso salió rápidamente. Pero Dulcie lo siguió hasta el jardín.

—Comprenderás —expresó Dulcie— que era inevitable. Sé que lo comprenderás, Waldo.

La Estrella de David, reluciendo entre sus pechos, le dio la clave que tendría que haber seguido desde el principio.

—Todos debemos estar dispuestos —respondió Waldo a reconocer nuestros errores.

Pero no los suyos: las múltiples impresiones fragmentarias de Dulcie Feinstein abriéndose paso a codazos a través de las desenfundadas réplicas de una música ingobernable, en el disgregado adorno de las blancas hortensias, convirtiéndose gradualmente en el mosaico de la verdad; las múltiples impresiones de una pobre infeliz un tanto grosera, a quien el comerciante de alfombras llevaba de vuelta a su ghetto de ignorancia y superstición.

De acuerdo con las convenciones de la comunicación humana, agregó automáticamente:

—Estoy seguro de que Mr. Saporta es un hombre digno de confianza.

Dulcie, acobardada, mordisqueó su labio superior.

—Me agradaría pensar que vendrás a visitarnos — dijo.

Bajó la cabeza y salió a tientas de entre las hortensias para quedarse de pie al borde de la escalera, y permaneció allí mientras Waldo, con los pantalones demasiado abolsados en las rodillas, descendía.

—Que sintieras que nuestra puerta está abierta para ti. Con todo, tú podrías llegar a acusarme por lo que soy incapaz de ser. ¿No crees que sería mejor para todos nosotros — concluyó— que aceptáramos el pasado en que hemos crecido, en el que todavía estamos creciendo?

Se volvió para mirar a Mrs. Saporta solamente una vez, creciendo, multiplicándose, la Diosa de los Mil Pechos, de pie en lo alto de la escalera, con un racimo de niños nonatos, ovoides. Esta incubadora gigante había creído ser su propia inversión infalible. Pero a él no lo incubaría. No lo empollaría como había esperado.

—¡ Ya pasé la etapa de la incubación! — gritó Waldo.

Ahí quedaban Dulcie Feinstein Saporta y su anhelo de posesión. Estuvo tentado de volver a mirar otra vez, para ver si su desprecio la había hecho caer sangrando por los escalones. A pesar de todo, se contuvo.

Y después de haber pasado el ligustro, que en teoría ahora a los susceptibles, los ojos de Dulcie lo siguieron, para sumergirlo en la luz de la conquista, o del amor, y entonces se ahogó un poco. Lamentó no ser algunos años menor, porque así hubiera podido correr un buen trecho del camino que lo separaba de su casa, sacudiendo el polvo en busca de un disfraz. O hubiera podido llorar menos fría y secretamente. Por la tragedia de esta chica fea. Limpiándose los ojos con el dorso de la mano, en vez de limpiar sus quevedos con un pañuelo.

Tan pronto como llegó, la mamá le dijo:

—Tu padre no está nada bien, querido. Deberías ir y charlar con él.

—Oh, mamá —protestó Waldo— ¿en qué momento eso le hizo bien a alguien?

Si bien al colgar el sombrero en el perchero su conciencia se crispó a causa de sus padres, sabía por experiencia que el papá sólo escuchaba atentamente sus propios pensamientos, y que la mamá tampoco parecía oír; ambos se habían transformado en muebles de la casa en la que terminarían sus días.

El papá se había jubilado uno o dos años atrás, por motivos de salud. En el Banco fueron muy atentos. Le regalaron un reloj grabado. También tuvieron otras consideraciones. Pero ninguna parecía compensar la indignidad vital que lo perseguía.

George Brown tenía que sufrir. Las hebras de su respiración se enredaban en su pecho, o visiblemente humentes, con olor a salitre, en el cuarto donde pasaba sus noches. (Waldo no pudo usar papel secante durante varios años después de la muerte de su padre sin sentir una angustiante ansiedad.)

Después de jubilarse, George Brown permaneció sentado todo el tiempo.

—¿Dónde está tu libro, querido? —solía preguntar la mamá.

Hubiera sido inútil nombrar el libro.

Antes de contestar, el papá se aclaraba la garganta:

—No, gracias, estoy descansando la vista.

Al principio, frente al lujo de los años que tenía por delante, les había prometido en broma:

—Ahora podré leer a Gibbon por segunda vez.

Por lo menos se sentaba con uno o dos volúmenes. Una tarde húmeda abrió el libro de la condesa Martinengo-Cesares— co, pero se quejó de que las polillas le habían comido la introducción desde que lo había abierto por última vez. Si abrir un libro era una ocupación, cerrarlo llegó a ser un alivio.

Afortunadamente Waldo no tenía que preocuparse por lo que él pudiera hacer por este hombre, que era su padre por accidente, porque evidentemente no esperaba que se hiciera nada por él. Si la pasión se avivó en George Brown, fue por las más modestas manifestaciones de la naturaleza. En una expedición a Barranugli compró un pluviómetro, que colocó en un trozo de terreno en el que, por alguna razón, el césped no crecía. Solía golpear el barómetro que estaba junto al perchero, y leía el termómetro clavado en la veranda clásica. Coleccionaba semillas de todas las especies, para ponerlas en sacos de papel, colgarlos por el cuello y luego olvidarlos. Aunque parecía que su ocupación favorita era el reloj que llevaba puesto todo el día, y que no requería ningún esfuerzo de su parte.

Sólo a veces, en la monótona repetición de luz y sombra, le parecía encontrar indicios de algún plan cataclísmico mayor. Entonces sus hombros góticos se arqueaban más agudamente, y sus manos, inactivas desde mucho tiempo atrás, se convertían en piedra. Tosía con esa tos que la familia había llegado a reconocer como una tos sin salida.

—¿Dónde está esa Mrs. Poulter? — solía preguntar entre tos y tos.

Arthur se enternecía, y respondía que no sabía.

—No la he oído desde el martes —solía decir el papá, con un tono desdeñoso porque tenía debilidad por ella.

La quería a la mujer ostentaba las minucias de la carne y la sangre a la vez que las mantenía siempre bajo control.

Mrs. Poulter venía y contaba:

—Cuando vivíamos en Mungindribble nos daban un cuarto de carnero, y un poco de vísceras, si teníamos suerte. Bill enfermó y ya no pudo soportar ver las vísceras. De la matanza diaria. Se las tiraba a los perros. Fritas son muy buenas. Me gusta mucho el cordero frito, antes de que pierda frescura.

Los labios húmedos de Mrs. Poulter, labios de mujer joven, brillaban sin más estímulo que el que obtenía en la contemplación de las carencias vitales.

Luego venían los misterios.

Mrs. Poulter contaba:

—Un muchacho se cortó la garganta, más allá de los límites de Numbarra. Todas las mujeres fuimos allí para amortajar el cuerpo. Todas llevamos algo, bollos, panes, una persona llevó una fuente de carne de cerdo adobada. Compartimos todo. Allí en el campo hay mucho de lo que llaman espíritu comunitario — suspiró y prosiguió —: Y nos hemos venido a vivir aquí. Pero somos felices.

Entonces dejaba caer las pestañas, temerosa de haber dicho demasiado.

Mrs. Poulter, que también tenía fe en la comida, traía platos para George Brown. La mamá se divertía con esto.

—Este es un budín de macaroni, Mr. Brown —decía Mrs. Poulter, bajando la fuente para que el papá mirara adentro—. Es muy bueno. Tiene nuez moscada arriba. Debe comer, para mantenerse fuerte, ¿sabe?

Era algo más que un consejo. Ella también trataba de convertir esto en un misterio.

—Hace un sacramento de la comida. «Tome. Coma.» es *lo* que le *gustaría* decir — reflexionó el papá, riendo de su propia broma a costa de la Iglesia y de Mrs. Poulter.

Waldo frunció el ceño, no porque la broma de su padre careciera de buen gusto o debilidad, sino por los estremecedores recuerdos de una debilidad propia, el día de su encuentro con Leonard Saporta y la ruptura con Ella. Aún oía los golpes de la segadora chocando adrede contra las piedras.

Y el papá, ofuscado, comenzó a toser. Nunca perdonaría a la Iglesia Bautista. Su campanario color chocolate «un poco inclinado, aunque no lo suficiente» estaba clavado en su mente. No podía dejarla descansar.

—Es una lástima que no hayas sido cuáquero — dijo Waldo—. Hubiera habido menos arquitectura. Y de todos modos* hubieras podido dejarlos igual.

Pero al papá no le gustaban las bromas de los demás sobre problemas serios.

—Hay muchas cosas que vosotros, muchachos, educados a la luz de un país vacío, nunca comprenderéis. No hay sombras en Australia. Ni disciplina. Todos, sin excepción, hacen lo que les place.

Creía en esto, porque quería creerlo. Pero no lo pensaba de sí mismo.

Hacia el final de sus días pareció haber superado las deficiencias de sus hijos lo suficiente como para referirse a ellos en abstracto.

—Independientemente de todo —dijo una vez a Mrs. Poulter—, los hijos son nuestro testamento.

Después, al recordar por indirectas que ella había soltado, que su visitante podía morir sin nada que dejar, le dio un viejo impermeable.

—Aún le queda un buen tiempo de uso —observó con voz entrecortada—. Su esposo lo encontrará útil.

El esfuerzo le hizo toser al cojear unos pocos pasos por el sendero.

Cuando por último, pero sorpresivamente, su padre murió, Waldo decidió que la fuerte impresión no debía impedirle disfrutar de la compañía de su madre y de los secretos que ella habría estado esperando para contarles. Las cuestiones familiares de carácter exaltado siempre habían inquietado su mente. Si se resistía a jugar con la posibilidad de no ser hijo de su padre era porque su hermano mellizo le impedía ese lujo. Si bien Waldo podía haber nacido en mejor cuna, era difícil arrojarse a Arthur un origen y un destino mejores. Con todo, había ciertos detalles en la crianza de su madre cuya reserva — y probablemente su misma crianza — le impedían contar, y por los que Waldo pensaba preguntar en alguna oportunidad futura. En realidad no fue exactamente así como ocurrió. Su padre — de entre toda la gente, su padre — no se había ido del todo. Allí estaban los sacos de papel llenos de semillas que él había dejado y que nunca nadie pensó descolgar. Los sacos de papel siguieron colgados por sus cuellos, dejando oír el crujido de las cáscaras y las semillas de su interior cada vez que soplaba el viento, y a veces, desagradablemente, después de oscurecer, chocando secamente contra algún rostro humano.

Pero, lo que es más, la madre cambió, como si la responsabilidad moral de proteger su matrimonio con un hombre de distinto nivel social hubiera al fin desaparecido. De tal modo que de la pálida piel de su rostro desapareció su expresión de gravedad y su color se tornó rojo áspero. También volvió a acomodar su cabello grisáceo; era difícil saber para quién.

No para Waldo; lo descubrió casi inmediatamente.

—Cuéntame —le pidió ella— acerca del libro que estás escribiendo.

Waldo sintió que la piel se le arrugaba sobre los huesos.

La pregunta de su madre, el modo en que lo había mirado, habían sido prácticamente indecentes.

—No tienes por qué contármelo —insinuó ella— si no quieres hacerlo.

Y continuó sonriéndole de la forma en que sonríen aquellos que por rumores o intuición saben que algo se les oculta.

Como tenía que convivir con la indiscreción de su madre, prefirió ignorarla, y al mismo tiempo esconder sus papeles en otro lado. No había tal libro; eso estaba claro. Su libro era su vida, hasta que en algún momento, con la edad y la perspectiva, su obra comenzara a escribirse lógicamente con las palabras con que su mente y sus cuadernos estaban incrustados.

Mientras tanto, su madre le sonreía, y peor aún, olvidaba.

—Nunca puedo recordar — se quejaba — si he pagado los impuestos. Al menos a nosotros no nos lo cortarán, como dicen que les pasa a los que no pagan el teléfono o la electricidad.

Habían decidido hacía años que ninguna de esas comodidades enriquecería sus vidas. La luz de las velas acentuaba el círculo familiar, y en caso de enfermedad podían cruzar la calle para telefonar al doctor, como se habían visto forzados a hacerlo en su única experiencia de muerte.

En un principio Waldo se había sentido tentado de señalar: «Sin duda alguna los espíritus progresistas no deben rehuir el teléfono». («Rehuir» le gustaba.) Pero después de pensarlo mejor no llegó a atreverse; tenía dudas respecto de la inquisición a que lo sometería el teléfono. De modo que se quedó callado.

—Volviendo a los impuestos — insistió la madre — ahora que papá no está, vosotros, mejor dicho, tú, Waldo, deberás asumirlos como una más de tus responsabilidades. De todos modos, las cosas hay que pagarlas.

¡Eso sí que le gustó! Y esperó que ella se olvidara del asunto, junto con otras amenazas.

Durante muchos años había estado diciendo:

—¡Ya sois hombres!

Como si dudara de ello.

Por otro lado, cuando le traían sus cartas del buzón se enfurecía:

—¡ Nunca debéis recoger mis cartas! — chillaba; sus propias órdenes la hacían temblar—. Debéis permitirme ese pequeño placer. Además podríais dejar caer una carta en el romero. ¡ Ese arbusto miserable! Una carta allí podría pasar inadvertidamente durante años, y desintegrarse con el tiempo.,

Pero quería al romero cuando no se ponía en contra de ella. Solía quebrar sus hojas con dedos temblorosos, suspirando.

—La semana próxima —la semana próxima definitivamente— llegará carta de la prima Molly.

Estaba convencida de tener poderes psíquicos, y le hubiera gustado poder ver un fantasma, aunque por principio no creía en los fantasmas. Con las premoniciones era diferente; científicamente eran aceptables.

Cuando la ciencia la abandonó, reconoció:

—Molly siempre ha sido una corresponsal poco digna de confianza.

En ausencia de cartas la madre se deleitaba con folletos y catálogos. Coleccionaba las circulares de las elecciones para comentarlas en las charlas, luego de estudiar las fotografías de quienes habían oído el llamado de la vida pública.

Le hubiera gustado tener viejas fotografías familiares para mirar, pero su desigual casamiento le había impedido guardar ninguna.

—Los rostros de mis familiares — explicaba — eran demasiado crueles; los de los parientes de George, demasiado ruines.

Waldo no podía recordar los rostros. Recordaba aromas y sensaciones: los perfumes florales, acerados, suaves y penetrantes de la oscuridad de los roperos; el de las manos regordetas y cubiertas de anillos de una mujer anciana; el del desinfectante para los geranios, con su heráldico envase rosado sobre el que había hecho caca un gato. El campanario de color chocolate, cayendo a tierra súbitamente desde el toque del anochecer, demasiado verde, demasiado atrevidamente trascendental, retornaba a menudo al escenario de su mente. ¿Había experimentado realmente o había escogido de entre los rumores la helada visión de la triste mujer pronta a descender las escaleras? Vestida de azul, sólo hubiera podido ser su madre, aunque los diamantes hubieran ahogado sus principios. Por ese motivo se había «pasado a otro partido». Pero su conversión al amor sacrificado y al socialismo no había convencido a ninguna de las dos partes. La ancestral mirada azul hielo y las pequeñas ratas negras de sus ojos que roían las órbitas nubladas por el licor, al menos se habían unido para alejarla del hogar.

—Solíamos ir a Tallboys; eso era antes de que la familia... antes de que ocurriera todo —gustaba de contar mientras unía sus manos y las acercaba a la mesa de la cocina — Era todo un viaje. Mamá no podía soportar los carruajes. Ponían nervioso a su perrito. ¡ Pobre Grumble! Abuela era muy cariñosa con los perros. Parecía como si los jardineros siempre estuvieran decorando el escenario cuando llegábamos. Nunca crecía nada. Nada echaba raíz. Los arbustos eran esculturas que nunca llegaban a terminarse. ¡Oh, y los perros; más perros!

Sus ojos brillaban por el jerez, especialmente después que tomaba el de las cuatro.

—¡Cachorros inquietos, bronceados y dorados, dormitando en los escalones, entre el musgo! Y Mollie. Mollie siguió siendo buena; mejor que la mayoría de quienes aceptan el *statu quo*. Tenía cien muñecas, creo. Creo que las contamos. Una vez me permitió romper una muñeca japonesa sólo porque yo quería hacerlo. Fue la niñera la que armó el escándalo.

Nunca reía mientras relataba sus cuentos; ni siquiera cuando le gustaban. Aún los más divertidos eran demasiado serios como para reírse.

—Cada vez que llegábamos a la casa nos llevaban adentro y nos fortalecían con tazones de sopa, aromatizados, por decirlo así, con oportó.

Esto la hizo acordarse del jerez, y aunque ya eran las cuatro y media y ya había guardado la botella, volvió a tomarla para refrescar su vaso.

—Después de que te hayas ido arriba —debía indicarle Waldo a veces.

"Pero el jerez y los recuerdos hacían que su madre siguiera divagando. No se preocupaba por describir en detalle los interiores. Guardaba en su mente un oscuro recuerdo de ellos.

Aunque él no tenía ninguna necesidad de que le refrescaran sus conocimientos. Se había atrevido a reconstruir la casa cuarto por cuarto, y sumarla a su otra experiencia de vida.

A veces, su madre, bajo la influencia del de las cuatro, agregaba un detalle, una cúpula o una torre, y él se inclinaba hacia adelante para representársela y preservarla formalmente.

—¡Tallboys era una miscelánea! ¡Un asombroso embrollo arquitectónico!

Cómo amaba Waldo el lenguaje que la boca de su madre conducía a través de un ritual de decorado descuido.

—La fachada era palatina. En las mañanas heladas solían servir vino de saúco a los cazadores. ¡Qué frío hacía, Dios mío! Casi se podía escuchar partirse las piedras.

Se sirvió otro vaso.

—Pero el Tudor, Mamá, el Tudor original.

Todavía faltaba mucho por contar, y estaba ansioso por oír el final.

—¡Oh, el Tudor! El Tudor era demasiado terrenal, demasiado como los seres humanos, viviendo, amando, apuñalando y envenenándose unos a otros. El Tudor quedó escondido tras las paredes de piedra. Las cocinas sí siguieron siendo estilo Tudor, en medio de aquella especie de gran noria barroca. Cuando digo «barroco», lo digo en sentido fig... figurado, creo.

Formó un globo con las manos alrededor del dorado pálido del jerez.

—¿No había también gótico — se atrevió a preguntar Waldo —, la falsedad gótica?

—¡ Oh, la falsedad gótica! — rió la madre, o se burló, y ambos compartieron la complicidad —. El tío Charlie— siempre pronunciaba «gótico» de la manera arcaica. Esa era la falsedad de Waldo.

No hacía falta que se lo dijera. Waldo había estado allí, enguantado y sensual, atendido por los *salukis* y por un árabe.

—Waldo —dijo la madre, pronunciando el nombre como si fuera el de cualquier otra persona —, Waldo tenía vicios tan raros que los guardaba bajo llave, detrás de una reja, en la biblioteca.

¡ Esos misteriosos granos de gualda! Waldo sabía. Había palpado la sedosa planta a través de los barrotes.

Pero la voz de la madre decaía con el jerez.

—Murió en Esmirna, creo. Lo llevaron a casa. Ya olía un poco, dicen — los griegos no habían hecho un buen trabajo—, y lo pusieron en la tumba que habían construido para él. En mármol de Paros. Junto al lago. A Mollie y a mí nos gustaba jugar allí en agosto. Estaba tan... frío. Y lleno de ecos.

Cerca de las cinco su boca babeaba sobre el vaso, y ella miraba de reojo —a su abstinencia oyente.

—Ahora están todos muertos — dijo con voz seca —, supongo.

A pesar de eso, agregó rápidamente: —Cuando la prima Mollie escriba nos contará todos los síntomas —y continuo más pensativamente todavía—: Lástima que haya muerto tu padre. Le hubiera encantado escuchar. Por supuesto, tú nunca conociste a tu padre. Por set un hombre delicado era fuerte. Fuerte.

Repentinamente Waldo odió esa fuerza, el retirarse de sus padres a su cuarto propio. El resentimiento lo consumía, impulsándolo algunas

mañanas a dar consejos.

—Mamá —decía—, quiero hablarte.

—¿Ah sí?

Ella deseaba enormemente que lo hiciera. Levantaba su cabeza dispuesta a oír los útiles consejos.

—El jerez está muy bien. Con moderación. Sólo la moderación hace la vida soportable.

Las risitas de su madre continuaban siendo su signo más juvenil.

—¡El jerez es el último prerrequisito! — exclamaba, y luego, haciendo una mueca: — ¡ Los muy presumidos! ¡ El jerez de cocina! La cocinera no hubiera movido un dedo por él. El ama de llaves no lo hubiera utilizado ni para hacer gárgaras.

Waldo decía:

—¡Te lo prohíbo, Mamá!

Admiraba el sonido de su voz de hijo amable y fuerte.

—¡Mi querido vinito de jerez! —decía la madre. Y continuaba sirviéndose.

—¡Pobre diablo! ¿Qué otra cosa le queda? —solía disculparla Mrs. Poulter.

—Este es extraordinario, Mamá; te lo he traído de la tienda porque es sábado y porque te sirve para cuando te sientes mal.

Arthur haría que Waldo se sintiera mal. Waldo se alegraba de tener la biblioteca, aún cuando ésta fuera una bendición dudosa.

Porque Crankshaw había empezado a jugar sucio.

Crankshaw preguntó:

—Mr. Brown, ¿puede usted responder verazmente de la exactitud de estas referencias?

. —¿Por qué habría de falsificarlas, Mr. Crankshaw?

¿Había escuchado un tono afectado en su voz? A veces, para horror suyo, le parecía hablar como una doncella en una obra de teatro dé la época de la Restauración.

Esperó a oír risas ahogadas.

Pero no hubo ninguna.

Sólo oyó rezongar a Crankshaw.

—Yo no diría que las ha falsificado. Sólo que pueden estar equivocadas.

Era un hombre grueso que tenía su familia en Roseville.

—¿Quién puede decirlo? —objetó Mr. Brown.

Estaba seguro de que Crankshaw le tenía envidia.

Pero, como alternativa a Crankshaw, podía volver a su casa; en tren o en autobús.

—Está enferma realmente — le dijo Mrs. Poulter —. Debería llamar al doctor.

—Mi salud es asunto mío — insistió la mamá, facilitándole las cosas—. Y así será hasta el fin. Yo sabré cuándo es el fin.

Aparentemente sabía que distaba mucho de ese momento, porque murió diez años después que su marido, George Brown. Anne Quantrell estaba hecha de piedra, en verdadero estilo gótico. Al menos Waldo tuvo esa satisfacción, si bien eso fue lo que le causó más sufrimientos antes de poder inscribir el nombre de su madre en lo que él siempre había considerado el polvo auténtico.

—La mamá no morirá fácilmente —llegó a opinar Mrs. Poulter.

En verdad, a Mrs. Poulter no le gustaba Mrs. Brown, porque Mrs. Brown no se lo permitía. Mrs. Brown no detestaba activamente a Mrs. Poulter; simplemente se sentía ofendida por cualquier tipo de intromisión. A Waldo Brown no podía gustarle Mrs. Poulter debido a, bueno, a todo. Tanto si Arthur había querido o no a Mrs. Poulter, en este caso había escuchado la voz de la razón, había sentido su impactante anomalía, y se había desembarazado de ella. De modo que las relaciones humanas, particularmente las duraderas, o aquellas que estamos obligados a soportar, son confusamente jaspeadas en apariencia: esto notó Waldo, y lo anotó en su cuaderno.

También supo que temía la muerte de su madre, en cuyo caso él quedaría expuesto a Crankshaw, y no expuesto, sino abandonado, a Arthur. Tal vez temiera a Arthur más que a nada, debido a que Arthur podía decir algo.

Por el momento la mamá no dejaba ver signos mortales en ella; solamente se volvía más difícil de tratar.

Solía aparecer muy enojada en la puerta del cuarto donde él estaba pensando o escribiendo. Por la noche, a la luz de la vela, su cabello se veía terrible. Estaba fuera de control. Parecía un arbusto de grosella, salvaje, viejo y gris. Casi siempre tenía una botella en la mano, tomada por el pico.

Irrumpía en el cuarto gritando:

—Waldo, ya es hora de que te decidas a casarte. ¿Qué te parece esa pequeña judía? Esa Miss Finkelstein. Antes de detenernos a pensar, todos seríamos judíos, ¿no? ¿O me equivoco?

Waldo se inclinó sobre sus papeles.

—¿Miss Feinstein? — dijo —. Probablemente ya sea madre.

—Tanto mejor. ¿Qué hubieras hecho tú sin tu madre?

—Dulcie tiene un niño pequeño — informó Arthur — y una niña unos años menor. Es lo que querían.

Su madre y su hermano habían entrado deliberadamente a su habitación para sumarse al desorden, al desesperado alboroto de sus pensamientos, que a veces florecían como los periódicos viejos o la paja que rodeaba las cajas de empaquetar que nunca llegaban a empacarse. Habían venido con el solo propósito de evocar a Dulcie. Sabía que si hablaba no lograría que ninguno de los dos se desviara de su intención predeterminada. Sólo tenía libertad de elegir. La única elección que nunca podría hacer libremente era la de su relación con los demás. Así que apretó las manos contra sus orejas, curvó sus hombros y se retorció sobre los puntiagudos huesos de su trasero. Debía aferrarse a su talento.

La madre se iría al rato. La oiría abrir las otras puertas. Caminaba tan lejos como la casa se lo permitía, y nunca más allá, antes de sentarse a terminar la botella. Terminaba inconsciente, en la cama, con su vieja bata azul abierta sobre sus piernas extendidas, esas largas y encantadoras piernas Quantrell a las que ya habían llegado las varices. Y él corría las cortinas de su falda, temblando por la hora, o por la ofensa contra el buen gusto.

Podía estar seguro de que su madre moriría. Pero Arthur se mantenía firme. De pie junto a la lámpara, con la cabeza baja, observando una de esas esferas de vidrio. Mirando girar una bolita de vidrio sobre la palma de su mano.

—¡ Si tienes que quedarte, al menos no molestes! — ordenó Waldo.

Arthur levantó la cabeza.

—Mamá está realmente enferma. ¿No lo sabías? — preguntó.

—¿Es necesario que hables de esa forma? No es natural en ti.

—Para mí es natural hablar en forma natural en una situación natural — repuso Arthur.

La lámpara de porcelana se reía; Waldo la oyó. Hasta sintió que la vieja silla de cocina se contraía malamente ante la fuerza de la emoción.

—¡Mamá no está enferma! —gritó Waldo—. Sabemos cuál es su debilidad. ¡No me obligues a pensar lo que no es!

—Shhh, está durmiendo. Podrías despertarla, Waldo, con tus gritos.

Arthur se volvió y alzó por sobre su cabeza el pabito en llamas que humeaba a través de la chimenea de vidrio.

Pero su piel blanca y porosa tendía a calmarse. Arthur extendió una de las manos que tanto disgustaban a Waldo cuando se detenía a pensar en ellas, cosa que, por lo general, nunca hacía.

Arthur dijo:

—Si te sirviera de algo, Waldo, te la daría para que las guardaras contigo.

En su mano aterciopelada sostenía la bolita de vidrio con un nudo en el interior.

—¡No! —gritó Waldo—. ¡Vete!

—¿A dónde?

En efecto, no había ningún otro sitio.

Y la Poulter seguía molestando con sus críticas. Una tarde apareció detrás de las olas de hierba y dijo:

—Waldo... Mr. Brown, he venido para decirle algo. Es hora de que veamos la realidad de las cosas.

¡De labios de Mrs. Poulter!

—Sé que no es asunto mío — continuó ella —. Si fuéramos amigos lo pensaría dos veces; pero soy menos que eso, soy solamente una vecina.

Waldo miró a esa mujer que había envejecido al otro lado de la calle. Era terrible ver la forma en que envejecían los demás.

—Su madre ha estado en cama todos estos meses — agregó Mrs. Poulter— y no se ha hecho nada por ella.

—Está bien así.

—Oh, sí, estoy muy cómoda—gritó la madre, que conservaría su buen oído, escuchando a través de puertas y ventanas, por el resto de sus días —. Desde que no tengo que pensar en el pan de salmón estoy muy cómoda.

Mrs. Poulter bajó la voz.

—Está terminada. Consumida. Por el veneno que tiene en las venas.

Entonces Waldo invitó a su vecina a retirarse.

—¿Quién ayudó a ponerlo allí? —le gritó cuando ella empezó a andar.

—¡Usted podrá matar a quien quiera, Mr. Brown, pero no a mí! — replicó Mrs. Poulter —. ¡Yo sólo moriré por voluntad de Dios!

Sin embargo, inmediatamente se dio cuenta de que tenía de qué avergonzarse.

—Siempre estoy a su disposición, como usted bien

sabe — dijo con su voz habitual —, y puedo llamar al médico..., o al sacerdote, si es que usted no puede hacerlo.

El sacerdote hizo erizar la piel de Waldo.

Trató de calcular cuánto tiempo había pasado su madre en el cuarto. Por las noches él solía entrar para leerle *Las aventuras de Pickwick*, que a su madre no le interesaban mucho, aunque se había acostumbrado a ellas.

—Se han adherido a nosotros, ¿eh? —decía ella—. Eso las conviene en un verdadero emplasto.

Con tanta lectura y con el tipo de conversación que llevaban, el tiempo fue pasando.

Entonces, de repente, Waldo se dio cuenta, o quizás haya sido Mrs. Poulter, de que los ojos de su madre sobresalían demasiado de sus órbitas, sus largos dientes amarillentos asomaban de su cráneo, y sus dedos, en los que Arthur colocaba hilos para formar luego figuras geométricas, se extendían frágilmente, delgados como palitos.

Al notar que Waldo la miraba con tanta atención, la madre dijo:

—Aunque nos falte otra cosa, al menos tenemos salud.

Waldo salió de la casa y caminó con paso inseguro por entre las hierbas que le llegaban a los tobillos, las polillas, y uno de los sacos de papel de su madre, que lo golpeó en la cara. Al cruzar la calle lo sorprendió oír el ruido de la desconocida superficie bajo sus pies: la calle tras la que habían vivido sus vidas.

—Sí, Mr. Brown —respondió Mrs. Poulter—. Lo haré con gusto.

Mrs. Poulter trajo al doctor. Y al sacerdote, como había amenazado hacerlo. Entre ellos arreglaron que Mrs. Brown fuera trasladada a un lugar llamado Hogar de Paz. Fueron a buscar a Waldo, pero antes de que él llegara su madre ya había fallecido, afortunadamente demasiado drogada como para darse cuenta del daño hecho a sus principios.

Waldo dijo que no entraría. No quería verla, porque para él eso no tenía sentido. Muerta, dijo que estaba muerta. Que había que ser realista.

Arthur, a quien no había permitido que lo acompañara/ temiendo una escena casi inevitable, había dado a entender que hablaría con alguien que supiera qué debía hacerse cofa su madre. En circunstancias tan especiales esto parecía razonable, por lo que Waldo dio su consentimiento.

Así, Anne Quantrell —jamás Brown, a pesar de su amor por aquel pálido hombre de la pierna coja —fue incinerada por decisión común de sus hijos.

Waldo se sorprendió al oír que Arthur había estado presente.

—¿Quién dispuso las cosas? —preguntó un tanto turbado.

—Mr. Saporta.

No se dijo nada más. La mente incompleta de Arthur debía incluir compartimientos en los que predominaba la delicadeza. O puede ser que haya sentido intuitivamente algo del daño que Dulcie había hecho a Waldo al no respetar sus intenciones, al rehusarse a aceptar su sacrificio, dedicándose, en su lugar, a ese vulgar judío comerciante que era Saporta. Así fue que Arthur no volvió a hablar del tema hasta un par de años más tarde, cuando, tal vez no por error suyo, sino porque aparentemente alguien así lo había dispuesto, el espantoso encuentro de Waldo con la familia Saporta en pleno tuvo lugar en la esquina de las calles King y Pitt. Después del accidente en el que Waldo perdió sus quevedos y decidió que sería más práctico reemplazarlos por un par de gafas, Arthur sí recapituló, inevitablemente, toda la historia Feinstein-Saporta. Waldo lo perdonó. Habría muchas otras cosas que molestaban a Waldo por ese entonces y durante muchos años después.

Primero, y continuamente, estaba Crankshaw.

Era difícil señalar con exactitud la diferencia de mediocridad que distinguía al Director de la Biblioteca del mediocre típico. Mr. Crankshaw era varios años menor que Waldo cuando fue nombrado superior de Mr. Brown. Para ser 'tan pesado, Crankshaw, ese oso con traje a rayas, trotaba en una forma extremadamente amable rondando las sensibilidades de los que oficialmente eran sus inferiores, sin dejar nunca, pero nunca, de golpearse. De vez en cuando, Waldo consideraba la posibilidad de iniciar un cuaderno en el que analizaría el carácter de Crankshaw, dando forma de retrato a sus observaciones, que eventualmente constituirían un personaje de alguna corrosiva sátira sobre los servicios públicos.

(Afortunadamente, tales víctimas eran siempre demasiado vanas o demasiado obtusas para ser reconocidas.)

Pobre Crankshaw, estaba casi obliterado por su pecho y su amplia frente. Tenía las manos de alguien que ha talado árboles sin haber tocado nunca un hacha, como no fuera la que usaba, por ley de gravedad, con los que estaban por debajo de él. Había leído varios libros y tenía amistad personal con el sacerdote que escribiera *Alrededor del tronco del alma*. Sin embargo, su tema preferido eran los Números de Lectores. ¡Pobre Turnstile Crankshaw! De todos modos recibiría una nota necrológica como empleado público de una posición inexpugnable. Tenía una esposa que olía a tinte, y tres o cuatro hijas que usaban sombreros blancos y que bañaban en té a sus amigas, sin que ellas mismas llegaran a bañarse nunca. Pobre Crankshaw.

Waldo podría haberse sentido magnánimo si no se hubiera sentido perseguido. Uno de los empleados solía ir a golpear su escritorio diciendo:

—Mr. Crankshaw, Mr. Brown.

Crankshaw se levantaba cuidadosamente de su silla. Era muy pesado.

—Mr. Brown —comenzó a decir en el primero de una serie de encuentros cada vez más frecuentes —, hemos comenzado una campaña pro-bienestar del personal. ¿Cree usted tener tiempo suficiente para digerir su bocadillo?

Había una trampa en esto, porque Waldo compraba nueces en la tienda de comida dietética de la esquina, y elegía un plátano muy cuidadosamente en Agostino's.

—No — replicó mirando a Crankshaw con ese grado de dureza que había dejado de practicar siendo niño, por consejo del libro de bolsillo *Cómo triunfar*—. No lo tendría, si no hubiera dejado de comer bocadillos hace años, ya que la calidad del pan de Sidney deja mucho que desear.

Crankshaw bajó los ojos para mirar la carpeta que tenía en sus manos.

—¿Algún problema? —preguntó con un tono especial.

¿Era alguna referencia velada al error que había cometido en ese informe de los daños de *La rama dorada*? Eso había sido muchos años atrás y Waldo esperaba que ya se hubiera olvidado.

El desprecio que sentía podría haber llegado a transformarse en palabras, pero Crankshaw no tenía interés en esperar.

—Muy bien, Mr. Brown — dijo.

Luego subió la mirada. Su frente amplia caía hacia los lados de una atractiva estructura facial hasta una pequeña hendidura en el mentón, lo que era, según decían, el símbolo del amante. Waldo casi se retuerce de risa. ¡Ámame, Cranko, con un sombrero blanco!

Pero Crankshaw lo miraba.

—¿Es usted católico? —interrogó muy amablemente el Director de la Biblioteca.

Si la pregunta no hubiera sido tan sutil, si a Waldo no lo hubiera incitado a oponer su ingenio a la intromisión de Crankshaw, simplemente se habría vuelto y habría salido de la habitación. En cambio, modificó su desaprobación.

—Técnicamente, creo, Mr. Crankshaw, que no estoy obligado a contestarle —dijo Waldo, y agregó, por inspiración, algo de lo que después se sentiría satisfecho: — Prefiero no confirmar algo que usted ya tiene en su carpeta.

Crankshaw se disgustó. Sólo pudo terminar con el silencio riéndose, y despidió a su subordinado superior.

«Esto — por ahora — es suficiente para Crankshaw», se dijo Waldo quitando unas pocas nueces de su escritorio. Estaba contento de regresar a su rincón. Tenía la colección de lápices de mejor punta. Sin embargo, bajo el cuello de la camisa transpiraba. Y sabía que durante un incidente tan molesto sus gafas habrían dejado esas marcas blancas donde el metal había comido la piel. Lo más raro era que Crankshaw mismo debería ser católico, considerando la íntima amistad con el sacerdote que había escrito *Alrededor del tronco del alma*.

Sacerdotes con sombreros blancos. Nunca podría saberlo.

Fue en ese año que Waldo Brown comenzó lo que llegó a considerar como un importante fragmento de su novela *Tiresias*, un joven. Además lo invitaron, indirectamente, a la Sociedad Literaria Beecroft, donde leyó unas notas sobre Barron Field. Más tarde, con el café y las galletitas Petit Beurre, un entusiasta lo felicitó por su extensa investigación en la materia. La modestia forzó a Waldo a admitir que el tema no era muy importante, pero esperaba, y creía, no haber dejado piedra sin remover. Finalmente una novelista de la Liga lo invitó una tarde a su casa, pero no fue, porque pensó que detrás de su insistencia se escondían intereses sexuales.

Con todo esto era increíble pensar que había comenzado una segunda guerra, aunque de una clase diferente. Porque los hombres se despedazaban entre sí con un ritual diferente. La mamá no hubiera podido emularlos ni remotamente con la muñeca japonesa de la prima Mollie.

Waldo no pudo evitar observar una agitación especial en las calles. Arthur no le hubiera permitido ignorarlo.

—En Europa les están arrancando las uñas a todos los parientes de los Feinsteins — informó Arthur —. Meten familias enteras en los hornos.

—¿Y eso qué tiene que ver con nosotros? Aquí no metemos a la gente en los hornos.

—Nunca pensamos en ello — replicó Arthur.

Arthur se carteaba con un soldado. Le había enviado un peine, lo suficientemente corto como para que entrara en el sobre. La imagen del joven cabo peinándose en el desierto, cantando *Tuyos* en el rojo crepúsculo, comenzó a obsesionar a Waldo. El miserable de Arthur no dejaba a nadie tranquilo. Aunque, por supuesto, el censor nunca permitiría que (legara el peine).

Waldo se reconfortaba pensando que no todo el mundo era irresponsable. Sus dudas volían por la noche, cuando las ondas de hierbas amarillentas se meneaban ruidosamente en Terminus Road para romperse contra lo que a pesar del frontón clásico era una caja de madera desintegrándose y las grandes nubes volaban sobre Sarsaparilla para chocar en forma de conmoción eléctrica sobre su inocente cabeza. De esta forma agujoneado, se sentía acusado de todas las atrocidades ubicadas muy por encima de las pocas e insignificantes que él mismo había cometido inevitablemente. Si no hubiera sido por el insufrible clima mental ocasionado por la guerra, y por su carrera pública, accidental aunque exigente —por no mencionar su problema familiar siempre presente —, podría haber llevado al papel esa sentencia metafísica para la que ya se sentía preparado. Un gran trabajo; ya no era cuestión de una *oeuvre*. De modo que la guerra mató a *Tiresias*, un joven. Por supuesto, su tema principal estaba obligado a repetirse; la regurgitación creativa de ello. Pero mientras, en ese estado de noche y frustración perpetuas, Waldo se echaba de costado en la cama en que dormían, o en que dormía su mellizo Arthur; él casi nunca podía dormir, por soñar.

No mucho tiempo después de haber muerto el papá, la mamá había dicho: «No hay razón para que vosotros, muchachos, no tengáis esta cama grande; después de todo ya sois hombres, y yo tomaré la cama y el cuarto que os quedan pequeños.» Entonces se mudaron a lo que había sido el dormitorio de sus padres, en donde Waldo incrementó gradualmente su disgusto. No por causa de Arthur, que era inevitable. Era la cojera de su padre la que desintegraba sus pensamientos, o más que otra cosa, la gran mezcla barroca de su herencia Quantrell, que Waldo amaba hasta la locura, con sus habitaciones rojas y sus corredores de piedra extendiéndose a través de los terrores del sueño y la guerra. Su inmediato embrollo Tudor era simplemente un cubo de sangre.

Una vez, durante la noche, durante la desesperación, Arthur había consolado a Waldo.

—Anoche estabas melancólico —bostezó Arthur, al día siguiente.

Nunca se sabe con qué distorsión de los hechos podía salir. Pero en una mañana tan clara, Waldo no podía interesarse por aquello; era un

nombre de responsabilidad, casi de acción, y mientras ponía un toque de brillantina en sus cabellos. Su cabello ya había perdido esa apariencia polvorienta. Acomodó los brazaletes en sus dinámicos brazos.

—Dios mío — comentó infantilmente —, el viejo Municipal se va alegrar bastante.

—¿Cómo? —preguntó Arthur después de un nuevo bostezo.

A medida que envejecía, se tomaba las cosas con más calma. Se quedaba en cama hasta el último momento. Entonces se levantaba, produciendo una conmoción en la cama de hierro, un tintineo de bolitas de metal.

—Las cosas están llegando a un límite — dijo Waldo, pero no dio más explicación que ésta —: Se refiere a nuestro amigo Crankshaw.

—Tienes mi bendición — respondió Arthur —, mientras te concentres alrededor del tronco del alma.

Waldo estaba realmente sorprendido de haber podido concebir un plan exitoso durante los años de ansiedad y tensión en que había vivido. Siempre había esperado que Cissie Baker volviera con esos pocos poemas pergeñados por su hermano muerto y anterior colega suyo, Walter Pugh. No había podido soportar verla vestida de negro, alejándose por el camino de la biblioteca.

Esa mañana, el viejo Municipal, como arrepentido de haber creado lo que Waldo había catalogado como Inquisición de la mente viviente estaba tendiendo trampas de nostalgia y remordimiento. Incluso la fealdad tenía sus virtudes. Ciertamente, el rincón de Waldo estaba más oscuro que nunca, pero ya en varias ocasiones había debido arrojar luz sobre la oscuridad; y el olor a desinfectante lo había asaltado duramente con un maldito catarro, de modo que esto arrancó el último vestigio de duda que quedaba en su intención. Estaba plenamente decidido, se sentía liberado cuando fue por última vez a meter la nariz entre los libros encuadernados que desde su juventud, y las épocas del patrocinio de la difunta Mrs. Musto le hacían recordar el hedor de los viejos putrefactos y sus sucios impermeables. Al olerlos por última vez se rió en voz alta entre las desiertas hileras de estantes.

Entonces se sentó y escribió varios borradores antes de llegar a la versión final.

Esperó a que fueran las once antes de golpear a la puerta del Director de la Biblioteca. Todavía quedaba un poco de té oscuro en la taza de Crankshaw, y todavía no había buscado algo que hacer. El cuarto olía, como siempre, a la empalagosa melaza de una vieja pipa baboseada.

—¿Qué puedo hacer por usted, Mr. Brown? —preguntó Crankshaw, siempre tan amable, cambiando una caja de alfileres de A a B.

No sabía lo que le esperaba.

—Mr. Crankshaw, he decidido renunciar —informó Wal— do, yendo al grano —. Es más, vengo a entregarle mi renuncia escrita.

Y alcanzó el papel hasta el escritorio de Crankshaw con un movimiento frívolo, no ensayado, que le hizo recordar una vez más la doncella de la obra de teatro de la época de la Restauración, aunque esta vez no le importó.

Obviamente, Crankshaw estaba atónito.

—¿Lo ha pensado usted bien? —preguntó al tiempo que fumaba la sucia pipa.

Waldo apreció el pensado bien. Completamente característico.

—Lo he estado pensando durante años —respondió no muy exactamente.

—¿Tiene algún plan?

Waldo dijo que no, que no tenía; aunque sí tenía, pero no iba a decírselo.

El Director de la Biblioteca miró a Waldo, quien volvió a notar el mentón hundido, que, como decían, era un signo de amante.

—Si hay algo en lo que pueda serle útil — ofreció Crankshaw.

Era exactamente el mismo tono que usaba para dictar.

—Nunca hemos llegado a conocernos, no, quiero decir, como seres humanos, y todo el mundo, espero que usted esté de acuerdo, tiene en sí las posibilidades de hacerlo — así habló Crankshaw —. Me hubiera gustado invitarlo a Roseville. Podríamos haber pasado un buen rato charlando. Pero, aparentemente, me demoré demasiado en invitarlo.

¡ Díselo a los sacerdotes y a los sombreros blancos! Waldo sonrió en ese tipo de mueca que dejaba ver la marca de un granito en su delgada mejilla derecha. Crankshaw ya no lo podría atrapar.

Salió y tomó su sombrero. Los demás pensarían que el Director le habría confiado algún negocio de naturaleza confidencial. Así escapó sin mayor molestia de la escena en que Cissie Baker le ofreciera, en la otra guerra, los poemas de su hermano soldado.

Ahora las calles estaban llenas de soldados. Waldo Brown podría haber aventajado al más viril de ellos caminando por King Street y luego por Macquarie Road hasta el gran edificio de la nueva Biblioteca Pública que habían inaugurado un par de años atrás, y en la que, sin demora, había ofrecido sus servicios.

El tiempo que había pasado en esta forma no era vida vivida, sino que perteneció a una peculiar categoría purgatoria propia. Waldo se había habituado a él, y aún en su rostro se detectaban signos de purificación moral. Su religión, si es que tenía alguna, se había transformado en el cultivo del aislamiento personal, de la transparencia completa, de la mente; no estaba preparado para pensar en la vacuidad. De esta forma no sufría daños inmediatos, y años más tarde sólo recordaría fragmentos de conversaciones oídas accidentalmente.

Por ejemplo, la que escuchó durante su petición de empleo:

—Ese tío Brown... ese Waldo... me parece bastante loco.

—Oh, Crankshaw está de acuerdo. Pero aconseja que le hagamos una prueba. Dice que es un glotón incurable.

—Muy bien por el viejo Crank.

—Es un hombre sincero, Mr. O'Connell.

—Excepto cuando le da por desahogarse. Ningún hombre puede darse el lujo de ser sincero en esa forma.

(Esta parte solamente hizo que Waldo Brown se inclinara a perder la fe que no tenía en la naturaleza humana.)

—Bueno, acomódelo en algún lugar. Waldo *Brown*. En algún lugar entre los introvertidos. En alguna esquina. A ellos les gusta. Dejémosle afilar la punta de su lápiz y limpiar las migas de su goma de borrar en paz.

Era tal la trama mental que había cultivado, que Waldo sólo comprendió este diálogo cabalmente tal vez unos seis años más tarde, e inmediatamente se dio cuenta de que O'Connell era digno de ser odiado.

El perro de Arthur lo ayudó a llegar a esta conclusión.

Un sábado por la mañana en que Allwright le había permitido retirarse más temprano, Arthur había ido a Barranugli y había comprado un cachorro. Waldo encontró a su hermano sentado en el borde de la veranda gruñendo con aparente alegría, amasando el informe montón de grasa, mirándolo, frotando su nariz con el hocico del perro y mirando los ojos del animal, dos bolitas un tanto desagradables.

El cachorro, gimiendo o gruñendo, erizó los pelos al ver a Waldo.

—¡ No me digas! — dijo éste rápidamente —. Pensé que esto había quedado aclarado la última vez que lo hiciste. Entonces eras más joven, Arthur. ¡ Pero mírate ahora! ¡Eres un viejo!

—Cincuenta y seis — respondió Arthur.

No podía dejar de abrazar al cachorro.

—Pues igual — continuó Arthur —. A tu edad. No vivirás más que ese perro ¿Y qué voy a hacer yo con él? ¿Arthur? Además de eso, ¿y si muerde al cartero? ¿Si hace caca en los rincones? ¿O ni siquiera en los rincones? ¿Qué comerá? Un perro tan grande, y con los precios de postguerra. Carne de caballo, la más barata, la más olorosa, ¡ atraerá las moscas!

—Guardaré la carne en un cubo lleno de agua. Bajo el árbol.

Las manos de Arthur se volvían notablemente más delicadas al envolver al cachorro en enormes trozos de género aterciopelado. El perro gruñía y aguardaba el momento de hundir sus dientes en la nariz de Arthur, no demasiado humana.

—¡ Pero toda la grasa amarilla de la carne de caballo! ¡Puajjj! Hay una cosa que quiero decirte sobre el perro. Tú eres un hombre viejo. ¿Oyes, Arthur? Los niños. Los padres, he leído, a menudo compran un cachorro para enseñarles, a sus hijos las realidades de la vida muy agradable, pero es práctico. No puedes decirme que no es *normal*. Pero aparte de ellos, la gente que tiene perros es la que de algún modo está negada, las mujeres sexualmente frustradas, los engreídos, los matrimonios sin hijos, los *narcisistas*... Gente que de algún modo es anormal.

La voz de Waldo continuaba en una curva sin posibilidades de llegar a completar un círculo. Entonces Arthur lo interrumpió.

—Yo soy anormal — dijo.

Tan soñador al rodear al cachorro con sus brazos para que se durmiera, este hombre parecía anormalmente horrible

—Te lo advierto — dijo Waldo en forma irrelevante.

De todos modos, esta vez Arthur se negó a devolver el cachorro.

Lo bautizó «Scruffy». Cuando Arthur estaba presente, la atención del perro era toda para él, su lengua larga colgaba de su boca pequeña, su nariz temblaba constantemente. Durante la ausencia de Arthur, los ojos de mármol del cachorro estaban fijos en la distancia y en alguna abstracción del hombre.

Una vez, cuando Arthur no estaba en casa, Waldo trató de darle un puntapié a «Scruffy», y el perro gruñó, pero al notar su inferioridad, no atacó a Waldo. Se sintió satisfecho. Entonces se le ocurrió ir hasta el cubo en que guardaban la carne de caballo — no pudo llegar allí lo suficientemente rápido— para cortar un trozo de la carne púrpura y esponjosa sumergida bajo el agua, y balancearla frente al hocico inquieto del perro. El animal tragó, y hubiera comido más, pero se contentó con pasar la lengua por las manos y los puños de Waldo. Waldo también estaba contento, pero por sentirse tan inmensamente superior.

No pudo resistir contárselo a Arthur; al menos la conclusión de la historia.

—Comió de mi mano — le dijo —. Un poco de carne. Entonces Arthur comenzó a disimular.

—Waldo —dijo—, ¿y si dejamos que «Scruffy» venga a dormir en la cama? Así estaríamos todos juntos.

Waldo casi escupe, en la forma en que los ancianos ignorantes escupen cuando siente mal olor para alejar la enfermedad de la boca.

—¿Para qué piensas que están las camas? —preguntó.

—Para que se acuesten los perros, por supuesto — respondió Arthur.

Pero no volvió a intentarlo.

Y Waldo esperó antes de confesar su plan. Porque fue por ese entonces que se permitió recordar un diálogo escuchado en la Biblioteca Pública seis años antes. La confirmada perfidia de Crankshaw, para no hacer mención de O'Connell, lo hacía inclinarse hacia la honestidad de los perros.

Esta vez le tocó el turno de disimular a Waldo. Finalmente dijo:

—¿Qué te parece, Arthur, si consigo un compañero para «Scruffy», uno que sea realmente mío, así como «Scruffy» es obviamente tuyo?

—¿Qué? ¿Y que tengan crías? ¡Sería una pega! Nadie tiene crías en Terminus Road.

—Mi perro no será hembra —declaró Waldo con firmeza.

—Cualquier perro será uno más — señaló Arthur —. ¿Quieres que te lo elija yo?

—Lo elegiré yo —respondió Waldo—, porque va a ser mi perro.

Waldo trajo su cachorro. Puede que no fuera mucho más joven que «Scruffy», aunque era un poco más pequeño.

—Tal vez esté enfermo —insinuó Arthur.

—Dices eso porque no es tuyo —replicó Waldo—. Esa es la clase de cosas que dice la gente cuando se resiente. Puede ser más pequeño que «Scruffy», pero, yo diría, más fuerte.

De tanto aferrarse a la vida, tal vez. Aunque al principio Waldo no lo hubiera admitido. Su perro, de un tono azul similar al del «Scruffy», de Arthur, tenía un pelaje llamativo y sucio en algunos lugares debido al cautiverio en el escaparate de la tienda de veterinaria. Tenía un ojo purulento, y la barriga con forma de barril, hinchada por los gusanos que probablemente hubiera en su interior, cobijaba a una ocupada brigada de pulgas.

Pero Waldo se proponía querer a su perro de la misma forma, de acuerdo con la tradición, que lo hacían todos los hombres.

—¿Cómo lo llamarás? —preguntó Arthur.

—«Runt» —, respondió Waldo en tono agudo, e inmediatamente.

Su propia honestidad lo hirió dolorosamente. Porque no estaba humillando al perro. Para compensar la deshonestidad de los otros hombres, como Crankshaw, para no mencionar a O'Connell — había pensado, oh, seriamente — que se mortificaría amando a esta inocente, aunque en cualquier otro aspecto repulsiva criatura, que era su perro. Al menos Arthur no aplaudía ni reprobaba la fuerza moral de Waldo. Para ser justos, había una corriente de delicadeza en Arthur.

En lo que respecta a *Runt* y *Scruffy*, aceptaron la fatalidad de su arbitraria amistad gruñendo, lamiéndose y precipitándose uno sobre otro. Gozaban con el placer de los pedos del otro.

Runt engordó. Su azul brillante centelleaba como nunca, como zafiros estelares. Se abalanzaba de repente sobre Arthur, siempre ansioso de sentir sus manos sobre él. O menos impulsivo, pero no menos deseoso, la criatura se echaba de espaldas, mostrando la panza y una ligera erección.

—¿De quién es este perro en realidad? — se quejaba Waldo, bromeando al principio.

Luego aquello se convirtió en un asunto serio. *Runt*, verdaderamente, era el perro de Arthur *Scruffy* tampoco se interesaba particularmente por ninguna otra persona fuera del triángulo que la casualidad había construido, uniéndolo con *Runt* y Arthur.

Waldo comenzó a odiar a *Runt*. Llegó a odiar a los dos perros, por toda la ternura — la *tendresse* por mencionar esa palabra francesa que sonaba más tiernamente que tierno — que había esperado y que le había sido negada.

—Los perros — reflexionó—, después de todo son muy parecidos a los seres humanos. Esto no es una perogrullada exactamente. Lo que quiero decir es que carecen de percepción. Aun cuando uno creyera otra cosa.

—Los pobres bichos — replicó Arthur — son simplemente perros ¡Los quiero tanto!

Cuanto más engordaban, más desvergonzados se volvían, levantaban las patas en los muebles cuando los hombres no estaban mirando, o incluso si los miraban, y más a menudo Arthur se arrastraba en el suelo entre ellos, para tomar alguno, entre sus brazos y pegar su nariz a uno u otro de los hocicos húmedos y negros, de modo tal que él y el perro se volvían uno.

Entonces Waldo se separó de la botella sobre el perro.

—¿Te piensas que los compramos para esto? —le daba por gritar...

—¿Para qué los compramos? —preguntaba Arthur.

Se aterrorizaba cobardemente por el futuro de los perros.

—¿Para qué? —insistía Arthur, gimiendo.

Waldo no siempre podía responder a esta pregunta.

Una vez murmuró:

—Obviamente no para fornicar.

Luego, cuando su excitación hubo disminuido y lo pensó mejor, dijo finalmente:

—¿Para qué? Para protegernos de los que, de esos que, hacen un hábito, o una profesión, de entrar en las casas de los demás.

En aquella oportunidad, Mrs. Poulter se había visto obligada a cruzar la calle, con las manos metidas en las mangas de su jersey, para hablarles.

—¡Vosotros dos y vuestros perros! —dijo—. Cualquiera que os escuchara podría pensar que todavía continúa la guerra.

La culpa de Waldo por haber recibido una queja no era menor que su disgusto ante el humorismo ajeno.

La Paz, recordaba, había llegado un par de años después de su importante traslado a la Biblioteca Pública. El nuevo edificio todavía olía a barniz y a goma. En comparación con los de la vieja Biblioteca Municipal, los libros parecían nuevos, o al menos las características de sus lectores no se habían arraigado en ellos. De modo que Waldo sólo podía sentirse tranquilamente satisfecho. Particularmente, parecía la atmósfera discreta, sagrada, del anexo Mitchell, con todas esas damas que estudiaban la tradición australiana, y los periodistas que buscaban elementos para sus artículos de los suplementos dominicales.

Por poco tiempo, y especialmente durante su breve orgasmo con la Paz, la fe de Waldo en el hombre revivió. Varios de sus colegas de la biblioteca comenzaron a descubrir las sutiles cualidades de Mr. Brown mientras se paseaban con sus cigarrillos a la hora de almorzar, por entre las barandillas, o por los jardines con su proliferación de estatuas públicas. Simplemente porque ellos mismos los elegían, los problemas intelectuales o morales que discutían adquirían de inmediato un matiz importante y original.

—¿Qué piensa usted, Mr. Brown? —preguntaba Miss Glasson, intentando que él se uniera a la conversación.

Y Cornelius y Parslow, también, parecían esperar la participación de Waldo.

Había mañanas, aterciopeladas, doradas, manchadas como algunos arbustos, en las que Waldo tenía dificultad para respirar el aire demasiado polinizado entonces, y volvía a su escritorio casi flotando, haciendo sonar las monedas en su bolsillo, apenas más que intelectualmente excitado. Eran los tiempos que estaban viviendo, por supuesto. Porque a su edad, abrigar esperanzas sexuales no hubiera sido ni prudente ni digno. En consecuencia, cuando Miss Glasson, tan bien equilibrada en sus zapatos de golf y protegida por sus afiladas uñas, lo invitó a su casa de Neutral Bay a tomar el té y escuchar Brahms, se negó después de mucho pensarlo. Era demasiado lejos de Terminus Road, solía ser su excusa. Miss Glasson se había ruborizado y Waldo había apreciado al menos su sensibilidad. Lo lamentaba por Miss Glasson. Cuyos dos o tres cuentos habían sido aceptadas por *The Bulletin*. (Le había pedido que la llamara Honor, pero él no podía.)

Cornelius, ese judío un tanto ascético, se había enterado de que Mr. Brown vivía en Sarsaparilla y se había interesado por saber si estaba relacionado con cierta familia.

Entonces Waldo lo había interrumpido para explicarle que su propia familia le había exigido la mayor parte de su tiempo.

Y Parslow. Parslow, que había comentado que para el domingo próximo habría almacenado gasolina suficiente como para dar una vuelta por Sarsaparilla con Merle, y que tal vez lo visitaría, Parslow tendría que ser rechazado. Porque el Mr. Brown de los descansos intelectuales en el Jardín Botánico no debía confundirse nunca con esa figura oscura, casi abstracta, que vivía en una vergonzosa trampa de grasa y en un estado de inminente creación explosiva, entre bóvedas de hierbas amarillas, en Terminus Road Waldo Brown, en quien estos dos fenómenos se daban en términos ligeramente incompatibles, hubiera sufrido una impresión demasiado grande al mirar, desde atrás de la barricada de palabras y percepciones, para descubrir que algún desconocido familiar se acercaba a su inaceptable persona, como sucedió una vez, aunque más tarde.

De modo que Waldo, a quien requerían frecuentemente, seguía rehusándose, en principio, y por principio.

Someterse a las amistades efímeras, superficiales, podría dañar la cubierta de cristal que lo protegía reservándolo para algún inminente momento de idealismo superior. Como había evitado el amor carnal — aunque comprendía su álgebra, por supuesto —, eventualmente podría comunicar mejor su esencia.

Tenía grandes esperanzas en lo que todos habían comenzado a llamar la Paz. Al recordar los éxitos de Miss Glasson en *The Bulletin* (aunque nunca se sabe; podría ser prima o sobrina de alguien) Waldo casi escribió, no un artículo, sino casi un verdadero ensayo, concretando sus reacciones ante la Paz. Buscando los rostros de la calle para encontrar en ellos los reflejos de sus propios sentimientos, llegó casi a componer un poema. Pero los hombres no estaban tristes o aturdidos, incapaces de elevarse hacia el éxtasis de la más-que-alegría abstracta — *die Freude*, más precisamente — que Waldo no podía sino imaginar como una gran fuente brillante elevándose interminablemente hacia el cielo, sin precipitarse nunca, hasta entonces, en la realidad.

Estaba muy entusiasmado.

Entonces la Paz, ese momento crucial, llegó, y naturalmente trajo consigo sus desilusiones. Tenía sus aspectos mundanos. Era la mejor oportunidad para que todos se emborracharan como si nunca antes lo hubieran hecho. El aceptó beber un vaso de algo en un bar cerca de Quay, con Parslow y Miss Glasson, aunque no se había interesado por Parslow desde que su colega intentara aquel asalto, prácticamente inmoral, a su vida privada. Mientras se decidía por un vino de oporto, Waldo se preguntó si Parslow apreciaría el grado de su perdón.

Esa noche, cuando perdió inevitablemente el tren que solía tomar, abrumado por el caos de las caras ebrias y sombreadas por la luz 7 la lujuria, riéndose, cantando, transpirando, bailando como si hacerlo brotara de ellos naturalmente, Waldo fue abordado por una mujer en Bent Street. Fue ella quien le dirigió la palabra. En una ocasión como ésta, decidió Waldo, él debería al menos devolverle la deferencia escuchándola. Sintió alivio de que Arthur no estuviera presente para pervertir una situación dudosa desde su principio.

Sin embargo, no fue solamente cuestión de escucharla, porque la mujer, de edad indefinida y vivos colores, con el rostro y el cuerpo hinchados más de lo normal por la bebida y la emoción, apretó sus labios grasosos contra su boca, y, como si hubiera sido una aspiradora, prácticamente lo absorbió. Waldo tuvo tanto control de sí mismo que fue capaz de reírse después, mientras volvía a acomodarse el sombrero.

La tambaleante mujer se negaba a creer que 'pudiera fracasar en una noche semejante.

—Vayamos hacia el río, hermano —invitó tanto con su cuerpo como con sus labios—, a echarnos bajo una de esas higueras de Moreton Bay; nos compenetraremos tan bien que no despertará hasta el día después de Navidad.

Pero Waldo declinó la oferta.

La Paz también declinó. Aunque no inmediatamente. Algunas semanas después, cuando volvía a casa desde la biblioteca, todavía intelectualmente borracho de ese idealismo que sólo puede inspirar un futuro en blanco, Waldo compró la muñeca para Mrs. Poulter. En realidad

era barata, considerando su tamaño, y bastante fea. No fue Mrs. Poulter, que surgió espontáneamente en su mente sino el deseo de ejercitar su generosidad con algún ser humano no específico. Entonces, ¿quién mejor que Mrs. Poulter? No podría haber pensado en nadie más indicado.

Durante todo el camino a su casa, Waldo estuvo pendiente de la enorme muñeca que llevaba en sus rodillas, y de los ojos de sus compañeros de tren aburriéndose con el envoltorio de papel y la caja de cartón. Mucho antes de Lidcombe se arrepintió de la compra que había comenzado como un negocio y como un gesto. Las muñecas estaban de rebaja en uno de los grandes almacenes para demostrar la versatilidad del plástico. Para permitirle apreciar la realidad de la carne plástica, la jovencita del mostrador había desvestido la muñeca ante Waldo, volviendo a abotonar luego lo que había denominado «el vestido de espuma de goma de la jovencita». Allí comenzaron las primeras angustias de Waldo. El continuo peso de la muñeca en su entrepierna no consiguió aliviarlas. Tampoco era probable que el idealismo o el despliegue de su gesto fueran apreciados por la beneficiada.

Mrs. Poulter, menos firme que abundante en carnes, guerrera de la espontaneidad, todavía vivía en la casa al otro lado de la calle que su marido y el muchacho de Sarsaparilla habían construido poco después de su llegada. La velocidad y la necesidad de la construcción le habían dado una apariencia un tanto abrupta, no tanto de casa normal como de casa flotante anclada en una bahía de césped. Lejos de afianzar su parecido con un bote, aquella ilusión de casa se había reforzado con fucsias y geranios que disimulaban las olas de césped.

Aún así, Mrs. Poulter solía salir a cubierta varias veces al día y se recostaba sobre la borda de su bote, en calidad de capitana y vigía. Hubiera sido tentador, pensaba Waldo en sus momentos más irreflexivos, preguntarle a Mrs. Poulter qué había hecho con su telescopio. Aunque no exactamente inquisitivo, su ojo evidentemente anhelaba ver más allá de lo que podía.

La tarde en que Waldo compró y llevó la muñeca a Terminus Road, Mrs. Poulter estaba, como siempre, recostada en la borda. Waldo no tuvo tiempo de pensar si Bill Poulter estaba o no en casa. La velocidad de los hechos lo impulsaba a actuar de prisa, y el oscuro deseo, por ese entonces medio congelado, de regalar la maldita muñeca lo apuraba aún más. Se sintió aterrado al ver las mejillas de Mrs. Poulter, que por esa época habían empezado a tomar el color de la malva.

—Buenas tardes, Mrs. Poulter — saludó Waldo.

Y luego se detuvo. El tiempo se había detenido para ambos. Por el momento, ni siquiera el conocido escenario ofrecía algún signo de que pudiera reanudar su marcha.

Fue la sonrisa de Mrs. Poulter la que los liberó, puesto que no podía prolongarse indefinidamente, y entonces se diluyó en su ser normalmente perecedero.

—He traído — comenzó a barbotar Waldo —, he cargado esta cosa a lo largo de todo Terminus Road, y pienso que es mejor que usted la tenga como un... bueno, es que no hay nadie más...

Mrs. Poulter no se echó atrás, porque después de todo era una ofrenda de buena voluntad, y no una cachiporra, lo que le estaba dando, o tirando, por sobre la borda.

Se había sonrojado totalmente. Se le hacía agua la boca por el paquete. Sus dedos se movían constantemente.

—¿Qué... un regalo, Mr. Brown? —balbuceó—. No sé qué he hecho para merecerlo. Un regalo...

Waldo no podría haberse sentido más estúpido si hubiera estado seguro de que Bill Poulter estaba adentro. O Arthur detrás del cerco. ¿Qué hubiera pensado Arthur, o cualquier otra persona que lo hubiera visto? Bueno, después de todo, no había motivos.

Mientras, Mrs. Poulter, aferrada a su paquete, volvía a ser presa de la parálisis.

—No sé, realmente no lo sé.

Waldo se fue y Mrs. Poulter entró a su casa, pero aunque Waldo esperó detrás de su cerco protector, entre las sombras, no percibió indicio alguno de lo que la mujer pudiera haber sentido al desempaquetar la enorme muñeca de plástico.

Tampoco lo hubo más tarde, — Ni nunca.

Mrs. Poulter siguió saliendo a cubierta, saludando y sonriendo con las manos escondidas en las mangas de su jersey, sobre las fucsias y los geranios que intentaban disfrazar su casa flotante. Verla, y recordar todo aquello, hacía transpirar a Waldo.

Así llegó a resentirse con Mrs. Poulter, y con todos los que hacían declinar los misterios de la Paz. Comenzó a odiar las caras que lo miraban de reojo en las calles. Odiaba, retrospectivamente, a Crankshaw y sus sacerdotes. Odiaba a su her— n ano Arthur, aunque, o tal vez porque, Arthur era el hilo de la continuidad y podría ser la esencia de la verdad.

Algunos años después, cuando los compraron, odió a los perros de Arthur, si bien técnicamente uno de ellos era suyo. Si alguien, pensando en su bien, se hubiera interesado lo suficiente como para acusar a Waldo Brown de descuidar sus responsabilidades para con sus semejantes, jamás podría haber acusado a los perros de descuidar las suyas: en el hecho de ser, de hacer recordar al menos a uno de sus dueños la desesperación, la frustración de su vida, de ventosear y hacer caca en sus narices, de colocar bajo sus pies tiras de carne elástica y piel eléctrica, para no hablar de las mandíbulas de hierro, de masticar billetes, y más aún, las preciadas hojas de pensamientos que escapaban de su mente y se perdían para siempre. Así, el propósito constante de los perros, junto con Arthur, parecía ser recordar, recordar constantemente.

Luego vino la visita, más ominosa aún, por ser menos esperada, más oblicua en ejecución, e indudablemente maliciosa en su concepción.

Fue un par de años después de que compraran los perros que el extraño empujó el portón que nunca había terminado de caerse. Era domingo, recordaba Waldo, y el silencio parecía más pesado debido a los insectos. El hombre rechoncho venía por el sendero. Tenía el color y la textura de ciertos ladrillos comunes pero caros, y dentro de su camisa abierta llevaba uno de esos pañuelos de seda que aparentemente no tienen otro propósito que evitar que los vellos se vean. Si no hubiera sido por su vigor, el corpulento desconocido, que según los cálculos de Waldo se inclinaba hacia el lado de los mayores podría haber sido descrito como gordo. Pero con la decisión que animaba sus decididas piernas, la palabra más indicada era sólido. Waldo había comenzado a envidiar el brillo artificial que se desprendía de la poblada cabeza del desconocido y el corte perfecto de sus ropas a la moda, de modo que resultó un alivio descubrir en él uno de esos cierres relámpago que algún día podían atorarse sin remedio en algún lavabo público, y darse cuenta de que, con esa constitución física, en uno o dos años, un ataque al corazón voltearía probablemente a su visitante.

Si es que era un visitante. Y no algún colega no identificado. O un contrabandista. O un. O. Waldo se devanaba los sesos.

Ahora estaba en el comedor, ese oscuro santuario en el centro de la casa, desde cuya seguridad había gozado varias veces observando con la mamá las rarezas de algún indeseable, por ejemplo Mrs. Poulter, merodeando por los obstruidos senderos, arañado por las rosas. Sólo que ahora, con la mamá muerta, el juego había perdido parte de su sabor, pues él había olvidado algunas de las reglas. Es más, la Paz había declinado tanto que no pudo evitar desear que los perros no se hubieran ido trotando tras Arthur, que aparecieran por la esquina, y que mientras *Scruffy* detenía al desconocida, *Runt* desgarrara el trasero que se escondía tras sus insolentes pantalones.

Porque el hombre había comenzado a golpear a la puerta, preguntando:

—¿Hay alguien en la casa?

Luego, envalentonándose, o alardeando, había comenzado a sacudir la puerta gritando:

—¿Hay alguien escondiéndose en la casa?

Waldo deseaba sinceramente que su mamá hubiera estado allí para hacerse cargo de la situación, especialmente porque una mujer, más bien una hembra, esposa o no del desconocido, seguía a éste por el sendero. Caminaba con la burlona facilidad de cierto tipo de mujeres caras que Waldo nunca había conocido; sólo las había oído, y una vez había tocado una en el autobús. Caminaba sonriendo, no para nadie en especial, sino para el mundo en general y para ella misma. Lo que era tonto de su parte cuando se sabe que el hacha puede caer en cualquier momento.

—Quizá te hayas confundido — dijo la mujer con voz ronca, tocándose los cabellos y mirando a su alrededor para no ver, más que una tarde de verano.

Llevaba un vestido color verde lima con más tela de la necesaria, pero diáfano. Su brazo, levantado hasta la cabeza y mostrando la sombra oscura de su axila, tenía un leve bronceado. Bajo su bata, Waldo se estremeció.

—¡Te digo que no! — insistió el hombre.

Seguía forcejeando con el pomo de la puerta; después golpeó los cristales de la ventana con uno de sus gruesos dedos.

—No puedo creer que alguien viva *realmente* aquí — dijo la mujer con su voz inalterablemente ronca.

Waldo estaba seguro de haber oído en algún lugar que la ronquera en la voz era consecuencia de las enfermedades venéreas. Así que aunque el desconocido la estuviera pasando bien con su esposa o prostituta, él tenía un consuelo en eso. Por poco se mordió el labio.

Pero tanto como lamentaba la presencia y la relación del extraño, temía los recuerdos que la voz de la mujer le provocaba, mientras permanecía de pie entre los secos arbustos de romero, canturreando, oliendo a un perfume exótico, sin duda *Amour de Paris*, el de la botella con el pierrot, con su cabeza dirigida hacia la luz, que se metía coloreada de verde entre sus pechos y sus muslos indolentes. De este modo, Waldo ansió atrapar este momento, si podía, no en su carne, oh no, sino en su esencia, o en su poesía, esa poesía que lo había estado eludiendo todos esos últimos años. El alambre plateado se agitaba ahora ferozmente en él.

Un grito se oscureció y aguló en su garganta. Piadosamente había muerto al nacer.

Nuevamente lo ayudó la memoria. Recordó que había sido ese chico, ese Johnny Haynes, con el que hubieran podido cortarse las gargantas, quien le había dicho detrás de los lavabos que se cuidara de los hombres y las mujeres de voz ronca, porque se suponía que contagiaban la sífilis.

Waldo hubiera podido seguir deleitándose con esta información práctica, si justamente en ese momento el hombre no le hubiera gritado a la mujer:

—¡Pero sé que es aquí! Este es el lugar. Apuesto mi cara. Esa es la construcción que le pidieron a mi viejo que pusiera arriba de todo porque querían lo que el papá de Waldo llamaba «frontón clásico». ¡Te lo aseguro!

Pero aparentemente la mujer no se molestaba en oír. Seguía indiferente. O ignorante.

Fue Waldo quien se conmovió, no por la materialización de Johnny Haynes, sino por el movimiento de su propia vida, su fragmentación continua incluso en ese momento, cuando Johnny, para desgracia suya, volvía a aparecer. Gordo rechoncho. Aparecía para ese viejo de tobillos azules por el frío bajo su bata de invierno, que usaba porque la casa era oscura y el verano lento para penetrar en ella.

Era solamente natural que siguiera odiando a Haynes, me rodeando alrededor de la casa como un caballo con su yegua, mirándola vengativamente desde abajo de sus barbadadas cejas— qué vanidad — como si intentara mordisquear la mampostería. Waldo recordó que varios años antes había leído; cuando las exigencias de su trabajo comenzaban a impedir que se dedicara a relaciones públicas, que Johnny Haynes iba hacia el éxito, que era miembro del parlamento — si es que se puede considerar ese tipo de cosas como éxito — y que estaba envuelto en algún negocio turbio. Por supuesto, lo, exoneraron. Pero. Ya se sabe. Sólo los gánsters visten así a sus mujeres.

Entonces, bordeando la segura fortaleza del comedor, Waldo vio que Johnny se había detenido en el jardín. Después de haberle dado uno o dos puntapiés a la veranda, como para hacerla caer, o para aliviar su frustración, parecía que el visitante fuera víctima de un temor sentimental y repentino.

—Me hubiera interesado ver al viejo de Waldo — murmuró—. Y al holgazán de su hermano. El mellizo.

Waldo nunca había odiado a Johnny tan intensamente como en ese momento, por tratar de socavar su integridad en un estilo tan seductor; luego, Johnny agregó:

—Nunca estuve seguro con el hermano; creo que no era tan loco como decían...

Entonces Waldo supo que tenía un justificativo.

«Oh Dios, al menos envía los perros», rogó, convirtiendo su plegaria en una especie de invocación griega porque no era creyente; pero sin duda a causa de su blasfemia contra la realidad, los perros no llegaron.

En cambio, los mortales se fueron.

—¡Los hermanos Brown! — rió Johnny.

—Si existieron alguna vez — replicó soñadoramente la mujer.

Entonces ella se estremeció.

—¿Qué te sucede? — preguntó Johnny.

—El olor a grasa — respondió la mujer con su voz ronca —. A veces hay momentos en que llegas demasiado cerca del comienzo. Sientes que podrías comenzar todo otra vez.

Inmediatamente se rieron, como descartando la posibilidad y cualquier otra cosa rancia. Pasaron a través de la luz coloreada de verde, por el jardín de enfrente, donde el cuerpo de la mujer revivió. El simple pensamiento en la desnudez de sus visitantes puso la carne de gallina a Waldo; no podría haber dicho si de disgusto o de envidia. Pero se dio cuenta de que tenía la boca abierta. Como un viejo sucio babeando en el tren. Pero Johnny Haynes era el viejo, buscándose problemas con la mujer de verde, esposa o prostituta, que le iba a contagiar la sífilis o a provocar un ataque.

De todos modos ya estaban cruzando el portón. La luz, muy indecentemente, los destacaba, demoliendo el vaporoso vestido de la mujer, mientras el miembro del parlamento pasaba la mano sobre, alrededor y bajo el trasero de la mujer, y ella se lo permitía.

Más que cualquier otra cosa, estas inequívocas proporciones, ese asalto a su vida privada, hicieron que Waldo se diera cuenta de la necesidad de proteger esa parte suya en la que nunca había entrado nadie; el corazón más secreto, más virgen de todo el laberinto.

Comenzó a considerar muy seriamente la posibilidad de mudar sus papeles —el fragmento de *Tiresias, un joven*, los poemas, los ensayos, la mayoría de los que todavía estaban sin publicar — del cajón con llave de su escritorio a un sitio más escondido, alguno similar en sutileza a los papeles que tendría que ocultar. La cerraduras se rompían muy fácilmente. El mismo había logrado violar su escritorio, como experimento, con una de las horquillas de la mamá. Arthur no era deshonesto, pero tenía la especie de cerebro de búfalo que no podía contenerse de hurgar en los pensamientos de los demás. Los papeles eran mucho más fáciles, más cómodos de violar. Así que finalmente el asunto se volvió imperativo. Tenía que encontrar algún escondite secreto a la vez que discretamente natural.

Se decidió por una vieja caja de vestidos de la mamá que estaba cubierta de polvo y polillas muertas sobre el ropero en el pequeño cuarto originalmente suyo y finalmente de ella. Golpeada por los membrillos, la ventana apenas respondía a la luz, como no fuera durante la claridad del

verano. El aroma de los membrillos se había casado con otro aroma, el de la humedad. La vieja caja de vestidos de David Jones permanecía en la inocencia, más allá de toda sospecha. Para tanta inocencia, era muy pesada. Cuando la bajó del ropero, Waldo descubrió una prenda que había quedado allí, olvidada, tan algo tan esotérico que podría haber salido de una de esas grandes tiendas.

Resultó ser uno de los viejos vestidos de mamá lo que tembló delicadamente entre sus dedos; también encontró el armazón de un abanico nacarado que cayó al suelo. Tendría que investigar. Más tarde. Arthur llegaba con los perros. Waldo casi saltaba para transferir los papeles, tan fácilmente trasladados: su escritura se destacaba por su prolijidad y compresión; de hecho, siempre lo felicitaban por ella. Entonces, como si la mudanza de los papeles hubiera sido demasiado simple para una tarde dedicada a la astucia, retornó al vestido. Se detuvo para tomar el pequeño abanico. Una de las cintas que conectaba las hojas nacaradas se había roto en la caída. El abanico abierto colgaba más hacia un costado. Pero brillaba.

En la prematura oscuridad del cuarto, forzada por las ramas de membrillo, Waldo buscó y encendió una lámpara, para observar mejor lo que había encontrado. El moño había dibujado en el vestido un curioso modelo de ganchos. No demasiado incongruente. El tiempo había reconciliado estos agregados con el hielo del raso y la lluvia de cristales que se arremolinaba entre sus dedos creando un dibujo. Era un vestido para esas grandes ocasiones de las que pocas valían realmente la pena. No necesitaba mencionar nombres, pero podía verla en la gran escalera, diseñada para soportar el peso de la albañilería y las vigas. De pie como nunca lo había estado realmente, porque, aunque es el glaciador en el que se preserva el pasado, la memoria también tiene permiso para mejorar la vida. Se embriagó ligeramente con los colores que había encendido. Su corazón se contraía dentro del hielo azul, reverberante, con el pequeño *pizzicato* del abanico iridiscente mientras aceptaba los cumplidos del tamaño y el orden. Adulterado por sus hábitos, porque los años la había debilitado gradualmente, la mamá guardaba lo que a él le gustaba considerar como un sentido de la proporción moral. Que él había heredado junto con sus ojos. Había quienes pensaban que aquellos ojos eran demasiado pálidos, demasiado fríos, sin darse cuenta de que hurgar demasiado profundamente en el hielo de los recuerdos es retroceder.

Solamente parpadeando con sus ojos heredados podía imprimir su propio reflejo en el espejo... o en el hielo.

La madre había muerto, ¿no?, dejándolo, creía Waldo, en mitad de la escalera, teniendo él que recibir a los huéspedes, toda esa chusma de fantasmas de brocado y demonios de carne y hueso, con Crankshaw y O'Connell cerrando la marcha. Encerrado en el hielo, haciendo sonar cuernos de caza, él podría incluso haber enfrentado a los Saporta, bigote a bigote.

Cuando su corazón estalló: eso, literalmente, fue lo que le pareció. Había sido abandonado sosteniendo los fragmentos frente al espejo. Luego salió para ver qué había pasado. La tulipa de vidrio de la lámpara que había tomado de un estante para iluminar el cuarto había caído de su sitio. Dio un puntapié a los trozos caídos. Y regresó.

Al gran vestido. Obsesionado por él. Poseído. Su respiración lo acompañó a lo largo de aquel túnel por el que él hubiera podido correr. Después de lo cual volvió a quedarse quieto. Conmovido por lo que iba a acometer. Su corazón gemía, pero al rato volvió a calmarse, cuando comenzó a arrancarse sus cosas, enajenado. Sólo podía llamar cosas al disfraz con que había elegido esconder la resplandeciente verdad. El patético respeto que siempre le había guardado la gente — Miss Glasson, Cornelius, Parslow, Mrs. Poulter — y que seguiría guardando a su talento y su inspiración. En oposición al hielo de la indiferencia o la sustancia del recuerdo.

Cuando terminó de arreglarse completamente, huesudo y palpitante, no era ya Waldo Brown, a pesar de la marca de nacimiento que tenía encima de la clavícula izquierda. Lentamente, sus axilas fueron empapándose de un sudor frío, las costillas temblaron como el raso, y un tintineo de cuentas de cristal inundó el silencio. Después, la Memoria en persona ocupó su asiento, reclinándolo todo lo que daba, reclinándolo, reclinándolo, frente al espejo. La Memoria espía por entre los intersticios del abanico de ojos rasgados; a través de nacaradas refracciones. Si ella se eclipsaba momentáneamente, lo lógico era sacrificar algo en pos de un notable aumento en la visión. En el brillo y el esplendor. Todas las grandes ocasiones subían atropelladamente la escalera gótica para besar los anillos de la Memoria, que extendía su mano tiesa y miraba abrirse los lisonjeros labios, y cerrarse los dientes, como cabujones y hielo tallado. Ella podía darse el lujo de respirar indulgentemente magníficamente hasta el último pelo de su bigote, admitiendo las gafas.

Al momento que Waldo Brown oía:

—¡Scruffy! ¡Ven aquí, Runt! ¿Runt? ¡Cabrón!

Era la voz obscena de Arthur que reía e insultaba, jugando con los perros.

Al representarse la situación Waldo se sintió espantado. Las patas de la silla temblaron debajo suyo. Expuestos por el *décollé* sus brazos comenzaron a atiesarse. Por sus venas contraídas corrió hielo líquido. La vergüenza y el terror se deslizaron por la falda de raso con un murmullo de cuentas. Cada uno de sus pelos, públicos y privados, y más privado que todos el bigote, languideció hasta quedar en su lugar habitual.

¿Había sido descubierto? Era suficiente con murmurar un secreto, casi, para que se convirtiera en propiedad pública.

Sólo la elasticidad de la desesperación consiguió sacarlo del arrugado vestido y devolverlo a la respetabilidad. Sus cosas.

Cuando salió del cuarto llevando bajo el brazo el vestido hecho una pelota, Arthur dijo, congraciándose:

—Sé que no te enfadarás, Waldo, pero ha comenzado la colecta y he llevado a Mrs. Poulter el par de libras que quería. Mrs. Alwright me pidió que lo hiciera. Y qué te parece, ¿me la encuentro vistiendo una muñeca enorme! ¡ Mrs. Poulter! Y comenzó a regañarme, como si yo tuviera la culpa. Dijo que iba a tirar esa tontería a la basura, pero le pedí que no lo hiciera. ¿Cómo iba a tirar una costosa muñeca de ese tamaño?

Waldo salió y fue hasta el lavadero, hasta el viejo perol, detrás del cual nadie había limpiado nunca porque era muy difícil llegar. Arrojó el vestido detrás del perol, y allí quedó.

Ahora por lo menos estaba libre; de hecho, aunque no en los hechos.

Al regresar dijo:

—Te lo mereces, Arthur. Eso te pasa por inmiscuirte de ese modo en la intimidad de otra persona.

Pero Arthur no contestó. Bobeaba por allí, acariciando una de esas bolitas de vidrio. Parecía contento, aunque por supuesto no podía estarlo.

Waldo sentía alivio de pensar que mañana sería otro día de semana y que volvería a la seguridad de la biblioteca. Inhaló el aroma de la madera barnizada. Y Miss Glasson, Miss Glasson le había prometido prestarle la indepurable edición de algún libro, por el momento no podía recordar qué.

Su vida pública se había convertido en una garantía. Podía estar seguro de que ninguno de los de su grupo se desvestiría en público, como no fuera en un sentido puramente intelectual. (Debía admitir que recientemente lo habían sorprendido leyendo *Finnegan's Wake*, pero Parslow, estaba seguro de ello, no había pasado de la página diez, y Miss Glasson, a juzgar por sus numerosas dudas, olvidaba a veces que se había saltado los tomos intermedios de Proust.) La desnudez no era motivo de estímulo entre ellos, o al menos, cuando se daba, los ojos de todos se desviaban decentemente de ella. Toda exhibición, necesaria o compulsiva, quedaba reservada para Terminus Road, lugar que amaba por la piel de Memoria, y donde siempre podía ignorar que Arthur se amadrigaba en la hierba buscando aquel vicioso hurón, la otra verdad.

Una tarde Waldo se había sentado en ese lugar que, de haber sido posible, hubiera elegido para sí, en la pequeña mesa de patas cojas en cuya superficie había derramado gotas de lacre siendo muchacho, y estaba, como de costumbre, haciendo comparaciones y correcciones con

tinta china, que prefería a la azul-negro ordinaria — siempre le había parecido que el negro-negro persistiría en donde el azul-negro podía fallar~ cuando entró Arthur y descargó su peso junto al borde de la luz de la lámpara, mascullando y murmurando, y jugueteando con una de las esferas de vidrio. Como de costumbre, Waldo irguió su mano como una pared frente a su trabajo.

Aún así se sintió desvalido. Porque pronto reparó en que Arthur escudriñaba una hoja de papel, uno de los papeles privados, para ser más exactos, que debía haber encontrado en el suelo.

—Tennyson escribía muy buena poesía — dijo Arthur.

—¿A qué viene Tennyson? —preguntó Waldo.

—Esto del alambre de plata. Lo que copiaste, Waldo.

En manos de Arthur el papel hacía un ruido molesto.

Waldo sintió que sus labios se secaban. Miró cómo la pared que su mano levantaba inútilmente frente a su trabajo se volvía transparente y vacilante. Temblaba.

—¿Cómo es que tú sabes algo de Tennyson? —inquirió.

—He aprendido a leer, ¿no? Leí algunos pasajes en ese libro viejo de papá, ése que está medio roto.

Fue demasiado brutal para Waldo.

—Tennyson —dijo— es, creo, propiedad de todos. Tennyson — agregó — ha escrito tanto que él mismo, al final, debía tener dificultad para recordar todo lo que *realmente* había escrito.

—Oh, no quiero decir que haya leído todo lo de Tennyson. Tampoco querría hacerlo. Y de todos modos no podría, ¿verdad?

Waldo continuó escribiendo automáticamente.

—¿Qué otras cosas lees, Arthur? —preguntó, temiendo la respuesta.

—Shakespeare.

—Pero, ¿entiendes a Shakespeare?

—Las historias sí. Cualquiera puede entender que la gente se mate entre sí. Todos los días sale en los periódicos.

—Eso no es más que el esqueleto. La sangre' y el trueno. Lo importante es el lenguaje.

—Sí. El lenguaje es difícil. Pero siempre aparece una palabra que lo aclara todo, ¿no es cierto, Waldo?... A los que no entienden siempre...

¡Eso! Esas palabras lo enceguecían. Tanto que sus ojos derramaron lágrimas de tinta china, aunque decidió no preguntar si por él o por Arthur.

Justo en ese momento, Arthur, sin querer, dejó caer la bolita con la que había estado jugando y se puso a buscarla gateando por todo el cuarto, husmeando por los rincones oscuros.

¡Su hermano! ¡Ese viejo obsceno!

Más que nunca Waldo necesitó irse a la biblioteca, sobre cuyas mesas se encorbaban otras obscenidades, pero siempre vestidas.

Un día, después de haber tenido tiempo para olvidar esto, por lo menos bastante, Miss Glasson fue a pararse a su lado y le dijo:

—Me encantaría mostrarle a un hombre mayor que está poniéndose al día con sus lecturas. Pide las cosas más extraordinarias. A veces en el mostrador por poco se parten de risa. ¡El *Bhagavad Gita*, el *Upanishads*! Se interesa por el budismo Zen. ¡ Oh, y por los estudios sobre el erotismo! Desde luego, no se lo damos todo. Mr. Hayter lo veta cuidadosamente. Podría sobreexcitarse. ¡Usted sabe, algunos viejos...!

Miss Glasson, de Neutral Bay, sonrió; y no le sentó bien a la cara.

Waldo frunció el ceño y miró su hoja de adiciones. Hubiera querido taponarse los oídos con piedras, pero sólo contaba con sus manos.

—¿Qué tiene de gracioso?

—Nada. Ha sido un error —dijo ella. Sabía dar un tono melancólico a su voz—. Pero pensé que podía resultar atractivo para su sentido de lo grotesco. Un viejo tan gracioso.

En sus momentos más indiscretos, Miss Glasson siempre encontraba algo «tan gracioso» o «singular».

Waldo esperaba que se fuera, pero ella no se iba, atraída, en una mañana aparentemente desocupada, por la tendencia a la contemplación de los demás.

—Hoy sus gustos son relativamente sencillos —insistió—. Ha vuelto a *Los hermanos Karamazov* y a *Alicia en el país de los espejos*. Oh, me gustaría mucho,...

Esta vez Miss Glasson sonrió sólo a medias.

—...me gustaría mucho que usted me permitiera señalarle cuál es. Estoy segura de que no se arrepentirá. Sólo un vistazo. Yo no dejaré que me vea. A veces suelo hablar con él y sería una vergüenza que él viera que no puede confiar más en mí.

Waldo no quería ir, pero sabía que tenía que querer.

Al llegar al salón de lectura Miss Glasson lo condujo a lo largo de un tercio del cuarto, a través de los estudiantes de derecho y los almuerzos envueltos en papel encerado. Waldo quedó ensordecido por el alboroto de su propio corazón y las toses de los demás.

—Ese — siseó Miss Glasson, señalando disimuladamente hacia un individuo con impermeable en la otra punta del salón.

Waldo se alivió al ver que ella se preparaba a dejarlo librado a su propia suerte.

Siguió caminando. Mucho antes de que fuera posible identificó el olor del viejo, que era el olor de los atestados estantes de su juventud en la Biblioteca Municipal. Siguió caminando, internándose en el olor recordado, pero antes de llegar a la forma en que Miss Glasson le había sugerido que saciara su curiosidad, y que él pensaba eludir discretamente, se convenció de que reconocería el corazón del viejo latiendo como un balón de fútbol oprimido bajo el sucio impermeable. Distando aún cierto trecho del climax de la repugnancia, escuchó su propia respiración, tendida junto a él en su cama por las noches.

A través de su avidez brotó la ira, no sólo hacia Miss Glasson, sino hacia todos los seres que conspiraban contra él junto a su hermano. Pero siguió caminando.

Al ponerse en una línea con el impermeable comprobó que era Arthur quien lo llevaba puesto. No era de extrañar que en un día tan caluroso su rostro brillara por el sudor. El motivo por el que su hermano llevaba ese impermeable sólo podía haber sido molestar a su hermano.

Allí estaba, expuesto, pese a todo, bajo las funestas manchas de grasa. Mascullando y murmurando sobre, tan luego, un libro. Jugando con una bolita de vidrio. Cómo la habría estrellado, haciendo añicos la Biblioteca Pública. Pero nunca se rompía. El vidrio de Arthur era indestructible. Sólo la otra gente se rompía.

Debiendo decidir cómo reaccionar, Waldo tomó ruidosamente una silla y se sentó exactamente frente a Arthur. Su actitud frente a la mesa era tan tensa, estaba tan fuertemente asido a la silla que al momento comprendió que podía estar delatándose no sólo ante Miss Glasson, sino también ante todos los que estuvieran mirándolo. Por lo menos tuvo la suficiente presencia de ánimo como para relajarse casi inmediatamente.

Arthur, apenas pudo emerger de sus pensamientos, cerró la boca y sonrió:

—Hola, Waldy —dijo sollozadamente.

Waldo dio un respingo.

—Nunca me has llamado así. ¿Por qué tienes que empezar ahora?.

—Porque estoy contento de verte. Aquí, en la biblioteca. Donde trabajas. Nunca he ido a buscarte porque pensé que podía perturbarte, y que podías disgustarte.

Era una explicación tan razonable que Waldo sólo pudo lamentar su imposibilidad de anotarla.

—¿Vienes a menudo? —preguntó.

—Sólo los días en que traigo algún recado de Mrs. Allwright. Hoy me ha mandado llevar sus gafas para que les pongan un nuevo armazón.

Palpó su bolsillo.

—Eso me recuerda — agregó — que me he olvidado de ellas. No veía el momento de llegar aquí para seguir con *Los hermanos Karamazov*.

Arthur mencionó el título de un modo muy natural y fluido, como si sirviera un chorlito de leche condensada a un cliente en lo de Allwright.

—Pero —dijo Waldo, haciendo caso omiso del aspecto más siniestro de todo el asunto—, ¿qué necesidad tienes de venir a la Biblioteca Pública? Puedes comprarlo por un par de chelines. En cualquier caso, en casa hay un ejemplar. El de papá.

—Me gusta venir a la Biblioteca Pública —explicó Arthur — porque así puedo sentarme entre toda esta gente y mirarla cuando me canso de leer. A veces hablo con los que están cerca de mí. Parecen sorprenderse y recibir con gusto las noticias que les doy.

Se interrumpió y echó un vistazo a la bolita, a la brillante rueda de líneas intersectadas que había en su interior.

—No pudo leer el ejemplar de casa —continuó; él, que había estado hablando suavemente, hablaba ahora con más suavidad aún—: Papá lo quemó. ¿No lo recuerdas?

Waldo lo recordaba ahora, y a pesar de que el recuerdo era desagradable, a pesar de que él respetaba tanto los libros y de que tantas veces hubiera despreciado a su padre, en muchos sentidos digno de lástima, su simpatía se inclinaba en cierto modo hacia él en cuanto a *Los hermanos Karamazov*. Al que George Brown había puesto en la hoguera con un par de tenazas de chimenea. Waldo se descubrió temblando como si cierto inmenso bulto de su propia carne estuviera retorciéndose entre las brasas.

—Yo creo que Papá le temía —opinó Arthur—. Había párrafos que comprendía muy bien. Eran bastante difíciles de aceptar. Los párrafos que no entendía eran peores.

Todo el disgusto de Waldo se centraba en *Los hermanos Karamazov* y la bolita de vidrio que Arthur tenía en la mano.

—¡Y tú sí los entiendes! —le dijo a Arthur con toda maldad.

Arthur no se sintió herido.

—Muchos no —repuso—. Y *El Gran Inquisidor* tampoco. Por eso es que hoy me he olvidado de las gafas de Mrs. Allwright. Porque tenía que venir aquí a leer otra vez *El Gran Inquisidor*.

Waldo estaba a punto de reposar su cabeza en la mesa; la vida junto a su hermano lo había extenuado.

—¿De qué te serviría? ¿Entender? ¿*El Gran Inquisidor*?

Aunque estaba por abrir la boca como para bostezar, no se sentía ni adormecido ni sosegado.

—Podría ayudar a la gente —dijo Arthur comenzando a devorar las palabras—. A Mrs. Poulter. A ti. A Mrs. Allwright. Aunque Mrs. Allwright tiene su Ciencia Cristiana y no debería necesitar ayuda. Pelo tú, Waldo...

La cara de Arthur estaba en tal estado de arrobamiento que Waldo esperó que no le fuera a dar un ataque, si bien hasta ahora no le habían dado nunca. ¿Pero por qué seguía mezclándolo a él con casi toda la gente que conocía? Afortunadamente parecía haber pasado por alto a los Saporta.

—Es la necesidad de «encontrar alguien a quien venerar» —citó Arthur—. Como dice él. Bueno, eso es bastante sencillo.

Había empezado a cerrar el libro y a elevar su voz alarmantemente.

—Eso está claro —prosiguió—. Pero, ¿qué es todo eso del pan? ¿Por qué la emprende con el pobre pan?

Golpeaba con su puño el libro abierto.

—¿Eh? Todo el mundo tiene que concentrarse en algo. Aunque sea en un perro. O... — balbuceó —, o en una bolita de vidrio. O en un hermano, por ejemplo. O en Nuestro Señor, como' dice Mrs. Poulter.

Waldo tenía miedo de que el sudor que sentía en la frente, el sudor brillante que imaginaba corriendo alrededor de sus ojos, llamara la atención aún más que la histeria de Arthur.

—Miedo — dijo Arthur —, por eso es que papá tenía miedo. No era por la sangre, por horrible que fuera, brotando de donde penetraban los clavos. Tenía miedo de venerar algo. O a alguien. Que es lo que yo creo que este Dostoievsky trata de decir en parte.

Súbitamente Arthur rompió a llorar, y Waldo miró en derredor a todas esas caras opacas que esperaban para acusarlo, a él, a él, no a Arthur. Pero tan súbitamente como había empezado, Arthur dejó de llorar.

—Eso es algo que nosotros no tenemos que tener nunca, da resultado. Pero nos tenemos el uno al otro.

Se inclinó hacia adelante y pareció pronto a tomar las manos de Waldo.

Waldo retiró su propiedad a tiempo.

—Es mejor que te vayas! — gritó —. Esto es un salón No se puede gritar aquí. Estás llamando la atención hacia nosotros.

Arthur permaneció sentado, mirando el libro, murmurando— aparentemente preparándose para lanzar otro despropósito.

—Pero no entiendo. Todo.

—Fuera de este lugar, por favor, inmediatamente —ordenó Waldo en un tono más alto —. Por favor — repitió, y con voz potente añadió: — señor.

Arthur se sorprendió tanto que miró fijamente a Waldo.

—Está bien —dijo con la boca tan abierta que apenas podía pronunciar las palabras.

—Pero el Inquisidor — dijo, recobrándose.

Y volviendo a mirar hacia abajo empezó a arrancar varias hojas del libro.

—¡No tienes derecho! — chilló Waldo, y trató de apoderarse de lo que más tarde descubrió que había guardado en su propio bolsillo.

—Esta es una biblioteca pública —farfulló Arthur.

A quien Waldo empezó a perseguir y empujar de un modo que se aproximaba al profesional, a través de los batientes interiores.

Arthur no se volvió para mirar sino que caminó hundido con su impermeable por el piso entarimado del vestíbulo. Tampoco el empleado lituano, por algún instinto caritativo, intentó detener al transgresor, por lo que Waldo le estuvo más tarde agradecido.

En el Ínterin, Miss Glasson había llegado corriendo.

Waldo. Miedo. Hemos aprendido demasiado tarde todo ese asunto de Cristo. Además, por lo que hemos leído no parece

—¡Dios mío! —jadeó—. ¡Qué escena! ¡Qué escena! ¡Qué escena! ¡Qué escena! ¡Qué escena! ¡Qué escena! Siento que usted espléndidamente del aprieto. Temí que el hombre se pusiera violento. Una nunca puede estar segura con estos viejos tan singulares. Es un alivio que no haya sido usted herido.

De hecho, sólo le había herido que Miss Glasson no apareciera a tiempo para ver. ¿Pero qué podía esperar de ella, o de cualquiera de los demás?

Waldo comenzó a acomodar en su lugar su cabello escaso, pero presentable y a estirar las mangas de su chaqueta, que habían trepado hasta sus codos quedando ahí.

Y luego, cuando pasó por allí, O'Connell salió de su oficina y felicitó a Mr. Brown por su impecable manejo de aquel vándalo, por no decir demente. A Waldo le hubiera gustado disfrutar su orgullo, pero entre el reflejo del vidrio amolado y el cerrarse de la puerta creyó ver, sentado en el sillón de cuero, en el otro extremo del despacho de O'Connell, a Crankshaw —¿era él?— y a un cura.

El resto del día fue más bien borroso. Por la tarde regresó como de costumbre a Sarsaparilla, llevando un trozo pequeño de bacalao de Nueva Zelanda que había comprado para comer con su hermano a la hora del té. Mientras el tren mecía sus huesos, leyó que la tablilla de avisos anunciaba el milenio. Estaba muy cansado como para contradecirlos, aún en su hora de triunfo personal. Estaba tan cansado que no hubiera podido resistir la presencia del hombre del impermeable viejo, pues al pasar por Lidcombe vio que su hermano estaba sentado algunas filas más adelante. O Arthur no se había dado cuenta o no quería ir a su encuentro, cuando menos allí y en ese momento.

Porque en Barranugli fue a sentarse silenciosamente junto a Waldo en el autobús de Sarsaparilla y permanecieron juntos hasta después de descender.

Mientras bajaban por Terminus Road Waldo reparó en que había dejado olvidado en alguna parte su trozo de bacalao de Nueva Zelanda. Estaba demasiado cansado para preocuparse.

Los niños que corrían tras ellos — como ocurría a menudo por causa de Arthur — se entretenían con un juego basado en una serie de chillidos de entre los que ocasionalmente surgían algunas palabras.

—Uno y uno hacen dos — parecían chillar los niños.

Yiiiiiiii gritaban en el aire humedecido por las hortigas de la tarde.

—Uno y uno y uno —cantaban.

—Dos y dos nunca hacen uno.

Tal vez entendiendo que no debían avanzar más allá de la empalizada, los niños se dispersaron al ver que los Hermanos Brown entraban a Terminus Road.

Y cuando hubo silencio, Arthur tomó a Waldo de la mano.

—Pase lo que pase — dijo Arthur — nos tenemos el uno al otro.

—Sí — dijo Waldo.

Quien por otra parte estaba demasiado fatigado. Mientras su hermano lo guiaba por esa calle familiar se sentía demasiado cansado para llorar.

El incidente de la biblioteca no llegó a tronchar su carrera porque ocurrió dos años antes de su jubilación, y porque en el tiempo que le quedaba Waldo cumplió regularmente con su deber. No se sentía envejecer, ni nadie jamás se lo hizo notar. El mismo reconocería en sí los signos incidentales de la vejez: bordes rojos en sus ojos acuosos, piel apergaminada que, si se la pellizcaba, quedaba erguida en forma de costurón azulado; y la vejiga tensa. Aún era joven y sensible al nivel en que el incidente, los incidentes, eran continuamente revividos.

Arthur seguía siendo notablemente activo. Después de la muerte de Allwright en 1951, la viuda le había pedido que se quedara a su lado. Lo necesitaba, especialmente para las entregas a domicilio, y porque recordaba los precios que ella olvidaba. Como siempre, en la casa, hacía pan tres veces por semana. Y dos veces mantequilla, con la leche de cualquier vaca. Waldo nunca recordaba los nombres, los números en las series. Odiaba las vacas.

Mientras tanto, la grasa de cordero se espesaba a su alrededor formando ovillos, obstruyendo las esquinas, llenando ollas con matices que iban del verdín y el blanco suave hasta el sarro grisáceo. No se molestaban en vaciar los recipientes de grasa de cordero. Como una familia, estaba la grasa siempre con ellos. Establecida.

Y los perros Los perros habían alcanzado lo que probablemente fuera su edad viril. Solían dormir tirados sobre ladrillos cálidos, o, al salir, entrecerraban los ojos por el sol, se lamían sus partes privadas y paladeaban el sabor. Los cachorros se querían. *Scruffy* solía vagabundear buscando excitaciones sexuales, y una vez Waldo lo encontró sobre una perrita frente a la estafeta de correos de Sarsaparilla. Waldo se apresuró a entrar para comprar los sellos, porque no quería que varias damas lo relacionaran con el perro de Arthur.

En esa oportunidad, *Scruffy* volvió; como en tantas otras ocasiones, con su cola en alto, satisfecho, y no obstante respetable.

Runt era menos descarriado. Aunque era el perro de Waldo, esperaba deseoso la llegada de Arthur. Prefería jugar a esconderse, a poner los ojos en blanco, a retorcer su cola impecable. *Runt* y *Scruffy* se amaban.

Luego Waldo Brown se jubiló. Se dijo todo lo que se tenía que decir, recibió los documentos y los objetos, se intercambiaron direcciones. Notó que Miss Glasson, Cornelius, Parslow, Mr. Hayter — a quienes nunca se había unido en los paseos por el Jardín Botánico— e incluso O'Connell mismo, se habían sensibilizado, aunque jovialmente; sus silencios eran más profundos, como si recordaran. A pesar de que ninguno de ellos ignoraba sus complicadas ocupaciones, buscaban su amistad, y Waldo debía disimular que un minuto antes se había estado hurgando la nariz.

Se despidió de todos ellos. Arreglaron una cita para discutir a Bartok, a Sartre, las humildes declaraciones de Picasso — era muy importante mantenerse al día — y Waldo sonrió, aceptando, sabiendo que no acudiría. No ahora que estaba jubilado. Tenía que hacer.

Le dijo a Arthur:

—Es bueno que la viuda Allwright se haya decidido a vender. Porque ya es hora de que te jubiles.

No había razón para que su hermano no lo hiciera.

—Yo, por supuesto, encontraré mucho que hacer — dijo Arthur—. ¿Pero y tú, Waldo? ¿Qué harás?

Como sabía que el ojo contradictorio de Arthur lo estaba mirando, Waldo respondió:

—Tengo mi trabajo.

Como si la caja de vestidos, apenas llena de papeles, no estuviera esperándolo arriba del ropero.

—Ah, sí — continuó Arthur, satisfecho —, el libro que vas a escribir.

Como si Waldo, y todos los que habían colaborado, no hubieran estado escribiéndolo durante toda su vida. Ahora que estaba jubilado no tenía más que sentarse, comparar y separar; de A progresar a B.

Así se jubilaron.

Cuando los dos viejos volvieron del paseo lo que no fue el último de Arthur, empujando el portón que todavía no se había caído, abriéndose paso con los pechos en los lugares en que las hierbas habían tragado zapatos, cacharros, botellas de salsa, latas de salmón y cualquier otra cosa de naturaleza incidental o efímera, incluyendo los tallos de los rosales y los obstinados troncos de romero seco, entraron, por fin, a la casa en la que tenían que seguir viviendo. Por el momento, pensó Waldo, Arthur no podía morir. Si no hubieran estado ligados por la costumbre, Waldo podría haber seguido atormentado por el fracaso de Arthur respecto de aceptar aquel plan que no conocía. Tal como eran las cosas, podría incluso haber encontrado una compensación en la posibilidad de una prolongada costumbre mutua. En los momentos de flaqueza, la costumbre es tranquilizadora como el pan y la leche azucarada.

Arthur estaba preparándose para hacer ese pan y esa leche, ligeramente azucarada, que aliviaba la acidez estomacal posterior a los paseos. Generalmente lo servía todo en tazones, y los dos tomaban sus tazones y comían su contenido en la parte de la casa en que estuvieran. A veces elegían el mismo cuarto, o mejor dicho Arthur se deslizaba en el de Waldo; entonces no había escapatoria, como así tampoco del glup glup del pan y la leche del otro. Cuando más ruidoso era el glup de Arthur, más se esforzaba Waldo en manejar hábilmente su cuchara. Podía sentir sus dientes, en defensa propia, moviéndose como los dientes postizos de alguna hembra demasiado refinada en una reunión de alguna mujer de negocios, y cuando estaba solo y no era necesario dar el ejemplo, tragaba la comida como un animal, aumentando su placer con la violencia de acto físico.

En compañía de su hermano, se sentía obligado a limpiarse la boca, doblar su pañuelo, y decir:

—Si pudieras escucharte comiendo pan y leche oirías el agua corriendo por una cloaca.

Arthur no hacía caso. Muy rara vez le importaba lo que decía la gente.

—¿Por qué no te interesa? —le preguntaba Waldo, en extremo exasperado.

—No lo sé —respondía Arthur, chupándose un diente—. Creo que fue esa vez en la Biblioteca Pública, antes de jubilarnos, cuando me llamaste señor. Después de eso no me importó más. No me interesa lo que dice la gente.

No era lógico esperar que Waldo recordara cada palabra que alguna vez hubiera pronunciado, y menos aquellas que no era bueno recordar por cuestiones de salud.

De modo que insistió:

—Pero deberías. Deberías tener amor propio, e interesarte por lo que dice la gente.

Arthur seguía chupándose los dientes.

—¿No te importa que la gente te aprecie?

—No —replicó Arthur—. Porque la mayoría me aprecia. Excepto Mrs. Allwright. Y ella se fue a Toowoomba.

En momentos como éste Waldo odiaba a su hermano. A la vez sabía que debía estarle agradecido por su insensibilidad.

El día en que regresaron del paseo en que Waldo decidió que Arthur tenía que morir, su hermano eligió la cocina para tomar el pan y la leche. Waldo no escuchó el glup glup porque los perros hacían ruido mientras comían su carne de cordero, que arrastraban por el suelo mientras gruñían o roían. Era por eso que el piso de madera de la cocina, del que había desaparecido el linóleo hacía varios años, parecía ricamente pulido.

El ruido de los perros al masticar la carne de cordero junto con el roer de los huesos, era, a distancia, un sonido medianamente grato.

Waldo estaba sentado con las piernas separadas. Estaba en el cuarto en el que su madre había vivido su última enfermedad. Comía dando bocados grandes, sinceramente voraces, tragando rápidamente, porque, por supuesto, ahora estaba solo, y la proximidad de sus trabajos en la caja de vestidos sobre el ropero le provocaba un sentimiento de afluencia. Si a veces, entre los más voluptuosos actos de masticación mordía la cuchara, era por recordar cómo había contemplado sus papeles quemándose durante aquellos horribles momentos durante el paseo.

En un momento llegó a enfadarse tanto que gritó:

—No deberías haberles dado los trozos de cordero ahora. Eran para la tarde. Y es mediodía.

—Sí —respondió Arthur a través de su pan y su leche—, olvidé que era mediodía.

Si Waldo no siguió criticando fue porque ambos lo habían olvidado. A veces lo recordaban por la luz, pero la luz no podía decirles el día de la semana. No podía recordarles cuándo habían nacido, sino que tenían que morir.

¿Por qué siempre se dejaban arrastrar por esa idea? O él, Waldo. Temía que Arthur no pensara lo suficiente en ello, lo que era evidente ante su falta de interés cuando se enfrentaba a signos y síntomas.

Justo entonces entró Arthur en la habitación, y vio cómo su hermano limpiaba el tazón con los dedos, lo que molestó considerablemente a Waldo.

Arthur se detuvo para mirarlo.

—Quiero hablar contigo, Waldo —dijo.

—¿Qué tiene que anunciar el maestro, el director de escuela? —gruñó Waldo.

—Podemos hablar, ¿no? Somos hermanos, ¿no?

Entonces Waldo lo vio impreso. ¡Ja! ¡Ja!

Pero sólo gruñó y miró con disgusto el tazón vacío. Le hubiera gustado quejarse por el pan y la leche que había comido, pero poco era lo que podía faltarle al pan o a la leche.

Arthur, la montaña que tenía enfrente, preguntó finalmente:

—¿Comprendes todo sobre el amor?

—¿Qué?

Tal vez esto fuera lo que más temía.

—Por supuesto —respondió Waldo—. ¿Qué quieres decir?

—A veces me pregunto —continuó Arthur— si alguna vez has estado enamorado.

Waldo sintió un hormigueo tan desagradable que se puso de pie, dejando el tazón en el suelo. Uno de los perros, tal vez «Scruffy», fue a lamerlo.

—He estado enamorado —contestó cautelosamente—, bueno, creo, tanto como puede estarlo cualquier persona normal.

En ese momento sospechó hasta de su sintaxis, pero Arthur no prestaba atención a la sintaxis.

—Sólo quería saber —explicó Arthur.

—¿Qué cosas preguntas! —dijo abruptamente Waldo—. ¿Y tú?

Después de decirlo se arrepintió!

—Oh —declaró Arthur—, todo el tiempo. Pero tal vez no amo lo suficiente, o algo así. De todos modos, es un tema demasiado importante como para poder comprenderlo.

—¡Así lo creo! —dijo Waldo.

Así lo espero, hubiera querido decir.

—Si amáramos lo suficiente —luchaba por decir Arthur, amasándose las manos —, entonces tal vez podríamos olvidarnos de odiar.

—¿A quién odias? —preguntó Waldo muy cuidadosamente.

—A veces a mí mismo.

—Si tienes que odiar a alguien, no hay razón para que te elijas a ti mismo.

—Pero yo puedo verme. Estoy muy cerca de mí mismo.

Entonces Waldo quiso llorar por ese pobre tonto de Arthur. Tal vez fuera esa la función de Arthur: conducirlo en dirección a las lágrimas.

—No sé de qué me hablas — dijo, como para ofrecer mayor resistencia.

—Amor — insistió Arthur —. Y eso es lo peor para mí.

—¡Oh, Dios! —lloró Waldo.

La luz era la más blanca del mediodía, la del clima frío; Arthur estaba perturbándolo.

—Si yo no fuera tan simple — continuó Arthur —, podría haber sido capaz de ayudarte, Waldo, a que no fueras como eres.

Entonces Waldo se encolerizó ante el horror que esto le producía.

—¡Estás loco! Eso es lo que eres. ¡Eres un loco!

—Está bien —dijo Arthur—. Soy un loco.

Y se fue.

Aunque estaba temblando, Waldo tomó su caja e intentó trabajar para recobrar de la conmoción sufrida. Después de todo, con voluntad todo se supera. Si la voluntad, lo más íntimo de cada uno, no existe... no soportaba pensar en ello.

Por la tarde volvió a atar las cuerdas alrededor de los manojos de papeles. No sabía dónde estaba Arthur. Salió y caminó por ahí, desplazando las altas hierbas, que volían a erguirse cuando había pasado, porque él era ligero de huesos, y viejo.

Después volvió, a la casa en que vivían, y encontró a Arthur de pie en la entrada, esperándolo. Arthur se veía viejo, pero parecía el más joven debido a alguna fuerza. O a la luz de la lámpara. Porque la luz enjuaga las caras más suaves y más inocentes, volviéndolas aún más suaves y más inocentes.

Pero Arthur no era en absoluto inocente. Estaba esperando para atraparlo, sospechaba Waldo, para hablar de amor.

Subió llorando los escalones de la cocina y Arthur, que había estado esperándolo, lo llevó adentro y le abrió los brazos. Inmediatamente Waldo quedó atrapado en el abrazo más intolerable, en el olor a carne de cordero y a perros, a niñez y a viejos. No podía dejar de llorar.

Arthur lo condujo adentro y se tendieron juntos en la cama que había sido de sus padres; es decir, Waldo queda entre los brazos de Arthur, lo que al mismo tiempo era el abrazo gótico de Anne Quantrell tranquilizando a su bautista renegado. Todo el pan y la leche del mundo fluyeron en la boca de Arthur hacia los labios de Waldo. Sintió vagamente que debería resistir esa papilla rancia, ineficaz. Pero Arthur estaba decidido a que Waldo recibiera. Por ese entonces sus manchados rostros se habían fundido uno contra otro, confundiendo.

Tan ineficaz. Waldo era un pasivo aunque palpitante muñeco de plástico entre los brazos de Arthur, que ni siquiera intentaba desvestirlo, tal vez porque conocía demasiado bien sus ropas, el repertorio de su carne. Mrs. Poulter, que había tejido el jersey que usaba Waldo, debía haber experimentado si no placer, al menos curiosidad satisfecha, probablemente incluso un miedo cauterizante, al vestir y desvestir su muñeca. Pero Arthur parecía no tener miedo a nadie, y Waldo sólo temía al tiempo, ahora que había comenzado a deslizarse.

Mientras descansaban en la cama grande, el tiempo se abatía sobre ellos en olas de luz amarilla y fluctuante, o de hierba. Finalmente la fricción amarilla revivió sus carnes. Parecían flotar juntos como lo habían hecho, una o dos veces, en la memoria o en el sueño. Tendrían una mañana pringosa, de amarilla suavidad, de viejos membrillos amarillentos y agusanados.

Waldo no despertó exactamente al llegar las horas grises, sólo abrió otro compartimiento para ver que Arthur se había vuelto sobre su espalda, roncando con un sonido gris, espinoso, y que él, Waldo, otra vez estaba atrapado en la maraña del jersey de Arthur. Casi inmediatamente comenzó a reírse, de la ilusión de amor y las altas hierbas secas de Arthur. Si los bigotes se hubieran cruzado — Arthur era suave en sus expresiones — habrían podido crear una larga hilera de niños de ojos afranelados y niñas de cabellos rizados. Pero no había sido así. Desafortunadamente el judío de las alfombras lo había enredado en su ovillo.

Al cabo de un rato Waldo se deslizó de la cama y comenzó a lavar silenciosamente los tazones y las cosas sucias, que normalmente dejaban sin lavar hasta que se les formaba una costra. Esta mañana necesitaba hacerlo. Para ignorar los pensamientos en los que Arthur podría caer cuando se despertara. De modo que tenía que trabajar con cuidado, no para evitar hacer ruido, sino para evitar pensar. Arthur nunca se despertaba con los ruidos. Permanecía en la cama hasta bien entrada la mañana, y luego, todavía medio dormido, se quedaba sacándose la piel muerta de las plantas de sus esponjosos pies, esperando la oportunidad para abalanzarse sobre los pensamientos de los demás.

Esa mañana, cuando finalmente Arthur se despertó, le gritó a Waldo:

—He soñado contigo, Waldo. Tenías trozos de jabón Pears tratando de salirte por la nariz. Parecías molesto. Me pregunto qué significa.

Waldo sintió asco. Rompió una fuente.

—Tal vez —dijo Arthur— signifique que tienes miedo de tener un hijo.

—Creo —respondió Waldo— que por ahora no necesito tener miedo de eso.

—¿Sabías que Dulcie tuvo dos abortos? Nunca la había visto tan apenada.

Arthur entró arrastrando los pies, Con ese jersey horrible que le había tejido Mrs. Poulter.

—Creo que los quería —continuó Arthur— más que a los hijos que tuvo.

—Los abortos — rió Waldo con desprecio — son más que verdaderos. ¡ Lo sé muy bien!

Arthur se sentó, luchando con la confusión de sus cabellos de viejo, en los que todavía eran notorias las manchas de su fiera juventud. Si uno no hubiera conocido a Arthur, sus pies desnudos le hubieran parecido extrañamente suaves.

—¿Qué vamos a hacer hoy?

—Daremos un paseo.

—¿Qué paseo?

—El mismo.

Arthur y Waldo se miraron.

Luego Arthur, con esa fluidez y lucidez que repentinamente aparecía en su rostro, dijo:

—Está bien, Waldo. Porque así estaremos juntos, ¿no? Y si te sientes caer, yo te daré la mano; soy el más fuerte de los dos.

De modo que no había nada que hacer excepto ir.

Cada mañana, antes o después, iban a caminar, cada vez más y más, Waldo siempre quería hacerlo. Volvían cerca del mediodía, o más tarde si había sido más lejos. Volvían a los tazones de pan y leche.

A veces también comían carne: un trozo de carne de vaca, una tira de carne de cordero, un tanto gomosa debido a que los peligros desaparecían con el hervido. A veces tentaban suerte y preparaban una pierna de cordero, ensartándola en las viejas brochetas de aluminio

curvas, que siempre tenían nuevas formas o caían al suelo, mientras las manos peleaban por hacer una escultura de masa o torturar la carne muerta para someterla. Mientras clavaban y pinchaban, durante su esfuerzo conjunto, comenzaban a reírse, probablemente por diferentes motivos. Al menos tenían la carne en común. A la vez que las brochetas amenazaban con desgarrarles las manos.

Si Arthur no intentaba convertir a Waldo al amor que predicaba, tal vez fuera porque al final el amor se transforma en una abstracción, como cualquier otra cosa. De la carne a Bonox, en varios actos. De todos modos, marrón.

Aquella noche Waldo se contrarió lo indecible cuando despertó para descubrir que había pasado lo peor. Hundirse nunca es hundirse lo suficientemente bajo. Como todavía no había recuperado su vocabulario, sólo podía llamar caca a los Á excrementos.

O gritar y bramar.

Cuando Arthur encendió la lámpara, dijo:

—Está bien, Waldo. ¿No lo entendemos acaso? Sé que soy responsable de buena parte.

Mientras traía la palangana, agregó:

—Pero nunca me quejé de fregar.

Murmurando, continuó:

—Volviendo a lo que te decía. Deja que *Scruffy* y *Runt* vengan a la cama. Así estaríamos todos juntos.

Waldo pensó que no podía permitirse quedarse dormido otra vez. Y encontrar eso. Sólo caminar, que es otra forma de dormir.

Lo hacía diariamente.

Una vez miró a Arthur y le dijo:

—Al menos nos hará bien.

Arthur respondió:

—Sí, obviamente nos hace bien.

Todas las tardes Waldo se arrojaba sobre la caja de vestidos con tanta pasión que había roto uno de los lados de cartón. Se sentaba con los papeles desparramados a su alrededor, y les ponía piedras encima si soplaban el viento. Por lo general, corregía, aunque a veces, como se le anudaba la garganta, también escribía.

Una vez escribió: «Hacia el fin de su juventud, que se acercaba rápidamente, Tiresias sufrió dificultades con su sintaxis y vocabulario, y descubrió que las palabras, transformadas en piedras, se hundían bajo la superficie, fuera de su vista.»

Aquello no le interesaba, pero lo guardó. Ahora guardaba todo, por despecho hacia Goethe, o respeto a la posteridad.

Entonces Arthur le mostró algo que había encontrado.

—¿Qué es esto, Waldo?

—Un vestido viejo de mamá.

—¿Por qué estaba detrás del perol? Mamá debió olvidarlo allí.

—¡Déjalo! —gritó Waldo—. ¡Donde estaba!

Arthur sostuvo el trozo de hielo frente a Waldo, para que éste pudiera ver su reflejo en él.

Luego tiró el vestido.

Que se transformó en la hoja de papel que Waldo descubrió en un rincón, no porque la hubiera estado buscando, sino como si ella lo hubiera estado persiguiendo. Al extender el papel comenzó inmediatamente a temblar.

—¡Arthur! —gritó—. ¿Puedes decirme qué es esto?

—Sí —dijo Arthur—. Es un poema.

—¿Qué poema?

—Uno que quise, pero que no pude escribir.

Entonces Waldo leyó en voz alta, no tan amenazadoramente como hubiera querido, porque era él, en realidad, el amenazado:

—«mi corazón sangra por el Viviseccionista
Cordelia sangra por la muerte de su padre
todas las Marías en algún momento sangran
pero no se quejan porque saben
porque saben que no se les puede dar de otro modo»

Esto era lo más bajo de todo. Waldo dejó que el papel colgara de su mano.

—¡Ya lo sé, Waldo! —gritó Arthur—. ¡Dámelo! Jamás fue un poema.

Hubiera tratado de arrebatarárselo, pero Waldo hizo que no fuera necesario.

Cuando su hermano se fue, Waldo entró al cuarto en que su madre solía tomar el jerez de las cuatro. Tomó la caja de vestidos, empezó a buscar palabras brillantes. Estaba viejo. Sangraba. Al menos se sentía insoportablemente opaco— Sus manos temblaban como los papeles que el tiempo había secado.

Mientras el monstruoso goteo de la sangre provocada por Arthur seguía resplandeciendo, como el síntoma de un mal incurable, Waldo se había contagiado.

Alrededor de las cuatro bajó —Tiresias, un hombre flaco—, llevando la caja bajo el brazo, y fue hacia el pozo en el que habían acostumbrado a quemar sólo aquellas cosas de las que podían soportar desprenderse. Se detuvo en el borde, vestido con su bata. Luego se agachó y armó una tienda de papel, y después de encender varias cerillas — cada vez de peor calidad— le prendió fuego. El calor le ayudó un poco, y también la belleza del fuego, pero casi inmediatamente después, la acidez de los años obstruyó su nariz.

Entonces se incorporó. Empezó a arrojar los papeles a puñados, o cada tanto detenía alguno con la punta de su pie, cuando el viento amenazaba con llevárselos demasiado lejos, con su pie enfundado en una pantufla, por el cual el humo y sus venas azules trepaban enroscándose.

Era a la vez un sembrar y un desparramar semillas. Al terminar se sintió más ligero, aunque siempre lo había sido, como pensó mientras se alejaba.

Ahora al menos estaba libre prácticamente de todo, excepto de Arthur.

Después de haberse echado sobre la cama empezó a pensar cómo podría desembarazarse, no como esas tontas mujeres de los periódicos a quienes descubrían por un pelo caído o algún otro detalle imprevisto, sino de un modo rápido, limpio y sutil, un giro que aún no había perfeccionado, pero que debía perfeccionar. Siempre echado, se irguió apoyándose sobre su codo artrítico, debido a la urgencia del problema.

Fue entonces cuando Arthur entró y lo vio.

—¡Waldo! —exclamó Arthur, finalmente asustado—. ¿Qué estás tratando de hacerme?

Cuando Waldo «e había preguntado siempre, más débilmente ahora, si Arthur se enteraría del mal que pensaba hacerle. O Dulcie. Nunca le había dejado notar que había reparado en su bigote. Pero el bigote de Dulcie posiblemente hubiera sido el motivo de su destrucción-

Y Arthur tan prácticamente suave.

En medio del dolor de destruir a Arthur, más que oír percibía las últimas palabras de su hermano.

—Sé que jamás fue un poema — decía Arthur esbozando su defensa —. Debí haberlo destruido inmediatamente. Perdona, Waldo.

Las cálidas piedras de palabras.

—¿Ese poema? ¡Ese inmundito de sangre! —jadeó Waldo para oír su propia voz.

—Te hubiera dado el mandala, pero tú nunca demostraste quererlo.

—Nunca me importaron las bolitas. Mi pulgar nunca pudo dominarlas.

Estaba fascinado por la gran caléndula que comenzaba a abrirse en el rostro de Arthur. A abrirse. A separarse. A caer.

—¡Suéltame! ¡Waldo! ¡Waldo!

Mientras caía. Caía. Caía.

En el principio fue el mar de sueño de aquel azul en el que reposaban junto con promontorios helados y fragmentos de cristal encajados entre sí, entregados a las sedosas oleadas de sueño como si fuesen animales.

Soñaban y dormitaban.

Pasada Ciudad del Cabo, las voces de los pasajeros anunciaron *icebergs* hacia el sur, sumergidos en sus dos terceras partes.

Miró, pero no vio más que el mar con sus cambiantes matices de luz y azul. A veces, en el silencio de una ola, oía chillar a algún ave marina, lo cual podría explicar la tristeza que sentía en su estómago. No estaba mareado. Tampoco antes había estado mareado. Waldo era el flojo, decía; Arthur siempre había sido fuerte— De modo que tenía que seguir siéndolo.

Luego, de repente, reparó por primera vez sin esfuerzo, aparentemente, en el disco dorado rojizo del sol. Se sintió tan feliz que corrió a alcanzarlo, subiéndose a las barandillas, estirándose. Sus manos parecían aventar su respiración jadeante por el natural esfuerzo.

Voces alarmadas tiraron de él, y se percató de que había sido arañado por las señoras.

—¡No debes encaramarte nunca a las barandillas cuando estés en el mar! — dijo su madre —. Podrías caer, y entonces te perderías para siempre.

La miró y respondió:

—Sí. Podría caer. Para siempre.

Sintiendo cómo las frías ondas del agua se alejarían de él. Al poco rato, su madre estaba otra vez tranquila y sentada charlando con una señora que, cubierta de velos de los pies a la cabeza, iba pareciendo cada vez más un gusano de seda a medida que se ajustaba y arreglaba la ropa.

—Sí, éste es diferente —reconoció la madre, y rió.

Pero son verdaderos mellizos. ¡Puedo asegurarlo! El otro

Y Waldo— ha ido con su padre a trabar amistad con alguien; el ingeniero jefe, creo. Ni a George ni a Waldo les gustan las máquinas, pero quizás piensen que es de hombres intentarlo.

El Gusano de Seda dijo que no podía soportar el barco — había cucarachas en el lavabo de señoras—, que no podía soportar a los pasajeros — ¡eran tan vulgares! — y que no podía soportar el viaje — ¡era tan innecesariamente largo!

—¡Nunca más volveré a rodear el Cabo! —exclamó el Gusano de Seda, temblando dentro de su capullo—. Toda la gente interesante viaja por el Canal. Pero el señor Viney-Smith —mi marido — dice que no podríamos soportar el calor tropical.

—Sí —dijo la madre, y suspiró— Es muy largo. Pero ¡ nosotros venimos por esta ruta porque es barato. Pero me parece que nunca volveremos a hacerlo, por ninguna ruta. Cuando lleguemos tendremos que quedarnos donde nos pongan.

Aquella noche tenía que celebrarse un baile. De modo que al cabo de unos instantes Gusano de Seda marchó a transformarse en una Alegre Pompadour, y ganar el premio.

Arthur estaba contento de quedarse a solas con su madre. ¡ Le tomó la mano apoyando el dorso contra su mejilla y frotando ésta con el único anillo que ella llevaba.

Pero la madre pareció ignorarlo, por lo menos a medias. Hablaba en voz baja mirando hacia el sol poniente.

—No deberíamos exhibirnos —dijo.

—¿No deberíamos qué?

—Hacer alardes. He dado la más lamentable exhibición de falsa humildad. A lo cual sé que tengo tendencia.

Entonces lo volvió a mirar, y esta vez se dirigió a él expresamente.

—Prométeme que nunca harás alardes.

Ella siempre exigía promesas, y él siempre prometía, incluso lo que no podría cumplir.

Pues Arthur sabía que le encantaba exhibirse. Sobre todo cuando otra gente lo hacía. Le agradaba el contacto con los asientos de terciopelo.

—¿Te gusta estar en un palco, Arthur?

Era Abuela quien le preguntaba.

Todos le preguntaban cómo se sentía, y él, por su parte, no podría haber respondido más que estaba somnoliento y excitado. Lo único que podía hacer era pasar una y otra vez sus manos a lo largo del borde aterciopelado de lo que era como una caja flotando en un mar de música.

Todo el mundo hablaba mucho en el palco mientras las señoras del inmenso escenario iluminado cantaban dirigiéndose una a otra.

Volieron a preguntarle:

—¿Te gusta? ¿Qué te parece?

Ahora se trataba del tío de su madre, a quien llamaban tío Charlie, y que estaba asomado por sobre el respaldo de su silla.

—Bien, ¿qué le parece al jovencito el *Götterdämmerung*? — preguntó el tío Charlie.

A lo que Arthur respondió sólo inclinando su cabeza hasta tocarse el hombro izquierdo con la mejilla. Cualquier otra respuesta habría sido demasiado forzada, demasiado tonta.

—Es un milagro que Anne nos permitiera traer a su mocoso a este lamentable experimento — bostezó el tío Charlie.

—¡ Pobre Anne! Está demasiado preocupada — dijo la prima Mollie Thourault, de la que emanaba un penetrante olor a flores—, demasiado alterada por la enfermedad del otro.

El tío Charlie, Arthur podía adivinarlo, estaba en cierto modo nuevamente interesado. Sentía su mano apoyada en la nuca. Le habría gustado apartarla, pero tenía miedo de estorbar los pensamientos del tío Charlie. Pues sus dedos reflejaban los pensamientos que se adivinaban en su voz.

—¿No crees tú, Adelaide — dijo el tío Charlie a la Abuela; su voz resonó con estruendo por encima del canto que ella pudiera haber sospechado alguna ironía del destino? No cabe esperar eso de El. La ironía no existe para los racionalistas bautistas, aun cuando sirve para eliminar unos pocos inaceptables dioses más.

—¡Qué salvaje eres, Charlie! —dijo la abuela riendo — Los hombres son más crueles que las mujeres, y mucho más complicados.

Arthur no podía juzgar, pero más adelante comprendió que la abuela estaba en lo cierto, y que incluso los perros, por ser menos complicados, son menos crueles que los hombres.

Por el momento, arropado en un delirio de terciopelo granate, se dejaba arrastrar por el sueño. O quizás la música. ¿Quiénes eran y dónde estaban los dioses? No podría haber- lo dicho, pero lo sabía, en lo más profundo de su ser. Le contaría a Waldo sobre la mujer con el yelmo de bronce. Y sobre el decorado florido. Si tan sólo existiera en el mundo de Waldo aquel torrente escarlata de música.

—Despiértate, querido — dijo su madre.

Naturalmente, estaban sentados en cubierta. Con el ocaso, había empezado el frío.

—¡Qué niño! —dijo ella—. Durmiéndose en cualquier parte. Aunque quizás sea una bendición — añadió.

Otra vez se puso a contemplar el mar. Y Arthur a amarla.

Le habría gustado ver los témpanos, pero éstos nunca aparecieron, ni aún cuando él fatigaba su mirada escrutando la línea que separa el cielo del mar. Sólo en sus sueños los témpanos gemían, y se empujaban entre sí, crujendo y tintineando. Las lunas de hielo azul celeste caían rompiéndose silenciosamente en bolas de cristal que sus manos protegidas atesoraban.

De alguna forma supo que desde el principio él estaba protegido. Tal vez por Waldo. No todo el mundo tenía un hermano mellizo. Tenía que mantenerse cerca de Waldo-

—Buena pareja sois vosotros — dijo la mujer de Barranugli mientras traía la gran tetera marrón—. ¿Hay muchos otros así en Inglaterra?

—Supongo que no —contestó Waldo; estaba irritado—. Creo que somos diferentes de todo el mundo.

La mujer se marchó. No parecía haber comprendido su discurso. Arthur no había intervenido porque prefería cederle el puesto a su hermano que era muy rápido para contestar preguntas. Quizás si las cosas le irritasen más, Arthur habría respondido con más frecuencia, pero era lo bastante perezoso como para dejar que lo hiciera Waldo.

Al principio se alojaron con aquel matrimonio de Barranugli, Mr. y Mrs. Thompson; él era un carpintero al que no le habían caído en gracia. Peto era conveniente a causa del empleo de Papá en el banco. La escuela a donde iban Arthur y Waldo distaba solamente un par de calles; allí nadie les entendió hasta que aprendieron a hablar el idioma. Aun así, Waldo siempre prefirió hablar inglés, porque, decía él, tenía un vocabulario más amplio. A Arthur no le importaba. O tal vez sí. Adoptó la costumbre de hablar casi siempre en australiano. Quería que lo entendieran. Y también que confiaran en él. Waldo, Arthur lo sabía, sospechaba de los hombres, aunque el propio Waldo se sentía inclinado a llamarles australianos-

Papá estaba en el banco por aquel entonces. Ellos procuraban visitarlo cuantas veces les era posible, para ser mimados por las señoritas, y recibir algún regalo de Mr. Mackenzie, en ocasiones incluso una moneda de seis peniques. Lo que más le gustaba a Arthur era subir a la residencia de Mr. Mackenzie. Le encantaban las casas ajenas, y nunca pudo vencer el hábito, hábito que ofendía terriblemente a su madre, de abrir las vitrinas y los cajones para mirar en su interior. La madre seguía disgustada, aun después de admitir que aquella era la mejor manera de llegar a conocer a los dueños de la casa.

—Es una forma de ser deshonesto —dijo una vez la mamá.

—¡No lo es! ¡No lo es! —gritó Arthur.

—No me gustaría pensar que eres deshonesto.

Sentía en su interior un torrente de palabras que no encontraban cauce para expresarse.

—¿Por qué deshonesto —barbotó, sacudiendo su cabeza como si tratara de liberarse de una mordaza—, cuando lo único que quiero es conocer, hablar a la gente? Cuanto mejor la conozco, más fácil me resulta hablar con ella.

—La gente te dirá sólo aquello que desean que tú sepas.

—¿Y eso es honesto?

—No te excites, querido. No es bueno para ti. Eso sí que lo sabemos.

Excitarse no era bueno para él. Pero su madre también podía ser injusta.

De suerte que, al menos esa vez, no miró dentro de las vitrinas y cajones de la casa del gerente del banco. Al parecer, habría sido demasiado humillante para el papá. Siempre que los llevaban al piso superior, Arthur tenía que contentarse con el sonido del silencio, las sombras marrones y el misterio de la esposa del gerente del banco.

—Mrs. Mackenzie está confinada en su cama —explicó la madre.

—¿Qué?

—Está delicada. Es una inválida. Tiene que permanecer en cama.

—¿Qué le pasa?

—Eso es algo que no hay que preguntar.

Waldo dijo:

—Creo que Mrs. Mackenzie es una flor seca—. Y dejó escapar una risita.

La cosa le interesaba mucho a Arthur. Realmente la mano de Mrs. Mackenzie tenía ese tacto frío y seco del papel de cartas nuevo o de las flores secas. Y era amarillenta. Toda ella era amarillenta, en su silenciosa habitación marrón en la que zumbaba algún moscardón que hubiera conseguido colarse, y donde estaba el pequeño reclinador, en el que ya no tenía fuerzas para arrodillarse.

—Quizás — sugirió Arthur §— podría usted usar muletas.

Pero Mrs. Mackenzie estaba demasiado delicada como para apreciar aquel comentario. Se limitó a mojarse los labios.

Ante aquello, Arthur decidió no agregar a Mrs. Mackenzie a su colección, aunque, de los dos hermanos, era él quien tenía interés en las personas. Waldo estaba más interesado en las palabras y en todo lo que se proponía hacer. Bastante lógico: Waldo era el mellizo inteligente.

No fue hasta poco antes de terminar su estancia en Barranugli, cierta vez que Waldo había pasado al otro lado del mostrador para dar su opinión a dos de los empleados que estaban sentados frente a sus libros de contabilidad, que Arthur decidió visitar por su cuenta la residencia; y si las cosas hubieran ocurrido de otra manera, con toda seguridad habría conseguido mirar en armarios y cajones. Pero no fue así.

La vivienda ubicada sobre el banco tenía una distribución poco corriente. Poco antes del final de la escalera se encontraba uno en un pequeño rellano donde debía decidirse por una de dos direcciones. Arthur nunca había dispuesto del tiempo o la oportunidad necesarias para descubrir el mundo que se extendía hacia la derecha, más allá del linóleo marrón y la parduzca y espesa claridad. La mañana en que iba a descubrirlo fue, por así decirlo, atajado. Se aproximaba ya al pequeño rellano cuando se detuvo, tomándose de la barandilla.

Pues precisamente en ese momento Mrs. Mackenzie, la esposa del gerente del banco, más amarillenta y frágil que nunca, volaba a través del rellano, envuelta en el susurro de su propio camisón almidonado. Pudo oír el ruido de sus largos y más bien finos, aunque amarillentos, pies arañando la superficie del linóleo, un poco como si fueran de papel de lija.

Al ver a Arthur, Mrs. Mackenzie se quedó también inmóvil. En el pequeño rellano. Permaneció con la mirada clavada en sus propios pies. Arthur se sorprendió de ver cuán alta era. Mucho más que el fumador de su marido. **Quizás como** resultado de estar tanto tiempo en cama.

Luego, con la vista aún clavada en los dedos de sus pies, que se arqueaban hacia arriba como para encontrar su mirada, Mrs. Mackenzie dijo:

—Mi marido ha cogido el calesín y se ha marchado a Wilberforce a pasar el día.

A Arthur le habría gustado saber qué contestar.

—Problemas de negocios —dijo ella. Luego rió mostrando sus pálidas encías —. Los hombres son un verdadero problema en sí mismos.

El camisón daba solidez a solidez comparado con la delgadez de Mrs. Mackenzie.

De repente, mirándolo fijamente —y él reconoció la mirada—, agregó: —Estoy enferma, sabes. ¿No te lo han dicho? No debería haber dejado mi cama. Mi marido se molestará mucho. Cuando vuelva de Wilberforce. Si no me encuentra tal como me dejó.

Empezó a retroceder hacia su habitación, acompañada de un sonido, no de carne, sino de piel y almidón arrugado.

—Está bien, Mrs. Mackenzie —contestó Arthur, sintiendo que tenía que elevar su voz a medida que ella desaparecía—. Sólo sé lo que usted me ha dicho.

Esto era decepcionantemente cierto, pues jamás supo si la esposa del gerente tenía algún secreto importante, o si sencillamente la había sorprendido yendo a robar dulces a la cocina.

En ese preciso momento, Waldo empezó a llamarlo desde el pie de las escaleras, y tuvo que bajar, cuando en realidad le habría gustado quedarse y, al menos, ver cómo Mrs. Mackenzie acomodaba sus inválidos brazos en la posición correcta sobre el cobertor. Le gustaban las señoras, y pese a que éstas no lo tomaban en serio, sabía lo suficiente acerca de ellas. En general, no necesitaba confirmar sus opiniones en las vitrinas y cajones. Aproximadamente en esta época compraron el terreno de Terminus Road. El papá ya había estado allí por su cuenta varias veces. Había entablado amistad con un tendero, un hombre llamado Allwright, quien le había dicho que Sarsaparilla era un lugar de porvenir.

—No es que eso me importe —les advirtió el padre al regresar de una de sus expediciones—. Lo que queremos es que nos dejen vivir tranquilos, ¿no? Sin entrometidos a nuestro alrededor. Bien, Mr. Allwright cree firmemente que Sarsaparilla nunca perderá sus remansos de paz, pese a que la mayor parte está destinada a ensancharse.

—¡ Oh, querido! — comenzó a decir Madre, dando la impresión de que algo la asustaba —. ¿Crees que se puede confiar en Mr. Allwright? Sabes que eres demasiado confiado, George.

—Toda decisión importante — dijo Papá — es un salto a ciegas. Y tú, Mamá, fuiste el mayor salto de todos.

La madre permaneció callada, como Arthur llegaría a saber, igual que cada vez que el papá mezclaba los temas.

Al poco tiempo todos fueron en el tren a Sarsaparilla a ver el terreno y a conocer a Mr. Allwright, para que la mamá se convenciera.

—¡ Pero está *tan* lejos eso, George! — se quejó la madre en el bamboleante tren —. ¡ Imagínate después de un día entero en el banco!

Al no contestar el papá y viendo la seriedad de su cara, comprendieron que podía suceder cualquier cosa. Entretanto, el tren desparramaba hollín, que tiznaba sus caras.

Mr. Allwright les aguardaba en el apeadero con una calesa. Arthur no se fijó demasiado en él, y años más tarde, al tratar de recordar la primera vez que había visto a su actual patrón, se preguntó por qué aquel primer encuentro había causado tan poca impresión en él. Mr. Allwright nunca podría haber aparentado ser un hombre joven. Era alto, bastante ancho, y rectangular como una barra de chocolate. El poblado bigote, las gruesas gafas, el chaleco que llevaba sobre su camisa, todo contribuía a crear la impresión de que se trataba de un hombre honrado. Quizás la razón por la que uno no presta mucha atención al encontrarse con alguien tan macizo sea que uno intuye su solidez, su permanencia, uno sabe que seguirá estando allí más tarde. En cualquier caso, Arthur apenas se molestó en mirarlo, dedicándose «contemplar en todas direcciones Sarsaparilla, que resplandecía bajo el primer sol veraniego.

Mr. Allwright, que no era muy conversador, conducía el calesín, y hacía notar a la madre la comodidad de su calle. Ya era suya. Se la había llamado Terminus porque estaba muy cerca de la estación, como si, de hecho, hubiese sido planeado para el papá.

Mientras bajaban por Terminus Road pasaron (rente a una casa derruida y rodeada de árboles frutales a los que la falta de cuidado había transformado en salvajes.

—¿Qué es eso? —preguntó Waldo.

—¡Ah! —dijo Mr. Allwright—. Esa casa tiene su historia.

—¿Qué historia? —oyó Arthur que insistía Waldo.

—¡ Ah! — contestó Mr. Allwright —, se trata de algo para relatar en una noche de invierno. Demasiado largo para contarlo ahora, y, además, casi hemos llegado.

Arthur comprendió que Mr. Allwright no tenía deseos de contarlo, como también que Waldo estaba ofendido.

—Si usted no la cuenta ahora —dijo Waldo—, ¿cómo sabré yo que no se ha olvidado usted de la historia?

Arthur rió. Estaba divirtiéndose.

—No importa, Mr. Allwright —dijo—, si usted no la cuenta, mi hermano la inventará de todos modos.

Mr. Allwright hizo restallar el látigo y se volvió hacia el papá.

—Los jóvenes —dijo— son demasiado listos. Demasiada imaginación podría acarrearles problemas.

Pero el papá ya vivía en Terminus Road, y no contestó. Estaba sentado, sacando la mandíbula. Se había quitado su bombín. Mostraba la marca que el tafilete había dejado en la frente, y durante un rato se había olvidado de mover su pierna mala.

De manera que antes de que hubiera transcurrido mucho tiempo estaban viviendo realmente en el terreno que habían comprado a los Allwright en Terminus Road. Primero, por supuesto, hubo que construir la casa; entonces solían venir desde Barranugli los domingos para supervisar la construcción, de la que se encargaban Mr. Haynes y un par de hombres. Arthur jugaba con un gran perro arisco que pertenecía a uno de los obreros.

A Arthur le gustaba enormemente el frontón clásico de la casa de tablas marrones. Descubrió que en lo clásico había algo que el papá llamaba «sacrosanto, como quien dice».

Después de que Waldo le había importunado lo suficiente, y luego había ido a buscar el libro, el padre les leía los mitos griegos. Si bien cada dos o tres semanas hacía una pausa para recordarles: «Nada de esto es verdad, nada de esto es realidad». Sólo él sabía lo que quería decir con aquello. Bajo el fuerte sol de las mañanas dominicales o en los verdosos atardeceres vistos por entre las hojas, nada de esto le importaba a Arthur. Amaba a Demeter por su plenitud, por sus— manzanas maduras, amaba a Atenea por su comprensión.

Hubo una ocasión en que el papá dejó el libro y dijo:

—A veces me pregunto, Arthur, si escuchas todo lo que digo. Waldo suele hacer comentarios inteligentes. ¡Pero tú! Empiezo a preguntarme si hay algún personaje, algún acontecimiento, que sea capaz de despertar tu interés.

Arthur no podía contestar a su padre, al menos no completamente.

—Tiresias — dijo, para hacerlo callar.

—¿Y por qué diablos Tiresias? — preguntó Papá.

Waldo, por su parte, había empezado a mirarlo fijamente.

Sin embargo, era demasiado difícil explicárselo a su padre, aun en el caso de que hubiera querido. No podía explicar la diversidad de lo que entendía parcialmente. Era demasiado perezoso. La explicación era demasiado larga. Su familia no la entendería. ¿Cómo podía hablarles de sus sueños, por ejemplo, excepto como de algo risible? Se reirían al saber cuánto se impresionó al enterarse de que Zeus le quitó la vista a Tiresias cuando éste tenía siete años — ¡ siete! — por haber dicho a la gente cosas que ellos no deberían saber. Por lo tanto, Arthur se calló. Únicamente

se sorprendió de que nadie notara cómo se apresuraba cuando Zeus recompensó a Tiresias con el don de la profecía y una vida siete veces más larga que la de los hombres corrientes. Había, además, aquel otro pequeño detalle, de cómo fue cambiado en mujer, aunque sólo por corto tiempo. Tiempo suficiente, sin embargo, para saber que no era tan distinto.

De forma que, cuando Waldo fijó su mirada en Arthur, el estúpido de Arthur, que no era capaz de contestar la pregunta de Papá, Arthur simplemente entrecruzó sus dedos y se quedó sentado mirando hacia el suelo.

«¿Brown Brown Arthur Brown?», oía decir en la escuela, pero a través de sus propios pensamientos, sin duda más interesantes. Oía la voz de Mr. Hetherington quien, después de poco tiempo, se dio cuenta y no le hacía quedar después de la clase.

El director era Mr. Heyward, con quien al principio hubo un pequeño problema. No fue tanto a causa de los verdes libros de Instrucción Religiosa Juvenil. No había razón para preocuparse por ellos. Uno podía mirar otras cosas más allá de la página. El problema comenzó con la media hora de segregación religiosa, cuando venían el clérigo y los pastores.

El papá escribió una nota a Mr. Heyward:

Estimado Señor,

Como mis hijos son ateos convencidos, debo pedirle que les exima de la instrucción religiosa. Yo mismo nací bautista, pero desde entonces lo he pensado mejor.

Afectuosamente, Geo. Brown.

Mr. Heyward contestó:

Estimado señor Brown,

El problema es sencillo. Todos los agnósticos son clasificados automáticamente como miembros de la Iglesia Anglicana. Puede estar usted seguro de que el Reverendo Webb-Stoner no atacará las convicciones de sus hijos.

H. E. Heyward (Director.)

Entonces al papá se le ocurrió una broma tremenda:

Querido señor Heyward,

¿Qué pasaría si yo divulgase que un par de niños musulmanes asisten a su escuela?

G. Brown.

Los hermanos Brown no fueron molestados más; se les permitió que mataran ese tiempo en el patio de recreo. Waldo acostumbraba a llevar un libro escondido. Pero Arthur jugaba con las bolitas que había ganado. Arthur, en particular, anhelaba la media hora de segregación, que parecía establecer una distancia con los otros. En Sarsaparilla se había corrido la voz de que los Brown eran algo raros, sobre todo uno de ellos, que era un verdadero zoquete. Pero a Arthur esto no le importaba en absoluto...

Por supuesto, Mrs. Allwright, tan bien situada en la tienda que siempre se enteraba de todo lo que ocurría, había sospechado desde el principio que había algo extraño en los Brown, si bien su bondad había hecho que, cuando ella y su marido venían los domingos para supervisar (¿uno se preguntaba *qué?*) a Mr. Haynes, trajera consigo un tomate frío, una hoja de lechuga húmeda y un pedazo de carne para convidar a los mellizos, añadiendo a veces un huevo duro como extra.

Mrs. Allwright dijo:

—Fred, sabía que era una imprudencia vender el terreno a esta gente. *Mi* terreno, sobre todo, aunque no tengo intención de machacar sobre eso.

Las propiedades eran una de las varias razones por las que Mrs. Allwright era superior a su marido, como Arthur llegó a saber con el tiempo. Pero ahora él acababa de entrar en la tienda para comprar dulces con una de las monedas de seis peniques que le había dado Mr. Mackenzie.

—Tengo el presentimiento — estaba diciendo Mrs. — de que no nos podremos sacar a los Brown de encima. Entiéndeme, no tengo nada contra los ingleses en general, los ingleses decentes que van a la iglesia y con los que te sentarías a la mesa. ¡Pero *éstos!* —

—Estos son seres humanos, Ivy —dijo Mr. Allwright.

—De seres humanos —observó Mrs. Allwright— tienen sólo el nombre.

En ese momento Arthur hizo notar su presencia.

—Mrs. Allwright —dijo, golpeando ligeramente el mostrador con su moneda—, no quiero interrumpirle, pero he venido a comprar dulces, si es que tiene.

Mrs. Allwright salió de la trastienda. Estaba muy sofocada. Llevaba un pequeño reloj sujeto al extremo de una cadena, muy conveniente para ver la hora.

—No tengo dulces — dijo, como si nunca se le hubiera ocurrido tenerlos—. No tengo dulces, pero sí chupetines. Es lo mismo.

—No es lo mismo — dijo Arthur —, pero me los llevaré de todos modos. Nunca me han gustado mucho los chupetines.

Mrs. Allwright empezó a pesarlos.

—¡Vaya! —dijo— ¡qué difícil eres!

—¿Cómo se sentiría usted, Mrs. Allwright —preguntó Arthur—, chupando un chupetín?

Mientras tanto, Mrs. Allwright estaba doblando los bordes de la bolsa de papel.

—Vamos — dijo —. No tengo tiempo para charlas.

—No se sentiría bien — concluyó Arthur, cogiendo la bolsa y el cambio.

Mrs. Allwright no contestó. Se limitó a tomar aliento.

—Ese reloj es muy bonito —dijo entonces Arthur, para congraciarse—. ¿Me permite tirar de la cadena?

Pero Mrs. Allwright dijo:

—Imagino, Arthur, que tu madre te habrá enseñado que las señoras aborrecen el descaro en los niños pequeños.

De esta manera Arthur Brown se dio cuenta de que a Mrs. Allwright no le gustaba. Eso no le preocupó, sin embargo, como tampoco el hecho de que en el futuro ella siguiera teniéndole aversión. Era Mr. Allwright quien le importaba a Arthur.

En otra ocasión, al ir a la tienda a comprar un artículo sin importancia, Arthur miró a través de lo que debía de ser la ventana del dormitorio del tendero, y allí estaba Mr. Allwright, arrodillado, rodeado de muebles de color amarillo; Arthur quedó fascinado, por no decir asustado, por la cara de su amigo hundida contra el pecho, y por las manos extendidas frente a él, fuertemente apretadas una contra otra, tíasas como un trozo de tabla. Arthur se quedó intrigado.

—Mrs. Allwright — dijo acercándose al mostrador —, he visto a Mr. Allwright arredillado.

Mrs. Allwright se puso colorada y frunció la boca.

—Está orando a su Creador — dijo ella, como si aquello lo explicase todo.

—¿Su Creador?

Le gustó la idea, no obstante, de un hombre de madera, recién esculpido y suavemente perfumado.

—Al Todopoderoso.

Mientras se explicaba, Mrs. Allwright bajó discretamente la mirada. Si bien Arthur no lo comprendía perfectamente, el hombre de madera comenzó a tomar vida.

Y entonces llegó el propio Mr. Allwright.

—Bien, joven — dijo, y su modo de decirlo seguía fascinando a Arthur —. Apuesto a que has aprendido algo nuevo desde ayer.

Pero Arthur estaba intimidado, acobardado por algún poder, que Mrs. Allwright poseía.

Entonces el tendero revolvió en el fondo del talego en donde guardaba el cambio sobrante del reparto.

—¿Has visto alguna vez un florín de plomo?

Arthur no se cansaba de tocarlo.

—¿Esto ha sido *fabricado*? —preguntó.

—Claro que ha sido fabricado — dijo el tendero —, como cualquier otra cosa.

Tras decir esto, tomó el martillo y golpeó la moneda hasta convertirla en un disco de metal irreconocible.

—Eso le ha costado a usted un florín —dijo Arthur con expresión divertida.

Mientras tanto, Mrs. Allwright sufría cada golpe como si fuera en carne propia.

—Siempre alguien tiene que pagar los platos rotos — dijo finalmente.

No obstante, ella tenía buen cuidado de no ser nunca alguien.

En su momento, Arthur añadió a Mr. Allwright a la lista de cosas que consideraba más verdaderas: la veta en la madera, el pan desmigajado, las boñigas frescas y simétricamente esparcidas. Si no añadió a Mrs. Allwright, fue porque ella no pertenecía a ese mismo mundo compuesto de objetos, porque nunca se definía claramente; era toda ideas, conspiraciones y rabetas. Y Arthur nunca, ni en la mitología ni en la vida real, sintió simpatía por Hera..

Johnny Haynes, el niño de la escuela, preguntó si tal como se decía, los Brown eran realmente páganos, Arthur no sabía qué era eso.

Cuando Johnny descubrió que Arthur Brown era capaz de resolver problemas matemáticos, Arthur comenzó a ser solicitado, y empezó a ganar bolitas.

«Arthur el zoquete, Waldo el estúpido», medio-decía, medio-cantaba Johnny Haynes. A Arthur nada podía herirle. Su única preocupación era Waldo.

Por lo menos a Waldo le permitían que los acompañara detrás de los retretes. A Arthur ni siquiera se lo sugirieron. No querían a «Bolita sola» Brown.

En muchos sentidos, pues, él era diferente. Pero no le importaba porque tenía sus canicas.

Al margen de la cantidad de bolitas que tuviera —hubo algunas que se perdieron, y otras que entregó a cambio de diversas cosas— él consideraba cuatro de ellas como su posesión permanente. Había una con motas doradas, y otra de un color azul lechoso. Estaba luego la que tenía una espiral con círculos verdes y carmesíes. Y finalmente aquella que tenía como un nudo en el centro, lo que le había hecho pensar en deshacerse de ella, hasta que, al observarla detenidamente^ descubrió que el nudo era su atractivo principal.

De todas esas joyas o recuerdos, talismanes o novias, Arthur Brown llegó a amar por encima de todas la del nudo, y por haberla contemplado y frotado tanto, hubiera debido ver su cara dentro de ella. Después de regalar dos de sus bolitas, como muestras de aprecio o de reconocimiento, la canica imperfecta del nudo se transformó en motivo de preocupación. Sin embargo, estaba también dispuesto a regalarla si alguien se lo pedía. Porque su rareza más bien confusa no le pertenecía realmente. El tenía más en común con la barahúnda de círculos verdes y carmesíes.

Waldo solía burlarse de sus bolitas.

—¿A quién le interesa cargarse con un puñado de canicas viejas?

—Seguro que a ti no —contestó Arthur sin molestarse en lo más mínimo.

—Se te romperá el bolsillo y perderás tus viejas bolitas. ¿Qué harás entonces?

—Nada — dijo Arthur —. No las perderé.

Pero el saber que podía perderlas le produjo frío en su interior. Sabía, además, que Waldo esperaba que las perdiera.

Waldo, a quien le gustaban los besos. No, mejor dicho, a quien le gustaba que lo besaran y después olvidar que eso había sucedido. Al regresar de la escuela, Arthur le había sorprendido besando el espejo.

—¡Imagínate, besar un espejo!

—No lo hice •— gritó Waldo, que había enterrado ya aquel momento en su mente.

Pero se acostarían juntos, y el oscuro lecho los acogería bondadosamente, tiernamente. La piel nunca era tan aterciopelada durante el día. Las pestañas se entretejían en la oscuridad. Como decía Venus en el viejo libro que Arthur encontraría años después: «Engendro la luz, y las tinieblas no forman parte de mí; no hay, por tanto, nada mejor ni más venerable que la unión de mi hermano y yo».

Pero la oscuridad podía caer durante el día como una sólida losa negra.

—¡Ni me lo digas! —gritó una vez Waldo mientras estaban poniéndose los calcetines, y Arthur había olvidado cómo atar los cordones de sus botas.

Fue en uno de esos momentos cuando Arthur presintió que tendría que proteger a su hermano, que era demasiado inteligente, que leía sus composiciones en clase en voz alta, al— que le gustaban los libros y que, por lo que se decía, era el favorito de su madre. Por todo eso, Waldo necesitaba ser defendido de sí mismo y de los demás. Era muy conveniente ir tomado de la mano de su hermano, porque Waldo era aceptado por el mundo rígido, el mundo de la pulcritud y las respuestas rápidas, de la puntualidad y las reglas estrictas. Incluso Johnny Haynes y los chicos que iban detrás de los retretes a enseñar lo que habían conseguido, aceptaban a Waldo a empujones, porque estaban tan engañados, desde ciertos puntos de vista, como para verle igual a ellos. mismos. Pero el pobre Waldo era tan diferente y tan frágil..

Arthur nunca tenía tiempo para leer libros como su hermano. Nunca hubiera podido proteger a Waldo si él mismo, también, se hubiese exhibido y debilitado de aquella manera. Arthur sólo podía permitirse leer algún libro a hurtadillas. Con el tiempo, pensó, quizás empezara a comprender.

Entre tanto, allí estaba su familia. Todos los miembros de su familia eran frágiles. Mientras él se iba a ordeñar, ellos estaban allí, sentados en la clásica veranda: la mamá, que sabía mejor que nadie cómo debían hacerse las cosas, se había cortado el dedo pelando patatas; Waldo, que

sabía pensar, estaba más enredado aún que sus propios pensamientos; y al pobre Papá había pocas cosas que pudieran hacerle sudar bajo su cuello de celuloide. Así que Arthur tuvo que andarse con cuidado. Trató de impedir que el cubo rechinara. Se sintió contento de tener la oportunidad de dar un puñetazo a la ubre de *Jewel* — impidiendo así que saliera la leche como siempre— y de enterrar su cara en el costado de la vaca.

Pero cuando regresaba a lo largo del sendero de hierba hollada, le habría gustado llorar. En el supuesto de que ellos no hubiesen podido verlo. Porque estaban allí. Todavía. Y Waldo pretendía escribir una vieja tragedia griega.

Arthur tenía que distraerlos de alguna manera.

Por lo tanto, apoyó el cubo en el suelo, y dijo más o menos:

—Yo os representaré la tragedia de una vaca, tal como la veo.

Pues nadie podía acusarle de no comprender enteramente a las vacas. Y se quedaron sentados mirándole, llorando casi a causa de su tragedia. Comenzó a patalear, mugiendo, por la tragedia de todas las vacas parturientas, que sangran interminablemente. Para entonces, el vientre se le había hinchado. Podía sentir la cabeza del feto retorciéndose en sus tripas.

Todos habían empezado a participar de su agonía, pero las tragedias seguramente estaban para eso. De pronto la madre trató de borrar la expresión de su cara, y dijo:

—¡Oh, Arthur! Comprendemos tu tragedia sin necesidad de que nos muestres nada más.

Y en ese momento sintió que el papá se ponía en contra suya. Era un problema de sufrimiento. Salvo en teoría, los que sufren no pueden amarse entre sí. Bien, no se podía echar la culpa al padre por completo. Con su pierna dolorida.

—Me gustaría saber como se sentía — dijo Arthur.

—¿Por qué? —preguntó el papá, mordiéndose el bigote.

—Sería más fácil —¿verdad?— si yo lo entendiera.

El padre no parecía estar de acuerdo. Y Arthur sabía que su papá tenía razón. De nada serviría que ambos anduvieran cojeando pesadamente. Para su padre, eso habría sido detestable.

En cuanto a Waldo, Arthur se sentía más unido a él en los momentos de más silencio, justo antes de dormirse, o andando por las calles laterales de Sarsaparilla, o en la clase temprano, después de despedirse de su padre. Despiertos aunque dormitando entre las filas de pupitres que se llenaban rápidamente de niños, sentados, sosteniéndose uno al otro.

Excepto aquella mañana en que Waldo lo acusó:

—Eres una nena gorda y miedosa.

Arthur no le dijo: «Si esa es tu opinión.» Dijo simplemente:

—Estoy muy cansado.

Apoyó su mejilla en el pupitre, y se durmió, soñando un breve y desagradable sueño relativo a alguien a quien estuvo a punto de conocer.

De pronto Waldo le golpeó, gritando.

—¡Despiértate, estúpido! ¡Están entrando!

—¿Nos han visto, nos han visto, Waldo?

Waldo le atizó un puñetazo extra para dar suerte.

—Waldo, el majadero y Arthur, el zoquete — cantó Arthur mientras los niños iban entrando.

Desempeñaba el papel que esperaban de él. Al parecer éste era el motivo por el cual les gustaba. Arthur sólo se sentía despreciable por traicionar tan fácilmente a Waldo.

Nadie podía recordar, ni siquiera el propio Arthur Brown, en qué momento desarrolló su don para los números. Dicha facilidad apareció y creció en él de un modo tan natural como el pelo, por ejemplo. Era el más seguro con los números. Los muelles de acero de los relojes no se desenrollan tan lógicamente. Los torpes dedos de Arthur se transformaban en tentáculos de acero extendiéndose en busca de la solución de su problema. Sus ojos, a los que Waldo tildaba de ojos horribles y sucios como el chocolate derretido, se endurecían en la abstracción, la cual debería haberle sido ajena. ¿Cómo lo hacía? Sabía hacerlo, simplemente. E inmediatamente después se encogía de hombros con una sonrisa de modestia. Sus ojos marrones horribles y empalagosos bizqueaban al mismo tiempo.

—La música y las matemáticas tienen algo en común — decía la madre con satisfacción. Le gustaba recordarlo.

Eso le habría gustado a Arthur. Pero fue Waldo el que, de la mano de Miss Olive Fischer, de Barranugli, aprendió a tocar cuidadosamente *El preludio de la gota de agua, El Rondó Turco y Para Elisa*.

Sin embargo, esto no ocurrió hasta algún tiempo después. Mientras, Waldo se quejaba:

—¿Cuándo podré tomar lecciones en serio?

—Cuando hayamos ahorrado el dinero — dijo la madre —, ambos recibiréis clases.

—¡Qué! ¿Arthur también?

—¿Por qué no? —preguntó la madre—. Es posible que Arthur sea un genio musical.

Waldo se quedó tan callado que probablemente estuviera ofendido.

Pero la mamá estaba resuelta a lograr que Arthur fuera un genio. Se sentaba junto a él recordando todo lo que había aprendido — algunas tardes se dejaba caer en aquella banqueta dura y tocaba el minueto de Paderewski, cruzando las manos en el momento que todos esperaban —, en actitud rígida y estricta al lado de Arthur, para supervisar sus escalas. Las manos de Arthur se volvían entonces ingobernables. No podía con las escalas angulares, aunque por supuesto oír, ver por anticipado la forma de los sonidos. Si tan sólo hubiera podido moldear la música como sabía batir la mantequilla y amasar. O sumar las notas hasta que formaran un conjunto musical...

No podía hacerlo. Y la madre abandonó la lucha. Se entristeció, aunque, según dijo ella, no era por esta causa. En cambio, madre e hijo se encerraron profundamente en su confabulación del pan y la mantequilla. Sólo ella y Arthur entendían el misterio que había que celebrar. Arthur aceptaba alegremente los ritos que ella le imponía. A la luz de la lámpara, él y la madre hacían su propia tertulia en la cocina.

Este cambio proporcionó a Arthur Brown una satisfacción más intensa que cualquier otra que hubiera conocido antes de la llegada de Mrs. Poulter.

Mientras tanto, decidieron que la escuela era un gasto inútil. Arthur Brown fue empleado por Mr. Allwright aproximadamente en la misma época en que Waldo empezaba a asistir a la Escuela Superior de Barranugli. El contrato de aprendizaje de Arthur fue arreglado de una manera bastante fácil y rápida, a pesar de, como él descubrió en seguida, la oposición de la esposa de Mr. Allwright.

Se incorporó a su trabajo, y, al verse del otro lado del mostrador estuvo más serio durante un tiempo, tomó por costumbre humedecer su pelo rojo, sufría de hipo varias veces y se quedaba solo, de pie, esperando los clientes y haciendo girar un anillo invisible en su dedo meñique.

Si se quedaba solo era porque su dueño había ido a hacer el reparto y la esposa del dueño estaba en la trastienda tomando el té con su hermana, Mrs. Mutton, que iba casi siempre a visitarla.

—Tienes que darle cuenta, Arthur — explicaba Mrs. Allwright—, de que mi hermana depende de mi ayuda. No ha vuelto a ser la misma desde que falleció Mr. Mutton. Debes hacer las cosas de la mejor manera posible; tienes que cometer tus errores y aprender las cosas como todo el mundo, de forma penosa.

Cuando Mrs. Allwright decía penosa quería decir exactamente eso, lo sabía. Sabía que Mrs. Allwright y Mrs. Mutton estaban sentadas en la veranda encristalada aguardando a que él cometiera tales errores. Como el episodio del cambio de Mrs. Musto. Cosas como aquella eran las que le provocaban un hipo terrible. En cierta ocasión, Mrs. Allwright le había administrado una dosis tan tremenda de vinagre que se le retorcieron las tripas y se quedó sin aliento. Por la forma en que ella se rió, Arthur dedujo que su aspecto debía ser realmente cómico.

Su solemnidad no duró demasiado tiempo. Se aprendió demasiado a fondo los precios de las mercancías de la tienda de Mrs. Allwright, y lograba sumarlos tan rápidamente que ella se veía obligada a hacer comentarios sarcásticos.

—¡ Por Dios! — chillaba —. ¡ No me avergüences de esa manera! Tendré que andarme con cuidado mientras tú estés por aquí. Me pillarás equivocándome, ¿verdad?

—No es usted muy matemática que digamos. Mrs. Allwright — tuvo que admitir Arthur.

Eso la hizo enfadar.

—Nunca me ha gustado el descaro —dijo—, y menos cuando proviene de jóvenes subalternos.

—¿Sub qué? —preguntó Arthur, entre hipos.

Pero Mrs. Allwright había vuelto junto a Mrs. Mutton.

Aún antes de aprender a conducir el calesín, sus deberes exteriores eran ya más divertidos. Salir y ahuyentar a los perros que empezaban a orinar en las mercancías que no cabían adentro. Apilar en la veranda las cajas que traían las mujeres de los granjeros, que casi en su totalidad celebraban sus bromas. A veces simplemente se apoyaba en un poste, con el teatro vacío de la lejanía frente a él, sin oír más sonido que el silbato del tren en el descampado, o el parloteo de las cotorras en el árbol de coral, mientras cogía una de las esferas de vidrio de sus tiempos escolares. Pero no para jugar con ella. Aquello se había convertido en algo más serio que un juego. Pues mientras contemplaba la pequeña esfera descansando en la palma de su mano sentía cómo el círculo de las lejanas montañas se estrechaba en torno suyo y el disco dorado del cielo se acercaba dando vueltas.

Sin embargo, solía esconderla rápidamente cuando oía a alguien aproximarse desde atrás. No le preocupaba tanto que se la robasen o la destruyesen como el ser herido por el desprecio.

Una o dos veces, Mr. Allwright llegó a su lado antes de que pudiese ocultar la canica. Pero dio la impresión de que no le importaba. Pues, sonriendo, desvió su mirada de ella.

Se limitaba a observaciones como:

—La yegua perdió una herradura al otro lado de «Ferndale». Recuérdame el jueves por la mañana, Arthur, que la lleve a casa de Harry Both.

Tan discreto era Mr. Allwright.

Aunque habría sido capaz de explicar a su patrón el misterio de sus esferas de cristal, posiblemente no fuera necesario hacerlo. En cuanto a Mrs. Allwright, ni siquiera se planteaba la cuestión. Era un gato voraz que no podía digerir la mitad de lo que engullía. El la dejaba disfrutar de los placeres de la compañía de Mrs. Mutton. Su hermana mayor, vestida de negro, se sentaba en la veranda encristalada, tomando a sorbitos su té de la India y masticando sus tortas de calabaza.

Después que el tendero le hubo enseñado a conducir el calesín, y el dejó ir a hacer el reparto, Arthur se sintió más independiente que nunca. Golpeaba suavemente las ancas de *Treasure* para espantar las moscas, mientras la yegua baya caminaba resoplando pesadamente por las carreteras vacías, y su trasero se abría curiosamente como el (ruto de la pasionaria. El amarillento estiércol caía con su flop, flop característico. Arthur Brown se bamboleaba en su asiento, al compás del carruaje, adivinando las sacudidas siguientes.

Años después, Waldo decidió: «Arthur es un sibarita no declarado».

A Arthur le gustó eso: las palabras mismas tenían un sonido voluptuoso.

Lo que más le gustaba era llegar a casa de Mrs. Musto con sus encargos, entrando ruidosamente a la parte trasera de la casa, allí donde Louie daba órdenes a las muchachas, detrás de la enredadera de Virginia y de las cañerías. Después de haber bajado con dificultad, entrando con la caja de madera llena de víveres, le daban de comer: compota de cereza, o melocotones bañados en coñac, o, si llegaba lo suficientemente temprano, unas deliciosas lonchas de jamón cocido.

—La verdad., nunca olvidaré cómo es la buena vida, ¿eh? — dijo con dificultad, forzando las palabras a través de su boca atiborrada, de sus labios grasientos.

—Economizar con los amos, para alimentar a los criados. ¡ Ese es mi lema! — solía decir Louie.

Luego, cuando la vieja llamaba por el comunicador:

—Es Ella. Nadie necesita perdonarla. No a Harina Mágica.

—Sí, señora. No, señora — dijo Louise por el tubo —. Hay jamón para el almuerzo, tal como habíamos convenido, ¿verdad? Sí, señora. Y luego consumé en *fasses*. Los apios rellenos estarán riquísimos. Y para terminar, la bomba marsala. Sí, señora.

Una vez hubo vuelto a colgar el tubo, Louie comentó:

—Ninguna bomba sería capaz de terminar con *Ella* — comentó Louie.

Ella y Mrs. Allwright llevaban disputando entre sí desde hacía casi veinte años.

Una vez comprobados los víveres que traía, por lo general Arthur se ponía en pie y, cruzando la puerta forrada con paño verde, pasaba al interior de la casa de Mrs. Musto. Nunca le habían prohibido el paso. Generalmente, estaban todos demasiado ocupados: quitando el polvo, haciendo la digestión, buscando a alguien que no aparecía, enfadándose, reconciliándose o preparándose para despedirse otra vez. Arthur inspeccionaba a fondo todas aquellas habitaciones de techo alto, manoseando los bustos sin ojos, los libros que nadie leía, la porcelana que no se usaba y las fotos de aquellos seres que habían dejado de interesar. En conjunto, parecía como si Mrs. Musto prefiriera conocer a la gente sólo de manera superficial. Su atestada casa mostraba en todo momento señales de preparativos para la visita de alguien aún desconocido.

La mañana en que se aventuró a explorar una de las habitaciones del piso superior, Arthur se sorprendió al encontrar a Mrs. Musto vestida sólo con calzones cortos y camisola. También Mrs. Musto quedó sorprendida. Daba la impresión de que acababa de llorar. Su primer impulso fue gritar, pero se detuvo al ver quién era.

—¡Oh, Arthur querido! —dijo—. Eres tú. Estoy segura de que sabrás comprender.

Entonces se derrumbó en una silla, como si no pudiera mantenerse en pie por más tiempo; el tamaño de sus tobillos y de sus emociones crecía por momentos. Se dejó caer como un saco de harina a medio llenar.

—¿Qué le ocurre, Mrs. Musto? —preguntó Arthur, no sólo porque tenía curiosidad de saberlo, sino porque obviamente ella quería que lo supiera.

—Puesto que tiene interés —dijo ella—, se trata de, bueno, se trata de El. De Stubbens, quiero decir.

Entonces acomodó mejor sus gruesos brazos, cuya carne colgaba por encima de los brazos de la silla.

—Es esa *criatura* —continuó—. Nadie puede acusarme de difícil, pero no permito que me manosee *cualquiera*.

Recordando las manos romas aunque bien cuidadas del maduro chofer que había sido mozo de establo, Arthur no pudo evitar comentar:

—Apostaría a que se hace la manicura.

Pero Mrs. Musto ignoró la observación.

—Si tan sólo mi marido — musitó ella, dejándose llevar por sus pensamientos—, si tan sólo estuviese aquí.

Arthur aguardó, pues sabía que eso es lo que se esperaba de él.

—Ralph —Mrs. Musto escogió sus palabras—. Perdía a mi marido en Palermo, Arthur. Habíamos ido allí contra todos los consejos. Pero era ya demasiado tarde. Hacía un calor excesivo. Quizá tú ya sepas que el calor me produce sarpullido. Y Ella — esa mujer de Boston — arrastró a Ralph por el pescuezo, entre los dientes se podría decir, si no hubiese tenido dentadura postiza. ¡Fuera de una catedral!

Mrs. Musto estaba muy alterada.

—Ralph sabía ser encantador con las mujeres. Les hablaba como un profesor. Lo había aprendido todo en los libros, solamente con ese fin. Les podía hablar acerca de las Cruzadas. Les contaba cosas sobre esos cinturones de castidad. Hasta el nombre es insufrible. ¡Imaginate usarlo! Porque, dejando aparte la indecencia, Ralph asaltaba su aparato de castidad aun antes de que ellas imaginasen siquiera que él tenía la llave.

Todo aquello era muy misterioso, aunque satisfactorio, para Arthur Brown.

—¿Cómo fueron las cosas en Boston?

—Nunca me preocupé de averiguarlo. Ni en Cincinnati. O en Denver City. Ralph se sentía impulsado a apostar cada vez más fuerte. Nunca se detenía a pensar si había perdido su apuesta anterior. Yo no le habría dejado meter ni un dedo en el negocio. Su mente — explicó Mrs. Musto —, su mente *comercial* era abominable. Por otra parte, Ralph era un hombre con personalidad. Uno de esos hombres refinados.

—¿Por casualidad tiene usted una foto de su ex-marido, Mr. Ralph Musto? —preguntó Arthur—. Quiero decir, es lindo conservar algún recuerdo, incluso de las personas inútiles.

Le gustaba mucho ver el aspecto de otras personas, especialmente de los maridos de las esposas y de las esposas de los maridos, para poderlos estudiar.

Mrs. Musto gruñó algo y frunció el ceño. Su pecho se agitó bajo la camisola.

—Ralph — dijo al fin — no valía la plata que una se gastaba en él.

Y abriendo su boca, gritó, desde el fondo de su garganta, desde su matrimonio pasado...

Pero se calló rápidamente. Como si por primera vez se hubiera dado cuenta de algo importante.

—Ahora que lo pienso — dijo — ese otro, esa criatura es la viva imagen de Ralph!

Bien podía haber comenzado a gritar nuevamente, pero otros recuerdos la sacaron de su silla.

—¡Dios mío! — dijo ella —. ¡ Con toda esa gente que estoy esperando! Evelyn y Bertie traerán en su coche a una divina contralto peruana, si es que consiguen sacarla de la cama antes del almuerzo.

Al punto, Mrs. Musto se abalanzó hacia los tarros que había encima de su tocador y comenzó a unguirse, a untarse y a darse generosos golpes con una borla de polvos, empujando su trasero.

Arthur comprendió que lo habían despedido.

Vagó a través de la fresca mansión, donde la esclavitud adoptaba la apariencia de la más seductora libertad. Iba tocando objetos al pasar: los sobrecargados tuestos de nardos, un pájaro de cristal, el pequeño candelabro morisco, los mármoles del tablero de solitarios de Mrs. Musto.

Al llegar a la biblioteca se sintió atraído por algo. Comenzó a hojear los libros, algunos de los cuales eran demasiado pesados para ser levantados. Algunos. De pronto, las ventanas de su nariz se dilataron, con un convencimiento puramente animal, o tal vez por aquel sentido psíquico que su madre creía poseer. Se le erizó el cabello. La sangre se le aceleró en las venas, mientras el corazón latía poderosamente y la respiración se agitaba. De pronto sintió como si todo él estuviera atravesado por agujas, al contemplar aquellos libros en los que Mr. Ralph Musto había aprendido más de lo que le convenía. Lo que habrían dicho en su casa le hizo tragar una pizca de culpabilidad.

Acababa de encontrar lo que se suponía que debía haber encontrado, cuando Mrs. Musto bajó las escaleras.

—Cómo —dijo ella—, Arthur. Nunca hubiera sospechado que tú también fueras aficionado a los libros.

—Sí — contestó él —. No exactamente.

Ahora se sentía demasiado culpable incluso para leer.

—Bueno, la verdad es que yo no tocaría ninguno — dijo Mrs. Musto con vehemencia — ni aunque me viera arrastrada a un segundo Diluvio, con libros en vez de animales.

Lo único que Arthur era capaz de hacer era quedarse allí, estúpidamente, sosteniendo en sus temblorosas manos el grande y pesado libro con sus hojas abiertas.

—Dime —dijo ella, en una actitud más solícita, o curiosa—, ¿qué estás leyendo en la enciclopedia de Ralph?

No se reía, de modo que, bajando su mirada, Arthur leyó en voz alta, articulando lentamente las palabras con sus labios, pues casi dudaba de que fuera capaz de pronunciarlas? tan excitado estaba:

—«El Mandala es un símbolo de totalidad. Se considera que es la "morada del dios". Su círculo protector es una estructura de orden súper... puesta al... caos... psíquico. A veces su forma geométrica se representa como una visión (tanto en estado de vigilia como en sueños) o...

Su voz había ido declinando hasta desembocar en un silencio muy elaborado.

—...o *una danza*» —leyó Arthur.

Estaba tan anonadado que se sintió aliviado al descubrir que Mrs. Musto, a pesar de su pregunta, estaba preocupada.

—Me parece que Evelyn está a dieta — dijo ella —. ¡ Dios mío!

De forma que Arthur pudo devolver la enciclopedia a su sitio, y prestar toda su gozosa atención a su amiga y protectora Mrs. Musto.

Ella se había puesto un enorme sombrero, sobre el cual, y como si fueran mazorcas de maíz en una canasta, había colocado rígidos haces de plumas. Pese a que la mañana no estaba aún muy avanzada, Mrs. Musto resplandecía, como bañada por la luz de la luna, bajo el tul que la cubría desde la cara hasta los tobillos, que a su vez parecían trabados por algo que se asemejaba a unos pantalones otomanos. Estaba deslumbrante. Incluso sus brazos, que a partir del codo eran lo único que había escapado de la blanca cobertura, estaban decentemente empolvados, como para no ofender.

—¿Te gusto? — preguntó Mrs. Musto, y sonrió.

—¡Oh, sí! —dijo Arthur.

Y lo dijo sinceramente.

Entonces, otro pensamiento pareció cruzar la cara de Mrs. Musto. Quizás fueran los deslumbrantes reflejos de su vestido los que hacían que sus pensamientos se encendiesen o apagasen, o que se proyectasen hacia la superficie, como un pez.

—Pobre Waldo —dijo Mrs. Musto—. Voy a organizar una tarde de tenis, e invitaré a un grupo de jovencitos Pero tú no digas nada — le advirtió severamente—. ¿Entiendes?

—Sí —contestó Arthur, mientras escuchaba el melancólico sonido que hacían al romperse sus relaciones con Mrs. Musto.

—Invitaré a la chica de los Feinsteins —decidió—. ¿Pero resultará? ¿Una pareja de almas perdidas?

Arthur no sabía cómo decirle que con frecuencia resultaba.

En lugar de ello, dijo:

—Valdrá más que me vuelva con la yegua. Cuando termina su cebada, se impacienta. Y, a propósito, Mrs. Musto —, comentó desde el portal dándose la vuelta sobre un felpudo que amenazaba sobresalir por debajo de sus pies—, no hay azúcar moreno.

Pero ella estaba ya corriendo, con la cabeza baja, hacia un gran jarrón de rosas, y no le oyó.

Perdido en sus pensamientos, Arthur reanudó de mala gana su reparto, chasqueando a la yegua de los Allwright, rumiando cuán amargo era que también los Feinsteins, que podrían haberse transformado en su propiedad privada, fueran ofrecidos a su hermano Waldo. Lo único que hacía tolerable esa idea era que, tal como había indicado Mrs. Musto, Waldo tenía una necesidad de alguna especie. De cuál podía ser esta necesidad Waldo no estaba todavía seguro, pues estaba bastante ocupado solucionando sus propias necesidades y relaciones.

En ese momento acudió a su memoria lo de los mandalos lo cual le hizo mecarse otra vez en el asiento del calesín. Si tan sólo el telón que cubría ese misterio no se hubiese atascado a medio camino...

El domingo decidió pedir ayuda a alguien: el papá, o Waldo; cualquiera de los dos estaría naturalmente mejor informado. Comiendo lo que quedaba de un pastel de salmón, que para entonces estaba reducido a un poco de jugo rosado y a unas pequeñas espinas blancas, Arthur repasaba su discurso: «Ahora dime, Waldo, tú debes de saberlo». De repente se dio cuenta de que su hermano no lo sabría. Esto le alivió un poco. Porque no le hubiera gustado pedir un favor intelectual a Waldo. Quedaba su padre. No estaba muy seguro de por qué no se proponía preguntar a su madre. Sólo sabía que sus relaciones con ella se basaban más en la oscuridad y el tacto. De forma que quedaba el papá, quien ahora estaba limpiando sus bigotes del salmón que se les había adherido.

Cuando los demás se hubieron retirado a sus propios rincones privados de la casa, Arthur inició el ataque.

—Escucha, Papá —dijo—, quiero preguntarte algo. George Brown lo miró al principio como si Arthur le hubiera golpeado. Luego soltó el aire, y dijo:

—Si no puedes preguntármelo a mí, hijo, no sé a quién vas a preguntárselo.

El padre no siempre hablaba de modo convincente. Pero Arthur había empezado a disfrutar con la cosa. ¿Qué significa «totalidad»? — preguntó. Nuevamente George Brown dio la sensación de que se recuperaba de un golpe.

—Bueno —contestó—, ésta es una de esas palabras tan sencillas en sí mismas que resultan muy difíciles de explicar. De tan sencillas que son — explicó.

Aclaró su garganta, se quitó algo de un diente y, por último, se sonó las narices.

Luego salió del cuarto, teniendo Arthur que seguirle a trompicones. De hecho, caminando juntos, el padre y Arthur hacían temblar toda la casa.

El padre cogió el diccionario.

—En primer lugar, la exactitud debe considerarse como una virtud — señaló George Brown —. Siempre debes recordar eso, Arthur.

Arthur prometió recordarlo, mientras se concentraba en retener su respiración anticipando lo que venía.

El papá leyó:

—Totalidad es la «cualidad del ser total».

Miró a Arthur.

—Es decir —continuó el padre, y no conseguía aclararse la garganta—, significa todo aquello que es un conjunto — añadió— escrito con *W* naturalmente.^[7]

Entonces Arthur se dio cuenta de que su papá nunca lo sabría, al igual que Waldo. Sólo él mismo, quien era, y seguía siendo, el guardián de los mandalos, debería adivinar su secreto final a través del tacto y la luz. Al salir de la habitación sus labios estaban entreabiertos como para pronunciar una interpretación que aún no había logrado perfeccionar. Sentía que su cuerpo podía caer, pero sólo su cuerpo, mientras sometía la bolita que tenía en el bolsillo al frenesí de su descubrimiento.

Arthur también descubrió a los Feinsteins.

Cada vez que subía la cuesta hacia «Mount Pleasant» y luego los escalones de cemento rojos de la casa de los Feinsteins, la mañana alcanzaba su mejor momento de brillo. A veces había llovido y las gotas todavía colgaban de las plantas.

O se oía música. A menudo se oía música, y si Arthur no marchaba al compás, como le hubiera gustado hacerlo, era porque la música no era apropiada" para ello. Era una música bastante alegre aunque a veces podía resultar cortante. En las mañanas demasiado luminosas solía sentir que un hilillo de sangre le salía por la boca. Mrs. Feinstein, que era una mujer decente, solía atenderlo por la puerta trasera — no tenían muchacha, tal vez porque querían mantener una actitud modesta, o tal vez porque vivían allí sólo una parte del año — y ella misma recibía el pedido

—¿Cómo te llamas? — le dijo la primera vez, y luego exclamó, siempre tan natural—: ¿Arthur Brown?; jese nombre! ¡Nunca olvidaré!

—No, Mrs. Feinstein — repuso Arthur —, me gustaría que no lo olvidara.

Tan galante. A las mujeres les gustaba; aunque no a todas.

Pero a Mrs. Feinstein le agradó tanto que le invitó a tomar un refresco en la cocina.

—Es limonada helada — explicó dando a conocer las virtudes de la bebida.

Efectivamente, estaba helada; y tenía gusto a limón, aunque muy poco.

—Tienes que beberla lentamente y concentrarte — aconsejó Mrs. Feinstein—. De esa forma encontrarás el "*prana*" de la limonada.

—¿El qué?

—Es una palabra india — explicó Mrs. Feinstein —: quiere decir «fuerza vital».

Esto la hizo quedarse pensativa.

—Por supuesto que no sabemos exactamente si es una práctica científicamente aprobada, pero la idea es muy linda, ¿no te parece?

La nueva observación le hizo sentir gran satisfacción, y Arthur sólo pudo compartirla. Tomó la limonada rápidamente.

Una vez Mrs. Feinstein le permitió hacer sonar una campana de barco y el sonido metálico chocó contra la música que llenaba la casa.

—Shhh — advirtió la mujer, colocando un dedo sobre su larga nariz.

Si Arthur no se atrevió a examinar la casa fue por la chica que había en su interior.

Esto añadía un nuevo encanto a «Mount Pleasant», y así, Arthur se aficionó a salir por la otra entrada cuando descubrió que podía mirar, con cuidado al principio, apretando su cara contra el cristal, la espalda de Dulcie Feinstein. Ella nunca miraba hacia atrás, aunque considerando la magnitud de los intereses de su observador, es difícil creer que no sintiera su presencia. Mientras ella tocaba sin parar —las intrincadas escalas

o los *études*, las polkas y las polkas con notas de los árboles —, la piel de Arthur debía cambiar lentamente su color por el tono verde y enfermizo de las plantas que adquieren los rostros apoyados contra un vidrio. De vez en cuando, su estómago aceptaba un delicioso aguijonazo de miseria. Allí, en el húmedo jardín de los Feinsteins, donde la música estallaba desparramándose o se enroscaba desde la cola hasta los dientes, como pensamientos o serpientes.

Una vez Mrs. Feinstein lo descubrió al salir al jardín, pero desvió su mirada para no demostrar enfado. Parecía estar dispuesta a impedir, con elegancia, que él viera totalmente a su hija. Sin embargo, él la había visto, pensaba Arthur, una vez en la tienda: una chica delgada con una oscura sombra sobre el labio superior, de pie, probablemente refunfuñando junto a un saco de patatas. Aquella muchacha era diferente. Esta de ahora hubiera sido la auténtica Dulcie Feinstein, balanceándose al compás de la música que arrancaba a su cuerpo y agitando su oscuro cabello, si su madre no hubiera decidido hacer de ella el ser sin rostro en que había logrado convertirla. Dulcie Feinstein nunca se reveló. Sólo su fragancia de lanolina llegaba a veces hasta Arthur.

Un día en la vida de esas monótonas pero complicadas relaciones con Mrs. Feinstein, Arthur osó mencionar a su hermano, y ella dijo que ya conocía a Waldo, por lo que Arthur, ante una respuesta tan comunicativa, decidió no insistir en el tema.

De modo que podía incluir a los Feinsteins y particularmente a Duirie en el reino de su vida privada, que como nadie la creía interesante, no era curiosa. Lo que irritaba a algunos era que su recogimiento interior arrastrara su atención a los contornos luminosos de su cara, que por momentos alcanzaba una blancura que sugería tonos azules.

Quien más irritada se sentía al descubrir por su cara que Arthur se hallaba ausente sin permiso, era Mrs. Allwright:

—Aquel chico — nunca me atrevería a llamarle hombre en sólo un instante deja de comportarse lógicamente — le comentaba a Mrs. Mutton mientras ambas comían pastelillos de calabaza.

Lejos de la lógica de los demás, Mrs. Mutton tenía bastantes problemas para dominar sus propias ideas.

—Espero que los pastelillos estén buenos, Mrs. Mutton, Mrs. Allwright — dijo Arthur, entrado a la veranda de vidrio—. Sería una lástima que no fuera así.

Aquí, Mrs. Allwright soltó una risita entre dientes.

—No puedes evitar el reír — solía declarar. A veces Arthur se empleaba a fondo para hacerles reír de verdad. En una ocasión, brincando, empezó a cantar.

—Me pregunto si la risa
está del lado bueno o del malo
del rostro de mi chiquita.
Si está del lado bueno
está todo muy muy bien
Si está del lado malo
es demasiado malo para ser verdad.

En ese momento, Mrs. Allwright volvió su cara como si estuviera atosigada por un pastelito y habló con voz espesa:

—Ya verás — dijo con rabia —. Se lo diré a mi marido. Y tragó.

La Sra. Mutton se limitaba a mirar por la ventana acomodándose los dientes.

Arthur esperaba no oír más, y no oyó, recordando el acuerdo tácito que habla entre Mr. Allwright y él, sobre su mujer.

Y después llegó el encuentro, el primer encuentro oficial con Dulcie Feinstein, innecesario para él, pues ella ya estaba muy arraigada en su mente. Pero ocurría que Dulcie tenía que volverse y enfrentar todo lo que había en Arthur Brown.

Arthur se puso muy nervioso al llegar a la casa. Era imposible saber hasta qué punto se había afianzado Waldo en casa de los Feinsteins. Aunque Arthur admiraba a su hermano por su brillantez escolástica, su conocimiento del mundo, su autosuficiencia, ahora empezaba a temer por su falta de flexibilidad en sus relaciones con las demás personas. Había momentos en los que Waldo era tan rígido como un armario cerrado, que nadie, salvo su hermano, sabía cómo abrir. Camino a casa de los Feinsteins, temblaba pensando en Waldo, por el temor que le infundía el saber que su hermano había estado allí demasiadas veces solo.

Se tranquilizó, sin embargo, ante la imagen de Mr. Feinstein resplandeciendo en la puerta. A veces el viejo le daba un chelín o dos. Y acto seguido apareció Mrs. Feinstein con un sonoro vestido cargado de cuentas de metal.

—¡Caramba, Mrs. Feinstein, está usted muy hermosa! — había empezado diciendo.

Fue un buen comienzo; todo hacía presentir un banquete especial.

Si Dulcie se le declarara...

Entonces entró ella con aquel vestido blanco, ligeramente bordado; era una conmoción de hortensias blancas. Su belleza y el movimiento del ligero vestido le excitaban. Estaba tan subyugado que empezó a soltar tonterías sobre la *capple* de su padre, cosa que disgustó a Dulcie, a juzgar por su cara.

Y no había dejado de charlatanear cuando se oyó decir:

—Ahora que te he visto la cara... Incluso si no quisieras volver a verme.

Al mismo tiempo sabía que, por supuesto, eso no podía ser verdad; Dulcie misma se lo haría ver.

Cuando fue a examinarla de cerca, hasta con el tacto, vio que el rostro hermético de la muchacha se abría como en respuesta a una música. A pesar de la natural timidez de cualquier chica joven, ella aceptó la entrada de Arthur en sus pensamientos.

—Oh, sí — parecía decir, de hecho, estaba diciendo Dulcie —, tenemos mucho que intercambiar, que compartir.

Más que la ansiedad, el temor de que algo precioso pudiera escapar de ella, la forzaba a tomarlo de la mano.

—Sí, ¡claro que te enseñaré a tocar el piano! — exclamó Dulcie riendo con feliz alivio.

Ajenos al resto de los presentes, no podían hablar lo bastante rápido.

Dulcie tocaría una escala, o crearía una forma de música completa, o explicaría la teoría de lo que estaba haciendo. Mientras Arthur se sentiría contento tan sólo de puntear con sus incontrolables manos, en las cuales, ahora lo comprendía, ella nunca repararía. ¿Por qué habría de hacerlo? Bastaba con que entendiera sus faroleñas y ocurrencias musicales.

Fue la satisfacción más exquisita que Arthur Brown hubiera sentido jamás.

Casi no se dio cuenta de que Waldo salía rápidamente de la sala, y tampoco notó su vuelta, muy pálido.

Porque Dulcie le estaba hablando del *pirot d'amour* que había en una botella de perfume en el cuarto de baño de Mrs. Musto, en donde, a pesar de su familiaridad con la casa, él nunca había estado.

—Es muy interesante, Dulcie — dijo —. *Amour*, suena diferente a amor, ¿no? ¿No crees?

—Tienes razón — afirmó Dulcie —, son palabras diferentes. Y posiblemente tengan un significado distinto.

Arthur hubiera querido profundizar en eso, pero no era aquél el ambiente adecuado.

Cuando llegaron el té y la lluvia, cuando todos estuvieron sentados tras los vidrios empañados, comiendo pan tostado con mantequilla y canela e intercambiando anécdotas, Arthur supo reprimir lo que algunas personas consideraban una personalidad agresiva. Supo chuparse los dedos con la elegancia necesaria. Las más deliciosas de todas, por más ciertas, eran las historias de Mrs. Feinstein sobre Europa. Podía ver las luces de las ciudades descritas como botellas en los escaparates de una farmacia. Y llegó a sentir el aroma de los bosques de Rusia que Mrs. Feinstein había visitado con una tía.

—Pensar —dijo— que el mundo es otro mandala.

—¿Otro qué, Arthur? —preguntó Mrs. Feinstein.

Pero de inmediato volvió a abstraerse en sus pensamientos.

Gimo el pobre Waldo. Arthur no debió ayudar entonces a Mrs. Feinstein a recoger las cosas, sino durante la tarde de Waldo, o por lo menos más tarde, cuando su hermano estaba con Dulcie bajo las hortensias aún mojadas. Así, en lugar de la tarde de Waldo, hubiera sido la tragedia de Waldo, porque no hubiera sabido cómo comportarse. A fin de cuentas, sólo Arthur y Dulcie sabían cómo debían comportarse ellos y los otros.

Y sólo Arthur supo que Mrs. Feinstein planeaba llevar a Dulcie al extranjero. Se enteró un frío día de invierno en que Mrs. Allwright y Mrs. Mutton lo habían mandado a Sidney para hacer unos recados.

—Mamá y yo vamos a escaparnos sin que nadie se entere — le informó Dulcie —. Las despedidas son dolorosas, cuando no absurdas.

Arthur empezó a renquear. La fría luz tornaba más seria la situación. El y Dulcie caminaron juntos por el parque vecino a la casa, sobre el césped mustio que bordeaba el lago salvaje. Dulcie llevaba una estola y un manguito de piel en las manos.

—Pero a ti hemos preferido decírtelo —añadió— para evitar que te intranquilizaras.

Lo que Dulcie decía y el brillo de su estola lo emocionaron tanto que trituró con sus mandíbulas cada palabra.

—¡No te preocupes por mí, Dulcie! —exclamó—. Después de todo...

Su cojera no lograba demostrar su agradecimiento.

—¿Tienes una piedra en la bota? —preguntó Dulcie.

—No —repuso Arthur—. no lo sé.

—¿No piensas fijarte?

Dijo que no y se puso a reír por una gallina que estaba atascada entre unas cañas.

—¿Me mandarás una postal? —preguntó después.

Claro que lo haría, y con tintas de colores y en todos los idiomas que aprendiera.

Todo fue convirtiéndose en una broma.

—¿Hasta en ruso? — preguntó Arthur.

—Es demasiado complicado para una postal — rió Dulcie.

Así pasaron un momento feliz, rodeando primero el refugio vacío de los vidrios rotos y yendo después al otro lado del lago. Cada lugar era el más feliz del paisaje. Eran los amantes paseaderos y se ofrecían confidencialmente toda su dulzura, marchando en total armonía, en absoluto acuerdo, enmarcados por las cortezas color carne de los árboles.

En el silencio y el perfume de la tierra húmeda, Arthur escuchaba la falda de Dulcie arrastrarse por ese césped de invierno; y supuso que su propio rostro no habría caído aún en su deformidad habitual.

—Si una persona ciega se casara con otra persona ciega, ¿crees que les importaría no poder verse? — preguntó Arthur.

—Nunca lo he pensado — respondió Dulcie.

Marchaba con la cabeza erguida, mirando tan a lo lejos que posiblemente Arthur hubiera quedado muy atrás.

Cumplió su promesa y le escribió, si bien no muchas postales — eso hubiera sido demasiado bonito —, por lo menos una de un lago italiano, en la que decía:

14 de abril de 1914.

Es ist hier sehr nett u. freundlich bei unserer kleinen Pension donde estamos las dos después de que nuestros familiares nos sofocaron con su amistad. Es lindísimo comer truchas junto al lago. *Je ne peux croire qu'il y aura guerre* — como prometen los sabelotodo — *il y a trop de soleil. Mió caro Arturo*, visitamos una villa, o pequeño castillo, junto al lago; ¡ y las paredes de uno de los cuartos estaban revestidas en cristal de roca! Pienso en ti - *e iutte nostre così chiare conversé ñoñi. ¡Affettil!*— D.

Los idiomas no oscurecían la imagen de Dulcie en la mente de Arthur. Después él perdió la postal, pero sólo tuvo que flotar la bolita de vidrio guardada en su bolsillo para que reaparecieran el lago y el castillo incrustado de cristales.

Cuando empezó la guerra, tan importante para los que la viven en carne propia, los Feinstein volvieron a la vida que en realidad nunca habían dejado, y a esa casa junto al parque. Parecían más viejos. Hasta Dulcie estaba muy cambiada. No podía recordar lo que había escrito en la postal.

—¿Quieres que caminemos por el parque como antes? — sugirió Arthur.

—Hoy no —contestó Dulcie arrugando la frente.

—¿Por qué? —preguntó Arthur sin mayor esperanza.

—Me duele la cabeza.

Debía ser a causa del aire viciado de la habitación. Las ventanas de la casa estaban más cerradas que nunca.

—Abriré la ventana — dijo Arthur.

Pero ella dijo que no serviría de mucho, que no se trataba de eso, sino de que no estaba de humor para pasear.

Poco después Arthur se fue, convencido de que no contaría a Waldo lo que podía considerarse un fracaso. Es más, no le contaría ni que Dulcie y Mrs. Feinstein habían regresado.— Ahora, por alguna razón, le costaba más comunicarse con ellas y era un hecho que, de no contar con su arte, tampoco hubiera sabido exactamente qué decirles.

Cada tanto pasaba por la tienda de música, en la que Mr. Feinstein, que seguía la guerra a través del periódico, lo recibía con más cordialidad de la esperada. Arthur se entretenía hojeando partituras que nunca sería capaz de entender.

Aquel día se le ocurrió preguntar:

—¿Qué es esto?

—Son canciones que nadie quiere comprar. Están destinadas a las suciedades de las moscas —contestó Feinstein volviendo al periódico.

El *pirot i'ctmour* que había en la tapa de una de las partituras le hizo sentir una nostalgia ligeramente perfumada por el aroma de aquella

tarde en que Dulcie le había hablado de la botella de Mrs. Musto.

Arthur se sentó, y mientras el chirriante tranvía partía llevándose junto a otros pasajeros, se dedicó a componer una canción, ignorando todas aquellas caras con las que, en circunstancias normales, hubiera intimado y conversado.

Así llegó el día en que Waldo, tras encontrar a Dulcie en la puerta, se enteró de que los Feinsteins ya habían vuelto. La tarde en que estuvieron en «Mount Pleasant» Arthur ofreció en el «salón» de Mrs. Feinstein su versión de la canción de pierrot. En realidad era una canción para Dulcie, que sólo ella podía entender; sólo ella vería más allá de las palabras y las muecas deliberadamente ridículas de su cara. A pesar de que dijo «¡Qué hermosa canción!», como hubiera dicho cualquier señora invitada a comer a casa de Mrs. Musto, él supuso que la había entendido.

Entonces pudo dejarse caer sobre un sillón, recluyéndose detrás de sus párpados. Lo que no quería decir que no hubiese experimentado intensamente el dolor de Dulcie cuando Waldo la empujó hacia la música, y todo aquel episodio del jardín, primero como Waldo y luego como Dulcie. Pudo oler el hedor a podrido de las hojas muertas de hortensia. Incluso pudo oler la esencia almendrosa de los insectos en los vegetales sobre los que caminaban. Era sofocante. Y al final, insoportable. ¡Todas las respuestas que él hubiera podido anticipar cuando los demás no las habían encontrado aún!

En algún momento Mrs. Feinstein dijo a Waldo:

—Lamento que no tengas oportunidad de conocer a Leonard Saporta.

—¿Es pariente suyo? — preguntó el tonto de Waldo.

¡Que si era pariente! Leonard Saporta era familiar por nacimiento.

Arthur había conocido a ese Mr. Saporta en casa de los Feinsteins, pero de casualidad. En la vida de Arthur, los convencidos, los inalterables, como Mr. Allwright y Leonard Saporta, se oponían por completo a las figuras fluctuantes de Dulcie, Waldo, sus padres, incluso Mrs. Poulter, que vacilaban tan espantosamente como él. Así, Mr. Allwright y Leonard Saporta habían mantenido la forma sólida en que originalmente habían sido moldeados. A Arthur le agradaba saber que ellos nunca se desdoblarían en dos caras frente a él.

Fue durante la Primera Guerra Mundial cuando Arthur visitó a Mr. Saporta en su tienda. Debió haber sido poco antes de que la guerra terminara, porque el comerciante estaba allí, licenciado. Se había alistado, había ido al frente y había vuelto con algunas heridas de metralla de las que no hablaba. (Mientras estaba de permiso en Francia, Leonard envió a Dulcie la pequeña Estrella de David que después ella usaría colgada de una cadena alrededor de su cuello, y que se hubiera convertido en un motivo de risa para Mr. Feinstein, si su esposa no le hubiera implorado, con todos los recursos de su rostro y su voz de violoncelo, que desistiera de sus bromas, para el bien de Dulcie y de todos los demás.)

De todos modos, cuando Mr. Saporta volvió y Arthur fue a su negocio, Saporta se le acercó de la forma en que los vendedores suelen recibir a sus clientes — el negocio era verdaderamente tranquilo — y dijo juntando las manos:

—Hola, Arthur, puedo enseñarte unas alfombras orientales de primera calidad.

Arthur se sentía demasiado grande y a la vez demasiado tímido mientras se paseaba de lado en medio de montones de alfombras que el comerciante preparaba para darles la vuelta como si se tratara de páginas de un libro.

—No, gracias —dijo Arthur, y sonriendo: —Estoy haciéndole perder el tiempo, Mr. Saporta.

A pesar de haber sido invitado a dejar el «Mr.» en favor de «Leonard», Arthur no había podido. Y era por el respeto que tenía a la sólida formación del comerciante.

Mr. Saporta no parecía ser muy rico, y su apariencia era, sin duda, lo que la mamá o Waldo hubieran calificado de «llamativa»: el traje era demasiado ostentoso, los hombros demasiado anchos, los dientes demasiado dorados, el bigote demasiado partido bajo la gran corva de su nariz. Sin embargo, no se podía mirar a los ojos del comerciante sin reparar en su honestidad y amabilidad. Tal vez también fuera estúpido, aunque muy levemente. Pues Arthur había aprendido que sólo los muy inteligentes o los muy estúpidos podían atreverse a ser deshonestos.

En esta ocasión, Saporta daba la vuelta a sus alfombras por el mero placer de enseñarlas, poniéndose derecho sólo ocasionalmente debido a los pinchazos que sentía en la espalda, cuando Arthur empezó a señalar con su pie:

—¡ Esta! ¡ Esta! ¡Esta es!

—Esta — dijo Mr. Saporta — es una alfombra turca muy fina, de Panderma.

Arthur apenas escuchó; además no le interesaba el nombre.

—Tiene un mandala en el centro. ¿No lo ve, Mr. Saporta?

—No sé nada sobre el mandala — dijo el comerciante.

Obviamente no quería, o no necesitaba saberlo.

—¿Ha visto a Dulcie? —preguntó.

—Sí — respondió Arthur, mirándolo.

De repente se dio cuenta de que aquello era un secreto que no le importaba compartir con el comerciante.

Las solemnes cejas de Mr. Saporta parecían muy graves, como si él lograra comprender cuánto dependía de él personalmente, y cuánto podía ocurrir a pesar de él mismo. Temiendo que en este aspecto, tan sólo en este aspecto, su amigo necesitara ayuda, Arthur empezó a hablar en un tono que probablemente sonara muy alto, o demasiado irrelevante:

—Una mañana —un sábado— vendré de Sarsaparilla, Mr. Saporta. y tendremos más tiempo; entonces usted podrá enseñarme todas sus alfombras.

Pero Mr. Saporta seguía dudando.

—Los sábados no — dijo —. Los sábados estoy ocupado. Voy a la sinagoga, y luego me espera mi familia.

Su tono era sombrío, pero encerraba tantos colores oscuros y armonías tan vibrantes, que Arthur se convenció de inmediato.

Viendo a su amigo de esta manera ensimismado, se marchó poco después, y una vez en la calle se dio cuenta por primera vez de que la Estrella de David era otro mandala, y de que se arreglaría el casamiento de Dulcie con Mr. Saporta.

En su júbilo y su angustia cantó una de aquellas canciones informes: júbilo porque la persona que más amaba — después de Waldo— se redondearía, de acuerdo a su modo de ver; angustia porque no podía aliviar a Waldo de su ignorancia. Y Waldo sólo podía aliviarse a sí mismo.

Todo el camino hasta Terminus Road Arthur fue cantando una canción sin forma y prácticamente sin palabras.

Y entonces llegó la Paz. Siempre le gustaba tener una excusa para cantar en la calle. Compró una matraca. Compró un espantapuegas que se desenroscaba hasta la pluma rosa de su punta. Fue hasta Sidney, a las calles que están hechas para celebraciones, y para esta ocasión compuso una canción:

Después del fuego los fuegos artificiales

Después de los gases la fábrica de gas.

No me importará mi trozo

Después de un día en el negocio.

¡No no no no no no no no!

El amor es el más grande
De los fuegos de artificio
No le temas cuando estalle
No le temas si te hiere
Es mejor la forma fiera
Es mejor explotar: ¡BANG!

¡ Oh "oh oh oh oh oh oh oh!

—¡Qué bazofia! —dijo un hombre, escupiendo.

—¡ No dejen que me toque! ¡Este guarro! — gritó una chica, antes de desaparecer tan rápido como sus botas nuevas y su genio se lo permitieron.

Pero muchos otros besaron a Arthur Brown. Parecían querer algo así como una mascota. Lo emborracharon. Arthur soplabla su espantasuegras con la pluma rosa en la punta, golpeando rostros súbitamente familiares. En particular se divertía con la retirada de las narices ariscas. Siempre que el espantasuegras se encogía, había alguien que besaba su larga cara. Baboso por la alegría de la consumación y el reconocimiento. Todo el mundo era alguien y algo.

Cuando las cosas volvieron a la normalidad, se enteró de que Mrs. Feinstein había muerto. A pesar de que había sido su amiga no lo lamentó, pues comprendía que en realidad ella había muerto en su último viaje a Europa. Pero otra vez volvió a la ciudad, esta vez en busca de Dulcie, a la casa Centennial Park. Una mujer de la familia le dijo dónde estaba ella, y que Mr. Feinstein estaba muy desconsolado como para recibir incluso a aquellos a quienes conocía íntimamente. Arthur encontró a Dulcie sentada en una silla, en la esquina de una habitación, vistiendo un traje negro.

Ella le sonrió, y él vio que el dolor le había destruido la cara, todo excepto sus huesos, que eran de un amarillo pulido. A pesar de todo, Dulcie brillaba con la grave belleza del marfil.

—Siéntate — dijo con una voz que no parecía suya —. ¿Venía muy lleno el tren?

Lo preguntó como si Arthur hubiera llegado con otro propósito.

—Sí — respondió Arthur —, sí, Dulcie.

—Siempre viene lleno a esta hora.

Esto parecía molestarla. Era obvio que le hubiera gustado llorar, pero estaba seca por dentro. No había nada en ella. Sólo una tos.

Arthur se sentó a consolarla, acariciándole la mano con uno de sus dedos.

—¿Ha venido Mr. Saporta? —preguntó.

—Oh, creo que sí. Sí. Desde luego.

Si no supiera que ella siempre decía la verdad, su actitud le hubiera parecido algo falsa. Tal vez, pensaba ahora Arthur,

Dulcie no se hubiera dado cuenta aún. De otro modo hubiera encontrado la forma de alimentar su pena con el amor que sentía por Mr. Saporta.

Fue entonces cuando Arthur concibió la idea de dar a Dulcie Feinstein uno de sus mandalas sólidos. Suponiendo que él se hubiera equivocado, que ella no se quisiera casar con el comerciante de alfombras, que ella nunca se sentaría con sus hijos en aquella mesa familiar tan sobrecargada después de la misa en la sinagoga: entonces, Dulcie, sin su ayuda, no tendría manera de aliviar su eterna sequedad, de llenar su espantosa vacuidad.

Estuvieron sentados juntos un rato. Hablaron sobre el precio de las flores, y con mayor peligro, sobre la migración de los pájaros. La habitación había sido abandonada por todos aquellos que alguna vez habían estado conectados con ella.

Finalmente, Dulcie se inclinó adelante y enjugó la boca de Arthur con su pañuelo. Posiblemente su amabilidad fuera para suavizar su expresión, que sugería que quería que él se marchase.

Cuando Arthur se incorporó, ella dijo:

—Te diré cuándo tienes que venir. Probablemente a Sarsaparilla. Mi padre, supongo, venderá «Mount Pleasant». No hay ya motivos para conservarla.

Y poco antes de que Arthur se marchara, lo besó.

Luego — él no quería pensarlo —, Dulcie se olvidó.

Aún después de saber que ya estaban en Sarsaparilla para recoger sus pertenencias y vender la casa, Arthur casi no se atrevía a pensar en los motivos del olvido de Dulcie. Hasta Waldo se enteró de que los Feinstein estaban allí, si bien Waldo no mencionó en absoluto la muerte. Waldo comenzó a mirarse en el espejo. Entonces Arthur decidió no demorarse más. Se fue a «Mount Pleasant» sin ser invitado.

Dulcie dijo:

—Oh, Arthur, ¡estoy tan contenta! Hemos hecho un arreglo, ¿verdad? Se me olvidó lo que era. Pero ya estás aquí. De modo que no tendré que sentirme muy culpable.

Si Dulcie hubiera sido diferente, otra vez hubiera sospechado que era falsa. Aún vestía de negro. Estaba de pie entre las cajas de embalar, en medio del olor a polvo de la sala desmantelada.

—¡ Cómo, Dulcie! —dijo Arthur, excitado por el descubrimiento —. ¡ No sabía que teníamos el mismo color de ojos!

—Sí —dijo ella, así como así.

Aun cuando en la ocasión anterior el rostro de Dulcie Feinstein se había contraído hasta sus huesos amarillentos, esta tarde había recuperado carne, y en ella sus ojos que brillaban, no con la fiebre seca de una pena sin palabras, no mirando 'hacia adentro, sino, como Arthur veía, con una encantadora confianza.

—Ven, sentémonos —dijo ella, apartando una caja con cosas.

Así, Arthur también comenzó a tener confianza en sí mismo.

Cuando estuvieron sentados en el sofá, con las rodillas tocándose, Dulcie no pudo contener un pequeño sollozo.

—Mi pobre y querida madre —dijo—. ¡Ha pasado lo que ella siempre había esperado!

Podría haber estado acariciando la tierra perpetua de Mrs. Feinstein con la mano.

—Quiero decir que ella había predicho que yo decidiría casarme con Leonard Saporta.

Lo había dicho mirando a Arthur a los ojos.

Arthur vio que ahora no había necesidad de ofrecerle el mandala, pero lo haría, porque todavía quería, porque los cuatro, él, Dulcie, Mrs. Feinstein y Leonard Saporta estaban sólidamente unidos.

—Quiero que tú, y Leonard está de acuerdo —dijo Dulcie—. Quiero que tú vengas a nuestra boda, Arthur.

—¡Oh, no!

Tuvo que echarse hacia atrás. Ella no podía estar más asombrada.

—¡Oh no!, —repitió Arthur—. Waldo se... se conmovería demasiado.

Dulcie contrajo la boca desagradablemente, hacia sus dientes,— debajo de las encías. Parecía haber estado chupando un limón un momento antes.

Luego, volteando la cara dijo:

—Waldo es sólo tu hermano, ¿sabes? Por lo menos para mí no es más que eso. El hermano de Arthur.

—Oh, no — dijo Arthur —, es más que eso.

Ella dejó caer la cabeza hacia adelante.

—Es necesario escapar de Waldo.

—Necesario para ti. No para mí.

Era demasiado obvio. Pero Dulcie había hecho su propia huida. Por el momento, al menos, no podía ver muy claramente.

—Sé que serás buena con él, Dulcie.

—Oh, — dijo ella —. ¡ Por naturaleza no soy en absoluto buena!

Se sacudió con un ligero movimiento que él hubiera amado menos si hubiera significado más.

—Sí — dijo ella, mordiéndose el labio, pero todavía sin mirar —. Sé que seré buena porque tú lo quieres.

Entonces Arthur sacó el mandala del bolsillo. Era la bolita azul que Norm Croucher le había cambiado por algunas tiras de regaliz. La niebla se había enrollado, para ser contenida en la perfecta esfera de cristal.

—Dulcie — anunció Arthur —, te he traído esto.

Y moviendo apenas la mano, comenzó a desplazar la bolita sobre la palma.

—Es uno de los mandalas sólidos. El mandala azul —explicó.

—¡Oh! —exclamó ella, bajando la cabeza.

Arthur siempre supo que el mandala azul sería para Dulcie: Su belleza no volvería a evaporarse.

Primero tuvo que denunciarse, diciendo:

—Siempre, y en especial últimamente, he sido horriblemente débil. Tú —continuó, respirando sobre la bolita de cristal—, Arthur, fuiste quien me dio fuerzas, bueno, para hacer frente a la verdad, de nosotros mismos, y en particular a la inseguridad en mí misma.

Luego rompió a reír, porque el acertijo estaba resuelto. Mantenía el cuello erguido, su risa brotaba alegremente.

Tal vez ninguno de los dos vio exactamente cuándo entró Waldo. Al darse cuenta, Dulcie trató de reprimir la risa, pero no pudo. Ambos se quedaron mirando a Waldo, que se había puesto su abrigo de sarga azul y uno de sus cuellos de pajarita. Debía haber estado lustrando sus lentes para lograr que brillaran con esa expresión de interrogación. Su sonrisa era forzada. Casi había llegado al punto en que empezaba a contraerse nerviosamente.

De manera que Arthur decidió decir una o dos cosas necesarias e irse. El, que no podía ayudarse a sí mismo, no podría haber ayudado a su hermano ahora. *Arthur es el retrasado*. Así se había estipulado la relación. De los mellizos. Los hermanos mellizos. Así lo había querido Waldo. *Waldo es el que toma la delantera*. Juntándolos por la mano. Y porque Waldo lo necesitaba así, sólo el cuchillo los podía separar.

Como al pecho de la mamá.

El año en que los Poulter fueron a vivir a Terminus Road, la mamá había ido al hospital de Barranugli para la operación, sobre la que Waldo no quería hablar.

—¿Qué operación? —preguntó, y decidió casi de repente: — Eso es algo que no se menciona, ¿me oyes?

De manera que Arthur tuvo que contarle a Mrs. Poulter.

—Nuestra madre ha perdido uno de sus pechos.

—Pues no debe ser tan serio eso — respondió Mrs. Poulter, una mujer buena y seria.

—Pero un pecho... —dijo él arrugándose.

No podía evitar mirar a su vecina, tan llena y firme.

—Supongo que las mujeres están bastante atadas a sus pechos —continuó Arthur.

Mrs. Poulter miró en otra dirección. Y empezó a hablar de su pavo enfermo.

Le hubiera gustado hablar con su madre acerca del pecho, de su firmeza blanca, de su generosidad al menos teórica, pero, como si supiera qué esperar, ella siempre lo hacía callar rápidamente.

—Mrs. Poulter dice... —comenzó a decir Arthur.

—Estoy harta de oír ese nombre —dijo la mamá.

—¿Por qué?

—La repetición se hace monótona.

Arthur se puso a considerarlo.

—Además —continuó la mamá— siendo ya un hombre de casi veintiocho años, seguramente no te tengo que decir, Arthur, dónde deben y dónde no deben posarse tus pensamientos.

—No lo puedo remediar — explicó Arthur —, si ella ha venido a vivir aquí...

—Oh, no, no se puede remediar —coincidió la mamá—. Pero uno se pregunta, ¿por qué aquí?

Poco después de la llegada de los nuevos vecinos, Arthur había cruzado el camino para hablar con la mujer del cobertizo de metal, para preguntarle, entre otras cosas, porqué habían venido a vivir en Terminus Road. Si bien las respuestas variaban, él aceptaba la variación; había diversas respuestas para la mayoría de las preguntas. Dio por supuesto que se le permitiría sentarse fuera de la choza para charlar, y eventualmente, cuando se construyó, se metía en la cocina de Mrs. Poulter, aunque solamente cuando no estaba su marido. La razón de ello era demasiado obvia. Arthur no le gustaba a Mr. Poulter.

—¿Por qué se casó con Mr. Poulter? —preguntó Arthur después de tomar el té que ella le había servido en las blancas y gruesas tazas.

Mrs. Poulter sonrió, y pensó.

—Pues creo que por sus manos —respondió— Bill tenía unas manos hermosas. Manos de hombre, que conste.

Arthur miró las suyas.

—Claro — siguió ella —, a estas alturas se le han estropeado. No ha podido remediarlo. Es un hombre de trabajo. En un tiempo trabajó en las carreteras. Pero debí caer por las manos de Bill.

—¿Sabe tocar el piano? —preguntó Arthur.

—Moriría antes de aprenderlo —aseguró Mrs. Poulter.

En ese momento Arthur sintió unas ganas tan grandes de tocar que hubiera podido hacerlo; sólo que Mrs. Poulter no tenía piano.

—Pensarás que soy una mujer rara —dijo ella.

Repentinamente ansiosa, fue a sentarse al otro lado de la mesa de la cocina.

—¡Las manos de Bill! Me casé con Bill porque era el único en quien yo podía pensar. Y porque él me necesitaba—declaró Mrs. Poulter.

Se había inclinado tanto, casi echándose sobre la mesa que Arthur podía ver la humedad sobre su piel bronceada podía ver la hendidura entre sus pechos.

—Supongo que él debía necesitar a alguien — dijo Arthur, serio e interesado —. Para los remiendos y todo eso.

—Sí —dijo ella.

La sonrisa de sus labios dejó ver sus dientes blancos y algo ásperos.

—Bill no sabía ni poner un huevo a hervir.

Era firme y bonita, con sus brazos suaves y su anillo de boda.

—Me pregunto por qué le estaré contando todo esto.

—Porque es así como debe charlar la gente.

—Sí —dijo ella—. ¡Pero con un hombre...!

—Los hombres no son tan distintos — repuso Arthur, tomando un sorbo de aquel té de color desinfectante, que se había vuelto bastante asqueroso.

—No en sí mismos — dijo ella —, supongo. Sino algunos hombres... Oh, no sé.

Sin duda no era lo bastante profunda como para durar.

—Ay, Dios, este lugar podría haber sido muy solitario—dijo, yendo a pararse al lado de la ventana—. Con sólo su mamá al otro lado.

—Mamá es buena — señaló Arthur.

—Oh, sí —acordó Mrs. Poulter—. No quise decir que Mrs. Brown no fuera buena.

Mrs. Poulter adoraba sus plantas de pote. Continuamente las arreglaba, las rizaba, y estiraba sus hojas mientras hablaba. Por ratos se echaba hacia atrás para poder verlas mejor.

—¿Te gustan las tartas de frutas? —preguntó.

—Demasiado —contestó Arthur.

—Un día haré una para usted. Ah, —exclamó, acordándose—, en Mungindribble hay una señora que tiene una estupenda receta para hacer tarta de frutas... Si la supiera...

—Podría escribir por ella, ¿no? ¿Eh, Mrs. Poulter?

—Sí — respondió ella, como si no lo fuera a hacer.

Comenzó a acariciar su geranio.

—Hace tanto tiempo que no recibo una carta... —comentó Mrs. Poulter—. Conocí a una chica, una de las empleadas de la estación, que se escribía cartas a sí misma. Al final se la llevaron.

—Qué, ¿al Jardín de los Ciruelos?

—¿Qué es eso?

—Eso — explicó Arthur, y sonrió, satisfecho de poder contarlo—, pues eso es la casa de locos que hay en Barranugli. Lo rodearon de tantas flores y plantas que la gente lo llama Jardín de los Ciruelos. ¿Sabes? Cuando es la época apropiada de todas partes viene gente a verlo.

Mrs. Poulter estaba encantada.

—Pues, ¡yo nunca!

El compromiso que los unía era el bordado de la vida misma. No seguían ningún modelo en particular y pocas veces se resistían a añadir una nueva puntada.

Ese Arthur Brown. Tan inofensivo. A una nunca podrían acusarla de nada.

Desde su casa, una casa flotante anclada en el mar de hierba, Mrs. Poulter lo llamaba a menudo. Para contarle algo. Para mostrarle cosas.

Una vez le mostró un dedo manchado con sangre que había encontrado en una caja de cerillas, sobre la hierba, junto al camino. Arthur se impresionó de tal modo que tuvo que sentarse en el escalón de la casa de Mrs. Poulter.

—¿Sobre la hierba? —jadeó.

—¡Anda! —rió ella—. No seas tonto. Es un truco que aprendí.

En efecto; era el dedo de Mrs. Poulter, pintado con tinta roja, metido por un lado de la caja de cerillas y acostado sobre una cama de algodón.

—¡Dios mío! — rió —. Eres un niño, Arthur, a veces. Tuvo que tocarlo para reanimarlo.

Y una vez, al atardecer, cuando el marido de ella se había ido calle arriba, llevando la vaca para un servicio tardío, Arthur Brown había saltado sobre Mrs. Poulter, que volvía a la casa desde el retrete.

—¡Ohhhhhh! —gritó ella.

—¡Ja! ¿Quién tiene miedo? Ella. Había empezado a temblar.

—¡Creía que eras un asaltante de verdad! Aún después de haber entrado a la casa de Mrs. Poulter, Arthur no había logrado que perdonara su broma.

—Esa es la clase de cosas que no me gusta. Nada, Arthur. Nunca lo vuelvas a hacer —advirtió Mrs. Poulter, encendiendo la luz.

Entonces Arthur tuvo miedo de no gustarle más a su amiga.

—¿Eres honesto? —tuvo que preguntar ella. El tenía tanto miedo que esperaba que la luz demostrara que sí lo era.

—Todavía no me conoce, Mrs. Poulter, ¿eh?

—Creía que sí — repuso ella.

—¿Cuándo iremos de paseo? ¿Eh? ¿Otro paseo?

—Eso depende — respondió ella — de muchas cosas. Los párpados de Mrs. Poulter no lo dejaban cerciorarse.

—Ahora —anunció ella, cogiendo un libro— me voy a sentar. Sola.

A Mrs. Poulter le gustaba leer el periódico, por las muertes y los anuncios. No se interesaba mucho por los libros, aunque tenía dos. Tenía la Biblia y la Enciclopedia Pears. A veces se sentaba a leer uno u otro, lo que quería decir, Arthur lo había descubierto, que comenzaba a cansarse

de él.' —Me voy a dedicar a leer la Enciclopedia — decía ahora. Por supuesto, era inconcebible que Mrs. Poulter no quisiera pasear con él. Estaba seguro de ello mientras se iba. Pero, ¿estaba realmente seguro? Al cruzar Terminus Road. Arthur descubrió que estaba sudando, y que lloraba. En su mente fluctuaban demasiadas imágenes de apacible felicidad. El cerdito negro de Mrs. Poulter, que corría por el jardín arrancando raíces. Ella, que podía sacar el panal de una colmena sin necesidad de ponerse un velo. Ella, que guardaba peras en los estantes altos, con el bronceado de su piel extinguiéndose bajo las axilas.

Una vez Arthur soñó que entre sus muslos crecía un árbol. La cara de Dulcie Feinstein se perdía entre las hojas de las ramas altas. Pero llegaba Mrs. Poulter y se sentaba en el suelo junto a él, y él extendía su mano para tocar lo que pensaba que sería una piel suave, pero encontraba una corteza áspera, casi como de espinas. Le hubiera gustado despertar a Waldo para contarle. Por la mañana, claro, apenas podía recordar el sueño.

Y por la mañana, era domingo, Mrs. Poulter dijo:

—¿Qué pasó, Arthur, con ese paseo que íbamos a dar? Oh, claro, no ahora. La mañana es para ir a la iglesia, ¿verdad?

De modo que Arthur tuvo que esperar.

Hasta la tarde algo bochornosa, pero sublime, mientras la gente dormía o aguantaba sus estómagos llenos, o recordaba tiempos pasados con algún pariente. Entonces volvió a ver a Mrs. Poulter, que todavía vestía sus ropas de ir a la iglesia.

—¿A dónde iremos? —preguntó ella.

—No lo sé —respondió Arthur, y suspiró.

De modo que, simplemente, fueron.

Cruzando dehesas, anduvieron a hurtadillas como los pavos entre los matorrales, visitaron un arroyo en donde ninguno había estado antes. Arthur recogía bostas de vaca secas y las arrojaba al aire del domingo. Si ninguno hablaba, no era porque estuviera ausente de los pensamientos del otro.

—Qué raro que ninguno de vosotros, los Brown, nunca haya ido a misa — comentó Mrs. Poulter.

—Supongo que en un principio mis padres irían. Hasta que se dieron cuenta.

—¿Se dieron cuenta de qué?

—De que podían vivir sin ello.

—Ay, pero es hermoso —dijo Mrs. Poulter.

—Empezaron a ver que eso no era verdad.

—¿Qué no era verdad?

La vio alzar la cabeza, atiesar el cuello..

—Oh, todo eso —explicó Arthur Brown, lanzando un trozo de bosta de vaca al aire —. Sobre las vírgenes. Sobre El.

—No me dirás —repuso Mrs. Poulter, tan remilgada como Waldo —, que no crees en Nuestro Señor Jesucristo.

—No sé mucho acerca de El.

—De todas maneras, ¿cómo lo sabe usted?

En ese momento ella le importó menos a Arthur.

—Todo el mundo lo ha sabido siempre — respondió Mrs. Poulter, mirándose la punta de los pies —. Yo no podría existir sin Nuestro Señor.

—¿Podría El existir sin usted?

Parecía razonable preguntarlo. Ella pareció no oírlo.

—Mamá dice que los cristianos se deleitan con la sangre.

—¿No crees que hayan crucificado a Nuestro Señor? — preguntó ella, mirándolo enfadada.

Arthur había empezado a cansarse.

—Supongo que bien puede haber crucificado a un hombre. Sí — dijo, y continuó más lentamente: — Por lo que se lee, y por lo que sabemos. Los cristianos son crueles.

—Esos no eran cristianos —explicó Mrs. Poulter—. Todos los hombres son crueles.

Empezaba a soplar el viento. El crudo sol caía sobre ellos. Habían ido demasiado lejos.

—¿Cuánto va a durar este paseo? —se quejó Arthur.

Extendió su mano para tomar la de Mrs. Poulter y ella le dejó tomarla.

—¿No estás cansado? — preguntó ella, aunque él sabía que no estaba pensando en eso—. ¡Un hombre grande como tú!

No había ninguna maldad en ello. Mrs. Poulter continuó hablando muy dulcemente.

—Imagínate si fueras mi hijo, Arthur —pensó en voz alta —. Me pregunto si te gustaría.

—Sí —contestó Arthur melancólicamente.

Le hubiera gustado por el placer que hubiera sentido Mrs. Poulter, y porque nadie hubiera protestado porque estuviera con ella.

—¿Cuándo vamos a dar otro paseo, Mrs. Poulter? — preguntó Arthur, y se retrasó para hacerle sentir que ella lo estaba llevando.

—Aún no hemos acabado éste.

Pero de repente sí lo habían acabado. Habían tomado un camino más corto y allí estaban, bajando por Terminus Road.

—Bueno, hemos llegado sin problemas.

—Sí — dijo Arthur tristemente.

Esa noche soñó que se lamía las heridas como un perro.

Se preguntaba si haría bien en lamer sangre que no existía. Afortunadamente, Waldo, que dormía, no se enteraría nunca. Se había estirado y lo había tocado para asegurarse. Luego extendió la mano para tocar el mandala, el suyo, el especial, que estaba encima de la mesa de noche, pero lo oyó rodar, irse fuera de su alcance. Tratar de recuperarlo hubiera sido demasiado trabajoso, de manera que se quedó acostado, miserablemente consciente de la distancia entre su deseo y la satisfacción total.

Ni siquiera los paseos con Mrs. Poulter eran muy satisfactorios, porque era natural que hablaran, y siempre chocaban contra una pared, que, cuando no era la religión, era alguna otra cosa.

—¿Nunca ha pensado en tener hijos, Mrs. Poulter? —preguntó Arthur.

—No —contestó ella.

Para Arthur, que como siempre caminaba retrasado, la respuesta había sonado algo arisca.

—¿Le gustan los niños?

—Oh — dijo ella —, la vida no es sólo tener niños. Tengo a mi marido.

—¿Y a él le gusta usted?

—¡Que pregunta más extraña!

—Bueno —dijo Arthur— uno siempre quiere saber lo que gusta a los demás.

Esta vez era un día de fiesta y ella no llevaba su vestido de iglesia, si no un pulcro vestido de algodón. A Arthur le gustaba ver cómo, con el tiempo, los vestidos se ceñían cada vez más al cuerpo relleno, pero todavía firme de Mrs. Poulter. Se sorprendió al saber que Mrs. Poulter era más joven que él, y hubiera querido no notarlo entonces. Hubiera preferido hacerlo cuando las edades dejaran de preocuparle, cuando Mrs. Poulter se convirtiera en la mujer gorda y sabia que en el fondo era, y aconsejara remedios para las enfermedades.

—Todavía no hemos llegado ni a la mitad de la loma — se quejó ella gruñendo.

—Nunca mejor dicho —afirmó Arthur y rió.

Pero de repente habían llegado a la cima, jadeantes y deslumbrados.

—¡Oh, mira! —exclamó ella, señalando hacia abajo.

—Ese es un árbol-rueda —explicó Arthur.

Lo sabía porque Mrs. Musto se lo había enseñado una vez. Todavía jadeando, sonrió, orgulloso del árbol lleno de ruedas coloradas.

Y debajo del árbol estaba la mujer china, de quien después se acordaría. Permanecieron mirándose durante unos instantes. Entonces la mujer china, tan poco vinculada con ellos o con sus circunstancias, se volvió, aparentemente molesta, y fue a ocultarse tras un gallinero. No había mayores motivos para recordarla, como no fuera lo deslumbrante de la tarde. Pero esa razón fue suficiente.

Poco después se zambullían en las zarzamas y comenzaban a coger a manos llenas las brillantes moras para dejarlas caer en una pequeña lata que había llevado Mrs. Poulter, y a comérselas además, hasta que sus caras quedaron entintadas.

Mrs. Poulter parecía gozosa.

—¡Qué aspecto tienes, Arthur!

El color de las moras y la sombra del sombrero favorecían a Mrs. Poulter. Su cara parecía misteriosamente tatuada.

Después se sentaron sobre la hierba, en la bahía que formaban las zarzas. Desparramaron a su alrededor las pocas cosas que habían llevado con ellos. Una vez instalados los bártulos el terreno les perteneció. Estaba tan bien protegido que Mrs. Poulter, después de mirar hacia ambos lados, anunció primorosamente:

—¿Sabes qué, Arthur? Me voy a soltar el pelo, y nadie lo verá ni lo encontrará raro.

Era bastante sensato, pensó Arthur, porque difícilmente podía incluirse a él entre los demás. Por otra parte había visto a Mrs. Poulter lavándose el pelo en el bote de petróleo, los días en que estaba viviendo en el cobertizo de lata.

—¡Ya está ¡ — dijo ella cuando terminó de soltar su largo y hermoso cabello.

Para Arthur era un placer mirarla allí sentada, bajo la brillante cascada de sus cabellos. Entornó los ojos deleitado, para protegerlos del sol, y desde entonces, todo lo que se dijo y se hizo fue tan ineludible como la convicción y los sueños.

Sacudiendo el velo de cabellos que colgaba delante de su cara, Mrs. Poulter dijo:

—A veces pensaba que entraría a trabajar de sirvienta. En alguna casa grande de la ciudad. En donde la señora hiciera muchos festejos. Todas las señoras enojadas y a la moda. Y yo daría vueltas entre ellas, sirviendo la comida o cambiando los vasos, sin que nadie reparara o se preguntara en qué estaría pensando yo. Entonces, mientras estuviera ofreciendo legumbres en la mesa, habría un hombre importante, un gerente de banco, digamos, o un doctor, que me miraría a la cara y se daría cuenta de que yo era distinta. Le estaría esperando cuando él viniera a buscar su abrigo, y nos iríamos juntos a coger el tranvía.

Arthur escuchaba, sonriendo ante el esplendor y la masa de joyas.

—Es curioso, seguí teniendo esta clase de ideas mucho después de casarme con Bill —agregó Mrs. Poulter. Luego de hacer una pausa dijo: — No es tan malo pensar en lo que nunca ocurrirá. Yo quiero a Bill.

Arthur quería a Mrs. Poulter, quería sus joyas.

—¿Me deja tocar su pelo, Mrs. Poulter? —preguntó—. Sólo para sentir cómo es.

Ella miró en derredor por sobre sus hombros.

—Qué cosas tan extrañas se te ocurren — dijo —. Pero si quieres puedes hacerlo.

De manera que Arthur se arrimó a ella lo bastante como para extender la mano y tocar las puntas de su brillante cabello. Calentado por el sol, el pelo parecía tener vida propia, como si fuera un animal adormecido. Hasta que, a su vez, Arthur comprendió de repente qué era lo que debía hacer.

—Voy a bailar para usted, Mrs. Poulter — dijo —. Voy a bailar un mandala.

Sabía que ella estaba a punto de reírse pero que no lo haría, porque sentía cariño por él.

—¿El mandala? — preguntó ella con bastante sobriedad—. Nunca oí hablar de un baile llamado así. No debe ser de los modernos.

Arthur no intentó explicárselo porque pensó que podría hacérselo ver.

De manera que Arthur Brown bailó, empezando por una primer esquina, desde la cual continuaría por etapas hasta la cuarta, y más allá. Él, que era tan grande, tan torpe, descubrió que el movimiento llegaba a él en aquel lugar de la colina entre la bahía de zarzas. Los puños de sus mangas colgaban, abiertos, junto a sus muñecas. Las sombras azuladas de las partes menos expuestas de su piel, en sus muñecas y en el valle entre sus pechos, se cubrieron con perlas de sudor.

En la primer esquina, como un prelude a todo lo que tenía que expresar, bailó la danza de sí mismo. Medio torpe, casi fogoso. Representó a los dioses muriendo en un campo de terciopelo carmesí frente a los desacuerdos de las voces humanas. Aun en la ausencia de dioses, su vida, o su danza, era siempre piadosa. Aun cuando a él no le hubieran enseñado, como al tendero, a arrodillarse y poner las manos juntas. En cambio, ofrecía su oración fundada en lo que sabía por la luz o los silencios.

Bailó el sueño de la gente de una casa de madera, gruñendo bajo la presión del sueño, con sus secretos profundamente encerrados, seguros, hasta que sus pensamientos verbalizados, o sus pedos, los delataban. Danzó la luna, anestesiada por un cestrum embotellado. Danzó el disco del sol anaranjado encima de los témpanos de hielo, que era en cierta manera su principio, y tal vez fuera su final. Mientras, Mrs. Poulter miraba, sentada, jugando con las puntas de su cabello oscuro. Suspirando a veces. Bajando la mirada.

En el segundo rincón declaró su amor por Dulcie Feinstein, y por su marido, por quien, a través de su amor a Dulcie, era igualmente poseído, de tal modo que los tres estaban unidos, y los hijos del matrimonio aún sin concebir. En esa esquina de su mandala tejó la Estrella, sobre la cual se basaba, en cierto modo, su relación triangular con ellos. Ráfagas de una música precedida de hortensias proporcionaban una ceremonia de notas blancas que caían exactamente en su sitio y no más allá, tiempo atrás, en las cuerdas torcidas de la música oscura que Waldo había forzado a tocar a Dulcie en aquella tarde sofocante. Allí estaban sus huesos, allí estaba Dulcie, sentada en la silla recta, vestida de negro. Y luego reintegrada a su carne por la carne de su amante. Con sus ojos imborrables, cada vez más reveladores.

Los secretos de Dulcie, veía Arthur, habían despertado el eco de su desnudez en el rostro de Mrs. Poulter, quien de otra manera se hubiese convertido en una estatua de mujer, bajo su cabello, junto a las zarzas. Aunque se había estremecido ligeramente cuando él empezó a tejer la figura de ella en el ángulo que le estaba destinado. En la esquina de Mrs. Poulter bailó el rito de las peras madurando y los cerditos mamones

qué arrancaban raíces.

Madeiras de miel dorada se balancearon brillando en su boca embriagada. Hasta que llegó el momento más quieto. Arthur fue el niño que ella nunca había llevado en la oscuridad de su cuerpo, bajo su corazón, por cuyo latido él supo entonces qué era lo que podía esperar. Las paredes de su fortaleza circular temblaron.

Mrs. Poulter estaba, en ese punto tan claramente conmovida, que le hubiera gustado deshacerse de aquella visión, o detener por completo a Arthur, pero él no se lo permitiría.

Había comenzado a taconear, pero con una frágil rigidez, marchitándose. En la cuarta esquina, que era la de su hermano, las cañas se serraban entre sí. Hubo un revuelo de barro seco, un repiqueteo de banderas muertas, o papeles. De palabras e ideas ensartadas en papel. Las viejas brochetas de aluminio, dobladas, gastadas. Así clavado y perseguido, lo que debería haberse alzado en puro vuelo, goteó en un seco gorjeo, en un atrapado crispamiento. No podía, bailando, extraer de sí a su hermano; no plenamente. Estaban demasiado unidos para que fuera posible, demasiado unidos y demasiado lejanos cuando, con sus dos brazos, los mantuvo unidos, con los dedos resbaladizos de cera. No había podido evitarlo. A lo sumo, de su doble imagen brotaba culpablemente un pequeño alivio, de su figura jamás unida totalmente. En aquella esquina de la danza, sus pies angustiados habían pisoteado la hierba hasta convertirla en un páramo.

Mrs. Poulter se inclinó hacia adelante. Pudo ver cómo ella sujetaba su cabello en pequeños moños. Esperando.

Hasta que en el centro del mandala Arthur bailó la pasión de todas aquellas vidas, dejando que la sangre brotara de los dorsos de sus manos, y el agua del orificio de su pecho. Su boca era un agujero silencioso, porque no necesitaba sonidos para explicar.

Y entonces, cuando hubo vomitado, escupido todo, con la brisa azotando su saturada piel, cuando el arrebató casi se había desvanecido ya en él, añadió la nota temblorosa sobre el perdón. Sus brazos descansaron a sus costados. Su cabeza colgó. Mirándola.

Se derrumbó, y tendido allí, gozó aliviado con di subir y bajar de sus costillas, y sobre todo con la caricia de los ojos de ella, sabiendo que sólo podían haberle contemplado comprendiendo su danza.

Arthur debió dormirse, pues cuando se incorporó Mrs. Poulter daba los toques finales a su peinado. Su cabeza tenía un aire muy sereno aunque las aletas de su nariz palpitaban levemente, por haber sufrido una experiencia aún reciente.

Entonces Arthur supo que ella era digna del mandala. Junto a Dulcie Feinstein, era a Mrs. Poulter a quien más amaba. Después de Waldo, por supuesto.

De modo que se llevó la mano al bolsillo, se arrodilló a su lado y dijo:

—Le daré el mandala, Mrs. Poulter.

Era el dorado, en el que las chispas relampagueaban, y cuyos rayos saltaban hacia arriba siempre que la perfecta esfera se veía golpeada por su contraparte.

—¡Oh, qué bonita! ¿Verdad, Arthur? —dijo Mrs. Poulter, inclinándose sobre su mano abierta —. ¡ Me gustaría mucho que me lo prestaras!

—Quiero que se lo quede. ¿No le gustaría?

Ella alzó la vista y dijo:

—Sí.

Después de esto, emprendieron el regreso.

A partir de entonces, la perfección de ese día lo pondría triste. Sabía que no retornaría jamás. A la hora de comer, los miembros de su familia volverían a eludir, a fingir. Era sólo cuestión de tiempo. Si mencionaba a su amiga Mrs. Poulter, la madre comenzaría a murmurar contra «el Nombre». Waldo hizo más que murmurar. Waldo explotó definitivamente.

—¡Si fueras capaz de hacerte cargo de la *obscenidad* de una situación así! ¡Te lo pido! ¡Eres mi hermano!

Las bifurcadas venas de la frente de Waldo se hinchaban aumentando su tonalidad azul.

Tal vez fuera conveniente que Arthur estuviese amasando el pan.

Esto por sí sólo podría haber ayudado a demostrar su honestidad si la propia Mrs. Poulter no hubiese contribuido.

—Mrs. Poulter ha decidido —fue capaz de explicar a Waldo mientras plegaba y replegaba la masa.

Un anochecer, poco antes, había cruzado la calle, con la esperanza de intercambiar una o dos palabras, y quizás ni siquiera eso, sólo de estar junto a Mrs. Poulter. Loe platos estaban amontonados junto al pilón; su marido había tomado el té y se había ido adentro. Bill Poulter pasaba gran parte de su tiempo libre tendido en la cama, acariciando su úlcera, o escuchando a las paredes, esperando confirmar una duda. Mientras, su esposa acababa con las tareas del día.

Ahora Mrs. Poulter colaba la leche. Estaba tensa, Arthur lo notaba. Con la cabeza delicadamente alzada, ella fruncía el ceño contemplando un pelo de vaca en el colador. Arthur comprendió casi inmediatamente que la causa de aquello no era el pelo de vaca, sino él.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Oh, nada —dijo ella, moviendo el colador—. Es que no debemos dar ningún paseo más. Ninguno más.

Su tono era muy frío.

—A Mr. Poulter no le gusta — dijo —. A los suyos tampoco les gusta. Así que tendrá que jorobarse, Arthur.

Estaba procurando ser brutal — pudo advertirlo — para que él no se sintiese herido por la brutalidad de lo que ellos llamaban vida, sino sólo herido por ella. Para que él comprendiese que ella era una mujer tosca y brutal que no merecía su confianza.

—Así que ya sabes —dijo, mirándolo por primera vez y arrojando el colador al cántaro vacío.

—Está bien. Esta bien Mrs. Poulter —dijo Arthur, intentando dirigir sus pasos hacia la puerta—. No hace falta que le diga que lo siento, ¿verdad?

La noche de su desplante Waldo felicitó a Arthur por la decisión que él y Mrs. Poulter habían tomado. Waldo se sentía claramente complacido por lo que llamaba la *rectitud ética* de la decisión, aunque en seguida se había ensombrecido al pensar en una situación sobre la que había leído, pero que no había experimentado. Quizás Waldo estuviese un poco celoso, al tiempo que irritado, por el desdichado asunto de Arthur. Si no hubiese admirado a su hermano, Arthur podría haberse sentido herido. Lo que hirió a Arthur fue la actitud de Bill Poulter que cada vez que se cruzaba con él apartaba la cara de la obscenidad que Waldo había divulgado.

Todo esto perdió su importancia la mañana en que murió su padre.

El metal del balde con el que Arthur ordeñaba era demasiado ruidoso. La mañana, demasiado clara, transportaba velozmente el ruido. Waldo, él lo sabía, estaría merodeando por los alrededores de la casa en mangas de camisa, antes de ponerse la chaqueta, antes de salir para la biblioteca. Arthur se levantó, dando un empujón al voluminoso y aterciopelado vientre de la vaca. Por entonces, ella era sólo una cosa. El había comenzado ya a suspirar por lo que debía haber sucedido. Corrió a través de la hierba, derramando la leche.

En ese momento Waldo corría fuera de la casa, hacia el huerto. Todo era parecido a lo que Arthur había esperado.

Y encontrar a su padre en la habitación oscura. Como el tacto era su modo de conocer, Arthur acarició la cabeza de George Brown Antes de abrirse camino a través de la casa. Antes de estallar sobre la baranda clásico-trágica.

Las palabras salieron disparadas de él:

—¡ Papá, Papá ha muerto!

En realidad George Brown no había hecho más que apartarse de Arthur por segunda vez. Y Arthur lo soportaría ahora como lo había soportado antes. Quizás sus aficciones de la familia, que habían provocado la retirada, le ayudasen a hacerlo.

O la huida de Waldo.

Pronto Waldo regresó por el sendero, y Arthur tuvo que controlar su aficción. Tuvo que tomar a Waldo en sus brazos. La piedad reemplazó a la admiración. Pero él no lo hubiese admitido, o al menos no más que ocasionalmente.

A Arthur le hubiese gustado admirar menos a su madre; le hubiese gustado que ella no hubiera dejado de quererlo, pero ella no tenía tiempo, desde que vivía en sus propios pensamientos. Salvo la mañana en que murió George Brown. Entonces ella lo necesitó. Para que les hiciera el desayuno.

—Sí, querido —suspiró la madre.

Era como alguien que gira en la cama, que se vuelve, despertando, para retornar a los brazos de uno dormido.

—Tú me lo prepararás —susurró ella—. ¿No te gustaría hacerlo?

Por supuesto que le gustaría. Cualquier cosa que hiciese perdurar aquello. Que mantuviese los ojos de ella posados en él. Llevó la leche caliente en sus tazones favoritos, los del dibujo de los pimpollos de camomila. No podía evitar el no saber retirar la nata de la leche hervida. El que la nata colgara de su boca. Esto hizo que en los ojos de su madre creciera una expresión que brotaba de las profundidades. Arrugó el ceño, sus cejas se frunció, por su padre muerto en la otra habitación, o por el colgajo de leche quemada.

—Siempre se quema —se disculpó él—. En cuanto te vuelves un momento de espaldas.

Pero ni Waldo ni su madre tenían oídos para esto. Estaban demasiado ocupados traduciendo sus propios pensamientos. Waldo solía decir que el papá estaba enseñándose a sí mismo noruego para traducir sus pensamientos a un idioma que no pudiese entenderse.

De modo que Arthur indicó:

—Será mejor que vaya yendo a la tienda. Los Allwright estarán preocupados.

Y entonces la madre dijo:

—Esperaba que te quedaras con nosotros.

Aunque el tono hizo que Arthur interpretase «conmigo». Tuvo miedo de que, al verse desplazado, Waldo se sintiese herido.

—Hoy —dijo la madre.

Tan sólo hoy. Era sólo hoy cuando Arthur podía ser el hermano mayor, o el amante. Cuando ella empezó a acariciarle el cabello, ese cabello húmedo, viejo y feo, él inclinó su rostro y su cuello hacia un lado, para atrapar la mano de ella contra el hombro. Pero ella ni siquiera lloró. Continuó mirándole el rostro como si buscara, en él a alguna otra persona.

Y pronto su voz perdió su tersura. La leche se enfrió en el tazón bajo las arrugas de la nata. Su madre ya no lo necesitaba.

Hasta que volvió a necesitarlo por el jerez. Arthur llevaba una botella de cuando en cuando, en caso de que ella se hubiese olvidado, y decía a Mrs. Allwright que la apuntase a cuenta. Era lo único que compraba a crédito.

—Te destrozará el hígado, Arthur, si no tienes cuidado —decía Mrs. Allwright—. Me sorprende en un hombre tan firme en todo como tú.

—Todos tenemos nuestros vicios —dijo Arthur citando a Mrs. Poulter.

—Pues a mí me gusta pensar que no los tengo —repuso Mrs. Allwright—. Me gusta pensar que he prescindido de los vicios. Todo el que lo intenta puede conseguirlo. Siguiendo los consejos que nos da el Evangelio.

Por supuesto, Arthur sabía que Mrs. Allwright sabía. Estaba en boca de todo Sarsaparilla. *¿Qué sucederá cuando ella llene el sumidero con sus botellas?* Mrs. Allwright lo sabía de sobra, pero gozaba con aquel juego de no saber. Así era como obtenía sus placeres; aunque no lo hubiese admitido, ni aun con una mano sobre los Evangelios.

Para alguien más, para la madre, otro placer.

—Aquí tienes un trago para confortarte —solía decir Arthur, o: —Pensé que quizás no quedara ya.

En tales ocasiones ella apenas si volvía la cabeza; se limitaba a mirar por encima del hombro.

—Gracias, querido. Eres muy considerado.

Como si apenas le necesitase.

La oía, sin embargo, luchar con el tapón, y a veces los corchos estaban terriblemente apretados.

—Estoy perdiendo fuerza en las muñecas —se quejaba.

Y le necesitaba.

—No podrías hacerlo sin mí, ¿eh? ¿Verdad que no podrías? ¿Eh?

—Casi —tenía que admitir ella.

Su fuerza de muñeca, ya que no de principios, como insistía Mrs. Allwright, le hacía reír a menudo.

—Todo el mundo sirve para algo.

—Casi todo el mundo —decía la madre.

Entonces ella se recostaba acariciando la botella. La hacía durar hasta la noche. Oh, sí. Uno puede si lo intenta. La posibilidad está en el primer tercio.

Pero en el primer tercio, madre tenía que comenzar.

—Dime, Arthur —decía—, dime si crees que te he fallado.

La importancia de aquello hacía derramarse el jerez en el vaso.

—¡No! —exclamaba en seguida, en defensa propia—. ¡No me lo digas! Ninguna persona normal disfruta nunca ajustando sus cuentas.

Y se hacía más escandalosa, se irritaba más también, al derramar el buen licor en su vaso.

—Todo es bueno —se lamentaba—. Pero no me lo digas. A nadie le gusta que le digan. Que han encontrado una mancha. En su nariz. En la noche del baile.

El zumbido de los insectos en el aire hacía que el tono pareciese más enojado.

—Por lo menos —decía ella— hubo un tiempo, cuando la gente se atenía a las convenciones, en que toda esta clase de cosas se evitaban. Ahora no se lo considera realista. En aquel entonces, no eran buenas formas.

—¡Oh —añadía, agitando su cabello—, pero bailábamos, no obstante! A la mañana los prados flotaban bajo las ventanas. Y nosotros flotábamos como los prados, contra la niebla. Las mujeres, y desde luego, estábamos en desventaja porque los bajos de las faldas se nos mojaban con el rocío. Quedaban más pesados de lo que nadie pueda imaginarse. La hacían hundirse a una. Si una no se sintiese tan luminosa y ligera. Los hombres que llevaban *kilts* no tenían problemas. Nunca me he preocupado por las sucias rodillas de los condenados escoceses. Los hombres fuertes pueden ser insoportables con su agresividad. Y débiles.

No podía perdonarles sus firmes piernas.

—¡ Pero si nos hubieras visto bailando! Bailando entre los prados, entre los setos de boj, sobre la niebla que derramaba el lago... Eso — explicaba, hundiendo su boca en el vaso — fue antes de que me casara con tu padre. Era todo una completa podredumbre, pero qué delirante y memorable-movía la boca alrededor del vaso — después de que la grasa de carnero te arrastra. Sabes, Arthur —decía, mirándolo—; creo que tú has heredado el amor de tu madre por el baile.

—¿Qué baile?

—Bueno — dijo ella —. Yo no sé *qué* baile. Nada *formal*, en definitiva. Simplemente el movimiento. Bailar puede compensar. Curar, en algunos casos. Dicen que las víctimas de la parálisis infantil recobran el uso de sus miembros bailando. O nadando.

Le hubiese gustado darle a ella su tercer mandala, pero comprendió a tiempo que su madre no podría haberlo utilizado.

Pese a sus ideas contrarias, Arthur ofreció el mandala a Waldo durante la última enfermedad de su madre.

—Mamá está muy enferma — dijo.

La luz de la lámpara parecía atraerlos al interior de su círculo.

—¡ Mamá no está *enferma*! — gritó Waldo.

Toda la enfermedad, la de su madre, la de la vieja casa de madera, con sus temblores podridos, secos y su crujir de tablas, pareció concentrarse en el estómago de Arthur, hasta que mirando hacia sus propias manos, haciendo girar la bolita, en ellas, comprendió que el nudo del corazón del mandala, la mayoría de las veces tan tortuosamente entretejido, se disolvería, aunque sólo fuese por un tiempo, convirtiéndose en luz.

Y pareció como si lo peor sólo pudiese suceder como preludio de lo mejor. Lo más importante era que su hermano, que revolvió sus papeles buscando una hoja extraviada, o sólo buscando, que Waldo, también, conociera.

—Si te ayudase te lo daría, Waldo, para que lo tuvieras—dijo Arthur.

Ofreciendo el mandala del nudo.

A la vez que intuía a medias que Waldo jamás desataría el nudo.

Aún antes de que Waldo le lanzase una de sus miradas, que, interpretada, significaba: Ofreciéndome un cristal de mármol estás intentando hacerme parecer un idiota, y yo no soy, y nunca seré un idiota, aunque sea tu hermano mellizo, así que mi respuesta, Arthur, es: ¡Guárdate tus porquerías!

Al tiempo que gritaba:

—¡No, Arthur! ¡Vete, Arthur!

Pero Arthur se mantuvo firme. Con la mano cerrada sobre la helada esfera de vidrio. Si no hubiese sido su hermano mellizo, ¿lo hubiese odiado Waldo?

Había demasiado poco tiempo en aquellos días como para acariciar sospechas. Arthur estaba demasiado ocupado jugando a las cunas con su madre, colocando la cuerda alrededor de sus dedos, porque ella no podía colocarlos ya en las posiciones adecuadas.

—¿No te entretiene esto? — le preguntaba.

—Infinitamente —decía la madre.

Era importante —Arthur estaba convencido de que ella coincidía con él en esto— que Waldo no supiera que su madre se moría. Eso podría haber resultado insoportable.

Cuando, de pronto, Mrs. Poulter, el médico y el sacerdote, se la habían llevado.

Y cuando ella murió, Arthur acudió al señor Saporta, que, por ser un hombre de negocios, sabía cómo disponer las cosas. Aunque sentía todo su ser torturado por la parte que le había sido amputada, Arthur quedó fascinado ante la visión del ataúd descendiendo por la rampa. ¿Y si aquello persistía, si todos ellos persistían?

Sin embargo, pondría sumo cuidado en ocultar todos sus miedos y sospechas a Waldo, que por supuesto no había estado en el funeral.

En una ocasión, Arthur tuvo un desliz.

—¿Apruebas la costumbre hindú de quemar a la gente que ha muerto?

La mano de Waldo se crispó sobre la suya. Iban caminando por Terminus Road, subiendo la última cuesta antes de Sarsaparilla.

—Al menos es higiénico —dijo Waldo.

—Sí, la cremación es higiénica —dijo Arthur—. Pensaba únicamente en el humo. Debe ser bonito contemplar el humo. ¿No crees? El humo desprendiéndose del fuego.

—Pintoresco quizás sea la palabra —dijo Waldo entre dientes.

Era el tono de alguien que está mordiendo una pipa, aunque él no había aprendido a fumar, en realidad ninguno de los dos.

Tras la muerte de la madre, sus vidas no hubiesen divergido tanto si Arthur no hubiese desarrollado aquel sentido de responsabilidad hacia los Saporta. Por supuesto, a Waldo no podía explicársele aquello. Si Arthur normalmente tomaba posesión de lo que Waldo no decía, era porque tenía su sentido del tacto, y por tenderse junto a Waldo en el lecho de sus padres, las noches en que su hermano necesitaba que le confortasen. La esponjosa amplitud, y hasta a veces la nebulosidad de la mente de Arthur, se convertían entonces en un valor. Para cubrir los despejados terrores de la noche.

Así, no fue tanto porque no tuviese ropa, como por solidaridad hacia Waldo, que Arthur no asistió a la boda de los Saporta. Tuvo que controlar su disgusto. Porque le hubiese gustado contemplar a Dulcie de pie, con Mr. Saporta, bajo el dosel; le hubiese encantado ver romperse el cristal.

Esto había sido en 1922, el año en que muriera George Brown. Dulcie y Leonard se casaron, y en las ocasiones en que Mrs. Allwright enviaba a Arthur a la ciudad para buscar algo imposible de obtener en Barranugli, éste visitaba a los Saporta en su casa junto al parque. Era, en realidad, la casa de Mr. Feinstein, adonde se habían ido a vivir después de que éste tuviera su primer ataque, tras la muerte de su esposa.

La casa de los Feinstein parecía enorme debido a los muchos adornos y salientes que tenía: torretas y almenas, voladizos y capiteles, claroboyas y lumbreras, e incluso una gárgola o dos, que el tiempo corroía y gastaba con demasiada rapidez. Aunque parecía un castillo de cemento parcialmente fortificado, recorrido de oscuras venas cuando caían las hojas de la enredadera, en su interior era una casa perfectamente normal y humana. Dulcie, desde el principio, había impedido que los muebles heredados lo dominaran todo. Fue ella quien dispuso las cosas, quien las agrupó, muchas veces en asociaciones imprevistas. Era también directora de la casa de música, mientras que Mr. Saporta continuaba con las alfombras. Como tenía que ser. Los Saporta estaban muy bien organizados.

Arthur Brown los visitó a lo largo de los dos niños y de los varios abortos. A veces se sentaba en compañía de otras personas, viejas damas judías y tíos, que llegaban a superar su sorpresa. Lo respetaban. Y hasta quizá, por alguna oscura razón, diesen valor a su presencia entre ellos.

Mientras, él jugaba con sus esferas de cristal y explicaba:

—Estos son los dos mandalas que me quedan.

Ellos se inclinaban hacia adelante expresando gran interés y complacencia, y en una ocasión, uno de los viejos tíos subrayó:

—Ves, Magdi, te digo que este joven es en cierto modo sensacional.

Naturalmente, Arthur se sentía satisfecho. Aunque no se dejaba engañar Esperaba estar a solas con Dulcie para poder reanudar aquella vida que sólo a ellos les estaba permitido disfrutar. Sus muslos hormigueaban anticipando la unión gozosa y feliz con su amada.

Pues la belleza de Dulcie había aumentado con el matrimonio; era más fluida, sus ojos resplandecían con un brillo mayor, más comunicativo. A veces colocaba su mano sobre la de Arthur; especialmente en los embarazos.

—Sabes — le decía, y se reía mirando su vientre hinchado—, soy una esclava de todo esto.

El se daba cuenta de que ella no lograba ruborizarse, aunque percibía que la embarazaba sacar su vientre fuera del círculo familiar, y que se sonrojaba con bastante frecuencia ante los comentarios de las tías. Sólo con él se mantenía sería, como si en su mente común pudieran contemplar en paz al niño, acurrucado y enrollado como una alubia.

Un día, antes del nacimiento del primero, Dulcie dijo:

—Hoy creo que Leonard, cuando venga, me dirá algo.

—¿Por qué Leonard? —preguntó Arthur, comenzando a sudar.

Tenía miedo de que algo pudiese romperse.

—Es una de esas cosas importantes — dijo Dulcie — que creo que deben explicar los hombres.

Luego sonrió, y Arthur se dio cuenta de que era porque su marido había entrado en la habitación y se abría camino entre los montones de muebles heredados.

—Os dejaré solos —dijo Dulcie despiadadamente, según le pareció a Arthur—. Debo acompañar a Papá.

Se alejó de ellos a toda prisa.

Arthur se sintió desazonado y horrorizado.

Más grueso por el matrimonio y las buenas salsas, más ronca la voz por los muchos y excelentes puros que había fumado, Mr. Saporta se dispuso a hablar. Y dijo:

—Arthur, cuando nazca esta criatura... este niño —porque habían decidido que fuese eso—, queremos, los dos, ponerle de nombre «Arthur».

—¿Por qué? —preguntó Arthur.

Se sentía más alterado que nunca.

—Por todo lo que tú significas para Dulcie — dijo Mr. Saporta.

Arthur sintió el hormigueo en sus muslos. Se dio cuenta de que le colgaba la mandíbula y tenía la boca abierta, pero el saberlo no le ayudó a cerrarla.

—¿Y qué pasará cuando ese muchacho se dé cuenta del nombre que le habéis endosado?

—Ese no será su único nombre — respondió Mr. Saporta, y su expresión sugería que él creía haber encontrado una solución aceptable—. Le llamaremos también «Aaron». Ese será su nombre judío. Pero para la vida normal: «Arthur».

Arthur se sintió aliviado al pensar que quizás así el niño lo maldijera menos.

—Aaron.

Después de pronunciarlo, se sintió razonablemente satisfecho.

Si bien no esperaba a que regresase Dulcie. Cogiendo a Mr. Saporta por la muñeca —en la que no estaba ya el pequeño reloj con pulsera de metal, sino un gran disco dorado que lo indicaba prácticamente todo—, Arthur confirmó que era ya hora de que él se marchara. Aunque Dulcie bajaba ya las escaleras, aunque estaba lo bastante cerca como para que él oyera el rumor de su falda, y aunque lo llamó, Arthur no se volvió ni contestó, sino que se apresuró a caminar desmañadamente calle abajo.

A veces, llegaba a la casa y sin más subía a ver al viejo Mr. Feinstein, que había decidido mudarse a una pequeña habitación de servicio, una buhardilla, cuando su hija y su yerno se trasladaron allí. En aquel cuarto pasaba sus últimos días, entre periódicos y tabaco, refugiándose de lo que él llamaba la Reacción Judía. Aunque sus palabras no resultaban aún inteligibles tras el primer ataque —esto sucedió después del tercero—, su lengua estaba mucho más torpe, y su brazo derecho se había marchitado en su tronco.

—No negaré que medran en la superstición — Mr. Feinstein se refería a sus hijos —, pero también puede ser la comida extra. Porque los judíos, Arthur, utilizan su religión como una excusa para comer de más.

Mr. Feinstein continuó yendo a la tienda hasta que el tercer ataque se lo impidió. En la última ocasión en que Arthur vio a su amigo, el viejo caballero estaba sentado en uno de esos sillones que sobreviven siempre a sus propietarios.

—Te dejaré hablando con él —dijo Dulcie hábilmente.

—¿Por qué? —preguntó Arthur.

—Porque el niño está pidiendo su merienda.

El viejo Mr. Feinstein parecía bastante satisfecho entonces con todo lo que se hacía con él. En el centro de su pecho le habían fijado un cartel con las palabras, las frases y los nombres que era más probable que necesitara, y él emitía sus sonidos muy apagados, y arañaba el cartón con la menos marchita de sus manos.

Cuando el anciano comenzó a ganguear y a gruñir, Arthur se inclinó hacia adelante para leer lo que había escrito en el cartel, pero no pudo decidir qué era lo que podía corresponder a lo que su amigo quería decir.

ARTHUR, vio, y: AARON. BUENO PARA LOS NEGOCIOS. QUIERO EL ORINAL, POR FAVOR la palabra TORA lo desconcertó.

—¿Qué es este TORA? — tuvo que preguntar, aunque sin grandes esperanzas.

Entonces Mr. Feinstein arañó en su pecho sobre las letras que difícilmente servían para explicar.

TIEMPO VARIABLE, leyó Arthur.

Le habría gustado hacer algo por aquel viejo cuyas cuerdas se habían enmarañado y le apretaban. Pero lo único que pudo hacer fue recorrer el pequeño cuarto buscando ayuda entre las posesiones del anciano caballero. Fue un alivio descubrir en una atestada estantería la pequeña Estrella de David que había visto colgando del cuello de Dulcie.

—Vea esto, Mr. Feinstein — dijo —, esto, esta cosa, esto no es más que otro mandala.

Esta vez, Mr. Feinstein no intentó señalar una respuesta, sino que se quedó en silencio, contemplando a Arthur. Esperando, al parecer. Entonces Arthur supo que jamás podría explicar lo que era demasiado grande, una enorme canica, que giraba, llenando insoportablemente el interior de su boca sin palabras.

Se había sentado frente al viejo, de modo que estaban rodilla con rodilla. Sostenía las frías zarpas de Mr. Feinstein en sus propias manos más cálidas y rechonchas. Nada podía hacer, salvo esto.

—El mandala —intentó decir, y lo logró, pero pronunciándolo de un modo tan estúpido que también él corrió el riesgo de tener un ataque.

Permanecieron sentados mirándose uno a otro desde los extremos opuestos del túnel, en una luz de tan instantánea intensidad que Arthur se

sentía confundido al intentar saber exactamente lo que veía.

En la siguiente ocasión en que visitó el castillo Feinstein— Saporta, encontró a Dulcie en su gran salón rectangular, sentada sin zapatos, sobre un colchón en el suelo. Vestía un traje negro suelto, cuyos pliegues, junto con los resplandores de su cuello y sus redondeados miembros, la hacían parecer casi una estatua.

—Mi padre murió, Arthur — explicó, como si el viejo hubiese salido sólo un momento antes a dar un paseo por el parque. Lo único insólito del asunto era que sabían que no regresaría.

Luego, después de rodearse las piernas con los brazos y apoyar la cara sobre un hombro, comenzó a soñar en voz alta, mientras se balanceaba:

—Oh, sí, lo he llorado y continuaré llorándolo. Pero mi padre estaba siempre preocupado por lo que solía llamar «esos judíos que se regodean rasgando sus vestiduras y sus emociones hasta hacerlas andrajos». Sólo nos permitía amarle a su modo. Creo que todo esto le hizo desgraciado, pero cualquier otra conducta habría ofendido sus principios. Una rendición completa al amor podría haber introducido a Dios. Por supuesto, al final lo aceptó. Cuando estuvieron encerrados juntos en una habitación, no pudo evitarlo. Lo vi. Mi padre murió pacíficamente.

Dulcie alzó la cabeza.

—Y tú, Arthur —dijo—, ¿eres tú, me pregunto, el instrumento que creemos que eres?

Independientemente de lo que ella pretendía comunicarle, él se alegró de no captarlo, y bajó los ojos hasta el nivel de aquel pecho, en el que la leche había traspasado el vestido negro. Ella lo notó en seguida y se cubrió con su chal. Con el mismo movimiento, lento pero natural, se cubrió la cabeza.

A lo largo de los años, Arthur continuó visitando a los Saporta con cierta regularidad y no se dio cuenta en especial de que Dulcie encanecía, no reparó casi en sus gafas, ni en que Mr. Saporta se había puesto gordo, porque los amigos y los seres queridos gozan de una libertad mayor que la de sus cuerpos: tienen la libertad de salir de ellos y, por dispensa especial, comunicarse entre sí a través de tinos ojos que van muy lejos.

Fue Waldo el que sufrió, se lamentaba Arthur, por su encuentro con toda la familia Saporta en Pitt Street, en la edad madurar. La sorpresa del reconocimiento había trastornado temporalmente a Waldo con el resultado de que se derrumbó, cayó y sus lentes se rompieron sin reparación posible. No fue Arthur el que preparó la entrevista, aunque Waldo pareció creer que así había sido.

Durante todo el camino hasta el lecho de su hermano, Arthur había sufrido por el sufrimiento de Waldo, y muy en especial por el miedo de Waldo a la muerte. La firme perfección de la hermana chocaba con la debilidad de su abatido hermano y a él lo ponía frenético. Lo colocaba en la posición más difícil: pacificar a la hermana dominadora manteniéndose tranquilo y convencer al mismo tiempo a Waldo de que no podía permitirle dejarse morir. Una cuidadosa regulación de su conducta persuadió por fin a la hermana de que podía dejarlos, e inmediatamente Waldo pareció menos temeroso. Aunque Arthur continuó gimoteando un poco para mostrar a su hermano que lo necesitaba. El amor, había descubierto, es más aceptable para algunos cuando se distorsiona y altera su forma auténtica.

No es que Waldo aceptase mucho. Estaba demasiado ocupado con sus problemas, con las bibliotecas y con el señor Crankshaw. Arthur comprendió que tenía un problema propio cuando Waldo se incorporó al equipo de empleados de la gran Biblioteca Pública nueva, a la que también Arthur se sintió inclinado a acudir a leer. Afortunadamente, cuando él cruzaba ocasionalmente la sala de lectura, Waldo estaba demasiado ensimismado como para percibir cualquier cosa que estuviese más allá de las estribaciones de su mente.

Apenas si advirtió siquiera la Guerra, la segunda que se producía. En la Primera Guerra, Arthur Brown había sido todo fuegos artificiales y canciones. En la Segunda, adoptó una paciente gravedad. Habían sucedido demasiadas cosas en Terminus Road y en otras partes. Aunque aún era un muchacho, iba más lentamente, acariciando sus dedos manchados de mermelada, esperando la próxima patada en el trasero.

En la noche de la Paz, cuando se desataron las canciones, el vómito, el pis, los marinos, y las muchachitas con sus maliciosos traseros y sus ondeantes cabellos, Arthur no lograba completar una canción, hasta que al final pergeñó dos o tres estrofas... o cuatro:

«Ninguno más muriendo ya
sólo los muertos
el amor se tiende
mintiendo en los parques, mintiendo se tiende, mintiendo...»

El sonreía, sin embargo, por todas aquellas parejas de mellizos, sin ninguna palabra entre ellas para expresar la verdad.

Cuando una mujer se aproximó a él, violeta sobre gris, e hizo brotar un chillido desde detrás de su campanilla:

—Tú, hombretón, ¿dónde has estado?

Arthur replicó sencillamente, tristemente:

—Señora, yo no soy su media naranja.

Y se preguntó dónde estaba Waldo. Porque se alegraba de haber sido él, y no su hermano, el que pasara por un incidente tan desagradable.

Emparentado por algo más que la carne, Waldo se había convertido por entonces en la primera de sus dos preocupaciones. Desde su descubrimiento del espíritu, Arthur no podía andar despreocupadamente ofreciendo, por decirlo así, aquella otra cosa, donde su cuerpo podía repeler. Comprendió que no podía correr el riesgo de que Waldo rechazase algo menos material que el cristal. El cristal era muy quebradizo. Ciertamente, en su bolsillo izquierdo continuaba llevando el mandala de Waldo, pero en general evitaba sacarlo. Prefería contemplar el suyo, en el que la doble espiral se tejía y destejía tan razonablemente.

Siempre que le era posible sostenía en su mano aquel mandala sólido cuando se sentaba en la sala de lectura de la biblioteca. Porque los libros se habían convertido en su segunda obsesión. Para abrirse camino por muy tarde que fuese, por muy sombríos que fueran los rincones más oscuros de su mente. Entonces se sentaba girando el mandala sólido entre sus dedos y barajando las palabras, haciendo la mayoría de las permutaciones de sentido posibles, si es que no todas. A sabiendas, en fugaces arranques de desesperación, la hierba aplastada y su propia masa de carne palpitante le convencían aún más.

Arthur luchando con los libros. Lucha con su mente alborotada, distorsionada demasiadas veces por la trama carnal que circundaba sus pensamientos. Sabía que debía parecer realmente un viejo marica con el impermeable que llevaba, no tanto por la lluvia como por cubrir sus defectos. Quizás, después de todo, el humo hindú fuese la única verdad y la solución definitiva. En cuanto al loto, lo aplastó simplemente con pensar en él.

En una ocasión encontró un mensaje en un libro. Clavado en el fondo de su mente, aunque oscuro, matraqueó y se agitó con dolor, con esperanza:

Como la sombra que sigue constantemente al cuerpo del que camina bajo el sol, así nuestro Adán hermafrodita, aunque aparezca en forma de varón, lleva siempre con él, no obstante, a Eva, su esposa, oculta en su cuerpo.

Acarició esto muchas veces después de recobrase de la sorpresa. Y si se admitía una esposa, ¿por qué no dos?, ¿o tres? El no podría haber elegido entre ellas, no podría sacrificar a la primera, a su fecunda amada, cuyo duelo aún resplandecía con una blanca luz. Ni los tiestos ni las rojizas manzanas de la segunda. ¿O se refería el mensaje del libro más bien a la tercera, a su velada novia? Preñado de posibilidades y de atesorada riqueza, se echó hacia atrás apoyándose en las patas traseras de la rechinante silla de la biblioteca, abrió su impermeable, abrió sus cremalleras y frotó su más bien abultado pecho.

Cuando la silla se derrumbó, Arthur Brown no sintió dolor. Resultaba tan gracioso...

—¡ Tiene que tener cuidado! — dijo la joven, una tal Miss Glasson —. A su edad. Caerse así de pronto. ¡ La silla es propiedad pública, además.

Cuando consiguió otra silla, Arthur se puso a leer *Alicia en el país de los espejos*. Todo aquello le encantaba. Aún se le hada agua la boca por cualquier clase de dulces. Antes de entrar se echaba el pelo hada atrás.

O alzaba la vista. Y a veces Miss Glasson revoloteaba sobre su Adán hermafrodita. ¡ Si ella supiera! En una ocasión, decidió hablar. Luego decidió no hacerlo. Aunque Miss Glasson era buena para sonreír, podría no serlo para reír...

En cualquier caso, ya era la hora. Ya era hora de regresar a Terminus Road. Qué deprimente. Si hubiese podido jubilarse... pero lo necesitaban más que nunca, Mrs. Allwright y Mrs. Mutton, desde la muerte de Mr. Allwright. Si se hubiese retirado hubiese podido consagrar todo aquel tiempo extra a sus lecturas.

A *Los hermanos Karamazov*. ¡ Qué habría dicho papá!

Pero había días, semanas enteras, en que Arthur no podía evitar sentirse coartado, cuando permanecía congelado, poseído por Terminus Road, y Waldo... principalmente por Waldo. Cuando las grandes nubes basálticas se apilaban sobre sus cabezas, los fragmentos de pizarra volaban sin cesar, los haces amarillos de hierba seca tendían trampas a sus tobillos, Waldo tenía que ser consolado. Arthur aceptaba su deber. Su vida lo encaminaba a Terminus Road. Por supuesto, ambos iban a sus trabajos; estaban tan acostumbrados que no hubieran podido evitarlo. Pero su vida real continuaba anudándose tras la fachada clásica de madera. A veces, Arthur deseaba que el papá no hubiese quemado su ejemplar de *Los hermanos Karamazov*, para seguir teniéndolo en casa. Luego comprendió que podría no haber sido conveniente: introducir todos aquellos demonios adicionales en la temblequeante casa de madera.

En una ocasión, en el apogeo de una tormenta, cuando la lluvia caía al sesgo contra el techo, y el agua se filtraba a través del hierro oxidado, en aquel mismo lugar, en el pilón, en la fregadera, y las ramas del membrillo golpeaban contra los cristales que arañaban las espinas del rosal, Waldo gritó:

—¡ Me pregunto qué cuernos estarás pensando, Arthur!

—Bueno — dijo Arthur lentamente, porque era una pregunta difícil de responder—, supongo que lo que piensa la mayoría de la gente.

—¡ Nada! — exclamó Waldo —. ¡Esa es la respuesta! —O todo — respondió Arthur en un murmullo, porque Waldo parecía muy alterado.

—¡ No piensas en nada! — Waldo había comenzado a llorar—. ¡No hay ninguna preocupación en tu cabeza!

—Ya que quieres saberlo, estaba pensando en Tiresias — dijo Arthur para interesarlo —. Cómo se transformó en mujer durante un corto período. ¿Eso debió ser diferente, no te parece, del Adán hermafrodítico que lleva a su esposa en su interior?

Waldo lo agarró por las muñecas.

—¡Cállate! —ordenó—. ¿Es que no entiendes? Si tienes pensamientos como esos, guárdatelos para ti, Arthur. Yo no quiero oírlos. Esa basura. O locura.

Waldo podría haber arrancado las manos de Arthur de las muñecas, si hubiese sido más fuerte. Pero no lo era. En vez de eso, se reclinó pesadamente, y Arthur se inclinó sobre él para consolarlo, porque sólo se tenían el uno al otro. Waldo apoyó su cabeza sobre la mesa, bajo la incesante lluvia, y lloró.

Waldo era un problema tan terrible para Arthur, aquel amor recíproco, que hubo visitas completas a la biblioteca en que no pudo coger *Los hermanos Karamazov*. Prefería *Alicia*.

Pero tuvo que retornar a lo que se había convertido, si bien no en su estudio, sí en su obsesión. Era todo aquello del Jesucristo. Algo sobre lo que Mrs. Poulter le había hablado. Pero no podía relacionarlo exactamente con los hombres, salvo con la crueldad que practican algunos hombres, a despecho de sí mismos, como una religión en la que han sido formados. Leyendo *Los hermanos Karamazov*, deseaba poder entender de qué lado estaba cada uno.

¿Quién era el Gran Inquisidor?

Luego, de pronto, una mañana en la biblioteca, Waldo se había sentado en la misma mesa, frente a él, y había hecho aquella escena. Después Arthur no podía recordar con detalle lo que se había dicho. No podía decirse exactamente que ellos estuviesen hablando porque las frases brotaban de ellos confusamente, entre lágrimas y gruñidos de desaliento, como puñados de carne. Aquellas frases ásperas y crueles eran de tal naturaleza que Waldo miraba de reojo para ver si alguien los miraba. En cuanto a Arthur, no se preocupaba. Su relación mutua era el único hecho importante, un hecho notoriamente abrumador.

—No necesito preguntarte si has venido aquí, si estás haciendo esta escena, para humillarme — decía Waldo —, porque la respuesta es demasiado evidente. Ese ha sido tu principal objetivo en la vida. Si fueras sincero lo reconocerías.

—¿Por qué te hieres a ti mismo, Waldo? —dijo Arthur apenas sin fuerzas para contestar —. Das una patada a un perro, y te hieres tú mismo. Eso es todo.

—¡Por amor de Dios, no mezcles a los perros en esto! ¿Pero quién, me gustaría saber, quién demonios quiso a esos miserables animales? ¿Y por qué?

—Nosotros dos los quisimos —dijo Arthur— para poder tener algo más, y algo fiel, que amar. Porque no teníamos fe uno en otro. Porque somos —¿no lo decías tú mismo, Waldo?— personas anormales y ególatras narcisistas.

Waldo miraba en todas direcciones, y especialmente en la ce Miss Glasson, que, aunque permanecía al fondo de la sala, era como si tuviese un telescopio. Así eran sus ojos.

—Temerosos —decía Arthur, y ahora comenzaba a sentir que una especie de terror se alzaba en él —> Como nuestro padre. Me refiero a papá. No a ése al que le reza la gente, sino a papá echando al fuego a Dostoievski.

Sabía que las llamas de la discusión debían estar coloreando su rostro de aquel modo que tanto incomodaba a los extraños, e incluso a Waldo. Pero en aquel momento casi se sentía contento de no poder controlarse.

—Temerosos de la sangre y los clavos, que es a lo que, según he podido ver, todo el mundo tiene miedo, pero todo el mundo necesita, y de lo que Dostoievski trata en parte. ¿Ves, Waldo — las palabras estallaban— en su boca — lo que debemos evitar?

De pronto Arthur rompió a llorar porque vio que Waldo era lo que el libro llamaba un alma perdida. En realidad, también él estaba perdido. Aunque pudiera sostener a Waldo en sus brazos, no podía extraer nunca de su propia alma lo bastante de aquel amor, aquel amor que estaba allí

para darlo. Y así, su hermano permanecía frío y seco.

Arthur dejó de llorar casi inmediatamente, porque la razón por la que había empezado a hacerlo era tan inmensa que hacía que el acto mismo pareciera insignificante. Se sintió avergonzado.

—Pero tenemos que seguir intentándolo, Waldo, lo mismo que nos levantamos cada mañana y nos atamos las botas otra vez.

«No sé lo que quieres decir», pareció haber estado a punto de decir Waldo. En aquel momento daba tanta impresión de estar perdido, que Arthur tuvo que inclinarse por encima de la mesa e intentar cogerle por las manos. El, el perdido, cogiendo a su perdido hermano por las manos.

Pero Waldo comenzó a arrebatarse su propiedad.

—¡ Estás atrayendo la atención de todos hacia nosotros!

Arthur no comprendió al principio.

—¡Fuera de aquí! —le ordenó Waldo, y en voz muy alta: "¡Señor!"

Indicando que él, Arthur, su hermano, su carne, su aliento, era un completo extraño.

Fue entonces cuando Arthur comenzó a arrancar al Gran Inquisidor de Los hermanos Karamazov, tan confundido se sentía. Y Waldo empezó a sacudirlo como si fuese un trapo viejo; lo que era, y admitía, había nacido así, pero no para ser arrojado contra las puertas giratorias. Gimo si de aquel modo quisiese deshacerse él de su hermano.

Caminó a lo largo del vestíbulo con suficiente firmeza, cruzó la entrada principal, y su sombra le siguió bajo el sol, tal como él arrastraba en su interior a su hermano.

Dadas las circunstancias, Arthur estaba contento de que tuvieran cachorros — por entonces ya eran perros — a los que volverse, a los que acariciar, aunque Waldo jamás habría admitido acariciar a nadie ni a nada. Los perros solían correr saltando hacia Arthur, con sus flexibles y gozosos cuerpos, con sus dientes blancos y fuertes al descubierto mostrando su complacencia, y él avanzaba pasivamente, aunque vacilante, permitiéndoles lamerle las manos. Normalmente, cuando aquella saliva se había secado en la piel de sus manos, se sentía repuesto. Luego haraganeaba un rato, hablando, o mascullando, a sus perros. Los suyos eran sobre todo pequeños sonidos gozosos, frases o balbuceos, aunque la noche de su escena con Waldo, proclamó desde las profundidades de sí mismo:

—Hoy me han dado una auténtica zurra.

Waldo jamás les hablaba a los perros, y cuando llegaba a casa ellos merodeaban a su alrededor, alzando los lomos como si tuvieran recortes, y gemían a través de sus agudos hocicos.

—Esos perros tuyos — solía quejarse Mrs. Allwright cuando los animales seguían a Arthur hasta la tienda —. Yo no confiaría ni un pelo en ellos. No me gustaría tenerlos a mi espalda. En una noche oscura. Ni tampoco de día. ¡ Cuidado, Arthur! ¡ Aggggg! ¿Arthur? — gritaba, pateando, alzando la voz —. ¡ Perros! ¡Perros! — gemía —. ¡ Cochinos! ¡ Ensuciando los géneros!

Y los perros gruñían en respuesta, pero volvían a la casa a través de los prados.

Mrs. Allwright no estaba en posición de protestar por lo de los perros tanto como le hubiese gustado, porque, con la muerte de su marido, dependía demasiado de Arthur en la tienda. Cuando Arthur necesitaba un día para ir a la biblioteca, ella ni siquiera se lo descontaba de su sueldo. Se quejaba un poco, sí, pero quejarse formaba parte de su carácter.

—No la dejaré en la estacada, Mrs. Allwright — prometía Arthur —. De ninguna manera. Es algo que le debo a Mr. Allwright desde su muerte.

—Mr. Allwright no murió —solía afirmar su viuda—. Siempre anda rondando junto a mí.

Entonces Mrs. Mutton, su hermana, se chupaba los dientes y escupía;

—Es una suerte que conserves tu fe, Ivy.

Era una suerte que Mrs. Allwright tuviese su fe en la fe, pues no tenía ninguna en los hombres ni en los perros, ni en su decisión de vender la tienda y retirarse a Toowoomba con su hermana y su Ciencia Cristiana; lo único que Arthur lamentaba era no haber llegado nunca a conocer a Mr. Allwright. Había estado reservándose para el futuro, hasta que su patrón murió. Si no había llegado a conocer tampoco a Mrs. Mutton, era porque allí no habla nada que conocer. Mrs. Mutton era más un monumento que una mujer.

Así que Arthur se retiró, y la conveniencia de ello fue que su hermano mellizo Waldo inició su retiro al mismo tiempo.

Si no hubiese sido por los perros podrían haber sucumbido al silencio de aquella casa súbitamente extraña. Parecía como si la casa se hubiese hecho elástica con el tiempo y ellos tuviesen que acostumbrarse a sus cambiantes formas. Las habitaciones que habían usado antes, o que no habían usado, según sus necesidades, comenzaron a usarlos a ellos. Muchas cosas que habían olvidado, o que nunca habían visto, se alzaron ante sus ojos: las polvorientas bolsas de papel que aún colgaban como el papá las había dejado, crujiendo cuando el viento las golpeaba o golpeándole a uno en la cara; una simple silla que surgía de pronto dominando las sombras; el olor de la nata rancia, del aguarrás y de los membrillos podridos, mezclándose y cuajándose tan densamente como para hacerse visibles a los ojos de la memoria en una ristra de días tersos y sólidos para cazar el hedor del presente; fechas de años idos transformadas en cagaditas de moscas sobre los calendarios; un rizo del pelo de la mamá al fondo de un cajón del tocador; un vestido de la mamá. Durante un largo período, Arthur había tenido miedo de tocar ese vestido, miedo de que se alzase en un rechinar de quejumbrosas cuentas.

Entonces los perros eran una bendición. Y los paseos. Waldo no empezó a pasear hasta más tarde, porque al principio sus papeles le exigían demasiado tiempo. Estaba poniéndolos en orden.

—Una vida desordenada es una mente desordenada —decía Waldo—. Tú no comprendes, Arthur, pero el desorden mental puede convertirse en desorden físico. Tú no tienes que preocuparte. En mi caso, la ausencia de método podría destrozar los planes de toda una vida.

El continuaba preocupándose por la vieja caja de cartón en la que solía estar el vestido de la madre.

Arthur salía. Le gustaba vagar por las dehesas con los perros. Era muy sedante. En las mañanas más crudas se ponía aquel viejo abrigo de tweed teñido que había sido del tío Charlie, y que era aún utilizable pese a la polilla. Cuando se cansaba, se sentaba en un tronco y sólo al principio se preguntaba qué es lo que había ido a hacer allí. La mañana era razón suficiente: estallaba en frases de explosiones sonoras, de luminosos hilos de pensamiento. Se sentaba al amparo de las zarzamoras goteantes, cuyo mensaje invernal le invitaba a apreciar más todo lo que había experimentado en el pasado. Mientras, en el presente, los perros se sentaban lamiéndose los lomos, apoyados en sus rabos, pasando respetuosas lenguas sobre la redondez azul de sus testículos. Arthur se reía ante toda redondez. Sacaba su bolita y la contemplaba.

Un año fue a contemplar el árbol-rueda, otra vez en la época de su segundo florecimiento. Y como por un designio la mujer china estaba de pie bajo él. Sólo que la porcelana agrietada de su piel mostraba más fisuras, sus huesos eran claramente más frágiles. En esta ocasión, se volteó aún más rápido, y se metió un tanto irritada tras el gallinero. Quizás por verlo a él solo, sin la compañía de Mrs. Poulter. Bueno, él suponía algo así. Pero el árbol-rueda se chamuscó bellamente con su fuego, abriendo un ardiente sendero a través del tiempo hasta aquella otra tarde.

Se estremeció al recordar el tacto del pelo de Mrs. Poulter y su piel, que emanaba siempre aquel lánguido aroma de pedernal y yesca.

Waldo había dicho:

—Que no te pesque yo rondando a esa mujer.

No había explicado lo que le haría si le sorprendía, pero por respeto a Mrs. Poulter, para evitarle cualquier riesgo de humillación, Arthur no

volvió a verla más. Es decir, se le pasaron ya juntos por senderos invisibles y secretos. Pero era imposible sustraerse a contemplar la imagen de Mrs. Poulter, con uno u otro cardigan, arrancando un hierbajo, o limpiándose el salvado de las manos.

Había desarrollado el hábito de llamarla a través de la cerca de estacas:

—¿Cómo estamos, Mrs. Poulter? ¿Eh?

Y Mrs. Poulter respondía:

—Bien, gracias, Mr. Brown.

Mirando hacia las ramas, no hacia él.

—¿Y Mr. Poulter está bien?

—Bastante bien, gracias. Sí.

Explorando el suelo con la punta de su zapato.

Vivieron uno frente a otro durante años sin que se produjese ningún cambio en la situación acordada.

Tiempo después, un atardecer, él había ido con las dos libras de harina leudante que Mrs. Allwright dijo que había pedido Mrs. Poulter. Se había colado por el camino de entrada como tenía por costumbre hacerlo en su juventud. Empujando de un golpe la puerta de tela metálica... Había avanzado hasta la casa embriagado por el aroma de la cera de abejas y por la sobrecogedora limpieza.

—¿Mrs. Poulter? —llamó—. ¿Dónde estamos?

Fue muy feliz en aquel atardecer.

Cruzando la casa vacía y en penumbra había llegado hasta ella, que, tras la puerta del dormitorio, estaba apoyada en un arcón. Haciendo algo privado. Mrs. Poulter, vio Arthur, vestía o desvestía a una enorme muñeca.

—¡Caramba! —gritó casi él—. ¿Dónde ha conseguido esa maravillosa muñeca?

Hubiese penetrado en el dormitorio, pero se dio cuenta de que la había sorprendido cruelmente en lo que estaba haciendo. Ella permaneció inmóvil, apretando la muñeca desnuda contra su pecho, como si el plástico se derritiese entre sus brazos y ella quisiese impedir que se derramara sobre la alfombra.

—No tiene ningún derecho —comenzó a tartamudear— a entrometerse así. En la casa de otra persona. En el dormitorio de una señora. ¡Deberían haberle enseñado eso, Mr. ¡Brown!

—Está bien —dijo él—, Mrs. Poulter. Era como si nunca se hubiesen conocido. Pues también él estaba convirtiéndose en un extraño, en aquella entrada prohibida, con aquel paquete de harina en las manos. Pero ella continuó protestando.

—¡Qué cosa más fea! —y arrojó la muñeca en un cajón, donde sonó como un cuerpo que se desploma, soltando un mecánico grito de angustia.

—¡Nunca —jadeó Mrs. Poulter— se tiene ni la mitad de lo que se quiere!

Enrollando en una bola el vestido de la muñeca y las braguitas que, en su apresuramiento, había pasado por alto.

—No se altere, Mrs. Poulter —dijo Arthur—, puede dársela a alguna niña.

Entonces Mrs. Poulter, que había ido hasta el centro de la habitación, dijo algo, algo sorprendente, apretando aún las ropas de la muñeca.

—No quería contaminar a ninguna, niña —afirmó—. Quiero decir, trataría de hacerle pensar que la mayoría de las niñas puede esperar algo mejor que una muñeca.

Y Arthur pudo ver los nudos que se formaban en la garganta de Mrs. Poulter, como bocio. La edad la había hecho gorda y rubicunda. Le hubiese gustado consolar a aquella mujer gruesa.

Pero en lugar de eso, dijo: —He traído la harina.

—Gracias, Arthur —repuso ella saliendo y encaminándose hacia la cocina.

—Debería usted encender la luz —aconsejó Arthur—

Le haría compañía. De ese modo no tendría pensamientos

—Es más económico estar sin luz —dijo ella—. La encenderé cuando venga Bill y le dé el té.

Por entonces, Mrs. Poulter se había repuesto totalmente, y ambos permanecieron de pie juntos, sólo un instante, in— confesado, mirándose por sobre el paquete de harina. Le sorprendió cómo se habían hinchado sus manos desde que él se había visto forzado a bailar su mandala, en una tarde ondulante de fuego.

Jamás había vuelto a bailar en su plenitud, aunque a veces, en las mañanas de invierno, una vez apartada la hierba, cuando la luz del sol goteaba a través de la acerada trama de las zarzamoras, ejecutaba uno o dos movimientos. Dejaba colgar su cabeza hacia un lado, después extendía sus brazos, con los dedos colgando en haces de carne derretida, y los perros dejaban de lamerse para observarlo.

Jamás ninguno de ellos pensó que aquellos fuesen momentos de inspiración. Regresaba a casa, fielmente seguido por los perros.

Al principio no había sabido cómo ocupar su tiempo. Por supuesto, estaba el pan y la leche que comían, y, los domingos, la costumbre de las rodajas de salmón, heredada de su madre. Comían principalmente alimentos cocidos, porque Waldo lo había ordenado.

—Los alimentos cocidos evitan las úlceras —había dicho— y ayudan más que cualquier otro a asegurar la longevidad.

Y además había que hacer la manteca, y el pan. Arthur solía limpiar las lámparas, actividad que asociaba con la de batir la manteca o hacer la hornada, por la brillantez de los resultados.

También escribía sus poemas, en mañanas llenas de sol y de perros azules que se rascaban las pulgas. Aunque por qué escribía, o para quién, era algo que no podría haber dicho ni explicado. Pero se sentaba largos ratos con el lápiz, y el papel sobre la rodilla. Escribió el poema de la hija que nunca había tenido, y el de las esposas que llevaba en su interior. Escribir aquellos poemas era el acto más culpable que había realizado desde que comenzara a buscar en los diccionarios, a leer libros, a aventurar su mente por el emsombrecido teatro en el que los dioses habían muerto en un principio.

Hasta que Waldo sacaba la cabeza por la ventana y gritaba:

—¿No puedes *hacer* algo, Arthur? ¿No tienes en qué ocuparte? Lleva a esos perros a dar un paseo al menos. No puedo pensar contigo dando vueltas a mi alrededor.

Pobre Waldo, su cuello se estiraba como el de una gallina a punto de ser decapitada.

—Por Dios, Arthur —solía gritar— ¿es que tengo que pensar por ti también?

Pobre Waldo, a pesar suyo, invocaba a Dios cada vez con más frecuencia.

Despedido así, Arthur se largaba —todo le era igual, y nada podía herirlo— llevando consigo sus papeles, sus perros y sus mandalas. Y vagaba durante horas.

Sólo comprendió por primera vez lo viejo que era cuando captó su reflejo en el escaparate de Woolworths. Quizás se hubiese ido a casa avergonzado si no hubiera recordado, a mitad de camino por Terminus Road, momentos de vergüenza de otras personas: Mrs. Poulter con su muñeca, su hermano con su hermano.

El atardecer en que Arthur, con los perros a los talones, llevó a Mrs. Poulter, Waldo estaba representando o celebrando algo. Guimaldas de rosas enmarcaban a Waldo, vestido con su traje azul. Si hubiesen tenido menos intimidad, si Arthur no hubiese experimentado en sí mismo una transferencia semejante de la personalidad de su hermano, entonces podría haber sufrido un impacto mayor, ante los brazos blancos y atrevidos de Waldo y el tembloroso torrente de cuentas de cristal. Con sólo respirar las cuentas se agitaban. O con sólo inclinar una silla. Cuando Waldo atisbaba entre las varillas de su abanico. O cuando restregaba su bigote áspero y ralo. Toda la familia estaba reunida en el cristal: el papá y la mamá, tío Charlie, la prima Mollie y «Adelaide», todos amontonados en la caja en penumbra, esperando ver, no sólo lo que podría ofrecerse para morir, sino además cómo correría su propia sangre.

Oh, él podría haber llorado, si no se hubiese reído, a través de las cuentas y las rosas, ante la imagen de sí mismo en el vestido azul de Waldo. Haciéndolo estallar. Sus tetillas le picaban.

Así, Arthur había comenzado a rascarse y a gritar.

—J Ven aquí, Runi! ¿Runty?

A gritar o reír:

—¡ Perro cabrón!

Cuando entró contó cómo había entregado la harina, percibiendo que, dadas las circunstancias, el retorno a Mrs. Poulter y el odio de Waldo por ella podría apartar de otras cosas la mente de su hermano. Pero de todo aquello hacía ya mucho tiempo. Ahora la madera seca golpeaba el hierro oxidado crujía o respondía a simples zarpas o goterones de lluvia de noche el agua goteaba en el pilón las plantas se reflejaban en el más leve rayo de sol sobre las paredes y techos de la casa en la que no todo el mundo había muerto.

Arthur no pretendía morir. No podía permitírselo. Tenía sus deberes para con su hermano. Si bien no realizar las más humildes tareas para Waldo, sí permitirle creerse superior a cualquier propuesta. A Arthur le parecía adecuado que la casa que había sido construida en forma de templo se usase como lugar de culto, y daba por supuesto que continuaría cumpliendo este objetivo, pese a que la madera estuviese ya delgada como el papel, pese a que el hierro estuviese oxidado, pese a que los cimientos se hundieran. Como el portón principal, se mantendría en pie por la herrumbre y el musgo, o por derecho divino. Al menos la edad traía aquello: había otros más en la conspiración.

Aquella concesión complacía a Arthur. Fue su hermano el que se quejó. O el que apartó la cara. Aquella noche, por ejemplo, en la cama sucedió lo peor. Cuando a Waldo le vino la diarrea.

—¿Qué me estás haciendo? —había bramado.

Casi como si Arthur fuese tan responsable de la limpieza como del acto.

—Está bien, Waldo. No hace falta que me lo digas. Sé que soy responsable de muchas cosas. Pero conozco mis responsabilidades.

Contento de realizar el más humilde de todos los actos.

La respiración de Waldo pareció calmarse al fin.

Fue a Arthur a quien le falló la respiración la mañana en que tuvo el ataque, la mañana en que su mecanismo no llegó realmente a pararse, pero aminoró su marcha rechinando, tropezando, doliéndose. Le llevó las manos al pecho, como si intentase retener en ellas, proteger y prolongar, la primera manzana que le hubiesen dado.

Aunque él fue quien tuvo el ataque, fue Waldo el que tuvo miedo. Era evidente. Y aún cuando no había ya razón alguna para ello, el miedo persistía. Waldo había prescrito los paseos» como para demostrar que ellos todavía servían para algo. Y desde luego, servían.

Arthur nunca se había sentido más sano que después de aquella advertencia. Era Waldo el que estaba más hundido, más azul, más delgado que si hubiese estado |— ¿cómo se decía?— *cotejando* sus notas, o escribiendo una novela.

—¿Crees tú —preguntó Arthur— que deberíamos dar esos paseos? — pero miró a Waldo y añadió: — Al menos, deben estar haciéndonos algún bien. Sí —insistió, porque Waldo parecía muy furioso—; están sentándonos bien.

Cuando incluso los viejos perros habían comenzado a tener sus dudas. *Runt* se había negado una o dos veces. *Scruffy* se había vuelto al pasar la estación de servicio.

—Esos perros se nos van a morir; se quejó Arthur—. ¿Y qué haremos entonces?

Waldo se rió.

—Nos tendremos el uno al otro.

Tenían sus recuerdos. A veces, un recuerdo asumía una forma más convincente que cualquier sustancia real. Si Arthur sacó de atrás del perol aquel viejo vestido, bordado con suciedades de rata y el leve esqueleto de un pajarillo, no fue el suyo un acto de malicia, era que el pasado se imponía sobre quienes habían participado en él.

—¿Qué es esto, Waldo? —preguntó.

Por supuesto, lo sabía. Sólo deseaba oírlo decir. Uno no siempre puede confirmar las cosas.

Pero inmediatamente vio que a Waldo le hacía daño.

—¡Tíralo! —gritó—. ¡Dónde estaba!

—¿Por qué habremos de conservar lo que nos hace daño? — preguntó Arthur.

Aunque él conocía la respuesta.

Tiró el vestido. Que se transformó en aquel poema.

Pero los poemas eran la única parte de sí que Arthur no revelaría a su hermano. El mandala, el mandala del nudo, que le había ofrecido, y que de hecho habría conservado: incluso el mandala le había ofrecido. Pero no los poemas. En el centro del mandala no había ninguna blasfemia. Mientras que en algunos de los poemas había casi una blasfemia contra la vida. Lo que Waldo exageró espantosa y deliberadamente cuando encontró el arrugado poema fatalidad caído por desgracia de un bolsillo demasiado lleno.

«todas las Martas en algún momento sangran»

—Leyó la voz de Waldo, blasfemando deliberadamente.

«porque saben que no se les puede dar de otro modo...»

Pese a la luz que gritaban las mañanas, y a la verdad que recibían los rostros de mujer.

—¡ Ya lo sé, Waldo! —gritó Arthur—. ¡ Jamás fue un poema!

Porque, más que sus propias palabras escritas, la voz de su hermano lo convenció de su blasfemia contra la vida. No tanto contra Dios — podía comprender a Dios en caso extremo — sino contra el rostro siempre cambiante de la figura clavada en el madero.

—¡Dámelo, Waldo!

Pero Waldo hizo que no fuera necesario. Waldo estaba rompiendo el poema.

Que su hermano continuaba sufriendo por la brutalidad de su revelación, fue evidente para Arthur cuando, en el curso de la tarde, miró a través de los árboles y lo vio llevando su caja de papeles hacia el pozo. Saber que probablemente había destruido a su hermano no le ayudó a actuar. A través de los árboles pudo oler el humo de los papeles que ardían. Permaneció rondando, tanteando, husmeando el aroma fumigatorio del fuego. Pero no se sentía en modo alguno purificado.

Cuando finalmente entró en la habitación, encontró a Waldo tendido sobre la cama. Waldo se incorporó, apoyándose en un codo. Y Arthur vio.

Vio el odio que Waldo proyectaba, que había proyectado siempre hacia todas las cosas vivas, hacia Dulcie Feinstein o Mrs. Poulter, o hacia el poema blasfemo — porque éste, también, tenía en cierto modo vida— que evocaba su dolor común.

—¡Waldo! —exclamó Arthur, finalmente asustado—. ¿Qué estás tratando de hacerme?

Arthur temía que Waldo estuviese preparándose a morir por el odio que había alimentado en él. Porque él, y no Waldo, era el culpable. Arthur Brown, el procurador de dolores.

Entonces Waldo, en el calvario de su descubrimiento conjunto, se incorporó y lo agarró por la muñeca, para imprimir en él, indeleblemente, el último momento.

—¡Waldo! ¡Suéltame! Wald.

Aunque era grueso y fofo, Arthur, el hermano grande de Waldo, podía desmoronarse como un objeto por amor, y ahora el amor moría.

Waldo yacía inmóvil, pero sin soltar la muñeca de Arthur. Cuando Arthur vio el asesinato que había perpetrado en su hermano comenzó a tratar de liberarse. No lo logró en seguida, porque los dedos de aquel hombre muerto estaban decididos, firmes como un puño de acero, a llevarlo a juicio. Así, tuvo que luchar contra él. Y finalmente logró abrir el metal.

Luego Arthur corrió por la casa en la que sus vidas, o la vida, había sido vivida hasta el fin. Fue extraño que los gritos que brotaron de él no derrumbaran la estructura. Antes de que cerrara con un portazo ante los sobresaltados rostros de los perros.

No podía decirse que no llevase una vida cómoda. El mantenía la casa pintada. Bill jamás demostraba su edad. Feliz de conservar aún, pese a algunos achaques, toda su fuerza. Hacía unos cuantos trabajos adicionales para ganar algo extra. Como cortar hierba y podar rosales. Para los pocos lujos. Había que mantenerse a la altura de los tiempos. Habían comprado los toldos de plástico para el frente. Ella tenía electricidad, tenía teléfono. En Sarsaparilla no había alcantarillado y Bill no podría pagar una fosa séptica, pero ella tenía buena salud, pese a un par de dolorcillos sin importancia, y no le importaba cruzar el patio de hierba para ir al retrete. En conjunto, no podía decirse que no llevaba una vida cómoda. Tenía la radio, pero no la usaba ya tanto desde que habían adquirido la tele, o en realidad, desde que habían comenzado a pagar las cuotas, como la mayoría de la gente, desde hacía poco. Bill decía que jamás en la historia la gente había estado tan bien, y bueno, ella lo admitía; no podía decirse que las cosas no anduvieran bien. Una no podía quejarse: no si tenía cacerola eléctrica — ya no usaba el horno —, teléfono, dos médicos, y la tele. Aunque no tenía amigas, aparte de aquellas con quienes charlaba de cerco a cerco, en los autobuses, o en la calle, no las necesitaba. Tenía la tele, los bonitos anuncios, y todos los personajes del mundo sin salir de su sofá. Podía permitirse pensar en sus propios asuntos sin que Mrs. Dun interfiriera en ellos. Aquella Mrs. Dun era algo decepcionante. Fría.

Tenía algo de escocés. Nadie como los escoceses para mantener las distancias. Bueno, tampoco podía culparla; no se puede culpar a nadie por el modo en que ha sido educado. Pero los Dun, los dos, eran lo que los artículos de las revistas llamaban neuróticos. Desde que vivía con Bill podía distinguir fácilmente a los neuróticos; oh sí, incluso en el autobús. Si bien una no podía decirle que no a Mrs. Dun. La compañía se había convertido en un hábito, aunque sólo fuera durante el viaje en autobús o para dar vueltas por David Jones, o ver un gran estreno en el Roxy, una nunca iría sola, por lo menos significaba algo saber quién respiraba en *uno* de los asientos contiguos al propio. Así se desarrollaba el hábito. Pero no tenía intimidación con Mrs. Dun, aquella mujercita amarillenta, que siempre estaba ajustando el nudo de su chalina, aquellas chalinas marrones, de seda o de piel, o el broche de camafeo que le dejara su tía de West Maitland. No podía decirse que Mrs. Dun no fuese una señora de aspecto distinguido, pero era un poco fría, y nunca llevaba un detalle de color, aquel viejo abrigo de terciopelo negro que debía haber renovado ya, más de una vez se lo había dicho su sobrina, pero aquello era asunto de Mrs. Dun.

A Mrs. Poulter, con sus 67 años, aún le gustaba llevar un poco de color. Ella misma se tejía los cardigans. Le encantaba el último, el cardigan de color sandía. Aunque hacía poco que se había puesto de moda en las revistas, ella misma lo había pensado años atrás. Color sandía. En las tardes frescas solía meter las manos dentro de las mangas y estirárselo, caminar hasta el portón, volver a los escalones y luego recorrer el cerco para mirar, para ver no más. Por supuesto nunca esperaba a nadie, y nadie venía jamás. No era necesario. Tan a gusto estaba con su cardigan color sandía. Y pronto volvía a entrar a la casa, para preparar el té de Bill, y ver la tele después de que él comiese lo que hubiera, normalmente chuletas, y se echase en la cama.

Mrs. Poulter tenía aún muy buen aspecto. Tenía arrugas, claro está, a su edad era lógico, pero conservaba su salud, su color; se ayudaba con Cyclax, porque era más discreto que las otras marcas. Tenía un olor más delicado, más bien parecía una especie de ungüento para la piel. Nadie podía reprocharle que hiciera algo para mejorar su aspecto. Por supuesto, no podía alterarse a sí misma. Por nacimiento era morena y tenía un aspecto saludable. Si se cuarteaba como un viejo tazón de porcelana era consecuencia inevitable de la edad.

Cuando Bill la solicitó, su piel era tersa como la de una ciruela. No podía decir que fuese guapa, pero sí, sin vanidad, que tenía un aire atractivo, con aquellos vestidos de algodón que se hacía en base a patrones, comprando la tela en la tienda de Mrs. Fat. Y un lindo sombrero. Esperaba siempre los que solían enviar a la tienda de Mrs. Fat desde Sydney. En ese entonces no era lo que se dice sofisticada; ninguna lo era en aquella época, ni en Numburra ni en Mungindribble. Bill se metería solo en la trampa. Paseaban río abajo pues no había otro sitio adonde ir, pero cuando hacía buen tiempo era delicioso, con las flores para coger, aquellos árboles encantadores, los grandes árboles de goma, de suave corteza, rectos y erguidos, y la frescura del río. Allí fue donde Bill se lo pidió, y ella aceptó tan rápido —¿cómo podría no haberlo hecho?— que se sintió un poco avergonzada por lo que Bill... Oh, bueno. Amaba a un hombre guapo, y jamás miraba a otro. Sus dientes, sus manos, sí, sobre todo sus manos, nunca podía dejar de mirarlas, o sus muñecas, las muñecas de un hombre nunca parecían saber de su propia fuerza, pero entonces un hombre jamás parecía saber. Así ella pudo permitirse seguir mirando. ¿Por qué no cuando uno ama a una persona? Esto era lo que la Biblia decía. El pecado vino luego, con los sacerdotes, pero ellos no siempre comprendían. Ella amaba, ella había amado a Bill. Aquel modo de colocarse el sombrero, y luego en el ejército. Sólo con mirar a Bill se habría derretido si él hubiera querido. Pero Bill no era de los que tienen sólo una idea fija en la cabeza. Bill no era un patán. Era capaz de escribir una carta elegante. Con un hombre como él. Una no estaba a merced de todo el mundo. Podía utilizar palabras cultas. No era sólo un peón del Ayuntamiento y nada más. Nadie parecía entender esto. Aquellos Brown. Aquel

Waldo que caminaba tan tieso por lo que al parecer sabía que la hacía pensar a una si no tendría almorranas. Del pobre Arthur no se podía esperar mucho.

Los guisantes la envolvían con el mismo fresco aroma que percibía cuando pensaba en su nombre. Arthur Brown. Aquello fue diferente. Aquello fue años después.

Al principio estaba Bill. Fue por supuesto una boda de blanco, y qué día de polvo, pero se sacaron la foto todos de pie entre el polvo. No hubo luna de miel, porque Bill no podía, pero ella no se quejó. Cuando estuvieron juntos en la habitación, procuró demostrar que no le importaba. No es que no fuera feliz, era más que feliz, sabiendo lo que había conseguido. Bueno, no había nada malo en ello, ¿verdad? Se echó hacia atrás pensando en la lavandería, pero llegó el momento en que se sintió demasiado cansada para seguir pensando en aquello, y de cualquier modo, todo el mundo lo sabía.

Aquellos primeros años podía haber devorado a Bill. No estaba bien. El tenía sus principios, al parecer. Eso la hacía sentirse orgullosa. Y era tan varonil. Le encantaba su cuello. Era una tontería quizás, pero le gustaba sobre todo el lugar donde empezaba y terminaba el pelo.

Lo quería, a él, a su marido.

Lo amaba. «Oh, querido», se le llenaba la boca diciéndolo. Las piernas de él, fuertes como un par de tijeras, no la dejaban terminar la frase.

Qué terrible fue la guerra. Sólo una mujer podía saberlo. J Recibió sus cartas, desde luego, mientras él estuvo en Liverpool y en la costa, pero esto no aliviaba el deseo que su cuerpo sentía de él.

Fue entonces cuando ellos le sacaron a la pequeña niña que había perdido. Primero la monja la dejó mirar. En años posteriores lloraba, a veces, pensando en lo hermoso que hubiese sido tener a su pequeña para contarle cosas.

Bill jamás lo mencionaba. Bueno, era lógico que no lo hiciera. Ella era la mujer. A veces creía que la embarazaba.

De cualquier modo, cuando regresó había cambiado. Aunque seguía siendo su marido.

Al menos ella tenía su fe, cosa que Bill no aprobaba del todo, pero era así como la habían educado, aunque no siempre comprendiese, pero esperaba llegar a comprender, no a través de los sacerdotes, a los que jamás se atrevería a preguntar, sino de otro modo. Ella tenía su Jesucristo. Que era un hombre. Con esto no quería decir nada blasfemo. Humano. Era en esto en lo que ellos lo habían transformado, ¿verdad?

Mientras pensaba esto, Mrs. Poulter se frotaba los labios con una ligera capa de Cyclax. Se miraba al espejo; era lo que se decía de colores subidos.

Querido, decía caminando entre los crisantemos blancos,, hablándole al cerdito negro con la cola rizada. Nadie tomaba los panales con tanta delicadeza como ella. En invierno colocaba platitos con azúcar junto a las colmenas.

Al principio solía llorar cuando se llevaban a los cerdos chillando para colgarlos de una pata y matarlos. Más tarde cambió. Bill le había preguntado cómo podría vivir sin comer carne. Mira los vegetarianos, había dicho ella. Los vegetarianos son unos chiflados. Así que, si los hombres sólo podían ser normales comiendo carne, ella lo aceptaba.

Y pronto quedaría fuera del alcance de los chiquillos, y encendería la radio, o mejor, después de que la compraron, la tele. Le encantaba la tele. Se sentaba inclinada hacia adelante, apoyada en los codos, no exactamente tensa, sino a la espera, y lo que más le gustaba eran los programas *reales*, cuando tiraban una de aquellas bombas, o un avión se incendiaba al estrellarse o cuando ahorcaban a los guerrilleros que habían atrapado, por supuesto sólo eran orientales, y una ocasión en que se vieron los cuerpos de los que habían fusilado. Las noticias la conmovían, se oía a sí misma jadear, aquellas noticias tan reales; sólo a veces oía por casualidad los chillidos de un cerdo agonizante.

Un atardecer de mediados de invierno los chillidos se hicieron tan terribles que fue y cerró de golpe la ventana, aunque sólo estaba un poco abierta. Se rompió una uña, eran tan frágiles, se indigestó, no pudo concentrarse en la tele por toda aquella vieja tristeza que volvía, la monja había dicho que quizás fuese mejor así. Pero sólo para consolarla. Siempre estaban disparando contra una multitud de orientales chillones, en Singapur, o en sitios parecidos. Parecía increíble.

Mrs. Poulter se sentó y gimió entre hipos por una hija abortada y una muñeca de plástico que se retorcián en el rectángulo iluminado.

Aquella condenada muñeca, no sabía por qué tenía que recordarla, ni por qué Waldo se la había comprado. Aun así, había querido conservarla y vestirla para que estuviese bonita, hasta que el pobre Arthur la había sorprendido, con el gran bulto de la muñeca en sus brazos. Se sintió profundamente avergonzada. Si una se ponía a pensar, había un montón de cosas, las más queridas, que la hacían avergonzar al recordarlas. Aquellos primeros días con Bill, legales y sagrados, en que ella se había comportado con tanta naturalidad que quizás eso le hubiese predispuesto a él contra ella, sólo porque lo amaba, y no le bastaba con lo que conocía de él. En fin. La hedionda muñeca que había sacado del desagüe con la azada y había cubierto el suelo blando y húmedo bajo los matorrales, junto al arroyo. Y se había sentido un poco mejor. Sólo durante un tiempo. Porque después de la lluvia se había atrevido a mirar y allí estaban sus piernas, y también sus hoyuelos, y la faldita de nylon, sobresaliendo, entre la tierra y las hojas, como un cadáver que ellos habían encontrado en Frenche Forest. Le había dado un puntapié. Otra vez el hipo. En aquel frío agujero de agua amarillenta era demasiado triste ponerse a pensar en lo que había hecho con ella. No podía trepar con suficiente rapidez sobre las rocas. Tenía que forzar demasiado su espalda.

Los domingos de mañana iba a la iglesia, si no tenía catarro o le dolía la pierna. Subía el camino lentamente, porque Bill nunca había comprado coche, ella podía entender, sus nervios:, que no fuese con ella, él se pasaba la mayor parte de la mañana del domingo en la cama, no era exactamente que Bill no creyese, sospechaba ella, sino que como la mayoría de los hombres dejaba aquello para las mujeres. De todos modos, era una cuestión demasiado delicada para los hombres. No es que ella supiera lo que significaba para ella misma, no es que lo supiese todo, pero sabía. Era su propio respirar, su propio cuerpo, la sangre más rápida en sus propias venas. Pero deseaba poder ver más claramente. Deseaba poder ver. Reconocer el rostro del que ellos hablaban.

En la época en que había dado con di pobre Arthur encantadores paseos a través de los prados y recogiendo moras en sazón hasta la granja china que ella había casi visto o al menos conocido tan íntimamente tantos detalles las nevaduras de las hojas las hojas de la hierba el rumor y el silencio bastante divertidos estando Arthur allí con la cabeza hecha una hoguera entre las zarzamoras Arthur se curó de su mal de todos modos en aquel día danzando la cosa el mandala ella aún tenía la bolita pero demasiado miedo también para sacarlo miedo de enfrentarlo aunque en aquel día había sabido que no tenía necesidad de temer con ella y Arthur curados de todo.

Por supuesto sabía que él estaba chiflado. Aunque no lo estuviera.' Ellos llamarían loco a cualquiera. Si lo decían de Jesús.

Así, la hoguera de la cabeza de Arthur nunca se había apagado para Mrs. Poulter. Aunque nunca volvió a dirigirse a él. No. Durante todos aquellos años. Era el único secreto que Bill jamás descubriría, si es que lo intentaba. Era demasiado difícil. Distinto a su adecuado amor del principio, aquello otro no podía ajustarse a la palabra ni a los hechos. Porque si lo de ella y Arthur era inexplicable en aquel día entre las zarzamoras, donde en un momento o dos habían recorrido más de lo que se vive en años, era explicable sólo para Dios, a quien corresponden las respuestas finales. No era sabia, pero sabía aquello.

Así Mrs. Poulter, en los atardeceres fríos, apagada la tele, vagaba por su casa de madera y por el patio, gimiendo suavemente su pena: mi querido, mi lindo cerdito, se acabarían para siempre la sangre y los chillidos si fuéramos capaces de recordar.

Porque ella nunca podía recordar completamente lo que había visto y comprendido allá abajo, junto a la granja china.

Pero lograba al menos recordar lo que no había visto; no había visto a Waldo, no lo había visto a —Arthur— desde, ¿desde cuándo?

Fue un, sábado, un sábado por la tarde, cuando Mrs. Poulter, ocupada en sus propios asuntos, no pudiendo ver qué pasaba tras la cerca de enfrente, decidió hacer un lindo flan. Después de todo, alguien podía estar enfermo, y la buena vecindad era algo muy distinto a la mera curiosidad. Esto re— novó la vida y los ánimos de Mrs. Poulter para hacer el flan. Se puso el cardigan de color sandía.

Pese a que había cruzado varias veces el camino hasta la casa de los Brown, nunca había logrado acostumbrarse a ello. Su cuerpo se estremeció al pisar la rechinante arena. El portón, que nunca arreglaban porque no sabían hacerlo, pobrecitos, una cuestión de educación, estaba abierto. Lo que era insólito. Alguien la había forzado tanto en sus goznes que se había hundido en la hierba. Tampoco había señal alguna de los perros.

— ¿Scruffy —llamó, para darse valor—. ¿Runt? ¿Runty? ¿Dónde están los muchachos?

Los viejos y agusanados membrillos apretujaban sus ramas contra la casa, ocultando casi todas las ventanas. Mrs. Poulter se acercó por un lado, llevando como protección su flan, pero su corazón y el silencio fueron haciéndose demasiado grandes para ella.

No quería exactamente atisbar, sino mirar, ver si alguno de los dos estaba en su habitación. Enfermo. Por entonces se sentía casi segura de algo. Estaba contenta de haber llevado aquel flan levemente sazonado con vainilla.

Entonces, Mrs. Poulter miró. No pudo ver claramente al principio, pues ellos jamás limpiaban las ventanas. Fue a Waldo a quien vio, sobre la cama en la habitación cerrada, a través de las cortinas de polvo, y allí estaba *Scruffy*, sentado, cosa extraña, en la cama. Waldo con su vieja bata abierta. Ya no estaba enfermo, Waldo.

Mrs. Poulter casi lo estaba. Tuvo que posar el flan en el suelo. Sintió cómo sus propios gemidos se agolpaban en su rígido cuello, y el otro perro, *Runt*, sentado en el suelo. Tragando algo. *Runt* comía y miraba sombríamente a Mrs. Poulter con sus ojos casi ciegos.

Todos ellos casi, estaban ciegos por entonces. Waldo Brown rígido de ceguera. Mrs. Poulter ciega de náusea. Lo sabía casi desde hacía días, y no lo hubiera admitido; pero hay cosas que una puede oler: Waldo muerto.

O peor que muerto.

Su garganta desgarrada por la nuez. Desgarrado por el cuello.

Entonces su *Scruffy*, que estaba sentado en la cama, y que no la había visto, bajó la cabeza, y tiró de aquella otra parte de Waldo Brown, que ella no se habría atrevido a mirar si no hubiese dejado de ser real, y *Scruffy* tiró y tiró de la vieja y blanda goma marchita.

Mrs. Poulter tropezó con el borde de su flanera. No pudo gritar. Los sonidos estaban anudados en su interior.

Y entonces se volvió, comenzando a correr, no tanto moviéndose como conmovida, a lo largo del sendero de ladrillo, sobre las matas de hierba, con las piernas disparadas en un movimiento de semiparálisis. Corriendo. Palpitando dentro de sus ropas empapadas.

En el portón gritó: «¡Aaaahhhh!» Pero no había quien la oyera. Mrs. Poulter continuó corriendo. No creía en lo que había visto, pero inmediatamente volvió a creerlo. No lo creería. Es decir, creía en todo ahora bajo aquel cielo morado y restallante.

Pues las nubes venían amontonándose sobre Sarsaparilla y desde más allá para el Armagedón sobre el que Mrs. Poulter había leído y oído. Ahora lo supo. Todo lo de las películas, todo lo de la tele, todo lo de las fotografías en blanco y negro de los periódicos se volvía real, como las grandes nubes, los grandes tanques, que se cernían gruñendo sobre Sarsaparilla. Para atacar. Hombres ardiendo en sus prisiones de acero. Mrs. Poulter zigzagueando por los senderos, por la carretera, trepando las lomas, cruzando herbazales, para salvar a los que no debían morir. Pero los años la habían hecho demasiado pesada. La esperanza era débil. Ahora lo sabía. Las caras lisas de todos aquellos guerrilleros chinos o indonesios, era igual, se arcas traban a lo largo de la horrible pantalla. Todos aquellos judíos en los hornos, aquello había sido hacía tiempo, pero aún ardían, aún yacían amontonadas. Solitarias mujeres aplastadas en Mosman, Maroubra, Randwick, lugares que uno ve sólo en sueños. Niñas aplastadas. Los vientres sangrantes de casi todas las mujeres.

Mrs. Poulter iba a los tumbos, pero corría, con su cardigan color sandía flameando Terminus Road arriba, a través del verde llovido de la hierba.

Y El liberó Sus manos de los clavos y cayó, en un derrumbe de lienzos, en una nube de polvo.

No era Arthur. Arthur jamás haría aquello. El no era Dios. Arthur era un hombre.

Junto a la casa de los Dun Mrs. Poulter perdió un tacón.

Se acercó entonces cojeando por detrás de la casa, vacilando aún más, aplastando las fucsias, aplastando un seto de lobelias, agarrando el pomo de la puerta, que, aunque muy limpio, no era en absoluto seguro.

Mrs. Poulter comenzó a accionarlo. La puerta estaba cerrada pues era día de bolos, y Mrs. Dun, ella lo sabía, estaría ya de por sí nerviosa.

—¡ Mrs Dun 1 — llamó Mrs. Poulter con todas sus fuerzas.

Nunca se atrevía a llamar Edna a Mrs. Dun. No podía imaginar lo que le contaría. Aún estaba viviendo todo aquello.

Entonces Mr. Dun cruzó la casa hasta la veranda con cristales de la parte trasera. No se había puesto la dentadura. Parecía sufrir una jaqueca, aunque esto, en el caso de Mrs. Dun, no tenía importancia. Era su aspecto normal. Con su pequeño agregado por el ruido del pomo de la puerta.

Mrs. Poulter, que ansiaba compartir su terror con alguien, vio que su amiga estaba ya demasiado aterrada.

—¿Qué? —preguntó Mrs. Dun— ¿qué pasa?

Sus labios se veían muy pálidos tras el cristal.

—Déjeme entrar, Mrs. Dun — gritó Mrs. Poulter —. Ya le explicaré.

—¡No! ¡No quiero! —respondió Mrs; Dun—. Contésteme qué pasa.

Sus labios temblaban sobre las desiertas encías.

Mrs. Poulter comprendió que nunca lograría llegar a Mrs. Dun, pero continuó, por continuar, moviendo el viejo manubrio de bronce. Aun a riesgo de romperlo, como Mrs. Dun había roto la siempre frágil relación que ambas habían tenido.

—Mrs. Brown... Mr. Waldo Brown ha muerto —dijo a pesar de todo Mrs. Poulter—. No puedo decir exactamente lo que ha sucedido, quién lo hizo. No lo sé. Pero es algo extraño. Extraño. Está muerto — balbuceó.

—Telefonee a la policía —susurró Mrs. Dun; podía verse su aliento sobre la cristalera —. Eso es lo que se debe hacer. ¿No le parece?

—Sí — dijo Mrs. Poulter, mientras continuaba accionando el pomo de bronce.

Entonces se sintió de pronto totalmente exhausta.

Comenzó a retroceder, y Mrs. Dun también, como a través del agua, sólo que era cristal. Ambas retrocedían. Mrs. Poulter sonreía porque no se le ocurría otra cosa mejor que hacer. Oía y sentía las ramitas de fucsia, tan frágiles, chocando contra su cuerpo. Las hojas al menos estaban frías. Y Mrs. Dun retrocedía por su casa siempre oscura hasta la más profunda oscuridad. Con los labios pegados a las encías, quizás Mrs. Dun estuviese demasiado aterrada para abrir incluso a Mr. Dun cuando éste regresara de su partida de bolos.

Mrs. Poulter siguió más allá de las fucsias, a llamar a la policía. Al menos podía agradecer a su amiga el haberle recordado lo lógico, aunque de todos modos no se sentía muy agradecida. Por el momento, su pierna le dolía más que su pensamiento. La lluvia, más que mojar, advertía desde las purpúreas nubes. La claridad se había espesado hasta transformarse en un vaho de color musgoso.

Comenzó a correr nuevamente a través de los campos sombríos por donde había vagabundado en otro tiempo con Arthur Brown. Ahora gemía ante el centelleo del recuerdo y los largos y perdidos silencios taladrados por los pájaros.

Y entonces, cayó. Quedó tendida en la fría hierba color musgo al borde de la carretera, no tan herida por su derrumbe, como golpeada por aquel momento en que el pasado se unía con el presente, y sus propios dolores con los de otros.

Cuando se levantó, con la media caída, vio que su rodilla derecha estaba morada y que sangraba, y pensó que Arthur debería haber estado a su lado. Mientras corría de nuevo, él estaba tan próximo a sus pensamientos que sin extender siquiera la mano podía sentir el tacto de la de él.

Se apoyó por un momento, en su propio portón, jadeante como un extraño que fuese a pedir ayuda a aquella casa. Luego entró y llamó por teléfono.

—Sí —dijo—. Mr. Waldo Brown. Los perros... —no pudo continuar con ello—. Mr. Arthur Brown no está, no está por ningún sitio. Mr. Arthur Brown no lo hizo. El no sería capaz de hacerlo. No Mr. Arthur.

El sargento Foyle, un tipo decente, tenía que comprender.

Cuando colgó el teléfono, se volvió, y El estaba allí, vestido como un viejo vagabundo. Cosa que sin duda había sido siempre. Sólo que una se olvida.

—¿Qué es lo que has hecho? — preguntó ella, con el tono jovial que se podía esperar—. ¡Parece como si hubieras estado arrastrándote por un túnel!

—Sí —dijo Arthur—. He tenido un ataque.

Se sentó y ella se acercó a él.

Cuando salió de la habitación, cuando salió de la casa dando aquel portazo, tuvo al principio la intención de huir del asesinato que había cometido. Y corrió por los campos, sobre los ralos arbustos supervivientes. A su alrededor flotaba una vaca fugitiva que él había atrapado cuando era niño y escuchaba el resollar y batir de su propio cuerpo. Ante él reaparecían casas, y personas que miraban fijamente desde los cercos, y él

tenía que caminar para apaciguar aquellos rostros. Pero no podía apaciguar los ojos de Waldo. Comenzó a sospechar que jamás podría huir del odio por el que su hermano había muerto.

Waldo había odiado siempre a la gente, pero, en realidad, más bien como una broma. Waldo había sido el compinche de Arthur, pero siempre más o menos como un hermano. Hasta que se hizo claro como el agua que la vida que habían compartido había estado sordamente empapada todos aquellos años del odio que sólo mató al final.

Arthur iba frotándose sus manos asesinas, sus grandes labios torpes gemían en las calles por lo que había provocado.

«¿Quién es ese viejo harapiento y chiflado?» se preguntaba la gente.

Sin siquiera dirigirse a Arthur, que era como mucho un animal, y como poco una cosa.

Fue posiblemente por esto por lo que se sintió impulsado a coger el autobús, el tren; a perder su nombre, ya que no la carga odiosa de su cuerpo. Calles preñadas de suposiciones que pocas veces se transformaban en preguntas. Desde luego, en los días en que la ciudad había celebrado con gozo y alivio los finales de las guerras, la gente se había apretujado a su alrededor, esperando como ebrios descubrir un nuevo estilo de amor. Nadie, afortunadamente, estaba demasiado ansioso por investigar la aflicción o el terror. Así que no lo molestaban. Con tal de que estuviese lo bastante oscuro podía entrar donde quisiera, a prepararse para la putrefacción. Varios rincones oscuros dedicados a las basuras podrían haber asimilado fácilmente su amasijo de ropas viejas y desgarradas y de dolorida carne aún más vieja. Las recogidas de desperdicios tres veces por semana eliminaban la posibilidad de un hedor demasiado molesto.

Arthur Brown entró de hecho en una estrecha calleja y se tendió en el suelo sobre los ladrillos de color frío, en el rincón al que, evidentemente, iban los borrachos a mear.

Comenzó a oír a un par de ellos, meando y hablando entre sí mientras se apoyaban como si sostuviesen la pared.

—¿Es viernes mañana? —preguntó uno de ellos.

—A estas horas de la noche —contestó el otro — no hay quien sepa qué día es.

—¡ Lo hemos hecho muy bien! — rió el primero, eructando y sacudiéndose las últimas gotas.

Luego tropezó y maldijo.

—¡Maldito cabrón! —gritó.

—¿Qué pasa, Leslie?

—Un hombre.

—¿Un muerto, Leslie?

—No me extrañaría.

Se fueron, vacilando, riéndose y abotonándose las braguetas.

Pero Arthur, que había sabido la mayoría de las veces, aun después de su ataque, aun después de que Waldo se le hubiese aparecido y aparecido y, sí aparecido, supo de nuevo que estaba, decidido a no morir. Aunque la inmensa oscuridad de la calleja de la imprenta casi le sobrecogía. Le hubiese gustado ser un niño pequeño, mirar al cielo a través de las hojas de hortensia. Pero nada podía hacer. Toda su familia había desaparecido y se veía amenazado por una masculinidad permanente. O protegido por su permanencia. El rumor de los perros royendo costillas, los rostros de mujeres que exploraban el suyo o medían sus palabras, le facilitaban gentilmente la marcha hacia el futuro.

Lloriqueando ante esta perspectiva, sacó el trapo gris, que era en lo que su pañuelo siempre se convertía. Y oyó el sonido de una esfera cristalina, saltando, fuera de su control, alejándose. Inmediatamente inició la búsqueda que no terminó en ninguna parte salvo en la suciedad y en las sombras.

Sólo cuando se vio reducido a nada recordó que debía quedarle un mandala, y rebuscó entre las demás cosas de sus bolsillos. El primero y más tenue rayo de luz de la entrada de la calleja le mostró aquella esfera con la espiral que descansaba en el hueco de su mano. El mandala que había perdido era el del nudo.

Acariciando al superviviente siguió avanzando sin que le moviese ningún deseo específico, dormitando de pie de cuando en cuando, hasta que la mañana restalló ruidosamente entre las hojas de las higueras de Moreton Bay, festoneando el agua, penetrando e invadiendo por todos lados, deteniéndose sólo ante las profundidades de los ojos tempranamente abiertos.

Arthur Brown no pensó siquiera en calcular cuántos días había paseado su culpa; el tiempo era un bloque único, sólo interrumpido por los pastelillos de carne, y las ráfagas de sueño sobre la dureza de los bancos. Comenzó por fin a sentir su edad. Si continuaba padeciendo alguna culpa mientras la congoja se desprendía de él, era porque sabía que Waldo se habría sentido avergonzado de la congoja. Waldo siempre se había sentido avergonzado. El nunca; él sólo era causa de vergüenza en otros.

Captando la visión de aquel rostro interminable de niño mustio, como hacía ahora, en lo que no era siquiera un espejo mágico, lo lamentaba. Lamentaba el ser causa de la vergüenza de todos. Ay, si hubiese podido revelarse a sí mismo resplandeciendo en una esfera de cristal.

En una etapa de su cojeante caminar, cuadró sus hombros, asentó su figura, y penetró en la Biblioteca Pública, rastreando su identidad por la sala en donde había iniciado el combate para encontrarla. Si no se sentía ya impulsado a coger un libro era porque al final el conocimiento no había llegado a él a través de palabras, sino a través de la iluminación.

Ellos, sin embargo, no se mostraron demasiado impresionados. Se acercaron y le dijeron que debía irse. Estaba distraído a los lectores. En cualquier caso, todas las personas a las que había conocido se habían ido o estaban muertas. Sólo el incidente de la mesa, entre él y Waldo y los *Karamazov*, vivía en virtud de la naturaleza imperecedera de él mismo. No obstante, se dispuso a salir, tal como se lo habían pedido. Y otra vez, como entonces, nadie lo detuvo.

Trataban de evitarlo.

Mientras tanto, sembró las calles con cáscaras de cacahuetes. Robó un libro titulado *Cómo Abrir el Nuevo Camino*, no porque quisiese leerlo, sino para desarrollar la tendencia al delito tan recientemente adquirida. Ahora muy pocas veces obtenía alivio recordando: «Soy el hermano tonto de Waldo del que nada se espera.»

Luego, en la esquina de una calle, se sorprendió llorando; el porqué lo había olvidado. A menos que fuese porque estaba oscureciendo demasiado pronto.

Aquella noche tomó el autobús hacia casa de Dulcie, esperando encontrarse con que había sido invitado.

La casa, al borde del parque, aumentaba sus posibilidades de noche. La oscuridad, al disolver sus enrejados, sus columnas rojizas, su armazón de cemento, la hacía parecer más un auténtico castillo, con las eléctricas estrellas atornilladas en las siluetas de las almenas. Todas las persianas estaban abiertas de par en par, como si el secreto de aquellos recintos pudiese compartirse, si bien sólo entonces, y sólo desde la distancia. Aunque el portón rechinó agudamente al entrar Arthur, fue bastante fácil llegar hasta el suave césped sin delatarse. Pero hacía frío. Soltó un pedo. Los nervios se agarrotaron en su interior cuando un rumor de voces cantando hinchó la ya gigantesca casa. Maniobrando a través de los setos exteriores, evitando las redes de luz que colgaban y se extendían para capturar a cualquier intruso, logró llegar hasta una ventana,

trepando por la enredadera.

Allí estuvo colgando un rato. Cuando los cantores descansaron, las llamas verticales de las velas hicieron que la habitación pareciese vasta y negra. Los Saporta se disponían a cenar, junto a sus hijos, y los hijos de sus hijos. Varios parientes más pobres e inesperadamente más jóvenes que sus anfitriones asistían a la ceremonia. Sólo aquella belleza que brillaba aún en su interior revelaba a Dulcie en aquella anciana de velludas patillas y torpes miembros, enjaulada por su propia espalda. La piel de Leonard Saporta se fruncía en pliegues de un amarillo grisáceo, aunque cuando habló demostró que los años no habían debilitado su resolución.

—Ella extendió su mano a los pobres; sí, ella dio la mano a los necesitados.

Arthur deseaba ardientemente que Dulcie extendiera su mano hacia él, aunque sabía que no lo haría, que no podría. Ella bajó sus ojos para evitar encontrarse directamente con la alabanza. Pero al sentarse, con su vestido violeta, y la hoguera de anillos en sus manos doloridas, se inclinó para recibir el homenaje que su familia le ofrendaba. Después de todo, estaba en su derecho.

—Ella abrió su boca con sabiduría —continuó el marido en alabanza de su esposa—, y la ley de la generosidad desinteresada rigió su lengua.

Arthur deseaba ardientemente oír hablar a Dulcie, pero aún no era su turno, ella lo sabía, y estaba contenta de esperar, mientras su marido bendecía el vino, con sus hijos, y su Aaron-Arthur. Mr. Saporta se veía afectado, al parecer, por constantes temblores.

Después del lavatorio de manos, las viejas y torpes y las pequeñas y ágiles, después de descubierto el pan, después de todo esto, oh Dios, de infinidad de canciones, y oraciones, y bendiciones, la carne estalló sobre los platos, sobre el vapor dorado, sobre el aroma a clavo, y él no oyó hablar a su amada. Los ojos de ella aceptaban la situación, y sus labios se movían aprobatoriamente, pero hacia otros, no hacia él.

Mr. Saporta tembló más que nunca mientras observaba cómo un nieto le preparaba las gotas.

Prácticamente sentado por entonces en el entramado de la enredadera, el intruso se había quedado embotado. Si hubiera podido liberarse, y saltar al interior para demostrar su generosidad y su desinterés, seguramente lo hubieran besado, y alimentado, y acostado entre sábanas de lino. Pero lo hubiesen mirado con sorpresa e incredulidad. O podrían no haber reconocido a alguien que sus vidas habían dejado atrás. Lo mismo que él no podía ya identificar algunos de los muebles Feinstein;

Así, pues, se fue sin intentar asaltar su fortaleza, y al día siguiente disfrutó el sol ardiendo entre sus omoplatos; sintió resistencia a abandonarlo. Le hubiese gustado tenderse y «poyar su cabeza sobre la hierba, si la hierba no fuese allí, por todas partes, una costra seca. Recordando el esponjoso y mullido colchón en que la hierba puede convertirse cuando colabora con el sueño, decidió tomar el tren de regreso. Hacia Mrs. Poulter, naturalmente. Cuya necesidad era tan grande como la de él. Que se había sentado con él sobre la hierba, bajo el gran disco anaranjado del sol, y había ardido con él en un espasmo de comprensión o caridad. Y así, las soñolientas ruedas de los trenes, y los autobuses, lo llevaron de nuevo hacia allí, sentado y haciendo girar el mandala sólido en su bolsillo.

Cuando entró a la casa, ella se volvió. Su voz, superada la sorpresa, parecía haber estado esperándole. El se sentó y ella se acercó a él.

—¿Dónde has estado? —preguntó—. ¿Qué has hecho?

Acariciándole el pelo con los movimientos firmes de una mujer más joven. Sólo su piel, seca y marchita, la descubría.

—¿Eh? —preguntó—. ¿Todo este tiempo?

—Me fui —dijo— porque tuve un ataque.

—Sí, sí —dijo ella, acariciándolo—. Ya lo sabemos. Es natural. No necesitas explicarlo, Arthur, ¿sabes?

Había esperado tanto que tenía que protegerla de su propia inocencia.

—Después de que Waldo murió, después de que lo maté, huí.

Ella ni siquiera dejó de acariciarlo.

—Tú no mataste a Waldo, Arthur. Waldo —¿me oyes?— estaba listo para morir. Sólo eligió ese momento para hacerlo.

—No creo que pueda vivir sin mi hermano, Mrs. Poulter. Era algo más que la mitad de mí.

—Oh no —dijo Mrs. Poulter—, era sólo una pequeña parte.

Respiraba profundamente, apoyando la cabeza de Arthur en su costado.

—Yo era quien debía haber muerto —dijo Arthur—. Al principio. Nunca me lo dijeron.

Mrs. Poulter lo acunaba, limpiando lo que había sido su cabeza antes de que ella tomara posesión.

—Sólo Waldo me lo dijo, al final. Cuando era demasiado tarde. Yo lo he matado. Maté a Waldo al final.

Entonces, Mrs. Poulter apartó su cabeza. Se acercó a la ventana, donde las plantas ahogaban la luz. Comenzó a apartar las grandes hojas de los geranios.

—No te creo, Arthur —dijo—, y tampoco te creará el sargento Foyle, que acaba de llegar.

Arthur reparó en el ruido de una moto acercándose y que se detuvo luego. Tras los reflejos rojos de los geranios hubo un gran silencio.

—Está en la carretera —dijo ella—. El agente Kentwell viene con él en el sidecar. Los dos van a investigar. Después vendrán aquí, pero el sargento Foyle no se creará nunca eso que dices.

—Es la verdad —dijo Arthur.

—A veces hay verdades que están por encima de la verdad. Y es en ésas —dijo Mrs. Poulter— en las que una persona, si es honrada, cree.

—Eso está muy bien para usted —dijo él—. Usted está segura. Tiene una religión en la que puede creer.

—Yo creo en ti, Arthur.

Y en él creía, en aquel hombre y niño, puesto que su Dios se había derrumbado.

Entonces oyeron el disparo, el segundo disparo.

—¿Contra quién disparan? —preguntó él.

Ella no respondió, y él, hombre anciano o niño marchito, comenzó a gemir, para que ella volviese a él, porque era necesario que le cogiese en sus brazos, que cogiese en sus brazos a todos los hombres que nunca había amado y los niños que nunca había tenido.

—Era necesario hacerlo —dijo ella vacilante, porque era una mujer anciana y débil, con las articulaciones endurecidas, y las posiciones del amor no le resultaban fáciles. Pero de todos modos descendió con esfuerzo hasta ponerse de rodillas junto a él, hasta que por instinto rodeó a su alegría y su deber con sus brazos, como en un rito.

Y Arthur se sintió considerablemente reconfortado con ella arrodillada a su lado. Los disparos, que al principio habían taladrado su corazón y paralizado su cuerpo, fueron perdiéndose en las regiones más oscuras del recuerdo.

—Eran demasiado viejos —dijo Mrs. Poulter en un tono que pretendía ser comunicante—. Te sentirás más contento.

—Sí —aceptó Arthur, para complacerla.

Notó las lágrimas, sin embargo. Y ella le limpió la nariz, limpió la nariz de su muchachito, de su viejo mocosito.

—¿Qué será de mí? —preguntó cuando se recobró y tomó aliento.

—Bueno... —dijo ella.

Tenía que pensar.

—Te llevarán a algún sitio — respondió —. Y allí te cuidarán. A una casa u otra.

No fue tan sensible como para decir: te quedarás conmigo para siempre. Aunque eso era lo que habría hecho si hubiese podido elegir, llevarlo siempre bajo su corazón, a aquel niño demasiado tierno para nacer.

—No será el Hogar de la Paz — dijo Arthur —. No estoy preparado para el Hogar de la Paz.

—¡Oh, por Dios, no! — dijo ella —. ¡Claro que no! Aún tenemos mucha vida por delante — afirmó.

Lo creía sinceramente. Puesto que su Señor y dueño Jesús se había destruido a sí mismo en aquel día, se le había dado aquel hombre-niño como prueba del ser eterno,

—Ya sé — dijo Arthur, dudando también, porque era una suposición grave—: probablemente me llevarán al Jardín de los Ciruelos.

Parecía tan inevitable que ella apoyó su mejilla en la de él.

—Eso será maravilloso, ¿no te parece? —preguntó.

—Sí — dijo él—. Será magnífico.

Mrs. Poulter podría haber oído los latidos del corazón de Arthur si no hubiese sido por los latidos del suyo propio.

—Si usted me visitara —dijo Arthur — y me llevara cosas.

—Los días de visita son los martes y los viernes, me parece, ¿y qué cosas querrías que te llevara?

—Caramelos — respondió él —. De naranja.

—Caramelos. Y otras cosas también. ¡Claro que iré, Arthur! ¡No se me olvidará ni un día!

Se miraron tan fijamente, tan de cerca, que los ojos de uno se reflejaron en los del otro.

—¿Tienes esa cosa? —preguntó ella—. ¿Esa bolita?

Le dolía la pierna, le dolían las rodillas, de permanecer tanto tiempo así sobre el linoleum.

—Tengo una —dijo él—. La de Waldo la perdí en el camino.

—Yo tengo el mío — dijo ella — en algún sitio.

Porque a lo largo de los años — y realmente había sido todo un absurdo; algo pagano se atrevía a decir, aunque nunca se lo diría al sacerdote— lo había guardado y había olvidado dónde, y no lo había lamentado en realidad hasta ahora. Hasta ahora que Arthur sacaba el suyo.

Podrían haber formado pareja.

Pero se dio cuenta de que no había ninguna necesidad. Por un momento, en su inmensa desdicha estuvo totalmente segura de que veía sus dos rostros transformándose en uno, en el centro de aquel ojo de cristal que Arthur sostenía en su mano.

Realmente absurdo. Era causa de la emoción. Pues cuando restregó sus ojos sobre los hombros de Arthur, sólo vio la misma esfera lisa y opaca, el juguete de un niño.

—Al menos tendrás eso — dijo alegremente — para llevar contigo.

—Sí — dijo él, con escasa convicción.

Metiéndolo de nuevo en la seguridad de su bolsillo.

Cuando entró el sargento Foyle, Mrs. Poulter seguía arrodillada junto a Arthur Brown. De joven, el sargento se había fijado en ella, pero luego la había olvidado. Ahora, ella le daba la espalda, en el suelo, mostrando las venas azules sobre la piel blanca en las corvas, justo donde terminaban las medias, una de ellas rota.

En cuanto a Arthur Brown, estaba sentado mirando fijamente, al parecer, hacia el vacío. De cuando en cuando se agitaba ante los ruidos del exterior, como un perro nervioso.

Se había dicho que entre Mrs. Poulter y Arthur Brown/ había habido algo en otros tiempos. Al ver aquello, el sargento lo creyó, si bien en lo que veía no se traslucía en realidad nada indecente. Allí estaba ella, acariciando y consolando a aquel loco, como una mujer que acuna a un hijo, a su hijo, después de haberle dado de comer. El sargento no podía soportar a las mujeres sucias. Pero aquella anciana era limpia. Limpia como la cera de los panales. Y cuando se volvió, incorporándose y casi suspirando, retirando el peso que agobiaba sus entumecidas rodillas, él recordó un aroma de su juventud, el de las frías iglesias casi desiertas y los viejos débiles y esperanzados, que reponían la sangre en su carne después de recibir el sacramento.

—Supongo que ha venido usted, sargento —dijo ella—, a buscar a mi amigo Arthur Brown.

De pie, resultaba un poco más vieja de lo que él había esperado. Su voz tenía un tono alto y claro, no del todo natural. Pero quizá se sintiese turbada porque la hubieran sorprendido en una posición tan íntima. El ritmo de los acontecimientos habría provocado la histeria en más de una mujer.

—Sí — dijo él —. Mr. Brown estará muy bien conmigo. Nosotros cuidaremos de él.

La situación había comenzado a hacer que el sargento Foyle se sintiera extrañamente insustancial. Al otro lado de los geranios, el atardecer plomizo colgaba más bajo que antes. Aquellos perros. Sorprendieron al joven Gary Kentwell que había tropezado con un flan recién hecho que alguien había dejado en medio del sendero. Por un instante el sargento y él habían percibido un olor nauseabundo. Sólo un instante. El propio sargento había disparado contra las bestias a través de la ventana, con mucha rapidez. Animales viejos y sarnosos, que hubieran provocado lástima si no fuese por la expresión que había en ellos. Y por sus actos. El sargento Foyle estuvo a punto de escupir en el suelo de Mrs. Poulter.

—Allí, sabes —le decía ella a Arthur Brown—, todo el mundo será bueno. Hasta que yo vaya. Usted debe ser bueno con él — dijo al sargento, como si el viejo muchacho no hubiese estado allí; y en realidad probablemente fuera así—. La bondad es algo que él aprecia mucho.

Salvo de modo superficial, el sargento Foyle no haría ningún juicio, ni sobre el hermano vivo ni sobre el muerto.

Cuando la anciana le empujó hacia la fregadera y le dijo; «Es un hombre bueno, sargento. Usted en el fondo lo sabe», él había respondido: «En el fondo, no es cuestión de saberlo o no saberlo, Mrs. Poulter, es un problema que deben decidir cabezas mejores que la mía.»

Pero la anciana se hallaba en un estado de exaltación.

—Este hombre sería mi santo — decía — si aún pudiéramos creer en santos. En esta época — afirmó — sólo podemos creer en hombres. Yo creo en este hombre.

—Muy bien, Mrs. Poulter.

El sargento se sentía bastante turbado. No podía recordar haber tenido que librarse de un acoso similar.

—Bueno —dijo—, Arthur, ¿qué te parece si vamos a dar una vuelta en la moto?

Arthur Brown se levantó. Llenando la habitación, el cuerpo de aquel inmenso anciano se había convertido en su parte más insignificante.

—Sí — dijo, y volviéndose hacia la mujer añadió:— ¿Vendrá usted el martes, como me prometió, Mrs. Poulter?

Entonces, Mrs Poulter no se preocupó más.

—¡ Oh sí, iré! ¡ Iré, mi pequeño! ¡ No tienes por qué preocuparte! ¡ Iré, amor mío!

Su cabeza, flotando sobre el cardigan, ardía con todos los reflejos de la aflicción.

—¿Y me traerá caramelos?

—Sí —gimió ella—. ¡De naranja!

Para Arthur, el disco anaranjado apenas se había movido desde que comenzara su ascensión. Era el acompañamiento lo que le confundía por su creciente complejidad: el roncar, el campanillear y astillarse de invisibles icebergs.

Pero comprendió que debería hablar con su amiga.

Y dijo:

—El martes tendré muchas cosas que contar. Pasearemos juntos. Así es como se pasa el tiempo. Dedicándose a las cosas pequeñas.

De algún modo tenía que suceder, y en este momento el sargento Foyle le empujó hacia fuera con un aire más normal. El sargento miró una vez hacia atrás. Para decir adiós, era la única cortesía que podía hacer, y ella estaba aún de pie en la puerta, con los brazos cruzados, sosteniéndose a sí misma con las manos en las axilas. El sargento se volvió y siguió caminando para no mirar más aquella boca.

A última hora de la tarde, después de ponerse un poquito de Cyclix en las mejillas, en la forma que recomendaban, después de beber una taza de té cargado y encender la tele, aunque sin poner el sonido, sólo viendo el resplandor de imágenes que no tenía por qué mirar, Mrs. Poulter recobró el control de sí misma. Hizo las cosas que había de hacer. Dio de comer a las gallinas, ordeñó la vaca, almacenó la leche. Luego preparó el té de Bill.

Cuando entró Bill, que venía de buscar un jabalí por el camino de Schofields, pudo oírlo limpiarse el barro de los pies. Aún estaba ágil, salvo cuando dejaba de pensar en sí mismo.

—¿Qué noticias hay, madre? —preguntó.

Era su pregunta de siempre, y aquella tarde ella tuvo que pensar un poco. Aunque por supuesto siempre se podía hablar de los gusanos del repollo o de las gallinas. Bill no quería decir noticia cuando decía noticias. Las noticias podían hacer que Bill se acostara sin su dentadura imaginando que tenía una úlcera. Y empalidecía ante cualquier sugerencia del cuchillo.

—¿Eh? —preguntó él—. ¿No ha sucedido nada *catastrófico*?

Era una de las palabras que se le pegaban y que él prefería en particular.

—No —dijo ella—. No se me ocurre nada.

Todo llegaría a su tiempo. Por el bien temporal de Bill creyó que sería una crueldad anunciar: Waldo Brown está muerto, o peor, ha sido asesinado*, varios días los perros comiéndolo, el sargento o el joven Kentwell los mataron a tiros, y Arthur, trastornado, fue con el sargento. Arthur, que nunca mató una mosca. Waldo pudo morir sólo de despecho como Un grano debe explotar al fin en pus y nada puede tocar a Arthur, nada puede tocarme ni a la parte de nosotros. Qué importa, no podrán, aunque nos arranquen las uñas de los dedos.

—Vi al viejo Dun —dijo Bill—. Tuvo que llamar al doctor para su mujer. —¿Sí?

—Tuvo una especie de ataque.

—Me parece que Mrs. Dun —dijo Mrs. Poulter— no es tan fuerte que digamos.

Cuando colocó el té frente a él, Bill puso sus manos sobre el cuchillo y el tenedor, con los codos colgando, y examinó por un instante el contenido de su plato. Siempre había sido muy desconfiado.

—Ese es un filete realmente bueno —dijo ella, para darle ánimos—. El otro no es tan presentable. Pero tal vez sepa mejor de lo que aparenta. Creo que Mrs. Finlayson me lo dio por error.

Luego se volvió para hacer las cosas de costumbre, antes de reingresar a la verdadera esfera de su vida.

This file was created

with BookDesigner program

bookdesigner@the-ebook.org

08/05/2012

notes

[1] Marrón, en inglés: Brown. (N. del T.)

[2] Ella saltó a1 mar.

[3] El lo advirtió y la salvó.

[4] He ahorrado dinero para comprar un regalo a mi hermana.

[5] Extranjero de piel morena (italiano, español, portugués, etc.). (N. del T.)

[6] *Christian Science*: Credo de una secta moderna que combina la práctica de la religión con un procedimiento mental para la curación de todas las enfermedades. (N. del T.)

[7] Juego de palabras intraducible: Conjunto, en inglés, se escribe *whole*, pero quitando la *tú*, la pronunciación casi no varía, pudiendo inducir a una ortografía incorrecta.